

La comunidad de:



Se complace en presentar la obra:

La Cabaña del Tío Tom

De: Harriet Beecher Stowe

Afiliarse gratuitamente a CyberLector.com
y podrá disfrutar de ésta y muchas lecturas más,
completamente gratis.

DATOS DE LA AUTORA

Harriet Beecher Stowe nació el 14 de junio de 1811 en Litchfield, Connecticut. Su padre era el pastor de pensamiento abolicionista Lyman Beecher, quien llegó a ser el primer Presidente del Seminario Teológico de Lane y su madre Roxanne Foote Beecher, quien murió cuando ella tuvo 4 años; le proveyeron de un ambiente familiar donde empieza a brotar su inquietud sobre la importancia del amor familiar y el pensamiento de abolición de la esclavitud, que degradaba la condición humana. En 1835, se casó con Calvin Stowe, pastor viudo y profesor de literatura bíblica, con quien tuvo 7 hijos, algunos de los cuales murieron siendo pequeños.

En 1850 y en medio de este drama personal, se emite una ley que obligaba a denunciar a los esclavos fugitivos y a quienes les ayudasen, en todo el territorio norteamericano (incluyendo estados donde no había esclavitud); este hecho, inspiró a Harriet Beecher a escribir un libro entregado por capítulos y publicado en 1851 en "The National Era", con el nombre de "La cabaña del Tío Tom o la Vida de los humildes".

Luego en 1852, "La Cabaña del Tío Tom" (*Uncle Tom's Cabin*), se publicó ya como libro y tuvo un éxito rotundo, con 500,000 ejemplares vendidos en los EE.UU. y luego traducido en más de treinta idiomas; por ser una obra que desató controversias por el tema de actualidad que se vivía en esa época, ya que propició pasiones encontradas sobre la esclavitud que tuvieron influencia determinante para la guerra civil que sufrió su país (1861-1865) y que los dividió profundamente.

En 1962, durante la guerra civil norteamericana, Harriet Stowe tuvo un encuentro con Abraham Lincoln. Al saber de quien se trataba, el Presidente la saludó diciendo: "So you're the little woman who wrote the book that started this great war!" ("¡Así que tú eres la pequeña mujer que escribió el libro y ha iniciado esta gran guerra!"); y de hecho, la escritora tenía una estatura de apenas 1.50 m., por lo que la expresión quedó sellada para la posteridad.

"La cabaña del Tío Tom", como la mayoría de las novelas de Stowe, posee una estructura irregular, pero está llena de sucesos dramáticos que atrapan poderosamente al lector. En 1853 publicó "Claves a la cabaña del Tío Tom", donde incluye una abrumadora cantidad de pruebas documentales para justificar su ataque contra la esclavitud. Stowe volvió a la carga con "Dred: Relato del gran pantano sombrío" (1856). El galanteo del ministro (1859) es la más conocida de sus novelas románticas. También escribió relatos y poesía religiosa. Su reputación quedó gravemente dañada en Gran Bretaña tras publicar un artículo titulado "La auténtica historia de la vida de Lord Byron", donde afirma que el poeta mantuvo relaciones incestuosas con su hermana. Stowe murió el 1 de julio de 1896.

CAPITULO 1

Una tarde desapacible del mes de febrero se hallaban sentados frente a una botella de vino dos caballeros en el comedor de una casa del distrito del..., del Estado de Kentucky. Los sirvientes se habían retirado. Parecían discutir un asunto serio.

Hemos dicho dos "caballeros" por conveniencia del lenguaje, porque a uno de los interlocutores no se le hubiera creído perteneciente a la clase de hombres a quienes generalmente se aplica ese título. Era un individuo de baja estatura, tosco, de facciones ordinarias, y con ese aire petulante de los hombres de baja estofa encumbrados por la fortuna. Iba ostentadamente vestido con prendas de diversos colores. Los dedos, grandes y ordinarios, estaban cuajados de anillos y llevaba una gruesa cadena de oro con un puñado de dijes de portentoso tamaño. Su lenguaje estaba salpicado de expresiones groseras.

Su interlocutor, el señor Shelby, tenía, por el contrario, todo el aspecto de un caballero, y el de su casa indicaba opulencia.

-El asunto puede quedar arreglado en la forma que le digo -dijo Shelby.

-No puedo cerrar trato en esas condiciones, señor Shelby -repuso el otro, interponiendo una copa de vino entre la luz y sus ojos.

-Ha de tener usted en cuenta, Haley, que Tom es un hombre que sale de lo corriente, y vale esa cantidad; es trabajador, honrado y capaz, y maneja mi granja con la precisión de un reloj.

-Esa honradez será como la de todos los negros.

-No; digo que es honrado en la verdadera acepción de la Palabra. Tom es bueno, trabajador, de buen corazón y religioso. Se le bautizó hace cuatro años y creo que siente de veras la religión. Yo le he confiado todo cuanto poseo y siempre lo he hallado leal y recto.

-No va usted a deducir que yo sea de los que no creen en la religiosidad de los negros -dijo Haley-. En el último envío que hice a Nueva Orleans iba uno que era un santo, por lo bueno, amable y pacífico. Por cierto que hice un buen negocio con él, porque lo había comprado barato y lo revendí en seiscientos dólares. Sí, señor, sí; la religión es una cualidad muy recomendable en un negro Si es auténticamente religioso, sin fingimiento.

-Pues Tom es religioso de verdad -repuso Shelby- El otoño pasado lo mandé a Cincinnati solo, para ciertos asuntos míos, y me trajo quinientos dólares. "Tom -le había dicho-, confío en ti porque creo que eres un buen cristiano y sé que no me engañarás". Y Tom volvió puntualmente. Yo estaba seguro de que volvería. Declaro que siento de veras tener que desprenderme de Tom. Avéngase usted a que saldremos totalmente la cuenta con él. Por poca conciencia que tenga, espero que accederá.

-Yo tengo una conciencia como puede tener otro hombre de negocios -repuso el tratante-, y además estoy dispuesto siempre a hacer todo lo posible por complacer a los amigos; pero, en este caso, comprenderá usted que un solo individuo es poco.

-Entonces, dígame, en qué condiciones haría el trato.

-¿No tiene usted algún esclavo que agregar a Tom?

-¡Hummm...! No puedo deshacerme de ninguno, y si he consentido en vender algún esclavo, ha sido obligado por la necesidad.

En aquel momento se abrió la puerta y entró un mulatillo cuarterón de cuatro a cinco años de edad. Había en su tipo algo bello y atrayente. Su negro cabello caía formando rizos en torno de su redonda carita, embellecida por unos graciosos hoyuelos, y sus ojos, grandes y oscuros, llenos de viveza y de dulzura, miraban con curiosidad por entre las abundantes y largas pestañas. El vistoso traje a cuadros rosa y amarillo, bien hecho y muy limpio, hacía resaltar su infantil belleza. El aire de cómica seguridad con que se presentó, aunque templado por cierta modestia, delataba que estaba acostumbrado a los mimos del amo.

-¡Hola, Jim Crow! -dijo el señor Shelby, tirándole un racimo de uvas-. ¡Toma eso!

El cuarterón corrió mientras su amo reía. El chico se acercó y el amo le dio unas palmaditas en la rizada cabeza y le acarició la barbilla.

-Ahora vas a enseñar a este caballero cómo cantas y bailas.

Entonó el chico una de esas canciones grotescas, comunes entre los negros, con voz clara, acompañando su canto con cómicas contorsiones de manos, pies y cuerpo.

-¡Bravo! -dijo Haley, tirándole un gajo de naranja.

-Ahora Jim, camina como el viejo tío Cudjoe cuando tiene reumatismo -dijo su amo.

Las piernas de Harry se curvaron como las de un paralítico, y en seguida, con el cuerpo encorvado y apoyándose en el bastón de su amo, echó a andar como un viejo.

-¡Muy bien! ¡Este chiquillo es una alhaja! -dijo Haley-. ¡Vaya -añadió palmeando en el hombro a Shelby-, agregue usted el chico y trato hecho! Dígame si esto no es ponerse en razón.

En aquel momento se presentó una joven cuarterona de unos veinticinco años. No había más que mirar al muchacho para comprender que aquella mujer era su madre. Tenía los mismos ojos grandes, oscuros y vivos; las mismas largas pestañas, los mismos rizos en el sedoso y negro cabello. El matiz dorado de su rostro dejaba entrever en las mejillas un ligero tinte rosado que se avivó al ver la mirada del desconocido, clavada en ella con descarada admiración. El vestido realzaba las líneas de su esbelto cuerpo; una mano fina y bien formada y un pie y un tobillo dignos de la mano, eran detalles del aspecto general que no escaparon a la viva mirada del tratante, que estaba muy acostumbrado a observar los méritos de un buen artículo femenino.

-¿Qué hay, Elisa? -preguntó el amo.

-Vengo en busca de Harry, señor.

De un salto, el chico se echó en brazos de su madre, mostrándole las uvas. La joven se apresuró a retirarse con su hijo en brazos.

-¡Vive Dios que es un excelente artículo! exclamó el tratante-. Con esa muchacha puede hacer usted una fortuna en Nueva Orleans. He visto en más de una ocasión pagar mil dólares por muchachas no más bonitas que ésa.

-Gracias, no quiero hacer mi fortuna así -dijo secamente mister Shelby.

-Vamos a ver, ¿cuánto querría usted por esa chica? Yo daría...

-No la vendo -respondió Shelby-. Mi mujer no consentiría deshacerse de ella aunque le dieran su peso en oro.

-Las mujeres dicen siempre eso porque no calculan nada. Si se les enseñasen las alhajas que pueden comprarse con el peso de una persona en oro, ya vería cómo cambian de opinión.

-De eso no hay que hablar, señor Haley.

-Pero el chico sí me lo dejaría usted -repuso el tratante-. Debe reconocer que el trato que le propongo es razonable.

-Pero, ¿para qué quiere usted el muchacho?

-Es que tengo un amigo que se dedica a este ramo del negocio. Compra chicos lindos para criarlos y venderlos. Un muchacho de buen tipo sirve para abrir la puerta y para servir y cuidar a sus amos. Se pagan buenas cantidades por ellos.

-Preferiría no venderlo -dijo Shelby pensativo-, porque soy muy compasivo y me repugna quitarle el hijo a la madre.

-¡Bah! ¿En verdad? ¡Ah, sí, es natural! Le comprendo perfectamente. A veces es muy desagradable tener algo con mujeres. Yo también detesto las escenas de dolor y desolación. Tanto me disgustan, que procuro evitarlas. Y si usted aleja la madre por un día o por una semana, todo se pasará sin ruido, y quedará terminado a su regreso si su esposa le da algunos pendientes, un vestido u otra cosa para consolarla.

-Temo que eso no sea posible.

-¡Que Dios lo bendiga! ¿Ignora que estas criaturas no son como nosotros? Olvidan pronto, si se hacen bien las cosas.

Y tomando un falso aire de sinceridad, continuó:

-Hay quien dice que este comercio se opone a los sentimientos de la Naturaleza; pero yo no lo creo así. Verdad es que rara vez empleo los medios de que hacen uso algunos traficantes, jamás arranco un hijo de los brazos de su madre para venderlo a su vista, porque esto las hace gritar como locas, bastando semejante turbación y desorden para averiar la mejor mercadería. En Nueva Orleans conocí una muchacha víctima de una escena de éstas. Un día quisieron quitarle su hijo, pero ella, enfurecida, lo estrechó entre sus brazos, lanzando gemidos como una leona herida. Sólo el recordarlo me

eriza los cabellos. Al fin, le quitaron el niño; pero se volvió loca y murió a la semana. Eso produjo una pérdida de un millar de dólares.

Se detuvo, apoyó los brazos en el sillón y continuó:

-Los elogios en boca propia sientan muy mal; pero digo esto porque es notorio que soy uno de los que han llevado mejores rebaños de esclavos; siempre los he entregado sanos y gordos, habiendo experimentado menos pérdidas que otro cualquiera. Esto lo debo al celo con que los cuido. Sí, señor; la humanidad es la regla de mi conducta.

Dicho esto se echó a reír, festejando su propia gracia. Eran tan originales las manifestaciones humanitarias del tratante, que Shelby no pudo menos que acompañarle en sus carcajadas.

La risa del señor Shelby animó al tratante a continuar sus reflexiones en esta forma:

-Lo más raro -dijo- es que nunca he podido hacer comprender estas ideas a ciertas gentes. Tomás Locker, el de Natchez, mi antiguo socio, es un muchacho excelente, pero sin piedad para los negros. Sin embargo, jamás ha comido pan un hombre más bueno que él. Yo le decía incesantemente: "Tomás, ¿por qué cuando se quejan los esclavos los muelas a palos? Eso no está bien, es indiscreto. ¿No ves que así se les va la fuerza por la boca y que si les cierras ese camino buscarán otro? Además, así se enferman, se debilitan y el mismo diablo no les obligaría a trabajar después. ¿Por qué no los tratas con bondad? ¿No crees que a la larga esto te proporcionaría más ganancias que todos los golpes y todas las amenazas?" Nunca quiso hacerme caso, tanto que tuve que separarme de él, aunque era un buen compañero y muy entendido en los negocios.

-¿Y su método le ha producido mejores resultados que el de Tomás Locker? -preguntó Shelby.

-Sí, señor; evito siempre toda escena desagradable. Si trato de vender un muchacho, en vez de quitárselo a la madre de los brazos, lo tomo cuando está lejos de sus padres, cuando menos piensan en él. Una vez terminado el asunto, todo marcha por sí solo, pues cuando pierden toda esperanza se aplacan. Los negros no son como los blancos; ya saben que una vez vendidos no tienen que esperar volver a ver a sus padres, sus hijos o sus hermanos.

-Creo que no ha de ser tan fácil separar a los míos.

-Pues yo sí. Le sirven a usted por que son sus esclavos, pero no por adhesión. Un negro que rueda de una parte a otra, que ha pertenecido a Tom, a Harry y Dios sabe a quién, no puede abrigar en su corazón ninguna ley porque los latigazos que martirizan sus espaldas secan en él los sentimientos generosos. Me atrevería a apostar, señor Shelby, que sus negros estarían en cualquier casa tan bien como en la de usted. Naturalmente, todos creemos que lo nuestro es lo mejor, y a mí me parece, sin que esto sea elogiarme, que trato a los negros mejor de lo que ellos se merecen.

-Bueno -dijo Haley, después de un rato de silencio-, ¿en qué quedamos?

-Pensaré el asunto y hablaré con mi esposa -respondió Shelby-. Mientras tanto, es conveniente que no diga usted nada por ahí, porque si se corre la voz entre mis esclavos, no será cosa agradable llevarse de aquí ninguno.

-Cuenta con mi silencio. Pero no olvide que tengo muchísima prisa y necesito saber lo antes posible a qué debo atenerme -dijo Haley, levantándose.

-Pues bien, venga esta noche de seis a siete, y le daré la respuesta -dijo el señor Shelby.

El tratante saludó y salió del comedor.

-¡Quién pudiera echar a puntapiés a ese individuo! -Dijo para sí el señor Shelby cuando vio cerrarse la puerta-. Pero sabe que me tiene entre sus garras. Si se me hubiera dicho hace algún tiempo que tendría que vender a Tom a uno de estos canallas, hubiese contestado: "¿Es tu criado un perro para tratarlo de esta manera?" Y ahora va a serlo. ¡Y el hijo de Elisa también! Sé que voy a dar un disgusto a mi mujer ¡Y todo por una maldita deuda!

El señor Shelby era bondadoso, de buen corazón e inclinado a la indulgencia para con los que vivían a su alrededor, y jamás había dejado que faltase nada que pudiese contribuir a la comodidad física de los negros de su finca. Pero se había metido en grandes y atrevidas especulaciones y había contraído importantes obligaciones, gran

parte de las cuales habían ido a parar a las manos de Haley. En estos antecedentes está la clave de la conversación que acabamos de transcribir.

Al acercarse a la puerta, Elisa había oído algo de la conversación; lo suficiente para saber que el tratante hacía ofertas de compra a su amo, y la esclava, al salir con su hijo, se hubiera detenido de buena gana para escuchar, pero en aquel momento la estaba llamando su ama y tuvo que alejarse. Creía haber oído al negrero hacer una proposición acerca de su hijo. Su corazón latía con violencia, e involuntariamente oprimió a su niño con tal fuerza, que el muchacho la miró asombrado.

-Elisa, muchacha, ¿qué te pasa hoy? -le dijo su ama, al ver que Elisa, después de haber derribado el costurero, le traía una bata, en vez del vestido de seda que había pedido.

-¡Ay, señora! exclamó Elisa-. El amo está hablando con un tratante en el comedor. Le he oído.

-¿De qué crees que trataban?

-¡Creo que el amo quiere vender a mi Harry!

-¡Venderlo! ¡No digas disparates! Bien sabes que el amo no tiene negocios con esos tratantes del Sur, y nunca ha pensado vender ningún criado mientras se haya portado bien. ¿Quién crees tú que querría comprar a tu hijo? ¿Te figuras que todo el mundo tiene puestos los ojos en él como tú? Vamos, ámate, y tráeme el vestido que te he pedido.

-La señora no daría nunca su consentimiento para...

-¡Qué disparate, muchacha! Puedes estar segura. Lo negaría como si se tratase de vender mis propios hijos.

Tranquilizada por el tono de seguridad de su ama, Elisa se puso a peinarla, olvidando sus temores. La señora Shelby era de gran clase, tanto intelectual como moralmente. A la magnanimidad y generosidad naturales de las mujeres de Kentucky, unía sensibilidad y principios morales y religiosos, que ponía en práctica con gran energía. Su esposo, aunque con alguna tibieza, respetaba las creencias de su mujer y oía con cierta veneración sus opiniones y sus consejos. Dábale ilimitadas facultades para proceder en pro de la comodidad, instrucción y mejoramiento de sus esclavos, aunque en ello no tornaba él parte directamente.

Como la señora Shelby ignoraba los apuros financieros de su esposo y sólo conocía la bondad de su carácter, había sido sincera en la incredulidad con que había acogido las sospechas de Elisa.

CAPITULO 2

Elisa había sido criada por su ama, desde su infancia, como una muchacha a quien se quiere y se mima. Cualquiera que haya viajado por el sur de los Estados Unidos, habrá podido notar el aire de distinción y la finura de las maneras y lenguaje de las negras y mulatas. La gracia natural va casi siempre unida en ellas a una belleza muy notable y a un exterior agradable.

Bajo el cuidado protector de su ama, Elisa había llegado a la mayor edad sin caer en esas tentaciones que hacen que la belleza sea una herencia fatal para una esclava. Habíase casado con un joven mulato, listo y simpático llamado George Harris, que era esclavo de una finca inmediata, de ese apellido.

Este joven había sido alquilado por su amo para trabajar en una fábrica de bolsas, donde era considerado como el mejor obrero por su destreza y su ingenio, pues, entre otras cosas, había inventado una máquina para cardar cáñamo. Hombre de buen tipo y de agradables maneras, era el favorito de todos en la fábrica; pero como a los ojos de la ley este joven no era un hombre sino otra cosa, todas sus excelentes cualidades estaban sujetas a la intervención de un amo vulgar, ignorante y tirano. Al enterarse éste de la fama del invento de George, fue a la fábrica a ver lo que había hecho su inteligente esclavo, y el fabricante lo recibió con entusiasmo.

Le enseñaron la máquina inventada por George, el cual, lleno de alegría, hablaba con tanta soltura, se mostraba tan resuelto y tenía un tipo tan varonilmente hermoso, que su amo comenzó a experimentar una desagradable sensación de inferioridad.

¿Quién era su esclavo para andar inventando máquinas y tratando de codearse con los caballeros? Aquella situación no podía seguir; era preciso ponerle término, y él se lo pondría, llevándose a casa y poniéndolo a trabajar la tierra. El dueño y los operarios de la fábrica se quedaron atónitos cuando el amo reclamó de pronto los jornales de George y anunció su intención de llevárselo a casa.

-¡Pero, señor Harris! -objetó el fabricante-. ¿No le parece demasiado precipitada esa decisión?

-¡Qué ha -de serlo! ¿No es mío ese hombre?

-Estoy dispuesto a aumentarle el jornal.

-¡Nada, nada! Yo no tengo por qué alquilar mis esclavos más que cuando se me antoje.

-Basta tener en cuenta la invención de esa máquina -alegó uno de los otros peones.

-¡Ah, sí! Una máquina para ahorrar trabajo, ¿verdad? Eso es lo que hacen los negros en cuanto se les deja. ¡Cada uno es una máquina de ahorrar trabajo! ¡Pero éste tiene que trabajar!

George se había quedado como petrificado al oír pronunciarse sentencia por un poder que sabía que era irresistible. Respiraba entrecortadamente; sus ojos relucían como ascuas, y quizá hubiera estallado de un modo peligroso si el bondadoso industrial no le hubiera dicho en voz baja:

-No te opongas, George; vete con él, por ahora. Yo procuraré hacer algo por ti.

El tirano observó el cuchicheo, y se confirmó en su determinación de no dejarse arrebatar su víctima.

George fue llevado a la casa de su amo, y se le dedicó a los trabajos más duros y penosos. El joven había podido reprimirlas palabras irrespetuosas; pero el relampagueo de sus ojos y la nerviosa contracción de su entrecejo, hablaban en un lenguaje natural que no podía reprimir, signos que demostraban que el hombre no puede convertirse en cosa.

Durante el feliz período de su estancia en la fábrica, George había conocido a Elisa, y se había casado con ella. Durante aquel período en que gozaba de la confianza y del favor de su jefe había tenido libertad para entrar y salir.

La boda fue muy bien acogida por la señora Shelby, a quien le agradaba unir a su hermosa predilecta criada con un hombre de su clase, que parecía adecuado en todo para ella. Recibieron la bendición nupcial en el gran salón de la casa de Shelby; adornó ella misma con flores los hermosos cabellos de su esclava y ajustó sobre su preciosa cabeza la flor de azahar y el velo nupcial. Nada faltó en aquella boda: ni guantes blancos, ni vinos, ni dulces, ni los convidados que admiraron la hermosura de la novia y la indulgente liberalidad de su ama. Durante dos años, Elisa vio a su marido frecuentemente. Sólo vino a turbar su felicidad la muerte de dos hijos a quienes quería con pasión.

El nacimiento de Harry la consoló. Aquel pequeño ser fortaleció su alma y estrechó los vínculos de sus afectos, y Elisa volvió a ser feliz hasta el día en que su marido fue arrancado bárbaramente a un bondadoso patrón para quedar sometido al férreo yugo del propietario legal.

El industrial, fiel a su palabra, visitó al señor Harris una o dos semanas después de haberse llevado a George, cuando calculó que se habría enfriado el calor del momento, y por todos los medios trató de convencerlo para que lo devolviese a su habitual ocupación.

-No se moleste en hablar más -dijo malhumorado el amo de George-. Sé lo que me hago, señor, y entiendo mis negocios.

-No pretendo inmiscuirme en ellos; sólo creo que debe hacerse cargo de que va en interés de usted cederme ese hombre en las condiciones propuestas.

-Demasiado me hago cargo. Observé los cuchicheos que hubo entre ustedes el día que lo saqué de la fábrica; pero no conseguirá usted nada. Este es un país libre, caballero; ese hombre es mío, y yo hago con él lo que me da la gana.

George perdió la última esperanza; no tenía ante sí más que una vida de trabajo rudo y vil, cuyas amarguras aumentaban las vejaciones e indignidades que podía imaginar el ingenio del tirano.

CAPITULO 3

La señora Shelby acababa de salir a hacer una visita, y Elisa de pie en la veranda, seguía con mirada triste el coche de su ama, cuando una mano la tocó en el hombro. Se volvió, y una sonrisa iluminó sus hermosos ojos.

-¿Eres tú, George? ¡Me has asustado! Soy muy dichosa en verte. La señora ha salido a pasar la tarde fuera... Ven a mi cuarto, donde nadie nos estorbará.

Hablando así, lo condujo a una hermosa piececita muy aseada, inmediata a la veranda.

-¡Qué dichosa soy! ¿Por qué no sonríes? ¿Por qué no miras a nuestro Harry? (El niño estaba allí, en pie, mirando tiernamente a su padre al través de los bucles de su cabellera y prendido de las polleras de su madre). ¿Verdad que está encantador?

-¡Ojala no hubiera nacido! -dijo George con amargura.

-¡George! ¿Por qué dices eso? ¿Ha ocurrido algo malo?

-Sí, Elisa; todo es miseria para nosotros. Soy un pobre, un mísero esclavo sin amparo, y no puedo hacer más que arrastrarte conmigo. ¿De qué sirve tratar de hacer algo, querer saber algo, intentar algo?

-Sí, es muy triste todo, querido George. Sé lo que has sentido quedarte sin tu trabajo en la fábrica, y sé que tienes un amo muy cruel; pero ten paciencia y quizá...

-¡Que tenga paciencia! -exclamó interrumpiéndola-. ¿No la he tenido? ¿He dicho algo cuando me sacó sin razón de un sitio donde todos me manifestaban afecto? Yo le entregaba honradamente hasta el último centavo de mis ganancias... y todos decían que trabajaba bien.

-Sí, es espantoso; pero ese hombre es tu amo.

-¿Amo mío? ¿Y quién lo hizo amo mío? Eso es lo que yo digo... ¿Qué derechos tiene sobre mí? Soy tan hombre como él: soy mejor que él; entiendo más de la industria que él; sé dirigir un trabajo mejor que él; escribo mejor... y sé leer mejor que él...; y todo lo he aprendido, todo, por mi propio esfuerzo, no gracias a él... Es más: lo he aprendido contra su voluntad, y ahora, ¿qué derechos puede tener para hacer de mí una bestia?

-¡George! ¡George! ¡Me asustas! Nunca te he oído hablar así. No me extraña que sientas lo que dices, pero, ¡ay!, ten cuidado...

-He sido prudente y he tenido harta paciencia... pero la medida llegó a su colmo... ni mi espíritu ni mi cuerpo lo pueden soportar. Aprovecha todas las ocasiones para insultarme y humillarme. Yo esperaba limpiarme de mi inculpación y quedar tranquilo, y creía que trabajando con ardor, hallaría algunos momentos para dedicarme a la lectura y al estudio. Pero, cuando más ve que puedo trabajar, más me carga la mano de trabajo.

-¿Y qué piensas hacer, amado mío? -exclamó Elisa con dolor.

-Ayer -continuó George- estaba cargando un carro de piedras, y su hijo estaba allí restallando el látigo, tan próximo a las orejas de mi caballo, que el animal se espantó. Le rogué de la manera más humilde que cesase en su juego; pero no me hizo caso y continuó. Traté entonces de sujetarle las manos, y comenzó a gritar diciendo a su padre que yo le había pegado. Su padre llegó furioso, y dirigiéndose a mí me dijo: "Yo te haré ver quién es tu amo"; y atándome a un árbol, cortó varias varas, y dándoselas a su hijo le dijo que me pegase hasta que no pudiese más. Y lo hizo; pero algún día se acordará de ello. Y la frente del pobre esclavo se oscureció, y sus ojos brillaron de una manera que hizo temblar a su pobre mujer.

-Ten fe, George. Mi ama dice que cuando todo parece que se pone en contra nuestra, debemos creer que lo dispone Dios así.

-Eso pueden decirlo los que se sientan en sofás y van en coche; pero si los pusiera en mi sitio, me parece que les resultaría más dura la vida y no hablarían así. Tú, en mi lugar, no te conformarías. .. Ni te conformarás ahora, si te digo todo lo que tengo que decirte. Aún no lo sabes todo.

-¿Qué más puede suceder?

-Verás. Últimamente ha andado diciendo el amo que fue un tonto dejándome casar fuera del lugar; que aborrece al señor Shelby y a todos los suyos, porque son superiores a él, y que tú me has pegado la altivez. Ha dicho también que no me dejará venir más aquí, y que tendré que tomar otra mujer y establecerme en su finca. Al

principio no pasaba de amenazar, pero ayer me dijo que tenía que tomar por mujer a Mina, o sino me vendería a quien me llevase lejos de estos lugares.

-¡Pero eso no puede ser!... Nosotros estamos casados por la iglesia, como los blancos -dijo Elisa con sencillez.

-¿No sabes tú que los esclavos no pueden casarse? No hay en el país ley que lo autorice. Yo no puedo alegar que eres mi esposa si se le antoja al amo separarnos. Por eso quisiera no haberte conocido... Por eso quisiera no haber nacido... Y hubiera sido mejor que no hubiera nacido nuestro pobrecito Harry. Todo esto puede ocurrirle a él también.

-¡Oh! Pero el amo es muy bueno.

-Sí, pero, ¿quién sabe? ... Puede morir... Y entonces sabe Dios en qué manos iría a caer... Te aseguro, Elisa, que cada gracia de Harry es para mí un puñal que me traspasa el corazón. ¡Valdrá demasiado para que no lo vendan!

Estas palabras hirieron lo más hondo del alma de Elisa; alzase ante sus ojos la visión del tratante. Con nervioso ademán se asomó hacia la terraza, a donde su hijo se habla ido a corretear y sintió impulsos de comunicar sus temores a su marido, pero se contuvo. "¡No, no; bastante tiene que sufrir el pobre! -pensó-. Además, no es cierto. El ama no me engaña nunca".

-Adiós, Elisa -dijo George tristemente-. No te desanimes.

-¿Te vas, George? ¿A dónde?

-Al Canadá -dijo irguiéndose-, y cuando esté allí te compraré.

Es la única esperanza que nos queda. Te compraré a ti y a nuestro hijo, si Dios me ayuda.

-¡Dios mío! ¿Y Si te apresan? ¡Oh, sería espantoso!

-He aquí mi plan, Elisa: el amo me ha mandado traer una carta a estos alrededores para mister Symmes, que vive a una legua, poco más o menos, de vuestra casa. El se había figurado que yo he querido referíroslo todo, porque se goza con sólo pensar que puede molestar a la gente de Shelby, pero yo volveré a casa con aire resignado..., ¿comprendes?... como si nada pasara. Yo he hecho algunos preparativos, y dentro de ocho días se me buscará. Ruega por mí, Elisa; quizá Dios te oiga.

-Ruégale tú también. George.

-Bueno, adiós -dijo George, tomando las manos de Elisa y clavando los ojos en los suyos, sin moverse.

Quedaron en silencio. Luego lloraron amargamente, como personas cuya única esperanza de volverse a ver es tan débil como la tela de araña. Por fin, los dos esposos se separaron.

CAPITULO 4

La cabaña del tío Tom era una choza de troncos, contigua a la "casa vivienda", como el negro designaba a la residencia de su amo. Tenía delante un trozo de jardín cultivado con esmero, en el que, a su debido tiempo, todos los años se producían fresas, frambuesas y otros muchos frutos y legumbres. Toda la fachada de la cabaña estaba cubierta por una gran begonia escarlata y una rosa multiflora, que, enroscándose y entrelazándose, apenas dejaban entrever vestigios de los troncos que formaban el pequeño edificio.

Multitud de plantas ostentaban su magnificencia bajo la inspección de la tía Cloe, y constituían su orgullo y su alegría. Entremos en la casita. Ha terminado la comida nocturna en la casa vivienda, y tía Cloe, que presidió su preparación como cocinera principal, ha dejado a los criados en la cocina el cuidado de recoger y lavar la vajilla, y ha ido a sus ocultos territorios a preparar "la comida de su viejo". Es, pues, tía Cloe la que encontramos junto al fogón, dirigiendo el condimento de ciertos manjares contenidos en una cacerola, de la cual se desprenden emanaciones de algo apetitoso. Redondo, negro y reluciente es el rostro de la cocinera. Su rollizo semblante irradia satisfacción bajo la almidonada cofia; pero, como todo hay que decirlo, no deja de notársele cierto aire de presunción; porque todos consideran a tía Cloe como la primera cocinera del lugar.

Por ahora, la tía Cloe está muy ocupada en cuidar su sartén y su horno; no la interrumpamos en su interesante ocupación, y visitemos el resto de la cabaña.

En un rincón de ella se ve una cama cubierta con una colcha blanca como la nieve. Un gran pedazo de tapiz se halla tendido a su costado. Aquella parte de la cabaña representa el salón, y se la trata con una gran consideración. Se la defiende todo lo posible de las incursiones de los chicos, y cuando la tía Cloe toma posesión de ella, cree haber conquistado una plaza en las altas regiones de la sociedad. En otro rincón había otra cama de pretensiones más humildes. La pared de encima de la chimenea estaba adornada con unos cromos, reproduciendo escenas bíblicas y un retrato del general Washington. En un tosco banco del rincón había un par de chicos de lanuda cabeza, ojos negros y mejillas gruesas, tratando de enseñar a andar a otra negrita más pequeña. Esta, como todos los bebés de su edad, procuraba dar un paso, vacilaba y caía; pero cada nueva tentativa era saludada con nuevas aclamaciones por sus hermanos. Una mesa estaba colocada frente al hogar, cubierta con un mantel, y sobre ésta, copas y platos de vivos colores. Junto a aquella mesa estaba sentado el tío Tom, el mejor criado del señor Shelby, y como se trata del héroe de nuestra historia, debemos describírselo a nuestros lectores.

Era un hombre grande, ancho de pecho y fuerte; un negro lustroso y corpulento, cuyo rostro, de rasgos netamente africanos, se caracterizaba por una expresión de buen sentido, grave y sereno, unido a gran bondad y benevolencia. Había en su aspecto algo de respetuoso y digno, junto con una sencillez confiada y humilde. En aquel momento estaba muy ocupado en copiar unas cartas en una pizarra que tenía ante sí, operación que hacía lenta y torpemente, y que dirigía el niño George, muchacho muy despierto y alegre, de trece años de edad, que parece a da se cuenta de la dignidad de su posición como instructor.

-Así no, tío Tom -decía con viveza al ver que llevaba con mucho trabajo el rabillo de la "g" al lado contrario-. Esa es una "q". ¿No lo ves?

-¡Ah, ya! ¿Es así? -replicaba el tío Tom, mirando con aire respetuoso y admirado a su joven profesor.

¡Con qué facilidad hacen las cosas los blancos! -dijo tía Cloe mirando con orgullo al niño George-. ¡Cómo escribe ya! Luego vendrá por las noches a leernos las lecciones...

-Pero, tía Cloe, mira que tengo un hambre atroz -dijo George- ¿No estará ya hecho ese pastel?

-Casi, niño George - respondió tía Cloe.

Y la tía Cloe quitó la tapa de la marmita y descubrió un pastel, de cuya preparación no se hubiera avergonzado ningún profesional de la ciudad. Sin duda era éste el plato principal de la comida, porque la tía Cloe comenzó a alborotar el cotarro.

-¡A ver, Moisés, Pete..., quitaos de en medio, negritos!... ¡Polly, rica, mamá va darte una cosa muy buena! Ahora, niño George, deje los libros y siéntese con mi viejo a comer salchicha y una buena cantidad de pastelillos para empezar.

-Querían que comiese en casa -dijo George-; pero yo sabía que aquí me iría mejor, tía Cloe.

-Y ha acertado, cariño -dijo la tía Cloe llenándole el plato de humeantes pastelillos-. Ya sabía que la vieja Cloe guarda lo mejor para usted -y diciendo esto, la vieja lo señaló con un dedo, dirigiéndole una tierna mirada.

-Empecemos ahora con el pastel -dijo George.

-Tom Lincoln -dijo George con la boca llena- dice que su Jenny es mejor cocinera que tú.

-No hay que hacer caso a los Lincoln -repuso tía Cloe-. Tienen poca importancia a nuestro lado. Son personas respetables, pero no saben lo que es bueno. ¡Comparen al niño Lincoln con el niño Shelby! Pero ¿y la niña Lincoln? ¡A ver Si puede compararse con el ama! ¡Vamos, vamos, no me hablen de los Lincoln! -y la tía Cloe movió la cabeza, con aire de desprecio.

Al señorito George no le cabía en el cuerpo un bocado más, y, por lo tanto, tuvo tiempo de fijarse en el grupo de lanudas cabecitas y relucientes ojos que lo miraban famélicamente desde el rincón opuesto.

- ¡Eh, tú, Moisés, Pete! -dijo, partiendo grandes trozos de pastel-. ¿Queréis un poco? Tía Cloe, crúceles más pasteles.

Y George y Tom se retiraron a un confortable asiento junto a la chimenea, mientras que tía Cloe, después de haber cocido un buen montón de pastelillos, se puso en la falda a la negrita más pequeña y comenzó a llenar con ellos, alternativamente, la boca de la negrita y la suya, y a repartirlos entre Moisés y Pete. En cuanto a los dos muchachos, prefirieron devorar su parte tirados por el suelo, y viniendo de vez en cuando, para variar de placer, a tirar de los dedos del pie a su hermanita.

-¡Largo de aquí! -decía la madre-. ¿Os vais a estar quietos? ¡Andad con cuidado o veréis en cuanto se marche el niño!

Difícil sería explicar el significado de esta amenaza; pero lo cierto fue que produjo muy poca impresión a los pequeños.

-Son tan revoltosos -dijo el tío Tom-, que no se pueden estar quietos.

-¿Ha visto su merced qué negrito más malo? -dijo tía Cloe con cierta complacencia, sacando una vieja toalla guardada para estas ocasiones, humedeciéndola con un poco de agua de una tetera desportillada y quitando con ellas los churretes de la cara y de las manos a la pequeña. Cuando la hubo pulimentado, a fuerza de frotarla, se la puso a tío Tom en las rodillas, y ella se puso a guardar los restos de la comida.

-¿No es una perlitita mi negrita? -dijo el tío Tom levantándola en el aire y apartándola de sí para contemplarla mejor, y luego, levantándose, la sentó sobre uno de sus anchos hombros.

-Tía Cloe, eres la cocinera más grande de la comarca. A ver cuándo me haces unos pastelillos de banana, que tanto me gustan -dijo George antes de retirarse.

-Bueno, amito, bueno; ya le avisaré para que venga otra noche.

Cuando el niño se marchó, tía Cloe acostó a los chiquillos, y luego de arrojarlos, volvió a la cocina con Tom.

-Tenemos suerte con nuestros amos -dijo Tom-. Cuando pienso que podíamos haber caído en manos de algún desalmado como el amo del marido de la pobre Elisa... Los dejaremos comentando su buena suerte e iremos a ver qué pasaba mientras tanto en el comedor de los Shelby.

El tratante de esclavos y el señor Shelby se hallaban en el comedor, y la mesa estaba llena de papeles. El señor Shelby estaba contando unos billetes de banco, que empujó después hacia el tratante, el cual los contó también.

-Está bien -dijo-. Ahora, a firmar.

El señor Shelby trajo hacia sí los documentos de venta y los firmó. Haley sacó de una maleta muy deteriorada un pergamino, y después de mirarlo un momento, se lo entregó al señor Shelby, que lo tomó con ansiedad.

-¡Bueno; ya está hecho el negocio! -dijo el tratante.

-¡Ya está hecho! -repitió el señor Shelby, en tono bajo, y lanzando un largo suspiro, repitió: -¡Ya está hecho!

-Parece que no se queda usted muy contento.

-Haley -repuso el señor Shelby-, espero que tendrá presente que me ha prometido por su honor no vender a Tom sin saber a qué clase de gente va a parar.

-Eso acaba usted de hacer -dijo el tratante.

-Sabe usted que me han obligado a ello las circunstancias replicó Shelby con altivez.

-Comprenda usted que también pueden obligarme a mí -dijo el tratante-. Sin embargo, haré todo lo posible por buscar a Tom un buen acomodo. En cuanto a que yo le trate mal, no tenga cuidado. Si por algo debo dar gracias a Dios es por no haber sido cruel con nadie.

Después de las teorías que el señor Shelby había oído en boca del negrero, esta protesta no podía bastar para tranquilizarlo; pero no pudiendo exigir más, dejó marchar al tratante y se quedó solo, fumando un cigarro.

CAPITULO 5

El señor Shelby y su esposa se habían retirado ya a sus habitaciones para acostarse. El marido estaba sentado en una butaca leyendo unas cartas; la señora deshacía las trenzas de sus cabellos que con tanto esmero había arreglado Elisa por la mañana. En vista del abatimiento y la palidez de su sirvienta, le había dado permiso para retirarse, y como esta ocupación, que no acostumbraba a desempeñar, le recordase,

naturalmente, la conversación que había tenido aquella mañana con la cuarterona, se volvió a su marido y le dijo con la mayor indiferencia:

-Di, Arturo, ¿quién era ese hombre tan ordinario que ha comido hoy con nosotros?

-Se llama Haley -respondió Shelby con intranquilidad ¡Haley! ¿Pero quién es ése y qué tiene que ver contigo?

-Es un sujeto con quien tuve algunos negocios la última vez que estuve en Natchez.

-¿Y se ha convidado él mismo a comer en nuestra mesa?

-No; lo he convidado yo, porque teníamos que arreglar ciertas cuentas.

-¿Es un tratante de negros?

-¿Cómo se te ha ocurrido eso? -preguntó Shelby.

-Es que Elisa vino después de comer, muy apenada, llorando y diciendo que estabas hablando con un negrero, y que le había oído hacerte un ofrecimiento de compra de su hijo.

-¿Conque dijo eso? -repuso Shelby, volviendo a sus papeles y fingiendo que leía. Y pareció por algunos minutos, absorto en la lectura, pero sin notar que tenía el papel al revés. "Por último -pensó interiormente-, tendrá que saberlo, y así más vale cortar por lo sano".

-Yo le dije a Elisa -continuó la señora, sin dejar de peinarse- que era una tonta, que tú no habías tenido trato nunca con esa clase de gente. Yo sé que nunca has pensado en vender ninguno de nuestros criados, y menos a semejante sujeto.

-Siempre he pensado y dicho eso -repuso el mi pero el caso es que están mis negocios en una forma que no puedo salir adelante, y tendré que vender algunos.

-¡Pero no a un tratante como ése! Tú no hablas en serio.

-Lo siento muchísimo; pero sí hablo en serio -dijo Shelby-. Le he vendido a Tom.

-¡Qué estás diciendo! ¡A ese hombre tan bueno y tan fiel! ¡Al que ha sido leal criado tuyo desde chico! ¡Ay, Arturo!... ¡Tú, que le has prometido la libertad! ... ¡Tú, que le has hablado de ella cien veces...! ¡Entonces ya puedo creer todo! ¡Ahora puedo creer que venderás a Harry, al hijo de la pobre Elisa! -exclamó la señora con tono apesadumbrado.

-Bueno; ya que has de saberlo, sábelo de una vez: he vendido a Tom y a Harry, y no sé por qué se me ha de censurar por una cosa que todo el mundo hace a diario.

-¿Pero por qué has elegido a esos dos entre todos? -dijo la señora-. ¿Por qué vendes éstos, si tienes que vender algunos?

-Porque son por los que me pagan mejor. Sí, podría haber elegido otros. Me ofrece un excelente precio por Elisa.

-¡Qué infame! --exclamó con vehemencia la señora.

-Yo no lo escuché. De modo que no me quites toda la buena fama.

-Perdóname, Arturo mío -dijo la señora Shelby, conteniéndose-. Me he encolerizado. Me tomó por sorpresa... Pero me permitirás que interceda por esas pobres criaturas. Tom es un hombre fiel y de corazón noble.

-Lo sé..., ¿pero de qué sirve todo eso? No puedo remediarlo.

-¿Por qué no haces un sacrificio pecuniario? Estoy dispuesta a sobrellevar la parte que me toque en las molestias, Arturo; yo he procurado con toda la sinceridad de que es capaz una mujer cristiana cumplir mis deberes con esas pobres criaturas. Las he cuidado, las he instruido, las he observado y conozco sus pequeñas preocupaciones y sus alegrías de muchos años; y ¿cómo podré alzar la cabeza entre ellas, si por una mísera ganancia vendemos a un ser tan noble como Tom, arrancándole todo lo que le hemos enseñado a amar y apreciar? He hablado con Elisa de su hijo..., de sus obligaciones para con él como madre cristiana. ¿Cómo podré mirarle a la cara sin que piense que todo lo que le he dicho es mentira?

-Me desespera, Emilia, que esto te apene tanto, lo siento vivamente -dijo mister Shelby-; pero esto no salva mi situación. No quería decírtelo, Emilia, pero nuestra triste alternativa es la de que si no vendo a esos dos, tengo que vender cuanto poseemos. Haley tiene en su poder hipotecas mías muy fuertes y si no pago en el acto, puede arruinarme. He realizado todos los fondos que he podido, he pedido dinero, agotando mi crédito, pero no ha bastado. Era indispensable completar la cantidad con esos dos esclavos. Haley se ha encaprichado con ese chico, y sin él no se hubiera contentado. No he tenido más remedio que ceder.

La señora de Shelby se quedó en silencio y como petrificada. Fue a dejarse caer sobre un sillón, ocultando la cara entre las manos y exhalando un profundo gemido.

-¡Ah! -exclamó-. ¡La maldición del Señor pesa sobre la esclavitud! ¡Maldición para el amo y maldición para el esclavo! ¡Pude creer que del mal podría hacerse jamás un bien! ¡La obsesión de un esclavo bajo una legislación como la nuestra es un pecado! Desde la infancia lo he sentido y pensado siempre así; y aun casada he sentido lo mismo; pero creí que podría purificar esta práctica detestable y que, a fuerza de esmero, bondad y educación podría hacer a nuestros esclavos tan dichosos como los hombres libres... ¡Qué insensata fui!

-¡Pero, mujer, ni que fueras abolicionista!

-¡Abolicionista! ¡Ay! ¡Si supieran ellos todo lo que yo sé sobre la esclavitud... ! Entonces sí que podrían hablar. ¿Qué pueden decirme ellos? ¿No he mirado siempre con aversión la esclavitud? Jamás la he considerado como una institución.

-En esa parte difieres con hombres de gran saber y muy piadosos. ¿Te acuerdas del sermón del domingo?

-Poco me importan semejantes sermones y no volveré más a oírlos en nuestra iglesia. Los ministros del Señor no pueden evitar el mal menos que nosotros; pero a lo menos que no lo defiendan y menos lo justifiquen, porque esto subleva mi ánimo.

-Emilia -dijo el señor Shelby-, siento mucho que tomes eso con tanto calor. Ya te he dicho que todo es inútil, que es asunto concluido, que Haley tiene las escrituras de venta, y te aseguro que puedes agradecer a Dios de que el mal no sea mayor. Ese hombre ha podido arruinarnos; y si tú lo conocieses como yo, comprenderías que nos hemos escapado de una catástrofe.

-¿Tan cruel es?

-Cruel, precisamente no. Es una barra de acero, digámoslo así... Un hombre que no vive más que para el negocio y la ganancia.

-¡Y ese miserable es dueño de Tom y del hijo de Elisa!

-A mí me causa profunda pena, y no quiero pensar en ello. Haley desea acabar pronto el asunto y tomar posesión mañana. Yo me marcharé muy temprano, para no presenciar nada. Tú lo mejor será que dispongas un paseo en coche a cualquier parte y te lleves a Elisa para que la cosa se haga sin que ella la vea.

-No, no -repuso la señora-. Yo no quiero ser cómplice ni auxiliar en este cruel asunto. ¡Iré a ver al pobre Tom y lo acompañaré en su pena! Quiero que vean él y su mujer que su ama tiene sentimientos acordes con los de ellos y por ellos. Y en cuanto a Elisa, no quiero ni pensarlo. Los esposos Shelby no sospechaban que su conversación tenía un oyente.

Contiguo a la habitación había un gabinete, cuya puerta daba a la galería exterior, y cuando la señora mandó retirarse a Elisa aquella noche, ésta tuvo la idea de esconderse en aquel aposento, desde el cual, con el oído pegado a la juntura de la puerta, no había perdido una sola palabra de la conversación. Cuando los esposos se quedaron en silencio, Elisa se levantó y salió cautelosamente. Pálida, trémula, con los labios apretados, parecía una mujer distinta de la tierna y tímida criatura que había sido hasta poco antes.

Echó a andar por la galería, se detuvo ante la puerta del cuarto de su ama, alzando las manos en muda invocación a los cielos, luego se deslizó hasta su cuarto. Era una habitación limpia y agradable, situada en el mismo piso que la de la señora de la casa. Tenía una soleada ventana y un estante con libros y diversos juguetes y objetos de capricho, de los regalos que le hacían por Pascua. Tenía también un pequeño ropero: aquél era su hogar, su casa, y en ella hubiera vivido feliz. Allí, en la cama, dormía Harry con sus largos tirabuzones cayendo alrededor de su rostro. Con su boquita rosada, con sus manitas extendidas sobre el embozo y con una sonrisa que iluminaba su semblante como un rayo de sol.

-¡Pobre niño! ¡Desgraciado hijo mío! -dijo Elisa-. Te han vendido: pero tu madre te salvará.

Ni una lágrima brotó de sus ojos, pues en esos momentos sólo sangre destilaba el corazón.

Tomó un trozo de papel, y escribió precipitadamente: "Querida amita: no me crea ingrata... No siempre piense mal de mí ... He oído todo lo que habló anoche con el

amo, y me voy... Voy a ver si salvo a mi hijo... ¡Dios la bendiga y la premie por sus bondades!"

Acto continuo abrió una cómoda, hizo a escape un pequeño con ropa de su hijo y la metió en un pañuelo que se ató a la cintura, sin olvidar de tomar algunos juguetes para su Harry, entre ellos el preferido: un pequeño lorito de madera.

Como es natural, lamentó tener que despertarlo; pero el chico después de algunos instantes, se incorporó, y empezó a jugar con su lorito, mientras Elisa se echaba el chal sobre la cabeza.

-¿A dónde vas, madre? -preguntó al verla.

-¡Calla! -le dijo Elisa, tomándolo en brazos-. Un hombre malo quiere llevarte a un calabozo oscuro, muy oscuro, dejándote sin mamá; pero tu mamá te va esconder, y huirá contigo para que no te lleve.

Luego abrió la puerta que daba a la terraza y se alejó en silencio.

La noche estaba fría y serena. Las estrellas brillaban como diamantes y la pobre madre procuraba abrigar con su chal al niño, que se agarraba a su cuello con sus bracitos.

El viejo "Bruno", el perrazo de Terranova, que dormía en la puerta, se levantó gruñendo al acercarse Elisa; pero ésta lo llamó por su nombre, y el animal se dispuso a seguirla, moviendo la cola y como preguntándose con su inteligencia canina: ¿qué significa este paseo nocturno?

A los pocos minutos llegaban a la ventana de la cabaña del tío Tom. Elisa se detuvo y dio unos golpecitos en los vidrios.

-¡Dios! ¡Dios santo! ¿Qué es esto? -exclamó tía Cloe, sorprendida, apresurándose a descorder la cortina-. ¡Apostaría a que es Elisa! ¡Pues también viene "Bruno", porque se le siente rascar en la puerta! ¡Vistete pronto viejo!

Y la luz de una vela de sebo que tío Tom se había apresurado a encender, cayó de lleno sobre el aterrorizado semblante de la fugitiva.

-¡Dios te bendiga...! ¡Quién había de esperarte por aquí, Elisa! ¿Estás enferma, o que te pasa?

-Voy huyendo.... tío Tom..., tía Cloe... Me llevo a Harry... ¡El amo lo ha vendido!

-¿Que lo ha vendido? -repitieron ambos, con espanto.

-¡Sí! -dijo Elisa con firmeza-. Esta noche he estado escuchando lo que hablaban, y he oído al amo decir a la niña que ha vendido a Harry y a usted, Tom, a un tratante-, y que por la mañana se va a ir y que el tratante vendrá hoy mismo a llevárselos.

Cuando Tom se dio entera cuenta de lo que Elisa, tan inesperadamente, le había comunicado, cayó desplomado sobre una silla y bajó la cabeza, anonadado por la noticia.

-¡El señor tenga piedad de nosotros! -exclamó tía Cloe- ¿Qué ha hecho Tom para que el amo lo venda?

-No ha hecho nada... El amo no quería venderlo, y a la señora, siempre tan buena, la oí suplicar e interceder por nosotros; pero él dijo que era inútil: que tenía deudas con ese hombre, y que si no le pagaba lo que debe, se vería obligado a deshacerse de todo cuanto posee. Sí; le he oído decir que no había elección posible entre vender a usted y a mi hijo y tener que venderlo todo. El amo está muy triste; pero ¿y el ama...? ¡Quisiera que la hubieran oído ustedes hablar! Hago muy mal en abandonarla; pero no tengo más remedio.

-¡Oye, tú! -dijo tía Cloe-. ¿Por qué no te vas tú también? ¿Vas a aguardar a que te lleven río abajo, adonde matan a los negros de hambre y de trabajo? ¡Yo quiero morirme mejor que ir allí! ¡Todavía tienes tiempo! ¡Vete con Elisa! Tienes pase para ir y venir a todas horas. Yo te prepararé tus cosas.

-No, no... No me voy... Que se vaya Elisa... ¡Ella tiene motivos! Si es preciso que me vendan a mí, so pena de venderlo todo, malbaratándolo, mejor que me vendan a mí solo. Creo que podré soportar los trabajos como cualquier otro. Es mejor que me vaya yo solo, que no tengo nada que deshacer y venderlo todo. No hay que perjudicar en nada al amo, Cloe; él cuidará de ti y de los niños...

Volvióse hacia la tosca cama, llena de lanudas cabecitas. Inclínose sobre el respaldo de la silla, y se cubrió la cara con las manos. Aquellas lágrimas no se diferenciaban de las que vierte un padre o una madre sobre el ataúd de su único hijo, porque aquel hombre tenía un corazón selecto como el de cualquiera.

-Esta tarde -dijo Elisa, que seguía en la puerta de la cabaña- vi a mi marido; pero entonces no sospechaba lo que iba a ocurrir. A él lo han echado al último lugar, y me dijo que iba a escaparse. Procure usted hablarle, si puede. Dígale que me he ido y por qué me he ido; que voy a ver si puedo llegar al Canadá. Dígale que lo quiero, y que si no vuelvo a verlo más... -y se volvió de espaldas y permaneció así un momento. Luego añadió con voz trémula:

-Dígale que sea todo lo bueno que pueda y que procure encontrarme en el reino de los cielos. Llame a "Bruno" -agregó-. Enciérrelo aquí. ¡Pobre animal! ¡No debe venir conmigo!

Luego, tras de unos cuantos adioses, y una cuantas bendiciones, oprimió a su hijo entre sus brazos y se alejó silenciosamente.

CAPITULO 6

Después de la conversación de la noche anterior, los esposos Shelby tardaron en conciliar el sueño, y por eso se levantaron más tarde que de costumbre al otro día por la mañana.

-¿Qué le sucederá a Elisa que no viene? -dijo la señora, después de tocar varias veces la campanilla, sin resultado.

El señor Shelby se hallaba ante el espejo asentando la navaja de afeitar, y en ese momento entró un sirviente negro con el agua caliente.

-Andy -dijo su ama-. Llégate al cuarto de Elisa, y dile que he llamado tres veces. ¡Pobrecita! -añadió suspirando.

Andy volvió, con los ojos espantados y la boca abierta.

-¡Señora! ¡Señor! Los cajones de Elisa están abiertos y todo está tirado por el suelo. Yo creo que se ha escapado.

El señor y la señora Shelby se dieron cuenta de la verdad.

-¡Se conoce que sospeché algo y huyó! -dijo Shelby.

-¡Le doy gracias a Dios! -exclamó la señora-. ¡Dios quiso que fuera así!

-¡Mujer, no digas tonterías! Si se ha escapado me va a ocasionar un disgusto serio. Haley vio mi indecisión en lo que a la venta del muchacho se refiere, y creerá que me ha puesto de acuerdo con ella para la fuga. ¡Eso toca a mi honor! -y el señor Shelby salió apresuradamente.

Durante un cuarto de hora todo fueron gritos, carreras, portazos y caras de espanto asomando acá y allá. Sólo permanecía silenciosa la persona que podía haber proyectado algo de luz sobre el asunto: la tía Cloe. Silenciosamente, con el rostro antes risueño, ensombrecido, se dedicaba a hacer panecillos para el desayuno, como si no viese ni oyese, ni se diese cuenta de la agitación que reinaba en torno suyo. Cuando se presentó Haley fue saludado por todos los negritos, espetándole las malas noticias.

-¡Es extraordinario lo que ocurre, Shelby! -dijo Haley casi a gritos y entrando bruscamente en la sala-. Parece que la muchacha ha huido con el pequeño.

-Señor Haley, aquí está mi esposa -dijo Shelby.

-Usted dispense, señora -dijo Haley, inclinándose ligeramente y con el entrecejo muy fruncido-. Repito que esto es extraordinario. ¿Es verdad lo que dicen, caballero?

-Señor mío -replicó el señor Shelby-, si desea entenderse conmigo, debe usted adoptar las maneras de un caballero.

Andy, toma el sombrero y el látigo del señor. Hágame el favor de sentarse. Sí, señor; siento decirle que la joven, alarmada por lo que oyó, o por lo que hayan podido decirle acerca de este asunto, ha huido anoche con su hijo.

-Esperaba más lealtad en el trato, lo confieso -dijo Haley.

-¿Hace usted el favor de decirme qué debo deducir de esa observación? -dijo el señor Shelby, volviéndose con viveza-. Si hay algún hombre que ponga mi honor en duda, no tengo más que una contestación para él.

Amedrentado por estas palabras, el tratante replicó en tono algo tímido, "que era enfadoso para un hombre que había tratado un asunto lealmente verse defraudado de aquel modo".

-Señor Haley -dijo Shelby-; Si yo no conociese que tiene usted un motivo de disgusto, no le hubiera tolerado la incorrección y rudeza de su entrada en mi casa. Pero declarado esto, no estoy dispuesto a tolerar que se me hagan insinuaciones indicadoras de sospecha que yo he incurrido en alguna informalidad en este asunto. Además, estoy dispuesto a prestarle a usted toda la ayuda necesaria para recuperar lo que es suyo. Así, lo mejor es que no se ponga de mal humor, que tome algo para desayunarse, y luego veremos qué es lo que conviene hacer.

La señora de Shelby se levantó diciendo que sus ocupaciones le impedían acompañarlos a la mesa, y encargando a una cuarterona que sirviese a los señores el café, se retiró.

-Parece que no le es muy simpático a la vieja este humilde servidor suyo -dijo Haley.

-No estoy acostumbrado a oír hablar de mi esposa con esa libertad -replicó secamente el señor Shelby.

-Usted dispense, ha sido una broma.

Nunca ha producido la caída de un gobierno la sensación que produjo la noticia de la venta de Tom entre sus compañeros. Era el tema de todas las conversaciones, lo mismo, en la casa que en el campo. La fuga de Elisa -suceso sin precedentes- era también importante para estimular la agitación general.

Sam el negro, como se le llamaba porque era mucho más negro que los demás del lugar, estaba revolviendo el asunto bajo todas sus fases con una justeza de visión y con tan estricta mira de su bienestar personal, que hubiera honrado a cualquier patriota blanco de Washington.

-Sí, soplan malos vientos por aquí -repitió-. Bueno... Tom se va... Su puesto queda para otro negro.. . ¿Y por qué no ha de ser para este negro?

-¡Eh, Sam! El amo quiere que ensilles a "Bill" y a "Jerry" -dijo Andy, cortando el soliloquio.

-¡En seguida! ¿Y qué ocurre ahora, sabes tú?

-Bueno. Vamos con el señor Haley a buscar a Elisa.

-Ya lo creo que la atraparemos. ¡Va a ver el amo todo lo que Sam puede hacer!

-¡Ah! Pero te advierto una cosa -dijo Andy-. Más vale que lo pienses dos veces, porque el ama no quiere que la encuentren.

-¿Cómo sabes eso? -preguntó Sam.

-Estas orejas se lo han oído decir esta mañana, cuando llevaba al señor el agua para afeitarse. La señora me envió a buscar a Elisa, y cuando le dije que se había escapado, se levantó, exclamando: "¡Dios sea loado!". En cambio, el señor, creí que se volvía loco; pero él se recompondrá, y yo sé lo que hago. Más vale ponerse de parte de la señora; te lo aseguro.

-En este mundo las apariencias engañan. Yo hubiera jurado que la señora habría revuelto cielo y tierra por encontrar a Elisa.

-Sin duda; pero ¿no ves, viejo negro, que la señora no quiere que Haley se lleve al hijo de Elisa? Esa es la madre del borrego.

-¡Ah! -dijo Sam.

-Otras muchas cosas pudiera decirte, pero estamos perdiendo el tiempo, y la señora te ha llamado. Anda a buscar los caballos.

Sam comenzó a moverse con prisa, y poco después se presentó llevando los caballos. El de Haley, que era un potro espantadizo, coceaba y daba saltos, tirando de las riendas que lo sujetaban.

-¡Ah, ah! exclamó Sam-. ¿Eres inquieto? -y al decir esto animó su rostro negro una expresión maligna-. Yo te haré estar tranquilo.

Precisamente aquel sitio estaba sombreado por una gran haya, y en el suelo, alrededor del árbol, había una porción de bellotas desprendidas de sus ramas. Con una de estas bellotas entre los dedos, Sam se acercó el potro, y con el pretexto de arreglar la silla introdujo bajo ésta la aguda bellotita, de tal manera, que cualquier peso que se echara encima de la silla excitase al animal sin dejarle ningún arañazo ni herida perceptible.

-¡Así! --dijo--. ¡Así te quedarás quieto!

En aquel momento se asomó a un balcón la señora Shelby.

-¿Cómo has tardado tanto, Sam?

-¡Dios la bendiga, niña! Los caballos no se ensillan en un minuto. Además, se habían ido a los prados del sur.

-Vas a ir con el señor Haley para enseñarle el camino y ayudarlo. Ten cuidado con los caballos. Ya sabes que Jerry estaba cojo la semana pasada. No lo apures mucho. La señora dijo estas palabras últimas recalcándolas mucho.

-Fíese la señora de su negro -dijo Sam guiñando un ojo.

-Andy -dijo Sam, volviéndose a su sitio bajo las hayas-, no me extrañaría que ese señor se llevase una costalada al montar. Ya sabes que eso puede pasarle a todo el mundo.

-¡Ya! -exclamó Andy, denotando que se había hecho cargo de lo que quería decirle su compañero.

-Ya ves que la señora quiere ganar tiempo... Yo haré algo por ella. Me parece que cuando estos caballos se vean sueltos por el bosque y empiecen a saltar, no va a poder darse prisa el señor.

-Y tú, figúrate -continuó Sam- que el caballo del señor Haley hace todo lo contrario, y se planta, y nosotros seguimos corriendo y no podemos ayudarlo...;eh?

Y Sam y Andy soltaron la carcajada.

En aquel momento se presentó Haley en la terraza. Un tanto apaciguado por las varias tazas de café que había ingerido, salía sonriendo y hablando con bastante buen humor.

-Bueno, muchachos -dijo Haley-. De prisa, ¿eh...? No hay que perder tiempo.

-Ni un momento, señor -dijo Sam entregando a Haley la rienda y sosteniendo el estribo.

En el instante en que Haley se hubo sentado en la silla, el brioso potro dio un brusco salto, y lo arrojó de espaldas a unos cuantos pies de distancia. Sam corrió a sujetarlo de las riendas, pero sólo consiguió meterle por los ojos las puntas de las hojas de palma de que iba cubierto, excitando más al caballo, el cual, con gran furia, derribó a Sam pasando por encima de él y se lanzó por el llano con tanta velocidad como si hubiera tenido las alas de Pegaso. "Bill" y "Jerry", que Andy, fiel a su promesa, había soltado a su vez. Siguieron la pista de su compañero, asustados con los gritos y la algazara que armaban los negros. Siguió a esto una escena de confusión. Sam y Andy corrían y gritaban; ladraban los perros, y Moisés, Fanny, Mike y los demás pequeños, corrían, gritaban y armaban una algarabía infernal.

El caballo del negrero, ligero y fogoso, parecía estar de acuerdo con los negros en este juego maligno. Se detenía un momento como para dejar que un negro se acercase a agarrarlo de las riendas, pero luego, de un salto, se esquivaba escabulléndose por un sendero del bosque.

Haley corría de un lado para otro, maldiciendo. El señor Shelby procuraba en vano dar instrucciones a gritos desde el balcón, y la señora, desde la ventana de su cuarto, se reía, sospechando algo de lo que había en el fondo de aquella confusión.

Al fin, a las doce, llegó Sam montado en "Jerry" y llevando de la brida al caballo de Haley, chorreando sudor, pero con los ojos centelleantes y las fosas nasales dilatadas, demostrando que el espíritu de libertad no había sido domeñado todavía.

-¡Ya lo tenemos! -exclamó el negro-. Si no es por mí, éstos no hubieran hecho más que ruido. ¡Pero le eché la mano!

-¡Tú! -refunfuñó Haley-. Si no hubiera sido por ti nada de esto habría pasado.

-¡Dios me bendiga, señor! ¡Y he estado persiguiéndolo hasta quedar bañado en sudor!

-¡Bueno, bueno! -replicó Haley-. Lo cierto es que me has hecho perder cerca de tres horas. Vamos andando.

-Señor --dijo Sam-. Ahora sólo estamos para descansar, y los animales están hechos un mar de sudor. El señor debía dejar la partida para después de comer. Hay que refrescar un poco los caballos. Ese se ha caído y "Jerry" cojea un poco.

Yo creo que a la señora no le gustará vernos salir de esta manera.

La señora de Shelby, que con gran regocijo había entreído esta conversación desde la terraza, resolvió desempeñar su papel. Acercose, y expresando su sentimiento por el

accidente de Haley, lo invitó a almorzar, diciendo que la cocinera pondría inmediatamente la mesa.

Después de reflexionar, Haley aceptó, aunque de mala gana, y Sam condujo los caballos a la cuadra.

-¡Hola! ¿Has visto, Andy, has visto? -gritó Sam luego que estuvieran lejos de sus amos- ¡Cómo vociferaba! Y yo entre mí decía: "Grita, grita, perro viejo. Agarra tu caballo si puedes, y si no, espera que yo te lo lleve". ¿Y la señora, has visto cómo se reía desde su ventana?

-No; ¡estaba tan aturdido corriendo tras los animales!

-Mira, Andy -dijo Sam con gravedad, mientras se disponía a lavar el caballo de Haley-. Yo he adquirido la costumbre de observar las cosas, lo cual sirve de mucho. Te aconsejo que te dediques a ello desde joven, porque la observación es la que diferencia a un negro de los demás hombres. ¿Has visto esta mañana de qué lado soplabla el viento? ¿Has comprendido lo que deseaba nuestra patrona sin dejarlo entrever? Esto es lo que se llama observación, facultad preciosa, ¿comprendes?

-Yo creo que si no es por mí, tú no hubieras visto tan claro.

-Tú no eres un muchacho que promete mucho, en verdad -continuó Sam-. Tengo una alta idea de ti, y sin avergonzarme, puedo copiarte algunas ideas. Es preciso no despreciar a persona alguna, porque a veces el más hábil tiene la vista turbada. ¿Entramos? Opino que la patrona nos va a dar buen bocado.

CAPITULO 7

Es imposible concebir una criatura más desolada que Elisa cuando se alejó de la cabaña del Tío Tom. Los peligros y los sufrimientos de su marido y de su hijo se mezclaban en su mente, dándole una sensación confusa y perturbadora del riesgo que corría al dejar el único hogar que había conocido en su vida, al alejarse de la protección de una amiga a quien amaba y reverenciaba. Añádase a esto que todo parecía decirle adiós; los sitios en que había crecido, los árboles en los cuales había jugado, las enramadas por donde en días más felices había paseado tantas noches con su marido.

Pero más fuerte que todo era su amor materno. Su hijo era bastante grandecito para caminar a su lado, y en caso diferente se hubiera contentado con llevarlo de la mano; pero ahora le producía escalofríos sólo la idea de soltarlo de sus brazos, y lo oprimía contra su pecho, mientras caminaba velozmente.

En un principio la novedad y el temor desvelaron al niño, pero su madre reprimía con tanto esmero hasta el ruido de su respiración y le repetía tan de continuo la seguridad de que si estaba callado le salvaría, que se agarró suavemente al cuello de su madre y no volvió a interrumpir el silencio sino para dirigir algunas tímidas preguntas, cuando se sentía dominado por el sueño:

-¿Tendré necesidad de estar despierto, mamá?

-No, querido mío, duerme Si te sientes con sueño.

-Pero Si me duermo, ¿no me dejarás llevar?

-No, con la ayuda de Dios -dijo su madre palideciendo.

Los límites de la granja, del jardín y del bosque pasaron por delante de ella como un torbellino, tal era la velocidad de su carrera; y dejaron a un lado los sitios que le eran familiares; continuó sin descanso, hasta lograr que los primeros resplandores de la aurora la hallasen en el camino real, lejos de cuanto conocía.

Había ido muchas veces con su señora a visitar en el pueblo de T..., no lejos del río Ohio, y conocía bien el camino. Pasar de allí, huir cruzando el río eran los primeros propósitos de su plan de fuga; más allá, sólo podría esperar en Dios.

Cuando empezaron a pasar vehículos por el camino, Elisa comprendió que su precipitado paso y su aire perturbado podían despertar sospechas, por lo cual puso a su hijo en el suelo y reanudó la marcha tan a prisa como creyó poderlo hacer sin chocar. Estaba muy lejos de los lugares donde era conocida personalmente; pero aun cuando la encontrase algún conocido, pensó que la misma bondad de sus amos evitaría toda sospecha y nadie podría creerla fugitiva. Además, como por el color claro de su cutis no podía suponérsela descendiente de negros, a menos de examinarla detenidamente, y como su hijo era blanco también, le era más fácil pasar inadvertida.

Confiada en estas presunciones, se detuvo al mediodía en tina granja para descansar y comprar algo de comer para Harry y para ella, porque como el peligro disminuía con la distancia, había cedido la tensión nerviosa y se sentía cansada y hambrienta.

La dueña de la granja, excelente mujer, a quien no pesaba tener alguien con quien hablar, admitió sin examen la historia de Elisa que pretendía "hacer un pequeño viaje para pasar ocho días con unos amigos", que en el fondo de su corazón esperaba que saliese cierto. Una hora antes de ponerse el sol llegaba al pueblecito de T..., junto al río Ohio, cansada, con los pies doloridos, pero llena de valor y esperanza. Despuntaba apenas la primavera; el río venía subido de madre e impetuoso, y grandes masas de hielo se balanceaban pesadamente aquí y allá en sus revueltas aguas. El estrecho canal que formaba el río estaba lleno de témpanos amontonados, formando una superficie flotante, que, cubriendo toda la anchura del río, llegaba de un extremo a otro.

Elisa se detuvo a contemplar este aspecto desfavorable de las cosas, comprendiendo que no podía circular la barcaza de transbordo, por lo cual se dirigió a una posada de la orilla para hacer algunas indagaciones.

La hotelera, que estaba preparando la comida, suspendió sus operaciones al escuchar la voz de Elisa, y volviéndose preguntó:

-¿Qué hay?

-¿No hay por aquí una barcaza o un transbordador para ir a B...? -preguntó Elisa.

-¡No! Las barcas no pasan ahora.

El gesto de desaliento de Elisa chocó a la mujer, y preguntó:

-¿Necesita cruzar el río? Parece que está muy inquieta.

-Tengo un hijo en gran peligro -dijo Elisa-. No lo he sabido hasta anoche, y hoy, he dado una gran caminata esperando encontrar un transbordador.

-¡Qué contratiempo! -exclamó la mujer, sintiendo despertarse sus simpatías maternas-. Lo siento muchísimo por usted... ¡Salomón! -llamó, asomándose a una ventana.

Un momento después se presentó en la puerta un hombre con delantal de cuero y manos muy sucias.

-Oye, sal -dijo la mujer-. ¿Va a llevar ese hombre los barriles esta noche?

-Ha dicho que lo intentará, si no hay demasiado peligro.

-En una finca de ahí al lado -dijo la mujer dirigiéndose a Elisa-, hay un hombre que tiene que pasar unas cosas esta noche, si se atreve. Como ha de venir a comer aquí, le aconsejo que se siente y lo espere. ¡Qué lindo muchacho! -añadió.

Pero Harry estaba extenuado y lloraba de cansancio.

-¡Pobrecito! No está acostumbrado a andar y le he dado una caminata. ... --dijo Elisa.

-Pues métale en ese cuarto -dijo la mujer abriendo la puerta de una alcobita, donde había un lecho.

Elisa echó en la cama a su hijo, reteniéndole una manito entre las suyas hasta que el niño se hubo quedado dormido. Por lo que a ella tocaba, no había descanso posible. Consumida de impaciencia, echaba ávidas miradas sobre las aguas que corrían lentamente entre ella y la libertad. Dejémosla en este punto para volver a sus perseguidores.

Aunque la señora Shelby había prometido que la comida iba a servirse "en seguida", tardó bastante. Pero sucedió en esta ocasión, como en tantas otras, que había que contar con la huésped. Así es que, aunque la orden había sido terminante, y aunque media docena de jóvenes emisarios la habían llevado a la tía Cloe, esta dignataria, rezongando y moviendo la cabeza con gesto de mal humor, proseguía sus manipulaciones con una lentitud que hasta entonces no había sido su característica. Por algo los criados suponían, cada uno de ellos por razones distintas de los demás, que la señora no se incomodaría por la tardanza, por lo que cada uno puso algo de su parte para aumentarla.

-Me alegro de que el amo no se haya ido esta mañana como pensaba -dijo Tom-. Eso lo hubiera sentido más que mi venta. A él quizá le pareciese natural, pero para mí hubiera sido muy duro, porque le conozco desde pequeño. Pero he visto al amo, y ya empiezo a reconciliarme con la voluntad del Señor. El amo no podía remediarlo; ha

hecho bien, pero me temo que las cosas no marchen bien cuando yo falte. El amo no puede cuidar de todo, como yo lo hacía. Eso es lo que me preocupa.

Sonó la campanilla y Tom fue llamado a la sala.

-Tom -dijo su amo amablemente-; quiero que sepas que tendré que entregar mil dólares a este caballero Si no acudes a donde él te mande. Hoy tiene que dedicarse a otros asuntos, y tienes el día por tuyo. Ve a donde quieras.

-Gracias, señor -dijo Tom.

-Mucho cuidado con hacer a tu amo una jugarreta de las que acostumbráis los negros -dijo el tratante-; porque le cobraré hasta el último centavo si no te presentas. Si me hiciera caso, no se fiaría de ninguno de vosotros.

-Señor -dijo Tom-, ocho años tenía yo cuando mi ama lo puso en mis brazos. No tenía usted todavía un año. Y el ama me dijo: "Tom, éste va a ser tu amito. Ten cuidado de él". Y ahora le pregunto: ¿He faltado a mi fidelidad? Al señor Shelby se le llenaron los ojos de lágrimas.

-Mi fiel Tom -repuso-; bien sabe Dios que dices la verdad, y si yo pudiera evitarlo, no te vendería por nada del mundo.

-Y ten la seguridad, corno que soy cristiana -añadió la señora-, que serás redimido en cuanto pueda reunir el dinero necesario para ello. Caballero -agregó dirigiéndose a Haley-; entérese de quién es la persona a quien se lo venda, y haga el favor de comunicármelo.

-Si tiene esa intención -dijo el tratante, lo conservaré un año en mi poder, y se lo volveré a vender.

-Y yo se lo compraré dándole una buena ganancia -dijo la señora Shelby.

A los esposos Shelby les molestaba el descarado del tratante; pero comprendían la necesidad de reprimir sus sentimientos. Cuanto más sórdido e insensible se mostraba aquel hombre, mayor era el temor que sentía la señora Shelby de que lograse capturar a Elisa y a su hijo, y, por tanto, mayores eran sus motivos para entretenerle, empleando todos los artificios femeninos.

A las dos de la tarde, Sam y Andy trajeron los caballos, al parecer muy descansados y vigorizados. Sam, que venía de poner aceite a la lámpara, se acercó lleno de celo y apresuramiento. Cuando Haley se aproximó, el negro discurría elocuentemente sobre el resultado infalible de la expedición que iban a hacer, y que no se frustraría, en su opinión.

-¿Supongo que vuestro amo tendrá perros? -preguntó Haley, con aire pensativo, al disponerse a montar.

-¡Una porción! -dijo Sam-. Ahí está "Bruno", que es gran ladrador, y además, cada uno de nosotros tenemos un perrillo.

- Pero tu amo no tiene perros para seguir el rastro de los negros.

Sam comprendió lo que quería decir; pero conservó su expresión de simpleza.

-Todos los perros tienen muy buen olfato. Serían unos buenos perros y de buena nariz, si se les enseñase. ¡Toma, "Bruno"! -gritó, llamando al adormilado Terranova, que vino hacia ellos.

-¡Que te ahorquen! -dijo Haley-. ¡Montad!

Los negros montaron sobre sus respectivos caballos.

-Voy a tomar el camino que va derecho al río -dijo Haley al llegar a los límites de la finca-. Es el camino que siguen. Es una buena idea -dijo Sam-. Pero hay dos caminos que van al río: el nuevo y el viejo. ¿Cuál va a tomar el señor?

Andy miró a Sam, sorprendido; pero confirmó lo que decía.

-Lo digo -continuó Sam-, porque yo me inclino a creer que Elisa ha tomado el camino antiguo, porque es el menos transitado.

-Si no fuerais unos malditos embusteros -dijo Haley, meditando unos momentos.

-Claro es -dijo Sam- que el señor puede hacer lo que mejor le parezca. El señor puede tomar el camino nuevo, si lo cree mejor; a nosotros nos da igual.

-Seguramente habrá ido por el más solitario -dijo Haley.

-Eso no lo diría yo -dijo Sam-. Las mujeres son muy especiales. Nunca hacen lo que uno piensa que harían. Esta profunda opinión del sexo femenino no logró inclinar a Haley a tomar el camino nuevo, y anunciando que iría por el otro, preguntó a Sam cuánto tardarían en llegar a él.

-Está ahí, un poco más arriba -respondió Sam, guiñando un ojo a Andy-. Yo nunca he ido por él y podemos perdernos.

-Sin embargo, quiero ir por ese camino -dijo Haley.

-Es que me parece haber oído que está cortado por muchos cercados inmediatos al río. Acostumbrado Haley a equilibrar la balanza de las probabilidades con mentiras, pensó que se inclinaba del lado del camino viejo. Creía que Sam, había mencionado involuntariamente aquel camino, y sus tentativas para disuadirle de que lo siguiese, al hacerse cargo de lo que había revelado, lo atribuía a su deseo de no encontrar a Elisa. Así, pues cuando Sam lo llevó hasta el camino, Haley se internó por él: seguido de Sam y Andy.

En realidad, el camino era muy antiguo; pero hacía muchos años que no lo utilizaba nadie, por haberse construido el nuevo.

Sam, que se mostraba muy animado, fingía observar el camino, exclamando de vez en cuando: "Allá se ve un sombrero de mujer". "¿No es Elisa eso que se ve en aquella hondonada...?" Pero siempre lanzaba estas exclamaciones en los puntos más tortuosos, donde era muy molesto avivar el paso, de suerte que mantenía a Haley en estado de agitación constante.

Después de cabalgar durante una hora, descendieron hasta un corral perteneciente a una gran finca agrícola. No se veía allí un alma, porque todos los labriegos estaban en los campos; pero como el corral se alzaba a través del camino, era evidente que su jornada en aquella dirección había llegado a un final definitivo.

-¿No lo decía yo? -dijo Sam con aire inocente-. ¿Cómo ha de conocer más el país un señor forastero que los que nos hemos criado en él?

-Tú, bribón -dijo Haley-, sabías lo que iba a suceder.

-¿No lo he dicho y sin embargo no me ha querido hacer caso? ¿No he repetido que estaba cerrada esta vía y que no esperaba pudiéramos atravesarla? Andy bien me ha oído.

Lo que decía Sam era cierto, y el tratante tuvo que volver grupas en compañía de su escolta para buscar el camino nuevo.

Como consecuencia de todas estas dilaciones, hacía unos tres cuartos de hora que Elisa había acostado a su hijo en a taberna del pueblo cuando llegaron allí sus perseguidores Elisa estaba asomada a una ventana mirando en otra dirección cuando la descubrió la viva mirada de Sam. Haley y Andy venían algunos pasos detrás. En semejante crisis, Sam se las arregló de modo que saliese volando su sombrero, lo cual le dio pretexto para lanzar una sonora y característica interjección, que llamó la atención de Elisa. La joven se echó atrás, y los jinetes pasaron rozando la ventana para dar vuelta la casa, buscando la puerta. En un momento pareció que se concentraban mil vidas en Elisa. En la habitación donde estaba su hijo había una puerta que daba al río. Tomó en sus brazos a su hijo y saltó a las gradas que conducían a la orilla. El tratante la vio en el momento de desaparecer en un descenso hacia la orilla, y tirándose del caballo y llamando a voces a Sam y Andy, corrió tras de la joven como el sabueso detrás del ciervo. En aquellos breves momentos le pareció a Elisa que sus pies no tocaban el suelo. y en un instante se encontró junto al agua. Los perseguidores iban a alcanzarla, pero con esa fuerza que da Dios a los desesperados, lanzó un grito, dio un salto enorme y, salvando la corriente de la orilla fue a caer sobre un témpano de hielo que flotaba más allá. Era imposible dar un salto tan desesperado sino por la locura. Haley, Andy y Sam, atónitos ante aquel espectáculo, lanzaron grandes gritos levantando las manos al cielo. El enorme témpano de hielo, sobre el cual había caído Elisa se hundía y rechinaba bajo su peso; pero esto no la amedrentó. Profiriendo gritos inarticulados y con la energía que da la desesperación, saltaba de uno en otro témpano, escurriéndose, cayendo y volviéndose a levantar de nuevo.

Había perdido sus zapatos, las medias se habían hecho pedazos, la sangre señalaba cada uno de sus pasos; pero Elisa no sentía nada, hasta que, como en un sueño, entrevió la otra orilla y una mano tendida hacia ella que la ayudaba a subir. ¡Estaba en el Estado de Ohio!

-¡Eres una muchacha valiente, quienquiera que seas! -dijo el hombre.

Elisa conoció el rostro y la voz del hombre que le hablaba.

Era el dueño de una granja, no muy distante de su antigua casa.

-¡Ay, mister Symmes...! ¡Sálveme...! ¡Escóndame!

-Pero, ¿qué es esto? -exclamó el hombre-. ¡Si ésta es la chica de la casa de Shelby!

-¡Mi hijo...! ¡Lo han vendido...! ¡Ahí está su amo...! -dijo, señalando a la orilla de Kentucky-. ¡Ay, mister Symmes, usted también tiene un hijo!

-Si que lo tengo -repuso el hombre ayudándola a subir la empinada cuesta-. Además a mí me gusta la gente valiente.

Cuando hubieron llegado a lo alto, se detuvo el hombre.

-Celebraré poder hacer algo por ti -dijo-. Pero no tengo adónde llevarte. Lo mejor que puedo hacer es decirte que vayas allí -añadió señalando una gran casa blanca de la calle principal del pueblo-. Ve allí; es muy buena gente. Allí no correrás peligro, y además te auxiliarán. Están acostumbrados a esto.

-¡Dios lo bendiga! -dijo Elisa con fervor.

-No habrá ocasión. Lo que he hecho no vale nada.

-¿No le dirá usted a nadie dónde estoy?

-¿Por quién me has tomado? ¡Claro que no! Vamos, anda. Te has ganado la libertad, y la tendrás, muchacha, te lo aseguro.

Elisa apretó al niño bien contra su pecho y echó a andar rápidamente. El hombre se quedó mirándola.

-Tal vez dirá Shelby que mi comportamiento no es muy propio de un buen vecino: pero, ¿qué va a hacer uno? Si él salvase a unas de mis esclavas en igual trance, no le reclamaría nada y estaríamos en paz. Siempre que he visto una criatura corriendo sin aliento para salvarse, perseguida por los perros, no sé por qué me ha sido imposible entorpecer su huida.

Haley permaneció como un espectador atónito de la escena, hasta que Elisa desapareció tras de lo alto de la orilla opuesta.

-¡Ha estado bueno el golpe! -dijo Sam.

-¡Esa chica debe de tener el demonio en el cuerpo! -dijo Haley-. -¡Saltaba como un gato montés!

-Bueno, ahora -dijo Sam- espero que el señor no nos hará probar ese camino. Yo no me siento con valor para ello. -y acabó la frase con una carcajada.

- ¡Yo os haré reír de otro modo! -dijo el tratante, asestándoles un latigazo en la cabeza. Pero los negros se agacharon y salieron corriendo por la orilla hasta donde habían dejado los caballos.

-¡Buenas noches, señor -dijo Sam- Mi ama debe estar con cuidado por "Jerry". El señor Haley no nos necesitará más.

-En manera alguna la señora querría que hiciéramos pasar sus caballos esta tarde por el puente que utilizó Elisa y haciendo a Andy una seña, puso su caballo al galope seguido de su compañero.

El viento traía el rumor de sus gritos y de sus carcajadas.

CAPITULO 8

Elisa realizó su desesperada travesía del río entre las sombras del crepúsculo. La niebla gris de la tarde, alzándose del río, la envolvía cuando desapareció remontando la orilla. Así, pues, Haley regresó a la taberna para meditar lo que convenía hacer. La mujer lo introdujo en una pieza pequeña, cuyas paredes estaban revestidas de tapices ordinarios. En medio había una mesa cubierta de hule, alrededor de la cual había varias sillas de madera con respaldo muy alto y de pies bastante delgados. Un banco de madera servía de butaca en aquel hogar. Haley se sentó para meditar sobre la inestabilidad de las cosas humanas.

-¿Para qué podía servirme ese maldito chico, que ha sido causa de que me haya visto tratado como un tonto?

Le sacó de sus meditaciones la estrepitosa voz de un hombre, que acababa de desmontar. Haley corrió a la ventana, exclamando:

-¡Esto se llama providencia! Me parece que es Tom Locker.

Haley se apresuró a salir. De pie, junto al mostrador, en un rincón de la tienda, había un hombre moreno, musculoso, de más de seis pies de alto, y ancho en proporción.

Llevaba un sobretodo de piel de búfalo con el pelo hacia afuera, que le daba un aspecto feroz, perfectamente de acuerdo con todo el aire de su fisonomía. Las líneas de su rostro expresaban una violencia brutal. Iba con él un compañero de viaje que en muchas cosas era su reverso. Este sujeto era bajo y delgado, flexible y felino en sus movimientos. Sus negros y penetrantes ojos tenían una expresión particular, como si estuvieran en acecho de algo. Su fina y larga nariz se prolongaba como si ansiara penetrar hasta el fondo de las cosas. Llevaba el pelo, que era negro y fino, peinado hacia adelante, y todos los movimientos y evoluciones de su cuerpo expresaban una sagacidad rara y cautelosa. El hombrón se llenó hasta la mitad un vaso de aguardiente puro y se lo bebió sin decir una palabra. El hombrecillo, de puntillas y alargando la cabeza a un lado y a otro, y como olfateando la botella, concluyó por pedir un jarabe de menta.

-¿Quién había de pensar que iba a tener la suerte de encontrarte? ¿Cómo estás, Locker? -dijo Haley acercándose.

-¡El demonio! -fue la cortés respuesta-. ¿Qué te trae por aquí, Haley?

El hombre cauto, que ostentaba el apellido de Marks, suspendió sus sorbitos y miró con desconfianza a Haley.

-¡Te digo que ha sido una suerte el encontrarnos, amigo Tom! Estoy en un trance apurado y tienes que ayudarme.

-Eso ni qué decir -gruñó el amigo-. Se hará lo que haga falta. ¿Qué te ocurre, hombre?

-¿Es amigo tuyo este señor? -dijo Haley mirando con desconfianza a Marks-. ¿Socio, quizá?

-Sí, es socio mío. ¡Eh, tú, Marks! Este es un compañero que estuvo conmigo en Natchez.

-Mucho gusto en conocerlo -dijo Marks, tendiendo una mano larga como la garra de un cuervo-. ¿El señor Haley?

-El mismo -repuso Haley-. Ahora, señores, creo que podremos hablar de un asunto en este cuarto. ¡Tú, viejo zorro! -dijo al hombre del mostrador- Llévanos agua caliente, azúcar y "género legítimo" en abundancia para pasar el rato. Encendieron luces, atizaron el fuego en la chimenea y los tres amigos se sentaron alrededor de una mesa bien provista.

Haley dio comienzo al patético relato de sus disgustos. Locker lo escuchó con ceñuda y áspera atención. Marks levantaba de vez en cuando la vista, y prestaba gran atención a todo el relato, cuya conclusión pareció regocijarle.

-¿Conque se la han jugado? -dijo-. ¡Je, je, je!

-Estos negocios en que entran muchachos dan muchos disgustos -dijo Haley con tristeza.

-Si consiguiéramos una casta de mujeres que no les importase de los hijos -dijo Marks-, sería uno de los más grandes progresos modernos conocidos-. Y rio de su propio chiste.

-Así es -repuso Haley-. Yo nunca me lo he podido explicar. Los muchachos dan mucho que hacer a las madres, y cualquiera creería que se alegrarían de que se los quitasen de encima; pero no es así. Y cuanta más guerra da un chico, y cuanto menos sirve para nada, más apego le tienen.

-¡Bah! -dijo Locker-. ¡Es que ninguno de vosotros sabéis hacer las cosas! ¡A mí no me ha dado disgusto ninguna muchacha!

-¿No? ¿Cómo te las arreglas?

-Yo compro una muchacha, y si tiene hijos le pongo un puño en la cara y le digo: "Mira, si sale una palabra de tu boca, te machaco la cabeza. Este chico es mío y no tuyo, y tú no tienes nada que ver con él. Voy a venderlo en cuanto tenga ocasión. Ten cuidado de no escandalizar, porque te vas a arrepentir". En cuanto le hablo así, comprenden que no vale jugar, y no me molestan.

-Eso sí que podíamos llamarlo énfasis -dijo Marks, punzando a Haley con el dedo en un costado, riendo-. ¡Este Tom habla claro! ¡Je, je, je! Me figuro que así te entenderán, porque los negros tienen la cabeza bastante dura.

-Mira, Tom -dijo Haley-, eso está muy mal; siempre te lo he dicho. Ya recordarás que cuando éramos socios en Natchez solíamos hablar de esas cosas y yo te demostraba

que lo mismo se conseguía tratando bien a la gente que tratándola mal, y que es conveniente mirar por el día en que vayamos al otro mundo.

-¡Bah! -exclamó Tom-. No me marees con tus tonterías.

-Pues yo -repitió Haley- he llevado y llevaré mi negocio de modo que me permita hacer dinero en cantidad y deprisa; pero el negocio no es todo, ni el dinero es todo, porque tenemos un alma. Yo creo en la religión, y uno de estos días, cuando deje arreglados mis asuntos, pienso atender a mi alma.

-¡Atender a tu alma! -repitió Tom desdeñosamente- Búscala bien, a ver si la encuentras.

- ¡Qué ganas tienes de llevar la contraria, Tom! -dijo Haley.

-¡Haz el favor de callarte! -refunfuñó Tom-. Ya estoy harto de tu charla piadosa.

-¡Vamos, señores! Eso no tiene nada que ver con el negocio -dijo Marks-. Discutir no conduce a nada. Tratemos de los negocios. Vamos a ver, señor Haley: ¿conque usted quiere que nos encarguemos de la captura de esa muchacha?

-La muchacha no es mía; es de Shelby; mío es el chico. He sido un tonto al comprar ese mono.

-Tú eres un tonto por lo general -gruñó Tom.

-Vamos, Locker, déjate ya de bufidos -dijo Marks- El señor Haley nos está proponiendo un buen negocio. Estate callado, pues ya sabes que estos tratos son mi especialidad -Vamos a ver, señor Haley: ¿cómo es ella? ¿Qué es ella, blanca y bonita, y bien criada. Podría darle a Shelby por ella ochocientos o mil dólares y ganar en la reventa.

-Blanca y bonita... y bien criada -dijo Marks-. Podemos hacer un negocio por nuestra cuenta. Nos apoderamos de ella y del chico, entregamos al señor Haley el chico y llevamos a la muchacha a Nueva Orleans para negociarla.

Tom cuya gran boca había permanecido abierta durante esta comunicación, la cerró de repente como cierra la boca un perrazo al atrapar un trozo de carne.

-Verá usted -dijo Marks a Haley- nosotros tenemos jueces amigos en todos los puntos, y esto facilita nuestro negocio. Tom realiza la captura, y yo me presento bien vestido, cuando hay que hacer la declaración. Un día mister Trounknor, de Nueva Orleans; otro día me presento diciendo que vengo de mis haciendas de orillas del río Pearl, donde tengo setecientos negros; otras veces soy un pariente lejano de Henry Clay o de cualquier antiguo hacendado de Kentucky. Tom es excelente cuando hay que andar a palos y a puñetazos; para cosas tranquilas no sirve. Pero si hay alguien en el país que sepa prestar un juramento con más gravedad que yo, me dejo cortar la cabeza.

Tom Locker, que era un hombre de pensamiento y movimientos lentos, interrumpió a Marks en ese punto, dejando caer el puño sobre la mesa, haciendo retemblar toda la cristalería y diciendo:

-¡Se hará!

-¡Hombre, no es preciso que rompas los vasos! -dijo Marks-. Guárdate los puños para cuando sea necesario.

-¿Y yo no voy a tener parte en la ganancia? -dijo Haley.

-¿No tienes bastante con que te entreguemos el chico? -replicó Locker-. ¿Qué más quieres?

-Hombre, ya que os proporciono este asunto, algo ha de valerme; por ejemplo, el diez por ciento de las ganancias.

-Pero ¿es que crees que no te conozco, Haley? -replicó Locker lanzando un tremendo juramento y pegando un puñetazo en la mesa- ¡Si te figuras que vas a engañarme! ¿Crees tú que Marks y yo nos hemos dedicado a la caza de esclavos para dar gusto a los señores como tú, sin que a nosotros nos quede nada? ¡Estaría bueno! Nos llevaremos a la muchacha para nosotros y tú te estarás quieto, o nos llevaremos a la muchacha y el chico. Escoge.

-Bueno, hombre, bueno -refunfuñó Haley alarmado-. Tú me entregas el chico. Ya sabes que siempre nos hemos entendido bien en nuestro negocio y nunca hemos faltado a nuestra palabra.

-Ya lo sé -repuso Tom-; de modo que no te vengas con tus rodeos de costumbre. Yo no engaño en las cuentas ni al mismo demonio. Lo que yo digo lo hago. ¡Ya lo sabes, Haley!

-Sí, hombre; ya lo sé -dijo Haley-. Con que me prometas que me entregarás el chico dentro de una semana en el sitio donde tú digas, estoy conforme.

-Pero yo, no -dijo Tom-. Recordarás que cuando hice negocios contigo en Natchez no los hice en el aire. Así, pues, o entregas cincuenta dólares, o no es para ti el chico.

-Es una garantía, nada más, ¿comprende usted? -dijo Marks en tono conciliador-. Nos arreglaremos como buenos amigos. Tom le llevará el chico a donde usted diga, ¿verdad?

-Si encuentro al chico lo llevaré a Cincinnati y lo dejaré en la casa de la abuela Belcher -dijo Locker.

Marks sacó de su bolsillo una mugrienta cartera, y desplegando un papel largo comenzó a leer su contenido:

"Barnes, condado de Shelby, el joven, trescientos pesos por él, vivo o muerto; Edwards Dicks y Lucía, marido y mujer, seiscientos pesos; Poly y dos hijos, seiscientos pesos por ella o por su cabeza..."

-Recorro la lista de nuestros negocios -dijo- con objeto de ver si podemos ocuparnos del de usted.

Después de una breve pausa, repuso:

-Tenemos que enviar a Adam y a Springer en persecución de esa Poly. Hace ya bastante tiempo que está anotada en el registro.

-Pedirán demasiado caro -dijo Tom.

-Yo arreglaré el negocio; son nuevos en estos negocios y consentirán en trabajar por un precio moderado -repuso Marks continuando su lectura-. Son tres casos muy fáciles y de muy poco trabajo, y no pueden pedir gran cosa por ellos. En cuanto a los demás negocios, podrán esperar.

-Veamos ahora todas las circunstancias de la fuga de la muchacha -dijo Marks-. ¿Dice usted, señor Haley, que la vio llegar a la orilla con el chico, y un hombre la ayudaba a subir?

-Seguro.

-Lo más probable es que la llevara a alguna parte; pero, ¿a dónde? Esta es la cuestión -agregó Marks-. ¿Tú que dices, Tom?

-Que debemos cruzar el río esta noche.

-No hay ninguna lancha. El río crece y es muy peligroso.

-He oído decir a la tabernera que va a venir un hombre que tiene que cruzar el río, y hemos de ir con él -dijo Tom.

-¿Supongo que tendréis buenos perros? -preguntó Haley

-De primera -repuso Marks-. Pero ¿de qué nos sirven? ¿Tiene usted algo de ella para que puedan rastrearla?

-Sí, tengo -respondió Haley-. Aquí está su chal, que con el apuro se dejó encima de la cama. También dejó el sombrero.

-Es una suerte -dijo Locker-. Tráelo.

-Lo malo es que los perros pueden destrozar a la muchacha si la toman desprevenida -dijo Haley.

-Bueno -dijo Locker, que había ido a hacer algunas averiguaciones-; va a venir el hombre de la lancha; con que Marks...

El aludido dirigió una mirada de disgusto a la habitación que iba a dejar, levantándose lentamente. Haley, con visible mala gana, entregó cincuenta dólares a Tom, y el digno trío se separó.

Mientras se desarrollaba la anterior escena en la taberna, Sam y Andy continuaban su viaje de regreso a la casa en estado de profunda satisfacción. Sobre todo Sam, sentía la mayor de las alegrías, que manifestaba con todo género de contorsiones y de gritos. En medio de todas aquellas evoluciones, continuaba apretando el paso de los caballos, de modo que entre las diez y las once llegaron al patio de la casa.

-¿Eres tú, Sam? ¿Dónde están? -preguntó la señora Shelby. -El señor Haley se ha quedado descansando en una taberna; está terriblemente fatigado, niña.

-¿Y Elisa?

-Elisa ha cruzado el río por encima del hielo, lo mismo que si el Señor la hubiera transportado en un carro de fuego.

-Sam -dijo el señor Shelby, que había salido a la terraza-, sube y cuéntale al amo lo que desea saber. Vamos, Emily -añadió rodeando con un brazo la cintura de su esposa-. Estás fría y trémula. Tomas las cosas demasiado a pecho.

-¡A pecho! ¿No soy mujer... ? ¿No soy... madre? ¿No somos tú y yo responsables ante Dios de la suerte de esa muchacha?

-¡Andy! -gritó Sam-. Llévate esos caballos al corral.

-Ahora, Sam, dínos con claridad lo que ha ocurrido -dijo el señor Shelby-. ¿Dónde está Elisa? ¿Lo sabes?

-Sí; la vi cruzando el río sobre un trozo de hielo flotante. Y vi cómo la ayudaba un hombre a subir por la otra orilla, hasta que se perdió en la niebla.

La señora de Shelby callaba, agitada.

-¡Gracias, Dios mío! No ha muerto -dijo por fin-; pero ¿dónde está ahora la pobrecita?

-Eso Dios lo sabe -dijo Sam.

-Bueno -repuso la señora-; puedes ir a ver a tía Cloe para que te dé la comida. Andy y tú debéis tener hambre.

-¡Qué buena es la señora con nosotros! -dijo Sam haciendo una reverencia. Y se retiró muy contento.

Se habrá notado que Sam estaba dotado de un talento natural que le hubiera hecho progresar en la política, pues todo lo convertía en mérito personal. Saliendo, pues, del salón, se dirigió hacia los dominios de la tía Cloe con la intención de causar sensación en la cocina. "Voy a pronunciar un discurso a esos negros -dijo para sí-; se me presenta una bonita ocasión". La cocina estaba llena de compadres que se habían reunido allí esperando escuchar el final de las hazañas del día. Era la hora gloriosa de Sam. La historia fue repetida con toda clase de adornos para aumentar su efecto, porque Sam, como los buenos oradores, adornaba muchos sus discursos.

-Ya veis, paisanos --dijo Sam, levantando en alto una Data de pavo con energía-; ya veis lo que ha hecho este compañero vuestro por defenderos a todos... ¡Sí, a todos...! Porque quien intenta llevarse a uno de nosotros, es capaz de querer llevarse a todos; ya veis que el principio es el mismo... Esto está claro. Y cualquiera que venga buscando a alguno de vosotros se encontrará conmigo en el camino. Pero cuando vi que se inclinaba al contrario, tuve más cuidado de capturar a Elisa, y eso parece que no está conforme con lo que dices ahora -objetó Andy.

-Eso era la conciencia, Andy. Cuando pensaba ir tras de Elisa es porque creía que el amo se inclinaba por ese lado. Pero cuando vi que se inclinaba al contrario, tuve más conciencia todavía...

-Bueno, bueno -dijo tía Cloe-. Lo mejor es que os vayáis todos cuanto antes. Despachad pronto, pues de lo contrario tendréis que habéroslo conmigo. Sam juzgó prudente obedecer a aquella brusca interpelación.

-Vamos, negros -dijo con aire de protección-, os doy mi bendición. Idos a la cama y sed buenos. Y con esta patética despedida se disolvió la asamblea.

CAPITULO 9

El resplandor del fuego de la chimenea iluminaba la alfombra de una comfortable sala, mientras el senador Bird se quitaba las botas para introducir los pies en un par de babuchas que su esposa le había hecho mientras él se hallaba ausente, en viaje político. Su mujer, que parecía la estatua de la satisfacción, estaba disponiendo el arreglo de la mesa y dirigiendo de vez en cuando frases de admiración a unos cuantos pequeñuelos juguetones que se entregaban a esos retozos que encantan a las madres.

-Tom, deja en paz el tirador de la puerta... ¡Mary, no tires de la cola al gato! ¡No sabes la sorpresa que nos has dado al verte esta noche por aquí! -dijo al fin a su esposo.

-Sí, sí; se me ocurrió hacer una escapada para pasar la noche en la dulzura del hogar. ¡Estoy muy cansado y me duele la cabeza!

La esposa dirigió la mirada a un frasco de sales.

-No, Mary; nada de medicinas. Una taza de té caliente y descanso es todo lo que necesito. ¡Es labor pesada la de legislar! Y el senador se sonrió, como si le agradase la idea de considerar que se sacrificaba por su patria.

-Bueno -dijo la esposa-. ¿Qué habéis hecho en el Senado?

-Nada de particular.

-¿Es cierto que se está discutiendo una ley prohibiendo dar de comer y beber a los pobres caminantes? ¡Pero no creo que la apruebe ninguna legislatura cristiana!

-¡Caramba, Mary! Veo que vas a meterte en política.

-¡Qué disparate! Pero creo que esa ley es cruel y anticristiana en alto grado, y espero que no se apruebe.

-Se ha aprobado una ley prohibiendo dar ayuda o albergue a los esclavos procedentes de Kentucky, y se ha considerado necesario hacer algo por calmar ese estado de cosas, lo cual, es una obra cristiana.

-¿Y ésa es la ley? ¿Se nos prohíbe dar asilo a esos seres durante la noche y dejarlos marchar, después de darles algo confortable de comer y unas prendas usadas?

-Sí, hija mía; porque eso es ayudar a los prófugos.

La señora de Bird era una mujercita tímida y ruborosa, de unos cuatro pies de estatura, con los ojos verdes, rebosantes de dulzura, cutis como una manzana y con voz dulce y agradable. En cuanto a valor, se la había visto huir ante un pavo, y cualquier perro la aterraba con sólo enseñarle los dientes. Para ella se reducía el mundo entero a su esposo y sus hijos, y lo gobernaba por la súplica y la persuasión. Sólo había una cosa capaz de sacarla de sus casillas: cualquier ofensa a sus sentimientos tiernos; cualquier cosa que tuviese visos de crueldad la ponía frenética. En la ocasión presente, se levantó bruscamente, con las mejillas encendidas, cosa que mejoraba mucho su belleza, y se acercó a su marido con aire resuelto, diciendo con tono firme:

-Ahora John, quiero que me digas si crees que semejante ley es cristiana y razonable.

-¿No me matarás si digo que sí, Mary?

-Nunca creí una sola cosa así de ti, John. ¿Tú la votarías?

-La voté con la mayoría.

-¡Debía darte vergüenza, John! Es una ley perversa y abominable. Yo la quebrantaré en la primera oportunidad.

-Óyeme, Mary; tus sentimientos son muy buenos y no te adoraré menos porque pienses así, pero es preciso no dejarse llevar por impresiones que extravíen la razón. No se trata sólo de nuestros sentimientos. Están en juego grandes intereses del Estado y la agitación crece de tal modo en el país que para conjurar los peligros, debemos prescindir de toda consideración particular.

-¡Es inútil! Estarías hablando toda la noche y no lograrías convencerme. ¿Serías capaz de arrojar ahora de tu casa a un pobre hombre trémulo y hambriento por ser un fugitivo?

Si hemos de decir la verdad, nuestro senador tenía la desgracia de ser hombre de naturaleza humana y accesible, y jamás había sido su especialidad, arrojar de sí a nadie que se hallase en un trance apurado. Y lo peor del caso era que su mujer lo sabía y dirigía sus tiros hacia el lado vulnerable. El senador recurrió a todos los expedientes empleados en semejantes casos para ganar tiempo: tosió repetidas veces, sacó el pañuelo y comenzó a limpiar los cristales de sus anteojos... La señora Bird, viendo sin defensa el campo enemigo, no titubeó en usar de su ventaja.

-¡Me gustaría verte haciendo eso, John! Arrojar a una mujer de la puerta durante una nevada, por ejemplo. ¡Y tal vez serías capaz de mandarla a la cárcel!, ¿verdad? ¡Sería una honra para ti!

-Sería un deber muy doloroso; pero un deber, al fin.

-¡Un deber! ¡No emplees esa palabra! ¡Tú sabes que no es un deber ni puede serlo! Si la gente quiere evitar que se les escapen los esclavos, que los traten bien. Si nosotros tuviéramos esclavos -que no los tendremos- no querrían escaparse.

En aquel momento asomó la cabeza por la puerta el viejo Cudjoe, negro que en la casa hacía de todo, y rogó a la señora que "tuviese la bondad de ir a la cocina"; y nuestro senador contempló a su mujer mientras salía, con una mezcla de regocijo y de enfado. Luego se sentó en un sillón a leer los diarios.

Un momento después oía la voz de su mujer, que desde la puerta le llamaba con toda urgencia:

-¡John! ¡John! ¡Haz el favor de venir un momento!

El senador al entrar en la cocina se quedó parado y sorprendido al ver lo que se le ofrecía a sus ojos. Una mujer joven y delgada, con las ropas húmedas y destrozadas, yacía sobre dos sillas presa de un accidente. Llevaba en su rostro la impresión de la raza despreciada; pero era imposible no advertir su belleza. Su rigidez de piedra, su aspecto mortal, produjeron un escalofrío al senador. Su esposa y su única criada de color, la vieja Dinah, estaban muy ocupadas en hacer recobrar el conocimiento a la desmayada, mientras que el viejo Cudjoe tenía un chico en las rodillas y le quitaba los zapatos y las medias.

-¡Hay que ver cómo está! -dijo Dinah, compadecida-. Se conoce que se ha desmayado con el calor. Estaba bastante bien cuando vino y me preguntó si podría calentarla un poco, pero apenas le pregunté de dónde venía se desmayó.

-¡Pobrecita! -dijo la señora Bird con profunda comprensión, al mismo tiempo que la desmayada abría lentamente sus grandes y negros ojos, y miraba extraviada en torno suyo. De repente, incorporándose bruscamente dijo:

-¡Mi Harry! ¿Me lo han quitado?

Al oír esto, Harry saltó de las rodillas del negro y corrió al lado de su madre, tendiéndole los brazos.

-¡Ah! ¡Está aquí! ¡Está aquí! -exclamó la madre-. ¡Por Dios, señora -dijo a la esposa de Bird-, protéjanos!

-Nadie le hará daño aquí. No tenga cuidado. ¡Pobrecita! -dijo la señora Bird, acariciándola-. Están ustedes seguros.

-¡Dios se lo premie! -dijo la mujer sollozando.

Gracias a los buenos cuidados de la señora Bird, la pobre mujer recobró un poco de calma. Cerca del fuego, se le improvisó una cama, y al cabo de poco rato se quedó sumida en un profundo sueño, con su hijo dormido en sus brazos.

Los esposos Bird volvieron a la sala. Por extraño que parezca, no se hizo alusión alguna a la conversación anterior. La señora Bird hacía calceta, y su marido leía los diarios.

-¿Quién será? -dijo por fin el señor Bird, dejando su diario.

-Lo sabremos cuando haya descansado un poco.

-¿No podrías vestirla con ropa tuya?

-Ya veremos -contestó disimulando una sonrisa.

En aquel momento asomó Dinah la cabeza, diciendo que la mujer se había despertado y quería ver a la señora. Los esposos se dirigieron a la cocina seguidos de los dos niños mayores, porque el pequeño se había acostado ya.

-¿Quería usted verme? --dijo la señora Bird con amable tono-. ¡Ya estará mejor, pobrecita!

Un largo y trémulo suspiro fue la única contestación.

-No tenga usted miedo de nada: aquí somos todos amigos. Dígame de dónde viene y qué necesita.

-Vengo de Kentucky -repuso la mujer.

-¿Cuándo ha llegado? -Preguntó el señor Bird.

-Esta noche.

-¿Cómo ha venido?

-Cruzando el río sobre el hielo.

-¡Cruzando sobre el hielo! -exclamaron todos.

-Sí -repuso la mujer-. Dios me ayudó porque me perseguía muy de cerca y no había otro camino.

-Pero si el hielo está todo roto en témpanos que arrastra el agua, y no ofrece ninguna seguridad... -dijo Cudjoe.

-¡Lo sabía! ¡Lo sabía. . .! -repitió la fugitiva-. Si lo hubiese pensado no me hubiera atrevido a pasar.

-¿Era usted esclava? -preguntó el señor Bird.

-Sí, señor; pertenecía a un caballero de Kentucky.

-¿La trataba mal?

-No, señor; era muy bueno.

-Pues, entonces, ¿a qué la ha inducido a abandonar una buena casa y huir afrontando tantos peligros?

La mujer miró a la señora Bird con ojos escrutadores, y no dejó de notar que estaba vestida de luto.

-Señora -dijo-. ¿Ha perdido un hijo alguna vez?

La inesperada pregunta fue como una puñalada en una herida aún abierta, porque sólo hacía un mes que había bajado a la tumba, el niño más pequeño de la familia.

-¿Por qué me lo pregunta? Sí; perdí un niño pequeño.

-Entonces comprenderá mis sentimientos. Yo he perdido dos seguidos. Allá están enterrados, y no me quedaba más que éste. No he dormido una sola noche sin él; era todo lo que poseía: mi alegría, mi orgullo, y me lo iban a arrebatarse..., lo habían vendido para que lo llevaran al sur, solito... Yo no podía sufrirlo señora... Sabía que si me lo quitaban me moriría de pena. Cuando supe que estaba firmada la escritura de venta, lo tomé y me escapé.

La señora Bird tenía el rostro medio oculto en el pañuelo, la anciana Dinah exclamaba repetidas veces: "¡Dios tenga piedad de nosotros...!" Y el viejo Cudjoe respondía de vez en cuando con el mismo tono de fervor. Nuestro senador, siendo un hombre, no podía permitirse el llanto; por esta razón, vuelto de espaldas a la reunión, miraba por la ventana, ocupado, al parecer, en toser y en limpiar los cristales de los lentes.

-¿Cómo me ha dicho que era bueno su amo? -exclamó.

-Porque lo era; y también era buena mi ama; pero no podían remediar lo sucedido.

-¿Tiene usted marido?

-Sí, pero pertenece a otro amo. Su señor es muy duro con él, y apenas le dejaba ir a verme.

-¿Y a dónde piensa ir, hija mía? -preguntó la señora.

-Al Canadá, si supiese dónde está. ¿Está muy lejos?

-¡Pobrecita! -exclamó la señora Bird, involuntariamente.

-Hay mucho camino, ¿verdad?

-¡Mucho más de lo que cree! --dijo la señora-. Pero veremos lo que se puede hacer por usted. Dinah haz una cama en tu cuarto, junto a la cocina, y ya pensaré lo que convenga hacer mañana por la mañana.

El señor Bird, y su esposa volvieron a la sala. La señora se sentó en una pequeña mecedora, delante de la chimenea, hamacándose con aire preocupado. El señor Bird se puso a dar paseos, refunfuñando a solas: "¡Qué demonios! ¡Vaya un asunto que se me ha venido encima! ¡Es cosa grave!" Y luego, dirigiéndose a donde estaba su mujer, le dijo:

-Oye, esa mujer tiene que salir de aquí esta misma noche.

-¿Esta noche? No va a ser posible. ¿Adónde va a ir?

-Yo no sé -dijo el senador, empezando a ponerse las botas con aire preocupado-. Ese maldito asunto es muy grave -dijo-. Su perseguidor pronto llegará aquí. Si estuviera sola podríamos esconderla, pero con el chico va a ser difícil.

-Verás -prosiguió-; mi antiguo cliente Van Trompe, se ha venido de Kentucky, y ha puesto en libertad a todos sus esclavos; ha comprado una finca a siete millas de aquí, detrás de los bosques, a donde no va nadie como no sea por necesidad. Es un sitio que no se encuentra con facilidad, y allí estará bastante segura esa pobre mujer; pero lo malo es que de noche no hay quién sepa conducir el coche hasta allí más que yo.

-¿Cómo? Cudjoe es un cochero excelente.

-Sí, sí; pero hay que cruzar dos veces el riachuelo, y el segundo cruce es muy peligroso, Si no se conoce bien el terreno. Yo lo he cruzado cien veces a caballo y conozco todas las revueltas. De modo que, como ves, no hay más remedio. Que Cudjoe enganche los caballos lo más silenciosamente posible hacia las doce de la noche, y yo la llevaré. Pero estoy pensando que después de lo que se ha dicho y se ha hecho en el Senado, voy a sentirme bastante rebajado en mi propio concepto. Sin embargo, ¡qué le hemos de hacer! ¡No puedo remediarlo!

-Tu corazón es mejor que tu cabeza en este caso, John -repuso la mujer-. ¿Te hubiera querido yo si no hubiese sabido que eres más bueno de lo que te figuras?

Y estaba tan bella al decir eso, con los ojos relucientes de lágrimas, que el senador se creyó muy listo cuando consiguió que una criatura tan linda mostrase tan apasionada admiración hacia él. Por eso mismo no pudo menos de levantarse para ir a dar las

órdenes relativas al coche. Pero se detuvo en la puerta, y volviendo sobre sus pasos, dijo, con cierta indecisión:

-Mary, no sé si te parecerá bien; pero allí hay un cajón lleno de cosas de... del... del pobre Henry.

Y dicho eso giró sobre sus talones y cerró la puerta tras de sí.

Su esposa abrió la puerta de una alcobita contigua a su cuarto, y encendiendo una bujía la colocó encima de una mesita de escritorio, de la cual sacó una llave que introdujo en la cerradura de una cómoda. Entonces se detuvo, mientras sus dos hijos, que la habían seguido, permanecían contemplándola.

La señora Bird abrió el cajón. Había allí abriguitos de muchas formas y estilos, montones de delantales, pilas de medias pequeñas y un par de zapatitos. Había también un caballo de cartón, un carrito, un perro, una pelota... La madre se sentó junto al cajón y lloró hasta que sus lágrimas regaron aquellas ropitas. Luego alzó la cabeza y comenzó a elegir las prendas más sencillas y más útiles, reuniéndolas en un lío.

-Mamá.-dijo uno de los niños-. ¿Vas a dar todo eso?

-Hijos míos -repuso la madre-; si nos ve desde el cielo nuestro querido Henry, se alegrará de que hagamos esto.

La señora Bird se sentó ante su costurero y comenzó el arreglo de las ropitas, lo que la tuvo muy atareada hasta que el reloj dio las doce y oyó el rumor de las ruedas del coche en la puerta.

-María -dijo el senador, entrando con el abrigo en el brazo-, despiértala; ya es hora de irnos.

La señora Bird depositó las cosas que había reunido en un baulito, fue a llamar a Elisa, la cual no tardó en presentarse con un chal, una cofia y un manto que habían pertenecido a su bienhechora. Llevaba en sus brazos a Harry.

El señor Bird la llevó al coche, seguido de su esposa. Elisa se asomó a la portezuela y alargó una mano..., una mano tan suave y tan blanca como la que le tendían en cambio. Clavó sus ojos llenos de expresión en el rostro de la señora Bird y, al parecer, quiso hablar. Sus labios se movieron, en una o dos tentativas; pero no emitió ningún sonido, y señalando a lo alto, con una mirada inefable, se echó hacia atrás en su asiento, cubriéndose el rostro con las manos. La portezuela se cerró y los caballos arrancaron.

¡Qué situación para un senador que había instado al gobierno para que tomara medidas más enérgicas contra los que socorrían esclavos fugitivos! En el discurso que acababa de hacer sobre ese objeto, nuestro senador habla estado elocuente.

El poder mágico de la presencia real de la desgracia, las tristes miradas, la mano temblorosa del ser abandonado, he ahí lo que nuestro senador no habla visto ni oído. Jamás había pensado que un fugitivo pudiera ser una madre débil, un niño indefenso, que llevaba en aquel momento los vestidos bien conocidos de una criatura que él había llorado tanto. Así, pues, no era de mármol ni de acero, tenía un corazón noble y recto, y se encontraba en una posición ambigua frente a su situación política.

Había reinado un largo período de lluvia. Avanzaba el coche, dando saltos y tropezones en el barro, cuando de repente se atascó dando una sacudida que los arrancó a todos de sus asientos. Apeose Cudjoe y, a fuerza de gritos para animar a los caballos, logró sacar el coche del atolladero, pero no fue sino para que las ruedas delanteras se sepultaran en otro.

El coche se detuvo, y apareció Cudjoe diciendo:

-Eso está muy malo, señor. No sé cómo salir adelante.

Desesperado el senador, se dispuso a apearse, buscando con mucho tiento un punto donde poder asentar el pie con firmeza; pero el pie se hundió en una inconmensurable profundidad, y al tratar de levantarlo, perdió el equilibrio, cayendo en el barro, de donde tuvo que sacarlo Cudjoe en un estado que daba lástima.

Ya estaba muy avanzada la noche cuando el vehículo se detuvo en la puerta de una gran casa de labranza. Fue precisa una perseverancia no despreciable para despertar a sus ocupantes; pero al fin, se presentó el dueño de la quinta.

Era un individuo corpulento, alegre y velludo, de más de seis pies de estatura, sin zapatos, con una blusa de caza de franela roja. Durante unos minutos permaneció con el farol en alto, mirando con expresión asombrada. Al senador le costó trabajo conseguir que se diera cuenta exacta del caso.

El honrado John Van Trompe había sido un gran propietario de tierras y de esclavos en Kentucky; pero como estaba dotado por la naturaleza de un corazón honrado y grande, tan grande como su gigantesca figura, había pasado varios años observando, con inquietud reprimida, el imperio de una institución igualmente mala para el opresor y el oprimido, hasta que, por último, un día nuestro hombre sacó la cartera que guardaba en su mesa de despacho y fue a Ohio, compró unos terrenos buenos y fértiles, extendió los documentos necesarios, concediendo la libertad a todos sus esclavos, hombres, mujeres y chicos, los metió en carros y los envió a establecerse en los terrenos adquiridos.

-¿Es usted capaz de poner al abrigo de los cazadores de esclavos a una mujer con su hijito? -preguntó el senador.

-Si viene alguien en busca de quien yo acoja -dijo el buen hombre-, me encontrará dispuesto a recibirlo. Tengo siete hijos, de seis pies de estatura para recibir visitas de ese género.

Extenuada, jadeante, Elisa se arrastró casi hasta las puertas con su hijo dormido en brazos. El dueño de la casa, tan tosco como bonachón, le acercó la luz a la cara, lanzó una especie de rugido compasivo, abrió la puerta de una pequeña alcoba contigua a la espaciosa cocina, donde se hallaban, y les hizo señas de que pasaran. A continuación tomó una vela, la encendió, la dejó sobre la mesa, y dijo a la joven:

-No tengas miedo, muchacha. Deja que venga quienquiera. Estoy yo aquí para todo lo que se ofrezca.

Y al decir eso señaló tres magníficos rifles que había encima de la chimenea.

-Casi todos los que me conocen saben que no es prudente venir a sacar a nadie de mi casa cuando yo estoy en ella. De modo que acuéstate a dormir con tanta tranquilidad como si te estuviera acunando tu madre -y cerró la puerta sin esperar contestación-. Es hermosísima -dijo, dirigiéndose al senador.

El senador explicó en breves palabras la historia de Elisa.

-Lo mejor será que se quede usted aquí hasta que amanezca.

-Gracias, mi buen amigo -repuso el senador-; pero tengo que salir en seguida para tomar la diligencia de Columbus.

-Si tiene que irse le enseñaré un atajo, por donde irá mejor que por el camino que ha traído.

John concluyó de vestirse, y con un farol en la mano guió el coche del senador hasta un camino que había en una hondonada detrás de la casa. Cuando se separaron, el senador le puso en la mano un billete de diez dólares, diciendo:

-Para ella.

-Bien -respondió John con igual concisión.

Se estrecharon las manos y se separaron.

CAPITULO 10

La mañana de febrero parecía fría y lluviosa a través de la ventana de Tom, y los rostros, en su tristeza, reflejaban el estado de los corazones. Veíase la mesita cubierta con la manta de planchar. Una o dos camisas ordinarias, recién planchadas, estaban tendidas en el respaldo de una silla junto al fuego, y tía Cloe tenía otra en la mesa y planchaba con la más escrupulosa exactitud, llevándose de vez en cuando una mano a la cara para secarse las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Tom, silencioso, estaba sentado a su lado, con un libro de religión abierto sobre las rodillas. Todavía era temprano. Los negritos dormían aún en sus toscas camitas. Tom, que poseía ese corazón extraordinariamente cariñoso y amante del hogar que ha sido una característica peculiar de su infortunada raza, se levantó y se acercó a sus hijos.

-Es la última vez -dijo.

Tía Cloe no contestó hasta que, dejando de pronto la plancha con ademán desesperado, alzó su voz llorando:

-Debemos tener resignación; pero ¿cómo Dios mío, la tendré yo? ¡Si siquiera supiese a dónde vas o cómo te tratarán! El amo dice que procurará redimirte dentro de uno o dos años; pero ¡Dios mío! ¡Si no vuelve ninguno de los que van allá!

-¡Cloe! Si me quieres, no me hables así, cuando quizá sea la última vez que estemos juntos.

El desayuno humeaba sobre la mesa.

-Ahora -dijo tía Cloe, yendo de un lado para otro después de comer- voy a colocarte la ropa. Por más que luego te la quitarán toda. Bueno; aquí en este rincón está la franela para el reuma. Ten cuidado con ella, porque nadie te hará otra. Ayer acabé esas medias, y he metido dentro ese ovillo de lana para remendarlas. Pero, ¿quién te las remendará?

Y tía Cloe, vencida de nuevo por estas tristes ideas, apoyó su cabeza sobre el arca y empezó a sollozar. -¡Y pensar que no vas a tener a nadie que mire por ti ni sano ni enfermo! ¡No sirve ser bueno! Después de haber comido todo lo que había en la mesa, los negritos pusieron su atención en el baúl, y al ver a su madre llorar y a su padre tan triste, comenzaron a gemir y a frotarse los ojos. El tío Tom había, puesto sobre sus rodillas a la niña y la dejaba entregarse a las delicias de arañarle y tirarle de los cabellos.

-Sí, sí, canta, mi pobre criaturita -dijo tía Cloe-; también llegará para ti el tiempo de llorar. Vivirás para ver a tu marido vendido o para serlo tú misma, y yo creo que me llevarán también a estos chicos, así que puedan servir para alguna cosa.

En aquel momento empezaron a gritar los chicos.

-¡Que viene el ama! ¡Que viene el ama!

-No puede hacer nada; ¿a qué viene? -dijo la tía Cloe.

La señora Shelby entró en la cabaña. Tía Cloe le puso una silla con ademán brusco y casi grosero; pero la señora no se fijó en sus modales.

-Tom -dijo-, vengo a... -y se calló. Miró al silencioso grupo, se sentó en la silla, y empezó a llorar.

-Por Dios, mi ama, no..., no... -dijo tía Cloe, rompiendo también a llorar. Y durante varios minutos sollozaron todos.

-Mi fiel Tom -dijo la señora Shelby-, no puedo darte nada de valor. Pero te digo solemnemente, que conservaré tu rastro y te volveré a traer en cuanto disponga de dinero...

Los chicos empezaron a dar gritos, diciendo que venía el señor Haley, y en seguida se abrió la puerta de un empujón. Haley venía de muy mal humor, porque había pasado la noche cabalgando, y por el fracaso en la captura de su presa.

-Vamos ¿Está ya preparado el negro?

Tom se levantó para seguir a su nuevo amo. La señora se dirigió al tratante y lo detuvo hablándole con acento grave y vehemente. Mientras, la familia se dirigió al carro, que esperaba en la puerta, y a cuyo alrededor se agolpaba multitud de esclavos de la finca, que habían acudido a despedir a su antiguo compañero, a quien miraban no sólo como criado principal de la casa, sino maestro venerable de doctrina y de práctica cristiana. Su marcha producía sincero pesar en todos.

-Parece que Cloe ve las cosas más tranquilamente que nosotros -dijo una de ellas con el rostro bañado en lágrimas.

-¡Se me han secado ya las lágrimas! -exclamó ésta.

-¡Suba! -dijo Haley a Tom después que se hubo abierto camino a través de los esclavos que lo miraban con ira.

Tom subió al carro. Haley sacó debajo del asiento un par de pesados grilletes y se los puso en los tobillos.

Entre los esclavos que presenciaban la escena corría un sordo rumor de indignación, y la señora Shelby dijo desde la terraza:

-Le aseguro que esa precaución es innecesaria, señor Haley.

-No lo sé, señora. He perdido ya quinientos dólares en este negocio, y no puedo aventurarme a correr más riesgos.

-¿Qué otra cosa podía esperar de él? -dijo tía Cloe, indignada, mientras sus hijos se colgaban al vestido de su madre, llorando.

-Trasmítale, señora, un cariño al niño George -dijo Tom con fervor, dirigiéndose a su ama.

George, de nada se había enterado porque ese mismo día había ido a pasar una breve temporada a una plantación amiga.

Haley fustigó el caballo, y con la mirada clavada por última vez en su antigua casa, Tom se vio arrastrado lejos de ella.

El señor Shelby no estaba en casa en ese momento. En vano se decía a sí mismo que tenía derecho para hacer lo que había hecho; que todo el mundo lo hacía, a veces sin la excusa de la necesidad... A pesar de estos razonamientos se había ido a hacer una breve excursión de negocios por la comarca, esperando que ya hubiese terminado todo a su regreso.

Tom y Haley siguieron el polvoriento camino, dejando atrás los lugares familiares, hasta alejarse mucho de los linderos de la finca y salir a la carretera abierta. Después de haber andado por ella algo más de una milla, Haley detuvo el caballo ante la puerta de una herrería, y sacando un par de esposas entró con ellas en el taller para que les hicieran un pequeño arreglo.

-Son algo pequeñas para ese negro -dijo Haley, mostrando las esposas y señalando a Tom.

-¡Calle! ¡Si es Tom, el de Shelby! ¿Es que lo han vendido? -preguntó el herrero.

-Sí, lo han vendido -respondió Haley.

-¡Quién había de figurárselo! ¡No necesita ponerle esposas! Es el hombre más fiel y mejor que...

-Sí, sí -replicó Haley-; pero esta gente tan buena, según ustedes, es precisamente la que quiere escaparse.

-Claro -dijo el herrero buscando las herramientas-; como que las haciendas de allá abajo no son agradables a ningún negro. Dicen que los matan de hambre, ¿verdad?

-Sí, con la mala alimentación, unas cosas y otras mueren muchos, y hay siempre movimiento en el mercado.

Tom estaba muy triste en la puerta de la herrería durante esta conversación. De pronto sintió las rápidas pisadas de un caballo a sus espaldas, y antes de que pudiera reponerse de su sorpresa, echó George pie a tierra, y lanzándose sobre el negro, le echó los brazos al cuello con grandísima vehemencia, entre sollozos.

-¡Esto es indigno! ¡Es una vergüenza! ¡Si yo fuera hombre no lo harían, no! -dijo George con una especie de aullido.

-¡Ay, niño George! ¡No sabe el bien que me hace! -Dijo Tom-. Sentía mucho irme sin verlo.

-No me dijeron ni una palabra, y si no hubiera sido por Tom Lincoln no me hubiera enterado de nada.

-Me ha hecho quedar mal, niño George.

-No pude remediarlo. Mira, Tom -añadió, volviéndose de espaldas a la herrería-; te traigo un dólar que tenía.

-¡Oh, yo no puedo tomarlo! -dijo Tom, conmovido.

-Pues lo tomarás -replicó George-. Mira, se lo dije a tía Cloe, y me aconsejó que hiciese un agujero a la moneda y la enhebrase en un cordón para que pudieras colgártela al cuello y tenerla escondida, porque si no te la quitaría ese granuja. ¡Te aseguro Tom, que tengo ganas de abrirle la cabeza!

-No, no; eso no me reportaría ningún beneficio.

-Bueno; no lo hago por ti -dijo George, atando el dólar al cuello de Tom-. Consévala para que te acuerdes cada vez que la mires que he de ir a buscarte y traerte a casa.

-Niño, sea bueno -dijo Tom-. Recuerde cuántos corazones laten por usted. Arrímese siempre al lado de su madre.

No sea como esos muchachos que no hacen más que dar disgustos a sus madres. Mire, niño, que Dios da muchas cosas dos veces, pero madre no da más que una.

-Seré bueno de veras, Tom; te lo aseguro. Y tú no pierdas las esperanzas, que volverás a nuestro lado. Como le he dicho esta mañana a tía Cloe, cuando yo sea hombre, levantaré para ti una casa nueva, y tendrás una sala alfombrada.

En esto Haley salió de la herrería con las esposas.

-Oiga usted, señor -dijo George al verlo-, voy a decir a mi padre y a mi madre cómo trata usted a tío Tom.

-Muy señor mío... -dijo el tratante.

-¡Debia darle vergüenza de pasarse la vida comprando hombres y mujeres, encadenándolos como si fueran reses!

-Mientras la gente compre hombres y mujeres, soy tan bueno como todo el mundo -replicó Haley-. Tan indigno es venderlos como comprarlos.

-Cuando yo sea hombre no haré ni lo uno ni lo otro.

-Adiós, niño George -respondió Tom, mirándolo con cariño y admiración-. ¡Que el Todopoderoso lo bendiga!

Tom mantuvo clavada en él la vista mientras se alejaba, hasta verlo perderse en la lejanía.

-Ahora te voy a decir varias cosas, Tom -dijo Haley, subiendo al vehículo y dejando en él las esposas-. En primer lugar, te diré que pienso tratarte bien, como trato a todos mis negros. Tú, por tu parte, acomódate lo mejor que puedas, y no me hagas jugarretas, porque son inútiles conmigo. Si los negros se están tranquilos y no tratan de fugarse, lo pasan bien a mi lado; y si no lo haces así, la culpa será tuya y no mía.

Tom aseguró a Haley que no tenía intenciones de fugarse. En realidad, la exhortación parecía superflua para un hombre con un pesado par de grillos de hierro en los tobillos.

Y aquí dejaremos por ahora a Tom para seguir las huellas de otros personajes de nuestra historia.

CAPITULO 11

A la caída de una tarde lluviosa, se apeó un viajero a la puerta de una posada rural del pueblo de N..., en Kentucky, y entró en la cantina del establecimiento. El aspecto de la tertulia era el corriente en tales lugares: kentuckianos altos y cenceños, vestidos con blusa cazadora, hablando a gritos, acompañando sus palabras con movimientos desacompañados de brazos y piernas; rifles, cananas, morrales, perros de caza y negritos esclavos, todo ello revuelto y amontonado desordenadamente en los rincones. Cerca de la chimenea estaba sentado un sujeto zanquilargo, con la silla inclinada hacia atrás, el sombrero en la cabeza y los tacos de las botas sobre la repisa, posición muy común, en la campaña para concentrar las ideas.

El hostelero estaba detrás del mostrador, y como la mayor parte de sus conciudadanos, tenía una excéntrica figura. Tenía la cabeza adornada de una gran melena, sobre la que se asentaba un sombrero de enormes proporciones. El caso es que cada uno de los presentes llevaba un emblema característico de la soberanía del hombre. Quién lucía un sombrero de fieltro, quién de hojas de palmera; uno de castor grasiento y alguno de impermeable de primera calidad. Varios negros con pantalones flotantes a la par que con camisas ajustadas, iban y venían sin parar de un extremo a otro del portal. Añádase a este cuadro un fuego alegre en una inmensa chimenea, una puerta y grandes ventanas abiertas, por las cuales entraba un viento frío y húmedo que hacía ondear las cortinas, y se tendrá la idea más completa de una posada-taberna del Estado de Kentucky.

En semejante reunión, alegre y bulliciosa, entró nuestro viajero. Era un hombre de baja estatura y fornido. Iba vestido con pulcritud y tenía rostro redondo y de expresión bondadosa, pero había algo de inquieto y original en su continente.

Echó una ojeada en redondo con cierta ansiedad, y después se refugió en el rincón más abrigado, poniendo debajo de la silla, antes de sentarse, la valija y el paraguas, viéndose que mostraba particular interés en estos objetos. Ya sentado, miró con cierta prevención a un digno ciudadano que adornaba con sus pies la extremidad de la repisa de la chimenea y que escupía frecuentemente a derecha e izquierda con una energía que podía soliviantar los nervios de cualquier persona delicada.

-¡Hola, extranjero! ¿Cómo va? -dijo el ciudadano.

-Muy bien -respondió el interpelado.

-¿Qué hay de nuevo? -volvió a decir el primero.

-Nada, que yo sepa contestó el interpelado.

-¿Qué pasa allí? -preguntó un viejo observando que se formaba un grupo ante un gran cartel.

-Es el anuncio de la huida de un negro.

Mister Wilson, que así se llamaba el caballero, se levantó de la silla, y después de dejar bien colocado sobre ella su paraguas y su valija, se puso los lentes y se acercó al cartel. Decía éste: "Al que suscribe se le ha escapado un joven mulato, llamado George. Este tiene seis pies de estatura, color muy claro y pelo castaño y crespo. Es muy inteligente, se expresa bien y sabe leer y escribir. Probablemente, trata de pasar por blanco. "Tiene profundas cicatrices en la espalda y los hombros, y está marcado en la mano derecha con la letra H. "Daré por él cuatrocientos dólares, vivo, y la misma cantidad por la prueba satisfactoria de haber sido muerto." El anciano caballero leyó este anuncio de cabo a rabo.

En ese momento llegó un tálburi, guiado por un cochero de color, a cuyo lado iba sentado un caballero muy bien vestido.

Todos los circunstantes contemplaron al recién llegado con interés. Era un sujeto de altísima estatura, de tipo español, moreno, de ojos negros y expresivos, y cabello también negro, corto y rizado; su nariz, aguileña y fina; sus labios, delgados, y el admirable contorno de sus bien formados miembros daban algo de extraordinario a su aspecto. Entró con soltura, saludó con una inclinación de cabeza al concurso, hizo una seña a su criado, indicándole dónde había de colocar la maleta, y sombrero en mano se dirigió al mostrador, dando por nombre Henry Butler, de Oakland, condado de Shelby; luego se volvió y acercándose al anuncio, lo leyó.

-Jim -dijo, dirigiéndose a su criado-, ¿no te parece que hemos visto a un mozo de esas señas en la casa de Berman?

-Sí, señor. De lo que no estoy seguro es de lo de la mano.

-Yo no me fijé -y luego, dirigiéndose al hostelero le pidió un cuarto reservado, porque tenía que ponerse a escribir.

Desde la entrada del nuevo huésped, el señor Wilson no había dejado de mirarle con inquieta curiosidad. Parecía que había visto a aquel señor en alguna otra parte, pero no podía recordar dónde. Por último, debió de acudir a su mente un recuerdo, porque miró al desconocido con aire de sorpresa y de alarma tan profundas, que el recién llegado se dirigió a él, diciéndole al mismo tiempo que le alargaba la mano:

-Usted es el señor Wilson, ¿no? Perdona que no lo haya reconocido antes. Ya veo que se acuerda usted de mí también... Butler, de Oakland.

-Sí, sí, sí. . . , señor -repuso Wilson, como en sueños.

En aquel momento llegó un negro avisando que el cuarto del caballero estaba listo.

-Jim, encárgate del equipaje -dijo el caballero; y dirigiéndose al señor Wilson, añadió: -Tendría mucho gusto en hablar con usted unos instantes en mi cuarto.

El señor Wilson lo siguió, como si estuviese dormido, y entraron en una espaciosa habitación del piso alto.

El joven cerró la puerta, y guardándose la llave en el bolsillo, se volvió, cruzado de brazos, y miró cara a cara al señor Wilson.

-¡George! -exclamó el señor Wilson.

-¡Sí, George soy! -repuso el joven.

-¡Quién lo hubiera dicho!

-Creo que estoy bien disfrazado -repuso el joven, sonriéndose-. Un poco de cáscara de nuez me ha puesto mi tez ligeramente morena y me he teñido el pelo de modo que, como usted ve, no concuerdan mis señas personales con las del cartel.

-¡Ay, George! ¡Pero es peligroso el juego!

-¡Juego mi vida! -dijo George con sonrisa altiva.

Hemos de advertir que George era, por su padre, de linaje blanco. De una de las más activas familias de Kentucky, había heredado George sus finas facciones europeas y su indomable espíritu. De su madre no había recibido más que un pequeño matiz mulato. Un ligero cambio en el tono de la piel y en el color del cabello habíanle metamorfoseado en el individuo de tipo español que hemos presentado a nuestros lectores; y como habían sido siempre en él naturales la gracia de los movimientos y los modales señoriales, no le era difícil desempeñar el papel que se había propuesto: el de un caballero que viaja con su criado.

El señor Wilson, que era de buen natural, pero extremadamente desconfiado y cauteloso, se paseaba por la habitación muy embarazado por su deseo de ayudar a George, y cierta confusa noción de sus deberes de ciudadano; así, conforme se paseaba de arriba a abajo por el aposento, se expresó de esta suerte:

-Bueno, George... Yo supongo que te has fugado. . . , dejando a tu amo legítimo... No me extraña... Al mismo tiempo que me apena... Si, creo que debo decírtelo...

-¿Qué le apena a usted? -preguntó George.

-Siento pena de verte en oposición con las leyes de tu patria.

-¡Mi patria! ¿Qué patria tengo yo sino la tumba?

-No, George, no... Ese modo de hablar es malo... No es cristiano..., te ha tocado un amo muy cruel... ; hay que convenir en que no... se porta como es debido. Pero tú sabes cómo el apóstol mandó a Onésimo volver con su amo.

-Quisiera ver, señor Wilson, si lo tomaran prisionero los indios, si entonces consideraba que su deber era vivir en la condición para que había sido llamado. Más bien creo que el primer caballo descarriado que encontrara lo tomaría por una indicación de la Providencia, ¿verdad?

El viejo abrió un extremo los ojos para considerar la cuestión desde aquel punto de vista; y si bien no era grande fuerza de raciocinio, tenía el buen sentido, de lo cual carecen ciertos lógicos, de callarse cuando nada había que decir. Así fue que, arrollando su paraguas con el mayor esmero, se limitó a continuar sus exhortaciones de una manera general.

-Ya sabes, George, que siempre he sido amigo tuyo. Ahora, a mí me parece que estás corriendo un peligro espantoso. Si te capturan, te irá peor que nunca, pues no sólo te maltratarán hasta dejarte medio muerto, sino que te venderán al Sur...

-Sé todo eso -repuso George-. Corro gran riesgo; pero... -entreabrió el sobretodo y dejó al descubierto dos pistolas y un cuchillo-. Estoy dispuesto a todo. Al Sur no iré jamás, ¡No!

-George, tu estado de ánimo es espantoso. Lo siento de veras. ¡Infringir las leyes de tu patria!

-¡Vuelta con mi patria! Señor Wilson, usted tiene patria; pero, ¿qué patria tengo yo, ni tiene nadie nacido como yo de madre esclava? ¿Qué leyes hay para nosotros? Nosotros no las hacemos..., nosotros no damos nuestro consentimiento para que éstas se hagan..., nosotros no tenemos nada que ver con ellas.

-Debo decirte como un amigo, que harías mejor desechando esas teorías.

-Escúcheme, señor Wilson -dijo George, acercándose y sentándose resueltamente delante de él-. Míreme bien: ¿no estoy sentado delante de usted como se sientan muchos otros hombres? Míreme la cara..., míreme las manos..., míreme el cuerpo -y el joven se irguió con altivez-. ¿No soy un hombre como otro cualquiera? Ahora, escúcheme, señor Wilson, lo que voy a decirle: yo tuve un padre, un caballero de Kentucky, que se preocupó por mí lo suficiente para evitar que a su fallecimiento se me vendiese con sus perros y sus caballos para liquidar sus propiedades. Yo vi a mi madre puesta en venta ¡con sus siete hijos en el juzgado! Fueron vendidos uno por uno ante sus propios ojos todos a distintos dueños.

Mi amo hizo tratos con uno de aquellos hombres y compró a mi hermana mayor. Al principio, me alegré de su compra, porque así iba a tener una amiga a mi lado. Pero no tardé en sentirlo. Señor, yo he oído desde la puerta cómo la azotaban, y aunque cada golpe que descargaban sobre ella me laceraba el corazón, no podía hacer nada para defenderla. Y la azotaban, señor, porque quería hacer una vida cristiana, una vida que las leyes de ustedes no toleran a ninguna muchacha esclava. Y, por último, la vi encadenada con la cuadrilla de un tratante que la llevaba al mercado de Nueva Orleans. Yo crecí durante años y años, como un perro, sin padre, sin hermanos ni ningún ser viviente que me tuviera cariño, sin nada más que hambre, golpes y malos tratos. Nunca escuché una palabra bondadosa hasta que fui a trabajar a casa de usted, alquilado por mi amo. Señor Wilson, usted me trató bien; usted me animó a portarme bien, a aprender a leer y a escribir y a procurar servir de algo, y bien sabe Dios lo agradecido que le estoy. Por entonces, señor, conocí a mi mujer; usted la ha visto y sabe lo que es y lo que vale. Cuando comprendí que me amaba, cuando me casé con ella, apenas podía creer en mi dicha. Pero después, ¿qué? Se presenta mi amo, me arranca de mi trabajo, de mis amigos y de cuanto podía serme agradable y me arroja al fango. ¿Y por qué? Porque dice que he olvidado quién soy, ¡porque dice que va a demostrarme que no soy más que un negro, que sólo soy un esclavo! ¡Fíjese usted, señor Wilson! Todas estas cosas que han destrozado el corazón de mi madre, de mis hermanos, de mi mujer y de mí mismo, no han sido sino las leyes. ¿Y llama usted

a tales leyes, leyes de mi patria? Señor, yo no tengo patria, como no tengo padre. Pero voy a tener una. No quiero nada de su patria, ni de usted; sólo quiero salir de ella. Cuando esté en el Canadá, donde las leyes me protejan, ésa será mi patria, y obedeceré sus leyes. Pero si algún hombre intenta detenerme, ¡que tenga cuidado con mi desesperación!

Este discurso era demasiado fuerte para el bondadoso sujeto a quien iba dirigido.

-¡Así se los lleve el diablo a todos esos infernales negreros! -exclamó- Tienes razón. ¡Adelante, George, adelante, pero ten cuidado, hijo mío, no mates a nadie, como no sea que..., bueno. . ., si tiras trata de no darle... yo, por lo menos, no tiraré contra nadie... dime, ¿dónde está tu mujer?

-Ha huido con su hijo, Dios sabe dónde... Va en busca de la Estrella del Norte, y nadie sabe cuándo nos encontraremos.

-¿Es posible? ¡Estando con una familia tan buena!

-Las familias buenas tienen a veces deudas, y las leyes de nuestra patria les permiten arrancar al hijo del seno de la madre para venderlo y pagar al acreedor.

-Bueno -dijo el honrado viejecito-. Quizá me aparte de mi criterio; pero..., toma, George -y sacando un rollo de billetes se lo ofreció al muchacho.

-No, querido mister Wilson -respondió George-, ya ha hecho demasiado por mí, y esto podría perjudicarlo. Tengo bastante dinero para llegar al final de mi viaje.

-No, George, no debes rehusar. Dinero nunca se tiene demasiado. Toma, te lo ruego.

-A condición de devolvérselo más adelante, lo acepto agradecidísimo.

-Bueno, bueno; y ahora dime, ¿vas a viajar mucho tiempo de este modo? Y ese negro, ¿quién es?

-Un hombre fiel que se fue al Canadá hace más de un año; pero después de estar allí se enteró de que su amo descargaba la ira que le había producido su ira pegando a su pobre y anciana madre, y ha vuelto para buscar ocasión de llevársela.

-¿Y lo ha conseguido?

-Todavía no. Ahora me acompaña hasta Ohio para dejarme en manos de los amigos que lo ayudaron a él, y luego volverá.

-¡Peligroso, muy peligroso! -dijo el anciano.

-Bien, mi bondadoso señor Wilson. Saldré mañana antes del amanecer. Mañana por la noche pienso dormir en Ohio. Viajaré de día, me detendré en los mejores hoteles, comeré a la mesa con los hacendados de la comarca. Adiós, señor Wilson. ¡Si oye que me han capturado, tenga por seguro que he muerto!

George tendió la mano. El amable viejecillo se la estrechó efusivamente, tomó su paraguas y se dirigió a la puerta.

-Señor Wilson, una palabra más.

-¿Qué, George?

-Quisiera pedirle el último acto de caridad evangélica. Lo que dice es verdad. Voy a correr un riesgo mortal. No se acordará de mí más que mi pobre mujer. Ella llorará, Si usted consigue, señor Wilson, que llegue a sus manos este alfilercito. ¡Me lo regaló una vez para Pascua! ¡Pobrecita! Déselo y dígame que la amé hasta el último instante de mi vida. ¿Quiere hacerlo? ¿Quiere usted? -añadió con vehemencia.

-¡Sí, pobre muchacho! -dijo el viejo caballero.

-Dígale -agregó George- que mi último deseo es que si logra llegar al Canadá se quede allí. Dígale que eduque a nuestro Harry como hombre libre, y así no sufrirá lo que yo he sufrido.

-Sí, George, se lo diré; pero confío en que tú no morirás. Ten valor, tú eres libre y valiente.

CAPITULO 12

Traqueados por el movimiento del carro, Haley y Tom iban absortos en sus reflexiones. Pero es curioso que las reflexiones de dos hombres sentados uno junto a otro en el mismo asiento y pasando ante ellos los mismos objetos, sean tan diferentes.

Por ejemplo, el señor Haley pensó primeramente en la estatura de Tom y la cantidad en que podría venderlo si lograba sostenerlo grueso y con buena salud hasta presentarlo en el mercado.

Luego pensó en sí mismo. Se felicitó por ser tan humano, "porque -se decía- mientras otros les ponen esposas y cadenas en los pies y en las manos, yo sólo las he puesto a Tom en los pies, y mientras él se porte bien tendrá las manos libres".

Tom, por su parte, pensaba en la bondad de sus antiguos amos y en el cariño que les profesaba.

El señor Haley sacó de bolsillo varios periódicos y se puso a mirar los anuncios con marcado interés. Encontró uno que decía: "Venta por testamentaria. ¡Negro! De acuerdo con lo dispuesto por el tribunal, el martes 20 de febrero, en la puerta del juzgado de la villa de Washington, del Estado de Kentucky, serán sacados a remate los siguientes negros: Agar, de sesenta años, John, de treinta; Ben, de veintinueve; Saúl, de veinticinco; Albert, de catorce. Véndense en beneficio de los acreedores y herederos de los bienes del señor Jess Blutchford, Samuel Morris, Thomas Flint, ejecutores testamentarios."

-Tengo que ver eso -dijo Haley a Tom, a falta de otra persona con quien hablar-. Voy a formar una partida de primera para llevarla conmigo. Con una buena compañía lo pasarás más agradablemente. Ante todo, tenemos que ir a Washington, y allí te dejaré en la cárcel mientras atiendo a mis negocios.

Tom recibió con dulzura tan interesante comunicación. Sólo preguntó a su corazón cuántos de aquellos infelices tendrían mujer e hijos y sufrirían lo que él al abandonarlos. Llegó la noche. Durmieron Haley, confortablemente instalado en una taberna, y Tom en la cárcel de la villa de Washington.

A las once de la mañana siguiente hallábase reunida una multitud abigarrada ante las puertas del juzgado. Los esclavos y las esclavas que iban a ser vendidos estaban sentados en grupo aparte. La mujer que en el anuncio figuraba con el nombre de Agar era una africana, por su cara y su tipo.

Podría tener sesenta años, pero representaba más a consecuencia de los rudos trabajos y las enfermedades, y estaba medio ciega y un tanto baldaba por el reumatismo. A su lado, se hallaba el único hijo que le quedaba, Albert, un muchacho de catorce años, de fisonomía despierta e inteligente; era el único sobreviviente de una familia numerosa, cuyos miembros habían sido vendidos sucesivamente para el mercado del Sur. Su madre lo sujetaba con manos trémulas y miraba con atención a todo el que se acercaba para examinarlo.

No tengas miedo, tía Agar -dijo el más viejo de los hombres del grupo-. He hablado con el niño Tom, y cree que podrá arreglárselas para venderla en un lote junto con su hijo.

-Que no me digan que estoy inútil -dijo la mujer alzando las temblorosas manos-. Todavía puedo cocinar, barrer y fregar. Díselo tú -añadió con vehemencia.

Haley se había abierto camino entre el grupo, y dirigiéndose al viejo, le mandó abrir la boca y lo examinó, le tocó la dentadura, le hizo doblarse y ejecutar varios movimientos para examinar su musculatura. Luego pasó al siguiente y lo sometió a iguales pruebas. Así llegó hasta el muchacho, que era el último.

-¡No le vendan sin mí! -dijo la mujer con apasionado anhelo-. El y yo estamos juntos en un lote. Yo estoy muy fuerte, señor, y puedo trabajar mucho todavía, ¡mucho!

-¿En trabajos de campo? -replicó Haley-. ¡Pamplinas!

Y satisfecho de su examen, retrocedió unos pasos y esperó.

-¿Qué le parece? -le preguntó un hombre que había seguido el examen de Haley.

-¡Bah! Pujaré más por los más jóvenes y el chico.

-Quieren vender juntos el chico y la vieja -dijo el hombre.

-Les va a ser difícil, porque la vieja no vale lo que come.

-Sería una lástima no comprarla con su hijo: no podrá vivir sin él. Suponga usted que la den por un precio ínfimo.

-Tanto mejor para los que desean malgastar el dinero.

Pienso comprar al muchacho para una plantación, pero no tengo ganas de llevarme a esa vieja aunque me la regalaran. La conversación fue interrumpida por un murmullo del auditorio, producido por la llegada del martillero, sujeto de baja estatura y aspecto vivo e inteligente, el cual se abrió camino con los codos a través de la turba. La vieja contuvo el aliento y apretó instintivamente a su hijo contra su pecho.

-Estate junto a tu madre, Albert, aquí, a mi lado... Nos van a vender juntos -dijo la mujer.

-¡Ay, madre! ¡Me temo que no! -repuso el chico.

-Sí, sí, hijo mío. Yo no podría vivir sin ti -dijo la vieja.

La voz estentórea del martillero anunció que iba a comenzar la subasta. Hizose espacio y comenzó el acto. Los varones que figuraban en la lista no tardaron en ser adjudicados a precios que revelaban la buena demanda del mercado. Haley se quedó con dos.

-Ven acá tú, chico -dijo el martillero al negrito tocándole con el martillo-. Levántate y enseña tus músculos.

-Pónganos juntos, haga usted el favor, señor -dijo la vieja estrechando a su hijo.

-¡Quita allá! -dijo el hombre empujando a la negra con aspereza-. A ti te toca la última. ¡Anda, negrito, arriba! -y al mismo tiempo empujó al chico hacia el centro, mientras resonaba a sus espaldas un profundo gemido. El chico se detuvo y miró hacia atrás; pero no había tiempo para detenerse, y quitándose las lágrimas de sus vivos ojos, se situó donde le habían mandado. Su bonita figura, sus ágiles miembros y su rostro inteligente llamaron desde luego la atención de los compradores, dando lugar a reñida competencia entre ellos.

A los oídos del martillero llegaron simultáneamente media docena de ofertas.

Por fin sonó el martillazo. Haley era el vencedor. Empujaron al chico hacia su nuevo amo; pero él se detuvo un momento y volvió la vista hacia su pobre madre, que tendía hacia él sus manos.

-¡Cómprame su merced también, niño! ¡Por la misericordia de Dios! ¡Si no me compra me muerol

-Te morirías aunque te comprase -le contestó Haley-. No, no te compro-. Y dicho esto, le volvió la espalda.

La subasta de la pobre vieja duró poco. El sujeto que había estado hablando con Haley y que parecía un hombre de buenos sentimientos, la compró por una friolera. Los espectadores fueron marchándose.

Los pobres negros subastados, que habían vivido juntos durante muchos años, rodearon a la desdichada vieja, cuyo estado movía a compasión.

-¿No podían haberme dejado siquiera uno? El amo me había dicho que me dejarían uno exclamaba la pobre criatura.

-¡Mamita, no llores! -le decía el muchacho-. Dicen que te ha tocado un buen amo.

-¡Lo mismo me da! ¡Ay, mi buen Albert! ¡El único hijo que me quedaba! ¡Dios mío! ¿Cómo voy a resistir este golpe?

-¡Vamos! ¿No hay quien se lleve de aquí a esa negra? -exclamó Haley enojado-. No le conviene excitarse de ese modo.

Los esclavos más viejos de los recién vendidos, parte por persuasión, parte por fuerza, separaron al muchacho de su madre, que lo estrechaba en un último abrazo, y la llevaron al carro de su nuevo amo, tratando de consolarla con buenas palabras.

-¡Vamos! -dijo Haley a los tres esclavos que acababa de comprar. Y sacando unas cuantas esposas, se las fue poniendo a cada uno de ellos en las muñecas, y enganchándolas después en una larga cadena, los condujo en un carro a la cárcel.

A los pocos días se embarcaba Haley con sus esclavos en uno de los vapores que bajan por el río Ohio. Formaban una Parte de la cuadrilla que pensaba vender en los mercados del Sur.

La *Belle Reviere*, que tal era el nombre del barco -uno de los mejores que navegaban por el río Ohio-, descendía la corriente, bajo un cielo alegre y despejado, ostentando en sus mástiles la bandera de rayas y estrellas de la libre América... Una multitud compuesta por gente elegante llenaba los puentes, donde todo era vida, movimiento y alegría. Parecía que este día era una fiesta para todos, excepto para los pobres negros, que relegados en el alcázar hablaban en voz baja entre sí.

-Espero -dijo Haley acercándose a ellos bruscamente que estaréis contentos. ¡Vamos! ¡A un lado la tristeza! ¡Valor! Sed buenos muchachos conmigo, y yo me portaré bien con vosotros.

-Yo soy casado -dijo uno que aparecía en el registro con el nombre de John, dejando caer su mano encadenada sobre las rodillas de Tom-; y mi mujer no sabe nada de esto. ¡Pobrecita!

-¿Dónde vive? -preguntó Tom.

-Cerca, en una taberna. ¡Ay! ¡Si pudiera volver a verla! Un hondo suspiro salió del pecho de Tom, quien volvió a otro lado la cabeza procurando distraerse.

En el salón, cuyas ventanas daban al sitio donde ellos estaban, se habían reunido padres, madres, hermanos, y mujeres, a cuyo alrededor iban y venían varios niños. ¡Qué feliz parecía la vida en aquel pequeño círculo tan favorecido por la Providencia!

-¡Ay! mamá --dijo un chico-, hay un traficante de negros, y he visto tres o cuatro esclavos de los que lleva consigo.

-¡Infelices! -exclamó la madre con tono compasivo.

-¿Qué hay? -preguntó otra de las señoras reunidas en la sala.

-Unos pobres esclavos que vienen a bordo con nosotros -contestó la primera.

-Y llevan cadenas -añadió el chico.

-¡Qué vergüenza que pase esto en nuestro país! -dijo otra.

-¡Ah! Mucho hay que decir en pro y en contra sobre eso -añadió una señora, que cosía junto a dos hijos, que jugaban a su alrededor-. Yo he estado en el Sur y he visto que allí los negros son más felices que si fueran libres.

En esto, el buque se separó del puerto, y las cosas siguieron su curso. Los hombres conversaban, fumaban o leían; las mujeres cosían y los niños jugaban. Un día el barco se detuvo en un pueblecito de Kentucky, y Haley desembarcó para evacuar ciertos asuntos. Tom, cuyos grillos no le impedían moverse y pasear en un pequeño espacio, se acercó al costado del barco y se asomó a la borda. Al poco vio regresar al tratante a paso ligero, en compañía de una mujer de color que llevaba un chicuelo en brazos.

La mujer vestía bastante bien, y la seguía un negro con un pequeño baúl. La mujer venía hablando risueña, con el que llevaba el baúl, y así cruzaron la pasarela y entraron en el vapor. En seguida sonó la campana, dio un silbido la máquina y el barco comenzó a navegar río abajo.

La mujer se internó entre las cajas y los fardos del puesto bajo, se sentó y comenzó a hacer caricias al chicuelo que llevaba en brazos.

Haley dio un par de vueltas por el buque y luego vino a sentarse cerca de ella, comenzando a decirle algo en voz baja. Tom notó que se oscurecía la frente de la mujer y contestaba con vehemencia a lo que Haley le estaba diciendo:

-¡No lo creo...! -le oyó decir-. ¡Usted no habla en serio!

-Si no lo crees, mira -dijo Haley sacando un papel-. Aquí está la escritura con la firma de tu amo al pie.

-Yo no creo que el amo me haya engañado de ese modo; ¡no puede ser! -dijo la mujer con creciente agitación.

-Pregúntaselo a cualquiera que sepa leer de los que está aquí. ¡Oiga! -dijo dirigiéndose a un hombre que pasaba por allí-. Haga usted el favor de leer esto.

-Esto es una escritura de venta firmada por John Fosdick -dijo el hombre-, cediéndole a usted la joven Lucía y su hijo.

Las vehementes exclamaciones de la mujer atrajeron en torno de ellos a multitud de pasajeros. El tratante les explicó brevemente la causa de su agitación.

-El amo me dijo que me mandaba a Louisville alquilada como cocinera a la misma taberna donde trabaja mi marido, y yo no puedo creer que me haya engañado -dijo la mujer.

-Pues te ha vendido, pobre mujer; no cabe duda -dijo un hombre de aspecto bondadoso que había examinado los papeles.

-Pues entonces es inútil hablar -dijo la mujer. Quedándose de pronto tranquila: y estrechando más a su hijo entre los brazos se volvió de espaldas y se puso a contemplar el río.

-Vamos, vamos; no lo lleva tan mal como yo esperaba -dijo el traficante-. Se conoce que ésta es más sensata de lo que por lo general son las de su especie.

Seguía el barco su marcha, y la infeliz parecía haberse serenado. Una brisa templada y fragante vino a refrescar su cabeza, sin preocuparse de si la frente que acariciaba estaba triste o alegre.

El niño se puso en puntas de pie para tocar el rostro de su madre, como si hubiese querido consolarla. De repente, la madre lo abrazó, y apretándolo contra su corazón vertió algunas lágrimas, que fueron a caer sobre la cara risueña de la criatura.

-¡Hermoso muchacho! -dijo un hombre deteniéndose a contemplarlo-. ¿Qué edad tiene?

-Diez meses y medio -respondió la madre.

El hombre silbó para llamar la atención del chiquillo, y le dio un caramelo, que el rapaz llevó ávidamente a la boca.

-¡Qué listo eres, chiquillo! -dijo el hombre.

Cuando hubo llegado al otro extremo del barco, tropezó con Haley, que estaba sentado, fumando, sobre una pila de cajones.

El desconocido encendió un cigarro, y dijo:

-¡Buena compra ha hecho usted!

-No es mala -repuso Haley.

-¿La lleva al Sur? -preguntó el hombre.

Haley contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza.

-Para el campo, ¿eh?

-Sí -dijo Haley-; tengo un pedido para una hacienda.

-Pero al chico no lo van a querer en la hacienda.

-Lo venderé en cuanto tenga ocasión.

-¿Cuánto querría usted por él?

-No sé -contestó Haley-, porque es un chico hermoso, bien formado, robusto, y con unas carnes más duras que el mármol.

-Yo me hallo en buena posición para criar algunos chicos y me gustaría quedarme con él. Justamente la semana pasada se le ahogó a mi cocinera su hijo en una tina de lejía, y así podría criar éste.

Haley y el forastero siguieron fumando en silencio un rato; ni uno ni otro se atrevían a atacarse de frente en el punto cardinal, de la transacción. Por fin, el último tomó la palabra.

-No exigirá usted por él arriba de diez dólares, puesto que de todos modos es un estorbo del cual, necesita deshacerse.

-No, amigo; eso no me conviene. El muchacho es fuerte y sano, y de aquí a seis meses valdrá cien dólares.

-Treinta le doy por él, ni un centavo más -dijo el otro.

-¡Vaya! -dijo Haley- se lo daré en cuarenta y cinco; es lo más que puedo bajar.

-¡Pues negocio hecho!

-Perfectamente -dijo Haley-. ¿Dónde va usted a desembarcar?

-En Louisville.

-Muy bien; llegaremos al amanecer. El chiquillo estará dormido y podrá llevárselo con comodidad, sin gritos ni lágrimas.

Hacia una noche clara y serena cuando el vapor atracó al muelle de Louisville. El chiquillo estaba profundamente dormido en los brazos de su madre, que seguía sentada en el mismo lugar en que la dejamos. Cuando oyó vocear el nombre de Louisville, dejó al bebé envuelto en su raído abrigo, y corrió hacia los costados del barco con la esperanza de que entre los criados que se agolpaban en el muelle estuviera su marido.

-Esta es la ocasión -dijo Haley, tomando al dormido negrito entre los brazos y entregándoselo al desconocido.

El comprador tomó el bulto y se perdió entre la multitud que se agolpaba en el muelle. Cuando el vapor desatraco, y comenzó a navegar río abajo, la mujer volvió al lugar que antes ocupaba, donde encontró al traficante. Pero su hijo había desaparecido. -Lucía -díjole el tratante-, a tu hijo se lo han llevado.

Más vale que lo sepas ahora, pues al fin habrías de saberlo.

La puñalada hirió tan de lleno en el corazón, que la dejó sin fuerzas. Desplomóse en el cajón en que había estado sentada, con el semblante desencajado, los ojos fijos y sin expresión.

El tratante creyó del caso decirle algunas palabras de consuelo.

-Comprendo que la cosa será dura al principio, Lucía; pero siendo como eres una muchacha razonable, se te pasará.

-¡Ay, no, no, mi amo! -exclamó la negra con voz ahogada, y sin hacer caso de las hipócritas palabras de consuelo de Haley, se envolvió la cabeza en su manto para llorar a solas.

El tratante estuvo paseándose un -rato, deteniéndose de cuando en cuando delante de ella para mirarla.

-Le ha sido algo amargo el trago; pero dejémosla y poco a poco irá tranquilizándose-reflexionaba.

Tom había observado lo ocurrido desde el principio hasta el fin, y se había hecho cargo de todo. Parecíale aquello lo que era: horrible y cruel. Se tendió sobre un cajón, y desde allí oía de vez en cuando un sollozo o un lamento ahogado de la infeliz criatura. Hacia la medianoche se despertó Tom con una sacudida súbita. Algo oscuro pasó rápidamente por su lado dirigiéndose hacia la borda, y un instante después sintió el sordo rumor de algo pesado caer en el agua. Nadie más que él se había dado cuenta de aquel incidente. Levantó la cabeza y miró hacia el paraje en que había estado la mujer. ¡Estaba vacío!

Se levantó y registró todos los lugares en torno suyo, pero en vano. El pobre corazón, traspasado de dolor, había encontrado la calma por la cual suspiraba, en las aguas del río.

El tratante se despertó temprano y fue a echar una ojeada sobre su rebaño.

-¿Dónde diablos está la muchacha? -preguntó a Tom.

Tom, que había aprendido a callarse, no se consideró obligado a dar cuenta de lo que había visto, y contestó que no sabía nada.

-No ha podido saltar a tierra en ninguna de las paradas, porque he estado muy alerta cada vez que el barco se ha detenido.

El tratante registró el buque de popa a proa.

-Vamos, Tom, sé franco -dijo cuando volvió-. Tú has estado todo el tiempo echado casi junto a ella, y, por tanto, tienes que saber algo; no hay más remedio.

-Le diré a su merced, mi amo -respondió Tom-; hacia el amanecer sentí que me rozaba una cosa, y cuando desperté del todo vi que ya no estaba la chica. Eso es todo lo que sé.

El tratante no se preocupó. Se limitó a lanzar unos cuantos juramentos maldiciendo de aquella mujer que tan mala pasada acababa de jugarle.

No lamentó la muerte de Lucía más que como la de una mercadería.

-Si siguen así las cosas, no voy a ganar ni un céntimo en este viaje -fue su comentario.

CAPITULO 13

Nos hallamos en presencia de una plácida escena: una cocina espaciosa y limpia; el fogón, negro; una gran sartén ennegrecida, pero limpia, sillas de madera pintadas de verde y barnizadas; una pequeña mecedora y otra mucho más ancha con un almohadón de pluma. En esta ancha mecedora, balanceándose suavemente, con los ojos fijos en la delicada labor que tiene en sus manos, está sentada nuestra antigua amiga Elisa. Pálida, delgada, acusando toda ella un dolor profundo aunque tranquilo, se ve que su corazón ha envejecido, pero fortificándose en las aflicciones toda vez que levanta la vista para mirar a su Harry, que corre y brinca a su alrededor, se lee en sus ojos una firmeza y una resolución que no tenían antes, en Kentucky.

A su lado estaba sentada una mujer -Rachel Halliday con una cacerola en el regazo, en la cual iba depositando unos melocotones secos. Podría tener sesenta años, pero su rostro era de esos que sólo toca el tiempo para hermosearlos.

Su pelo, en parte plateado por los años, arrancaba hacia atrás de una frente amplia en la que el tiempo no había dejado ninguna huella.

Una toca de tul blanco como la nieve, como usaban las mujeres cuáqueras, cubría sus cabellos. Su cara redonda estaba iluminada por un tinte rosado, resultado de una buena salud. Dos ojos oscuros, brillantes y dulces brillaban en aquella fisonomía, comunicándole mayor encanto y bondad.

-¿Sigues decidida a irte al Canadá, Elisa? -preguntó.

-Sí, señora -repuso Elisa-; debo ir. No me atrevo a permanecer aquí.

-¿Y qué vas a hacer cuando llegues? Debes pensarlo, hija mía.

-Trabajaré en lo que pueda encontrar.

-Ya sabes que puedes estarte aquí todo el tiempo que quieras.

-¡Oh, muchas gracias! Pero -y esto lo dijo mirando al pequeño Harry-, no puedo descansar. Anoche mismo soñé que venía un hombre por el corral.

-¡Pobrecita! -dijo Rachel-. No pienses en esas cosas.

En aquel momento se presentó una mujer bajita, fresca y rolliza.

-¡Hola, Ruth Stedman! -dijo Rachel-. ¿Cómo estás?

-Muy bien -dijo Ruth quitándose al mismo tiempo el sombrero gris y dejando descubierta su cabecita redonda.

La recién llegada rayaba en los veinticinco años, y después de haberse arreglado un poco volvió la espalda al espejo, retirándose al parecer satisfecha, de su examen.

-Ruth, ésta es Elisa Harris, y éste el niño de quien te hablé.

-Me alegro mucho de conocerte, Elisa -dijo Ruth estrechándole las manos-. ¿Este es tu hijo? Le traigo una torta.

-Ahí viene; pero tu María se ha apoderado de él a la entrada y se lo ha llevado hacia la granja para que lo vean sus hermanos.

-¡Hola, hola! -dijo Rachel-. ¡Esto sí que es prosperidad!

-Ya lo creo -contestó Ruth.

-María, sería bueno que llenaras de agua la cafetera -dijo Rachel.

Poco después hervía el agua en la cafetera al lado de los damascos que se cocían también en la misma hornilla.

-María -repitió Rachel-, sería bueno que dijeras a John que nos preparase una gallina. Y diciendo esto empezó a hacer unas tortas.

-¿Y cómo está Abigail Peters? -preguntó Rachel sin dejar de trabajar su pasta.

-Se encuentra mejor. Esta mañana he estado allí y le he hecho la cama y las cosas de la casa. Leak Hills ha ido al mediodía, y yo pasaré por allí esta noche para levantarla.

-Si has de quedarte allí todo el día, que venga John a almorzar y comer con nosotros.

-Gracias, Rachel, mañana veremos. Pero aquí tenemos a Simeón.

En aquel momento entró Simeón Halliday, hombre alto y musculoso, con chaqueta gris y sombrero de anchas alas.

-¿Cómo estás, Ruth? ; ¿Cómo está John?

-John y todos están bien.

-; Hay alguna noticia? -preguntó Rachel.

-Pedro Stebbins me ha dicho que esta noche tendríamos amigos por aquí.

-¿Sí? -dijo Rachel mirando a Elisa.

-¿Dijiste que te llamabas Harris? -preguntó Simeón a Elisa. Rachel dirigió una rápida ojeada a su marido cuando Elisa respondió con voz trémula: "Sí". Sus sospechas de que se hubiera publicado algún anuncio acerca de ella parecían confirmarse.

-¡Rachel! -dijo Simeón desde el pórtico llamando a su mujer.

-¿Qué quieres? -dijo ésta una vez fuera.

-El marido de esta muchacha está en la colonia y vendrá aquí esta noche -dijo Simeón.

-¿De verdad?

-Es muy cierto. Pedro bajó ayer con el carro a la otra estación y encontró una vieja y dos hombres, y uno dijo que se llamaba George Harris, y por lo que contó estoy seguro que es él.

-Se lo diremos a Ruth -repuso Rachel-. ¡Ruth, ven aquí! Ruth llegó en seguida al portal.

-Dice Simeón que ha llegado aquí el marido de Elisa y que vendrá esta noche con los dos fugitivos que esperamos.

Una exclamación de alegría de la pequeña cuáquera interrumpió el discurso.

-¡Cállate, querida! -dijo Rachel-. ¿Qué te parece? ¿Se lo diremos en seguida?

-¡Ahora mismo! ¡Sin perder un momento! ¡Suponte tú mi alegría si fuese mi John!

Rachel volvió a la cocina, donde estaba Elisa, y abriendo la puerta de su reducida alcoba, dijo:

-Ven, hija mía: tengo que comunicarte noticias.

La sangre se agolpó en el pálido rostro de Elisa. Levantándose temblando y miró al niño.

-¡No, no! -dijo Ruth acercándose corriendo-. No temas Elisa; son buenas noticias. ¡Entra, entra! -Y luego, volviéndose, tomó en brazos a Harry y se puso a besarle diciendo:

-Vas a ver a tu padre, pequeño. Va a venir tu padre.

Y repitió la noticia al niño, que la miraba con extrañeza.

Mientras tanto, en la habitación contigua se desarrollaba otra escena. Rachel Halliday atrajo a Elisa hacia sí, y le dijo:

-El Señor ha tenido compasión de ti, hija mía; tu marido está a salvo.

La sangre se le precipitó en las mejillas, y volvió impetuosamente al corazón. La joven se sentó, pálida y medio desmayada.

-Ten valor, hija mía -dijo Rachel poniéndole una mano sobre la cabeza-. Está entre amigos, que lo traerán esta noche.

-¡Esta noche! -repitió Elisa. Las palabras perdieron el significado para ella, y por un momento perdió el sentido.

Al volver en sí, se encontró en la cama y Ruth frotándole las manos con alcanfor. Una especie de languidez, una necesidad inexplicable de reposo se había apoderado de ella. Sus nervios, que habían experimentado una tensión tan violenta desde el primer instante de su fuga, se aflojaban ahora bajo la influencia de un profundo sentimiento de seguridad.

Elisa durmió como no lo había hecho desde la noche en que había huido con su hijo a la fría luz de las estrellas. Soñaba con un bello país, con una tierra que a ella le parecía de reposo. Y allí en una casa donde voces cariñosas le decían que era un verdadero albergue familiar, veía a su hijo jugando, como una criatura libre y feliz. Al fin despertó y se cercioró de que era realidad y no sueño lo que veía y sentía. Hacía tiempo que se había apagado la luz del día; su hijo dormía tranquilo a su lado; George, sentado al lado de la cama, sollozaba de alegría, teniendo las manos de su mujer entre las suyas.

Había llegado mientras Elisa dormía. La mañana siguiente fue muy alegre en casa del cuáquero. La madre, de pie, desde muy temprano, se veía rodeada de sus hijos, quienes se desvivían a porfía para ayudarla a disponer el desayuno, obedeciendo todos las órdenes de Rachel, que sólo necesitaba decir:

-¿Qué te parece esto? Sería bueno hacer tal cosa. ¿Le convendría tal otra?

En los ricos valles de Indiana, un desayuno es cosa complicada y reclama otras manos que las de la madre primitiva. Por eso, mientras corre John a traer agua de la fuente, Simeón prepara la harina para la masa de las tortas, y en tanto que María muele el café, Rachel continúa tranquilamente sus preparaciones culinarias y multiplica con su presencia la actividad de todos. Si el celo no arreglado de tantos jóvenes ayudantes hubiera ocasionado algún conflicto, una palabra de ella habría bastado para terminarlo. Aquélla era verdaderamente una familia, un hogar doméstico, un hombre; palabras cuyo sentido había ignorado George hasta entonces. Desde aquel instante comenzaron a penetrar en su corazón la fe en Dios, la confianza en su providencia; sus dudas misantrópicas y ateas se desvanecían a la dulce luz de aquel Evangelio de vida que respiraban las caras de cuantos tenía a su lado y que predicaban elocuentemente mil actos de bondad y de amor.

Esta era la primera vez que George se sentaba a la mesa con gente blanca, de igual a igual con ella. Al principio ocupó su sitio con cortedad y timidez, pero todos sus recelos se disiparon ante la desbordante y sencilla bondad de los comensales.

Alguien rompió el silencio.

-Padre, ¿qué te pasaría si te descubrieran de nuevo? -preguntó Simeón el hijo.

-Pagaría mi multa.

-¿Y si te metieran en la cárcel?

-¿No puedes tú con tu madre llevar la granja?

-Madre casi puede llevar todo el peso de ella -replicó el muchacho-. Pero, ¿no es una vergüenza que haya leyes así?

-No se puede hablar mal de los que nos gobiernan -dijo el padre con gravedad-. Si para cumplir con este deber tenemos que pagar un tributo a nuestros gobernantes, paguémoslo.

-Por mi parte aborrezco a esos poseedores de esclavos -repuso el muchacho.

-Me asombras, hijo mío -respondió Simeón-. Tu madre no te ha enseñado eso jamás. Si el Señor trajera a mi puerta a un poseedor de esclavos necesitado, haría por él lo que por un esclavo.

-Sentiría que por mi culpa se viese usted expuesto a contratiempos -dijo George con ansiedad.

-No temas nada, George; pues para eso hemos venido al mundo. Si no nos molestásemos por una causa buena, no seríamos dignos del nombre que llevamos.
-Pero por mí -dijo George-, no puedo consentirlo.
-No temas nada, amigo George. Hoy puedes dormir tranquilo y esta noche a las diez te llevará Phineas Fletcher hasta la próxima estación con todos los que te acompañan. Tus perseguidores vienen cerca y no debemos descuidarnos.
-Siendo así, ¿Por qué aguardar hasta la noche? -dijo George.
-De día estás seguro aquí, porque todos los de la colonia son amigos y vigilan. Es más seguro viajar de noche.

CAPITULO 14

¡EL Missisipi! Como el toque de una varita mágica han cambiado las cosas desde que Chateaubriand escribió su poética descripción, pintándolo como un río de grandes e inexploradas soledades, rodando entre no soñadas maravillas de la existencia animal y vegetal. A cien millas de Nueva Orleans, el río es más elevado que el nivel del terreno inmediato y corre la enorme masa de sus aguas entre diques de veinte pies de altura. Desde lo alto del puente de un barco, el viajero domina el paisaje y los contornos como desde la cumbre de alguna ciudadela flotante, Tom podía, pues, contemplar en las numerosas plantaciones de la orilla las escenas de la existencia que llevaría en lo sucesivo. Divisaba en lontananza a esclavos en sus labores, veía las largas filas de cabañas que les servían de morada extenderse a lo lejos de la rica casa del señor. Y mientras semejante cuadro se ofrecía a sus ojos, su pobre y débil corazón tornaba hacia la casa de los Shelby con sus vastas y hermosas habitaciones, y por último, a su cabaña, cubierta de rosas y de begonias.

Entre los pasajeros del barco iba un joven de excelente familia y gran fortuna, residente en Nueva Orleans, que llevaba el apellido de Saint Clare. Este caballero llevaba consigo una hija de cinco o seis años de edad acompañada de una señora que parecía ser algo pariente de ambos y a cuyo cuidado iba la niña.

Tom se había fijado varias veces en la niñita, porque era una de esas criaturas inquietas y activas, y porque, además, era un ser que una vez visto no podía olvidarse fácilmente.

Su figura era la perfección de la belleza infantil. Su silueta ofrecía una gracia ondulante y aérea, tal como soñada para un personaje de cuento de hadas. Su cara era notable, no tanto por su perfecta belleza de rasgos como por la singular seriedad de la expresión, que impresionaba a los hombres de espíritu cuando la miraban, y hacía mella hasta en los más duros de corazón.

Tom, que poseía esa naturaleza dulce e impresionable de su raza que tiende siempre a lo sencillo y lo infantil, observaba a la niña con creciente interés. Aquel ser le parecía casi divino.

Muchas veces la niña andaba con tristeza alrededor del sitio donde se sentaban con sus cadenas los esclavos de la partida de Haley, se metía entre ellos, mirándolos seriamente, con aire de perplejidad, y se alejaba pensativa lanzando un suspiro. En varias ocasiones llegó a ellos con las manos llenas de dulces, nueces y naranjas, que distribuía alegremente.

Tom observó mucho a la niña antes de atreverse a intentar hacer amistad con ella. Sabía una porción de cosas y tenía varias habilidades propias para atraerse la voluntad de los pequeños, y resolvió desempeñar su papel con arte.

-¿Cómo se llama la niña? -le preguntó cuando se creyó autorizado para interrogarla.
-Evangelina Saint Clare; pero papá y todos me llaman Eva. ¿Y tú cómo te llamas?
-Me llamo Tom; pero cuando estaba en Kentucky, los niños acostumbraban llamarme tío Tom.
-Entonces yo también te llamaré tío Tom, porque creo que te gusta. ¿Y adónde vas?
-Me van a vender, pero no sé a quién.
-Papá puede comprarte -dijo la niña-; y si papá te compra, no lo pasarás mal. Tengo que pedírselo a papá hoy mismo.
-Gracias, niña -dijo Tom.

El vapor se detenía en aquel momento en un pequeño desembarcadero, y Eva, al oír la voz de su padre, se alejó saltando.

Tom se levantó y fue a ofrecer sus servicios para la carga de leña, en cuya tarea tomó parte con otros braceros. Eva y su padre estaban asomados a la borda para ver zarpar el vapor. Las ruedas habían ya dado dos o tres vueltas batiendo el agua, cuando por efecto de un brusco movimiento, la niña perdió el equilibrio y cayó al río. Su padre, en un arranque de desesperación, sin darse apenas cuenta de lo que hacía, fue a lanzarse al agua tras ella; pero alguien lo sujetó al ver que un socorro más eficaz había acudido en auxilio de la niña.

Tom estaba debajo, en el puente inferior, cuando cayó la niña, y al verla caer al agua, se arrojó instantáneamente tras ella. Como hombre robusto y fornido que era, pudo fácilmente mantenerse a flote, hasta que unos instantes después salió la niña a la superficie. Entonces, empujándola con su cuerpo, recorrió a nado el corto trecho que del costado del barco lo separaba, y llegado que hubo a él, levantó la niña en sus brazos y la entregó a los cientos de manos que estaban listas para recibirla. Momentos después la condujo su padre en brazos, privada de sentido, a la cámara de las señoras, donde fue objeto de toda suerte de atenciones y cuidados de parte de las que allí estaban.

Se acercó el día siguiente el vapor a Nueva Orleans con un tiempo pesado y caluroso. Hacíanse preparativos para la llegada mientras los pasajeros hacían sus arreglos para el desembarco. En el puente inferior estaba sentado nuestro amigo Tom, volviendo con ansiedad los ojos hacia un grupo que estaba en la otra banda del barco. Allí estaba la preciosa Evangelina, algo más pálida que el día anterior, pero sin rastros del accidente que había sufrido. Junto a ella había un elegante y distinguido joven, con el codo apoyado en una bala de algodón, y con una gran cartera abierta ante sí. Era el padre de la niña. El caballero estaba escuchando con aire negligente y de buen humor a Haley, quien ponderaba las cualidades del artículo objeto de sus negociaciones.

-¡Vamos, sí! ¡Todas las virtudes morales y cristianas reunidas en un estuche de ébano! -dijo cuando hubo acabado de hablar Haley-. Ahora, mi buen amigo, ¿a cuánto sube la avería?, o más claro: ¿cuánto cuesta este negocio?

-Le diré -repuso Haley-; poniendo mil trescientos dólares por esa pieza, no hago más que cambiar el dinero.

-¡Pobrecillo! Supongo que me lo dejará usted en esa cantidad por atención particular hacia mí -dijo lacónicamente.

-Entonces reflexione un poco expuso el negrero-; repare en ese pecho. Fuerte como un caballo. ¡Pues y la cabeza! Una frente como esa indica mucho talento y no menos juicio.

-¡Malo, malo, muy malo! Sabe mucho, demasiado -replicó el joven con la misma sonrisa burlona-. Los esclavos muy listos no saben más que escaparse, robar nuestros caballos y hacer que todo se lo lleve el diablo.

-Si algo tiene de bueno este hombre es su perfecta moralidad, como le podré enseñar a usted en un certificado de su antiguo dueño. Es hombre piadoso y humilde como pocos.

-¡Oh, papá! ¡Cómpralo! ¿Qué importa el precio? ¡Deseo tanto tenerlo...

-¿Para qué lo quieres, niña? ¿Piensas servirte de él como de un caballo de madera?

-Quiero hacerlo feliz.

-¡Vaya una razón original!

Entonces el traficante presentó la certificación de mister Shelby al joven, que la tomó con la punta de los dedos y echó sobre ella una mirada indiferente.

-Bueno -dijo el joven tras unos instantes de regateo, y echando mano a su cartera de billetes-; Si puede usted garantizarme que compro un negro de la especie sinceramente piadosa y que ello ha de servirme de abono en mi cuenta de allá arriba, no tengo inconveniente en pagar algo más por él ¿Qué dice?

-Eso no puedo yo hacerlo -dijo el tratante-. Yo creo que allá arriba cada cual tendrá que responder por sí.

-Pues es lástima que uno que está dispuesto a pagar un extra por la religión de este mundo, no pueda negociar con ella en la región donde más falta le hace, ¿verdad? ¡Ahí tiene usted su dinero, mi amigo!

-Está bien -dijo Haley, rebosante de satisfacción y sacando un viejo tintero de cuerno se puso a extender una escritura de venta, que entregó al joven.

-Estoy pensando -dijo este último- cuánto podía valer yo Si me desmenuzaran o inventarían. Tanto por la forma de mi cabeza, tanto por no tener la frente alta; tanto por los brazos, tanto por las piernas; tanto por las manos; y luego tanto por educación, sabiduría, talento, honradez y religión. ¡Dios mío! ¡Qué poco iba a valer por este último concepto! Vámonos. Eva -añadió, y tomando de la mano a su hija atravesó la cubierta, se acercó a Tom y, poniéndole un dedo bajo la barbilla, para que alzase la cabeza, le dijo en tono de buen humor:

-Vamos, Tom mira a ver qué tal te parece tu nuevo amo.

Tom alzó la cabeza. No era posible mirar aquel rostro joven, y simpático, sin experimentar un sentimiento de satisfacción y Tom sintió humedecerse los ojos, al contestar con todo su corazón:

-¡Dios lo bendiga, mi amo!

-Espero que no tendrá inconveniente en complacer tu pedido. ¿Sabes guiar, Tom?

-He andado mucho con caballos -respondió Tom.

-Bueno te pondré en la cochera, a condición de que no te emborraches más que una vez a la semana.

Tom se mostró sorprendido y un tanto agraviado.

-Yo no bebo nunca, señor -dijo.

-Ya me han contado esa historia. En fin, ya lo veremos. Si no bebes, te daré un cargo especial. No te preocupes, hombre -añadió risueño, al ver que Tom se ponía serio-. Creo que eres bueno.

-Sí, señor; lo soy -dijo Tom.

-Pues te irá bien -dijo Eva-. Papá es muy bueno con todo el mundo, sólo que es algo burlón.

-Papá te agradece tu elogio -dijo Saint Clare, riéndose. Y en seguida dio media vuelta y echó a andar.

CAPITULO 15

Agustín Saint Clare era hijo de un rico hacendado de la Louisiana. De dos hermanos, uno había fundado una floreciente granja en el Estado de Vermont, y el otro había llegado a ser un opulento hacendado en el de Louisiana. La madre de Agustín pertenecía, por su padre, a una familia francesa establecida en Louisiana. Agustín y su hermano eran los únicos hijos del matrimonio.

Agustín había heredado una constitución endeble, y, por consejo de los médicos, había pasado muchos años de su niñez en Vermont, al lado de su tío, con objeto de fortalecerse bajo la influencia de un clima más frío que el de su patria. Era inteligentísimo; pero era más idealista que práctico. Sentía repugnancia y aversión por los negocios. A poco de salir del colegio se sintió arrastrado por una pasión romántica. Puso los ojos en una joven inteligente y hermosa, residente de uno de los Estados del Norte, y logro conquistar su cariño. Volvió al Sur para arreglar sus asuntos y casarse; pero cuando menos lo pensaba, recibió un paquete con todas sus cartas de vuelta, y una del tutor de la muchacha, participándole que cuando llegara aquella correspondencia a sus manos, estaría ya su novia casada con otro.

La desesperación se apoderó de su alma. Quiso olvidar, y sin pedir explicaciones, que repugnaban a su orgullo, se arrojó en el torbellino de la sociedad elegante de Nueva Orleans, y a los quince días de haber recibido la carta a que acababa de aludir, era novio de la muchacha de moda, y muy poco después su marido. Con ella se llevó una bonita figura, un par de brillantes ojos negros y un capital de cien mil dólares.

Hallábase la nueva pareja pasando la luna de miel en una espléndida quinta situada en las orillas del lago Pontchartrain, cuando llegó a sus manos una carta cuya letra le era bien conocida, y que le produjo una emoción profundísima.

Era de su antigua novia, y en ella le hacía una larga relación sobre la persecución de que había sido objeto por parte de la familia de su tutor para obligarla a casarse con su hijo; por fin había cesado aquella persecución, y terminaba la carta con

expresiones de esperanza, de gratitud y de amor; que produjeron en él mortal amargura. Le contestó al momento diciéndole: "He recibido su carta. pero tarde. Creí todo lo que quisieron hacerme creer y caí en la desesperación. Me he casado; el mal no tiene ya remedio".

Así acabó para Agustín Saint Clare lo romántico y lo ideal de la vida. Si su mujer hubiera sido digna de él, habría podido, como saben hacerlo las mujeres, cicatrizar la dolorosa llama y tejer con oro y seda el hilo de su vida. Pero María de Saint Clare era incapaz hasta de sospechar que el corazón de su marido podía sufrir el menor quebranto. Según hemos dicho, sólo era de buen genio, de hermosos ojos y cien mil dólares de dote; cualidad ninguna suficiente para consolar un corazón herido.

Agustín se alegró, en el fondo, de haberse casado con una mujer de tan poca perspicacia; pero cuando hubieron pasado las ternuras y los entusiasmos de la luna de miel, vino a descubrir que una mujer hermosa y joven sólo acostumbrada a mimos y lisonjas puede ser una compañera muy desagradable en la vida doméstica. Mary no había tenido nunca un corazón sensible y afectuoso. La poca ternura de que era capaz la consagraba íntegra a su propia persona.

Desde el nacimiento de Evangelina, la salud de Mary fue decayendo. Una vida inactiva, un aburrimiento constante, cambiaron aquella linda joven en una mujer ajada y enfermiza. Evangelina era endeble y delicada, y Saint Clare temía que la falta de cuidados y atenciones, que su madre no podía prestarle, habría de influir depresivamente en la salud de la niña.

Llevóse a en un viaje que hizo a Vermont y logró persuadir a su prima Ofelia Saint Clare a que lo acompañase a su casa a su vuelta. Los hemos presentado a bordo del vapor que los conducía a Nueva Orleáns. Y ahora que estaban ya para llegar, y cuando las cúpulas y campanarios de la ciudad iban sucesivamente pasando ante sus ojos, aprovecharemos la ocasión para dar a conocer a Ofelia; miss Ofelia como la llamaban generalmente. Cuantos hayan viajado por la Nueva Inglaterra han debido observar en cualquier pueblo recién construido, alguna quinta a la sombra espesa de los arcos, con su patio, cuidado esmeradamente, donde crece la hierba entre el empedrado del suelo. Deben acordarse, sin duda, del perfecto sosiego, del orden y tranquilidad que se respira en tales sitios. En una de esas casas quintas, es donde ha visto miss Ofelia transcurrir cuarenta y cinco años de su tranquila vida. Aunque era la primogénita de una familia numerosa, su padre y su madre la trataban aún como una de las "niñas" y la propuesta de dejarla partir para Nueva Orleáns fue en la casa un suceso inaudito.

Una vez resuelto el viaje, miss Ofelia fue solemnemente convidada a tomar el té en casa de varios amigos y vecinos. Y durante quince días fueron discutidos sus proyectos y sus esperanzas con el más vivo interés. Su provisión de ropa adquirió cada día mayor importancia a medida que se aumentaban las prendas del equipo que necesitaba hacerse la viajera.

Miss Ofelia, a bordo de *La Belle Reviere*, lleva un elegante traje de percal gris, y es una señora alta, enjuta y angulosa. Tiene cara seca y de contornos afilados; labios delgados y ojos oscuros, de mirada inquisitiva. En todos sus ademanes se revelan la resolución y la energía; habla poco, pero cuando dice algo, es claro y terminante. En sus costumbres era la encarnación de la exactitud. Puntual como un reloj. En lo religioso tenía principios fijos e invariables sujetos a fórmulas positivas, clasificadas en tan perfecto orden como los paquetes de su valija. Miss Ofelia era esclava de su deber. Pero ¿Cómo -se preguntará- podía armonizar miss Ofelia con Agustín Saint Clare, alegre, desordenado, escéptico; por completo ajeno a todo lo que significara puntualidad, disciplina y rigidez moral, en cualquier forma? La verdad es que miss Ofelia le tenía cariño. De pequeño lo había llevado en brazos, le había enseñado el catecismo y le había guiado en los primeros pasos de la vida. La ternura que podía abrigar miss Ofelia en el fondo de su corazón había sido monopolizada en gran parte por Agustín. Así pudo convencerla de que el deber la llevaba a Nueva Orleáns a cuidar de Eva y a dirigir su casa, abandonada por las frecuentes indisposiciones de su mujer. La idea de una casa sin tener a nadie al frente de ella le llamó sobremanera la atención y la hizo decidirse. Además, hubiera sido imposible descuidar a aquella

encantadora criatura, y aunque miss Ofelia mirase como una especie de pagano a Saint Clare, lo quería, le hacían reír sus bromas, y era tan indulgente con sus debilidades que no parecía la misma.

Allí está ahora en su camarote, rodeada de valijas, cajas y cestas que ata, envuelve y empaqueta con todo cuidado.

-¿Llevas cuenta de tus cosas, Eva? Veamos: allí está el saco moteado y el cofrecito azul. ¿Qué has hecho de tu sombrilla? Dámela para que la envuelva en un papel y la ate con la mía. ¡Así!

-Pero, tía, si vamos a casa, ¿para qué atarlas?

-Para que no se extravíe nada, niña. ¿Has guardado el dedal?

-Pues no lo sé, tía.

-¿Cómo te las arreglabas cuando viajabas sola con tu papá? Lo perderías todo.

-Sí, tía, perdía muchas cosas; pero papá me compraba otras.

-¡Qué horror! ¡Qué desarreglo!

-Ya estamos listas. ¿Dónde está tu papá?

-¡Oh! Papá nunca tiene prisa -dijo Eva-; además, todavía tenemos tiempo. Pero vea usted allí nuestra casa en la parte alta de aquella calle. -Y Eva, gozosa, señalaba con el dedo las torres, cúpulas y demás edificios de su ciudad natal -Sí, sí, querida, muy bonito -dijo miss Ofelia-. ¡Pero el vapor ha atracado! Busca a tu papá.

Iba ya perdiendo la paciencia miss Ofelia, cuando llegó Saint Clare con su negligencia habitual, y dijo:

-¿Estarás lista ya, Ofelia?

-Hace cerca de una hora que te estoy esperando.

-Pues aquí me tienes. El coche nos espera.

-¿Dónde está Tom? -preguntó Eva.

-Va en el pescante. Voy a regalárselo a tu madre para que lo ponga en lugar de ese borracho de cochero que tiene ahora.

-Sé que será un cochero muy bueno y que no se emborrachará -dijo Eva.

Se detuvo el coche a la puerta de una casa antigua de estilo medio español, medio francés, como hay algunas en Nueva Orleans. Tenía algo de morisco en su planta, que era cuadrada con un patio en medio, en el cual entró el coche pasando por una gran puerta de arco.

Alguna imaginación romántica y pintoresca debía haber proyectado esa construcción. Por los cuatro lados la rodeaban anchas galerías, cuyos arcos, ligeras columnas y graciosos arabescos transportaban el pensamiento a los tiempos poéticos de las fantasías orientales. En medio del patio había una fuente, que lanzaba al aire un chorro de agua que volvía después a caer en un pilón de mármol blanco, guarnecido de violetas. El agua de la fuente, transparente como el cristal, era animada por multitud de peces de color de oro y de plata que corrían y brillaban como joyas.

Al entrar el coche, Eva parecía un pajarillo dispuesto a escaparse de la jaula. Tal era su alegría. Tom saltó del pescante y miró en torno con aire de satisfacción.

Saint Clare se volvió hacia él, que contemplaba estupefacto el espectáculo que tenía ante los ojos, y le dijo:

-Querido Tom, me parece que te gusta mi casa.

-Mucho, señor -contestó el interpelado.

Mientras, se descargaban los baúles y una muchedumbre de esclavos de todos tamaños y edades, hombres, mujeres y chiquillos, salió corriendo a la galería de abajo y de arriba para ver al amo. Distinguíase entre todos un joven mulato, elegantemente vestido, quien se dirigió en tono autoritario a la servidumbre:

-¿Qué escándalo es ése? ¡Atrás todos! ¿Dónde se ha visto venir a estorbar al amo y a la niña cuando acaban de llegar?

Se abochornaron todos al oír aquella orden, y se agolparon al extremo de la galería, a respetuosa distancia del grupo de los recién llegados, con excepción de dos fornidos muchachos que se quedaron descargando los bultos del coche.

Gracias a las sabias disposiciones de mister Adolfo -que así se llamaba el mulato elegante- se hizo pronto esa faena, y cuando volvió Saint Clare de pagar al cochero y despedirlo, no había nadie a la vista más que el propio mister Adolfo, muy llamativo,

con su bien cortado frac de raso, su cadena de oro y sus pantalones blancos. Al presentarse el amo, mister Adolfo hizo una graciosa reverencia.

-¡Hola, Adolfo! ¿Cómo estás? -dijo Saint Clare, tendiéndole la mano.

Adolfo contestó soltando con gran verbosidad un rimbombante discurso que llevaba quince días preparado.

-¡Muy bien! -dijo Saint Clare, siguiendo adelante con su habitual desenfado-. Me gusta cómo está todo. Dentro de un minuto saldré a ver a toda la familia.

Y diciendo esto, llevó a miss Ofelia a una espaciosa sala que daba a la galería. Mientras, Eva había salido volando como un pajarillo a través del pórtico y de la sala, hasta un pequeño aposento que daba a la galería. Una señora alta, pálida, de ojos negros, se incorporó en el sofá donde estaba echada.

-¡Mamá! -dijo la niña besándola con frenesí.

-Basta. . ., ten cuidado, niña... Basta, que me vas a dar dolor de cabeza -dijo la madre luego de besarla débilmente.

Saint Clare entró, besó a su mujer en forma muy seria, y luego le presentó a su prima. Mary le dirigió una curiosa mirada y la saludó con palabras cariñosas, aunque dichas con cierta languidez. En la puerta se apiñaba la servidumbre. Entre esa muchedumbre de criados de ambos sexos, viejos, adultos y chicos, se destacaba una mulata de mediana edad y de aspecto muy respetable, que estaba trémula de emoción y de alegría.

-¡Allí está Mammy! -exclamó Eva, corriendo hacia ella y arrojándose en sus brazos.

La mulata no respondió a sus besos con quejas de dolores de cabeza, sino apretando a la niña contra su pecho y besándola con tal efusión que parecía haberse vuelto loca. Cuando Eva, al fin, se separó de ella, fue saludando uno por uno a los demás criados; a éste apretándole la mano, a éste otro dándole un beso, al que menos, dirigiéndole palabras de cariño. A miss Ofelia, que presenciaba la escena, no le hizo ninguna gracia. Le parecía repugnante.

-Aquí en el Sur los niños hacen cosas que a mi me sería imposible hacer -dijo.

-¿A qué te refieres? -le preguntó Saint Clare.

-A esos besos y abrazos. Yo soy buena con todo el mundo; pero en cuanto a besuquear y hacer otros extremos con...

-Negros y mulatos -dijo Saint Clare, completando su frase-. A eso no llegas. ¿No es así?

-No. No llego, no. Y me sorprende que lo haga tu hija.

Saint Clare se echó a reír y salió a la galería, gritando:

-¡Hola Mammy, Jimmy, Polly, Sokey..., acá todos! Aquí tenéis al amo. ¿Estáis contentos de verme?

Y al mismo tiempo que hablaba, iba distribuyendo entre ellos apretones de manos, palmaditas en los carrillos, pellizcos cariñosos y otras caricias.

-¡Cuidado con los bebés! -dijo al tropezar con un negrito que se arrastraba hacia él a gatas-. Si piso a uno, que avise.

Al repartirles Saint Clare un puñado de moneditas de plata, llovieron sobre él las alegres risas y las bendiciones.

-Vaya, ahora quitaos de en medio -dijo.

Al volverse Saint Clare, vio a Tom que estaba de pie, medio cortado, cargando el peso del cuerpo tanto pronto en una pierna como en la otra, bajo la mirada de Adolfo, que, apoyado en la balastrada, lo examinaba a través de su lente.

-¡Eh, tú, muñeco! -dijo Saint Clare a Adolfo, quitándole el lente de un manotazo-, ¿así tratas a tus compañeros? Me parece -agregó, poniéndole el dedo sobre la elegante casaca de raso de que iba vestido- que esta casaca es mía.

-Señor -contestó el negro-, estaba toda manchada, y no estaba bien que se la pusiera su merced; sólo sirve para un pobre negro como yo.

-¡Bueno! -contestó Saint Clare-. Voy ahora a presentar a Tom a su ama, y después lo llevarás a la cocina. ¡Y cuidadito con darte tono con él, porque vale por dos como tú!

-¡El niño siempre de tan buen humor! -dijo Adolfo, riéndose-. Así me gusta ver a su merced.

-Ven aquí, Tom.

Tom entró y se quedó atónito al ver las aterciopeladas alfombras, los grandes espejos, los cuadros, las estatuas, los ricos muebles y cortinajes que las adornaban. No se atrevía ni a caminar, temeroso de poner los pies en aquellos suelos marmóreos.

-Mira, Mary -dijo Saint Clare a su esposa-. Aquí tienes un buen cochero que he comprado para ti. Es un modelo de negrura y de templanza. No dirás que no me acuerdo de ti cuando voy de viaje.

Mary miró con atención a Tom.

-Será tan borracho como todos -dijo.

-Me lo han garantizado como buenísimo, tanto por su piedad religiosa como por su sobriedad.

-Me alegraré de que sea como dices. Es más de lo que yo podía esperar.

-Adolfo -dijo Saint Clare-, llévate a Tom, y acuérdate de lo que te dije.

Adolfo se retiró, y Tom salió tras él.

-Es un perfecto hipopótamo -dijo Mary.

-Vamos, Mary -dijo Saint Clare sentándose en una banqueta cerca del sofá-, se amable y dinos algo agradable.

-Te has demorado quince días más de los que esperaba.

-¿No te escribí ya la razón?

-¡Dios mío! Siempre ocurre eso; jamás careces de buenas razones para prolongar tus viajes y reducir tus cartas.

-Mira esto -dijo Saint Clare sacando del bolsillo una elegante caja de terciopelo: es un regalo que te traigo de Nueva York.

Era un retrato al daguerrotipo de tintas claras, que representaba a Eva y a su padre tomados de la mano. Mary lo miró con aire poco satisfecho.

-¿Quién os ha dicho que tomaseis esa ridícula posición?

-Eso es otra cuestión; pero, ¿qué tal el parecido?

-Puesto que mi opinión te importa poco sobre un punto, debe serte indiferente sobre el otro -respondió la dama cerrando la caja.

"¡Llévate el diablo, mujer!" -dijo para sí Saint Clare. Después añadió en voz alta: -Vamos, Mary, no seas niña, ¿le encuentras parecido?

-Haces mal, Saint Clare, en obligarme a hablar para que me preocupen tantas cosas a un tiempo, cuando sabes bien lo que he sufrido todo el día con la jaqueca.

-¿Padece usted de jaqueca? -dijo miss Ofelia saliendo de repente de las profundidades de un sillón desde donde había examinado, en silencio, cada uno de los muebles de la sala, no sin calcular su valor.

-Sí, soy una verdadera mártir -respondió Mary.

-La infusión de enebro es excelente para la jaqueca. Al menos así lo decía Augusta, la mujer de Abraham Perry el diácono, y en eso no era lega.

-Mandaré traer las primeras hojas de enebro que se obtengan en el jardín -dijo gravemente Saint Clare, tirando del cordón de la campanilla-. A todo esto, debes tener necesidad de descanso, prima. Adolfo, di a Mammy que venga.

A los pocos momentos se presentó la mulata.

-Mammy -dijo Saint Clare-, pongo a esta señora bajo tu cuidado; está cansada y necesita reposo. Llévala a su cuarto y alójala cómodamente.

Y miss Ofelia desapareció tras la mulata.

CAPITULO 16

-Ahora, Mary -dijo Saint Clare, vas a entrar en un período dichoso. Tenemos aquí a nuestra prima, tan buena ama de casa, tan hacendosa, que va a quitarte de encima todo el peso de tus quehaceres, dejándote libre para que cuides de tu salud.

Así habló Saint Clare a su mujer, hallándose sentados a la hora del almuerzo, pocas mañanas después de su llegada.

-Yo me alegro mucho de su venida -dijo Mary, apoyando lánguidamente la cabeza en una mano-. Y creo que cuando se haga cargo de todo descubrirá que aquí los amos son los esclavos.

-¡Oh, ya lo creo que lo descubrirá! ¡Y descubrirá también otras muchas verdades no menos positivas! ¡Todo un mundo de verdades! De eso estoy seguro -contestó Saint Clare.

-Hablo de que tenemos esclavos como si los tuviéramos por nuestra propia conveniencia -dijo Mary-. Estoy segura de que si lo pensáramos bien, los soltaríamos a todos.

Evangelina clavó sus grandes y serios ojos en el rostro de su madre, con expresión vehemente, y dijo:

-Entonces, ¿por qué los tienes, mamá?

-La verdad es que no lo sé; quizá por castigo de Dios.

Son la plaga de mi vida. Nuestros esclavos son los peores.

-¿Qué te ha picado hoy, Mary? -dijo Saint Clare-. No hables así, porque sabes que no es verdad lo que estás diciendo. ¿Hay criatura mejor que Mammy? ¿Qué sería de ti sin ella?...

-Mammy es la mejor que conozco -replicó Mary-; y, sin embargo, se ha vuelto egoísta. No es culpa de ella; lo lleva en la sangre.

-¿No ha pasado las noches velándote, mamá? -preguntó Eva.

-¿Por qué no mandas que se queden a velarte Juana o Rosa una noche o dos para que ella descanse? -preguntó Saint Clare.

-¿Cómo me propones eso? -dijo Mary-. Eres desconsiderado. Tan nerviosa como soy yo, que el menor soplo me molesta, si sintiese que me tocaba una mano extraña me volvería loca.

Miss Ofelia había escuchado esta conversación con aire grave y circunspecto, y los labios fuertemente cerrados. Parecía que estaba midiendo la extensión de sus atribuciones antes de decidirse a intervenir en aquella conversación.

-Mammy tiene cierta bondad -prosiguió Mary-; es suave y respetuosa, pero egoísta en el fondo. De continuo me marea con conversaciones sobre su marido. Sepa usted -dijo encarándose con miss Ofelia-, que cuando me casé y vine a vivir aquí tuve que traérmela a ella sola, porque su marido, que es herrero, tenía que quedarse con mi padre, que no podía prescindir de sus servicios. Entonces debí haberles dicho que renunciaran el uno al otro, porque no sería fácil que volvieran a reunirse. Ahora siento no haber exigido de Mammy una reparación completa y casarla con otro cualquiera. Ya le he dicho que no debe confiar en ver a su marido más que una o dos veces en su vida, porque no siendo buenos para mí los aires de la quinta de mi padre, estoy muy lejos de ir a vivir allí; le he aconsejado que tome otro marido; pero Mammy no lo ha hecho. Para ciertas cosas es tan obstinada que nadie más que yo puede saberlo.

-¿Tiene hijos? -preguntó miss Ofelia.

-Sí; tiene dos.

-Y sentiría estar separada de ellos.

-Sin duda; pero no he podido traérselos. Son unos bichos muy sucios, y no hubiera podido sufrirlos, aparte de que habría tenido ella que dedicarles demasiado tiempo.

-Es muy triste pensar en eso -dijo Saint Clare, secamente.

Miss Ofelia había clavado en él la mirada. y en la burlona contracción de sus labios adivinó los sentimientos de contrariedad que se esforzaba en reprimir.

Eva había estado escuchando a su madre con la expresión de seriedad que le era peculiar después, calladamente y dando un rodeo, se le acercó por la espalda y le echó los brazos al cuello.

-Mamá, ¿no podría velarte yo una noche, nada más que una? Tú no te pondrás nerviosa, y yo no me dormiría. Hay noches que no puedo pegar los ojos pensando...

-¡Qué disparate! ¡Qué disparate, niña! -exclamó Mary.

-¡Vamos, mamá, consiente! Creo -añadió tímidamente que Mammy no está bien: me ha dicho que siente frecuentes dolores de cabeza hace algún tiempo.

-Ahí la tienes: ¡todos son lo mismo! Siempre anda con rodeos en cuanto tiene la menor indisposición. Jamás autorizaré yo semejantes manías; profeso sobre esto mis principios -dijo, volviéndose hacia miss Ofelia-, y usted verá cuán precioso es sostenerlos en esta casa. Si da usted alas a los esclavos y les deja abandonarse, se pondrán insoportables. Por mi parte, no me quejo de nada, y nadie sabe cuánto sufro; pero el tener paciencia es un deber y por eso me someto.

Al oír miss Ofelia semejante perorata se quedó tan estupefacta que hizo soltar la risa a Saint Clare.

-Saint Clare se ríe cuando aludo a mi salud -dijo Mary con expresión de mártir-. Quiera Dios que no se arrepienta cuando sea, demasiado tarde, de su conducta conmigo.

Siguió un rato de silencio, al cual puso fin Saint Clare levantándose. Dijo que tenía que hacer fuera de la casa y salió. Le siguió Eva, y Ofelia y Mary se quedaron solas en la mesa.

-Así es Saint Clare -dijo Mary-. Nunca ha creído lo que vengo sufriendo hace años. Si fuera yo de esas mujeres que siempre se están quejando, estaría justificada hasta cierto punto su conducta.

Miss Ofelia no sabía qué decir. Mientras pensaba lo que podía contestar, Mary comenzó a hablar sobre asuntos domésticos. Hízole una relación de los útiles, vajillas, la despensa y demás cosas de que iba encargarse miss Ofelia, y le dio tantos consejos y le hizo tantas advertencias, que sólo una persona tan experta en la materia como miss Ofelia habría podido no confundirse.

-Creo que no se me ha quedado nada en el tintero -dijo Mary-; así que cuando vuelva a caer enferma, podrá dirigirlo todo sin consultarme. Sólo me falta decirle algo sobre Eva. Hay que estarle encima.

-Es una niña muy buena. No he conocido otra tan buena como ella -dijo miss Ofelia.

-Eva es muy singular -advirtió su madre-. Tiene cosas muy raras. Le ha gustado estar siempre con los criados. Si sólo fuera con los pequeños, no sería malo; pero trata a todo el mundo en pie de igualdad; no he podido corregirla de ese defecto, y su padre, en vez de ayudarme, parece complacerse en estimularla.

-¿No cree usted que Dios los ha creado de la misma sangre que a nosotros? -preguntó miss Ofelia.

-¡No, en verdad! ¡Vaya una idea extravagante! ¿Ellos? ¿Una raza degenerada?

-¿No cree usted tampoco que tienen almas inmortales? -dijo miss Ofelia, cuya indignación iba gradualmente llegando al paroxismo.

-¡Oh! Eso nadie lo pone en duda -respondió Mary bostezando-; pero colocarlos al mismo nivel que nosotros, es imposible. Pretende Saint Clare que tener a Mammy separada de su marido es hacer lo mismo que si a mí me separaran del mío... Pero semejante comparación es de todo punto absurda. ¿Acaso puede Mammy experimentar y sentir lo que yo? Hay una enorme diferencia, y Saint Clare dice que no la encuentra. Esto equivale a hacer creer que Mammy es capaz de querer a sus sucios hijos del mismo modo que yo a Eva.

-Lo de siempre -dijo Saint Clare, entrando de improviso-. Dejemos ya a los criados. Acabo de tener una discusión con Adolfo que me ha fatigado. He tratado de convencerlo de que es mi intención conservar algunas prendas de ropa para mi uso personal... Me he visto obligado a poner coto a su uso de mi agua de colonia. Adolfo se ha picado con esto, y he necesitado emplear un tono casi paternal para entrarlo en razón.

-¿Y por qué no lo ha educado usted mejor? -Preguntó Miss Ofelia-. Eso da mucha pena.

-Por pereza, prima, nada más que por pereza. A no haber sido por ella hubiera sido un ángel.

-¡Qué gran responsabilidad pesa sobre ustedes los poseedores de esclavos! No tendría ese encargo por nada del mundo. Deberían ustedes instruirlos y tratarlos como a criaturas dotadas de razón y de alma inmortal. Ustedes responderán de esto ante el tribunal de Dios. Esa es mi convicción exclamó miss Ofelia, dando rienda suelta a su indignación, hasta entonces reprimida.

-Bueno, prima, nos has dado una buena lección, por lo que te aprecio más que antes. No dudo que ésa haya sido una perla que nos has tirado; pero ha venido tan derecha a la cara, que me pareció una piedra, y no he apreciado su justo valor.

En aquel momento se dejó oír a través de las cortinas de seda de la galería un ruido de alegre risa en el patio. Saint Clare salió y se asomó a ver qué era. Echáse también a reír.

-¿Qué ocurre? -Preguntó miss Ofelia, asomándose también a la balaustrada.

Tom estaba sentado en un musgoso banco del patio, con todos los ojales de la ropa llenos de ramos de jazmín, y Eva, riéndose alegremente, le estaba poniendo un collar de rosas. Luego se encaramó en sus rodillas sin dejar de reír.

-¡Qué gracioso estás, Tom!

En el rostro de Tom se dibujaba una ligera sonrisa y parecía que disfrutaba con la diversión tanto como su amita.

-¿Cómo permites eso a la niña? -preguntó miss Ofelia.

-No verías ningún peligro en que una niña acariciase a un perrazo, aunque fuera negro, y, sin embargo, te estremeces al ver que juega con un ser que siente, piensa y razona, y que está dotado de un alma inmortal.

-Concedo que hay algo de verdad en lo que dices.

-¿Qué sería de los pobres y de los humildes sin los niños? -siguió diciendo Saint Clare, siguiendo con la vista a Eva, que se alejaba llevándose a Tom- Los niños son los verdaderos demócratas. Tom es ahora un héroe para ella; sus historias le parecen maravillosas, y el mismo Tom es a sus ojos el ser más admirable que pueda haber en el mundo, mientras que la niña, con su cariño hace más llevadera la vida del pobre Tom.

-Es raro, primo; pero al oírte, te creería un profesor.

-¿Profesor de qué?

-Profesor de religión.

-Nada de eso; yo no soy un profesor de religión, como los que hay en nuestra patria; ni siquiera la practico, que es peor.

La situación de Tom, en lo externo y aparente, nada tenía de triste. Eva; movida por sus sentimientos benévolos hacia él, había pedido a su padre que siempre que hubiera de acompañarla algún criado, éste fuera Tom. Se le dió, pues, la orden de posponer cualquier otra ocupación al servicio de la niña, orden que, como se comprenderá, era muy del gusto de él.

Mary, el domingo por la mañana, ricamente vestida, se hallaba en la galería exterior de la planta baja de su casa ciñéndose a la muñeca la pulsera de diamantes. Respiraba elegancia, bondad y hermosura. Miss Ofelia, que estaba a su lado, hacía gran contraste con ella, no porque fuese menos lujosamente vestida y ataviada, sino por la tiesura, rigidez y acritud de su continente.

-¿Dónde está Eva? -Preguntó Mary.

-Aquí llega.

-¿A qué te quedaste en la escalera?

-Me detuve un momento para darle a Mammy mi pomo de sales para que lo lleve a su iglesia.

-¡Eva! -exclamó Mary-. ¿Le has dado a Mammy tu pomito de oro? ¿Cuándo vas a aprender a conducirte como es debido?

-¡Vamos, Mary! ¡Deja que haga lo que se le antoje! Exclamó Saint Clare.

-Con esa educación y esas costumbres, ¿qué va a hacer esta niña en el mundo?

-¡Sabe Dios! -repuso Saint Clare-. Pero no tengas duda de que hallará más francas las puertas del cielo que tú y que yo.

-¡Vamos, primo! ¿Vienes al sermón? --dijo miss Ofelia.

-¡No, gracias! Me aburro. ¡Qué quieres que haga!

-Me gustaría que Saint Clare acudiera a la iglesia -dijo Mary-, pero no tiene un ápice de religión.

-Es verdad... -dijo Saint Clare-, pero la piedad de vosotras, que sin duda vais a la iglesia para mejor parecer en el mundo, hace que caiga sobre nosotros un reflejo edificante.

Por otra parte, Si yo fuera a la iglesia, sería a la que va Mammy.

-Mira, Eva -decía Mary a la niña durante el viaje-, es muy bueno ser benévolo con los criados; pero no debe tratárselos como amigos o como personas de nuestra clase. Por ejemplo, si Mammy se enfermara, ¿querrías que se acostase en tu cama?

-Me parece que sí, mamá, porque me sería más fácil cuidarla, y, además, porque mi cama es mucho mejor que la de ella.

Esta respuesta desesperó a Mary.

-¿Qué haré para que esta chica me comprenda? -dijo.

-Nada -respondió miss Ofelia de una manera significativa.

CAPITULO 17

Todo era animación en la casa del cuáquero a la caída de la tarde. Rachel Halliday iba y venía de un lado a otro sin hacer ruido, buscando entre las provisiones de la casa todo aquello que, sin ocupar mucho espacio, pudiese ser útil a nuestros fugitivos, los cuales iban a salir aquella misma noche.

-Sí, Elisa -decía George-. Sé que es cierto todo lo que dices. Tú eres buena, mucho mejor que yo, y haré por seguir tus consejos: procuraré hacerme digno de ser un hombre libre; trataré de sentir como un cristiano. Y olvidaré lo pasado.

-Cuando estemos en el Canadá -repuso Elisa- podré ayudarte. Sé cortar y coser muy bien; sé lavar y planchar ropa fina.

-Sí, Elisa, trabajaremos para los dos y para nuestro hijo.

-Todavía no estamos libres de peligros -dijo Elisa.

-Es cierto -repuso George-; pero me parece que aspiro ya el aire de la libertad y me siento más fuerte. Creo que me atrevería a pedir a Dios más. Sí, he trabajado todos los días de mi vida y he llegado a la edad de treinta y cinco años sin poseer un centavo, sin un techo que me cubriera ni una patria que pudiera llamar mía; pero, si consigo permanecer libre, seré feliz. En aquel momento se oyó hablar en el aposento exterior y llamaron a la puerta. Elisa se estremeció y corrió a abrirla. Era Simeón Halliday, acompañado de otro cuáquero, que fue presentado con el nombre de Phineas Fletcher.

Phineas era un hombre alto, delgado, de pelo rojo y expresión astuta.

-Nuestro amigo ha averiguado cosas que te tocan de cerca y de las que te conviene enterarte, George -dijo Simeón.

-Anoche me detuve en una taberna que está fuera del camino, y como estaba rendido, después de comer, me eché sobre un montón de bolsas que había en un rincón, tapándome con una piel de búfalo, y me quedé dormido.

Estuve dormido una o dos horas; pero cuando me di cuenta a medias de las cosas, sentí que había allí unos cuantos hombres bebiendo y charlando alrededor de una mesa, y pensé que convenía enterarme de lo que hablaban.

-“No hay duda -decía uno de ellos- de que están en la colonia de los cuáqueros”

Al oír, comprendí que estaban hablando de ti y de tus compañeros, y me enteré de todos sus planes:

"Al joven piensan, según decían, mandarlo a Kentucky a su amo, que se propone hacer con él un escarmiento de negros prófugos. A tu mujer, llevársela dos de ellos a Nueva Orleans, donde cuentan con venderla y sacar mil seiscientos o mil ochocientos pesos, y al hijo devolvérselo a un tratante que lo tiene ya comprado. En cuanto a Jim y a su madre, los devolverán a sus amos que están en Kentucky. A la mujer la llevarán ante un juez, y uno de ellos, que es un hombre de pequeña estatura y voz aflautada, jurará que le pertenece y sacará licencia para llevársela al Sur. Están muy enterados del camino que hemos de seguir esta noche, y nos perseguirán seis u ocho. Y ahora que sabemos lo que tramán, ¿qué debemos hacer?"

Este relato produjo honda impresión en los oyentes. Simeón se quedó pensativo; Elisa se abrazó a su marido;

George estaba de pie, con los puños cerrados y arrojando fuego por los ojos?

-¿Qué hacemos, George? -preguntó Elisa angustiada.

-Yo no quiero comprometer a nadie por mi culpa -dijo George-. Si me prestan el coche y me dicen el camino, yo iré solo hasta la próxima parada. Jim es un gigante valeroso como la desesperación, y yo estoy dispuesto a todo.

-¡Ay, amigo mío! -dijo Phineas-. Pero necesitas un guía; tú te bastas para luchar porque sabes, pero yo sé una o dos cosas del camino que tú ignoras.

-Pero yo no quiero poner a usted en un aprieto.

-¿Comprometerme a mí? -dijo Phineas con ironía-. Harás el favor de advertirme cuando me pongas tú a mí en algún compromiso.

-Phineas es hábil y prudente -dijo Simeón-, y harás bien, George, en seguir sus consejos.

-¿No sería mejor -dijo George- apresurar la partida?

-Me he levantado a las cuatro y he venido al galope. Aún tenemos dos o tres horas de ventaja sobre ellos, si es que siguen su plan. De cualquier modo, sería peligroso salir antes de anoecer; hay en las aldeas que tenemos que atravesar, gentes que podrían caer en la tentación de jugarnos una mala pasada delatándonos, si nos vieran; pero creo que podremos irnos sin ningún peligro dentro de una hora. Voy a casa de Miguel Cross a decirle que nos siga y vigile el camino con objeto de que nos avise si ve que alguien nos persigue. Miguel tiene un caballo con el que se podrá adelantar fácilmente a todos los demás. Voy también a avisar a Jim y su madre que se preparen y traten de que estén listos los caballos. Les llevamos una buena delantera y podemos llegar a la estación inmediata sin que nos den alcance. Así, pues, ánimo, amigo George; no es éste el primer negocio de esta especie en que me hallo con los de tu raza -dijo Phineas cerrando la puerta.

-Phineas es un hombre de recursos -dijo Simeón-; hará por ti todo lo posible, George.

-Lo que me atormenta -repuso éste- es el peligro que por mí corren ustedes.

-No hablemos de eso, amigo; lo que nosotros hacemos nos lo dicta la conciencia. No podemos obrar de otra manera. Ahora, madre -añadió volviéndose hacia Rachel-, apúrate con tus guisos, porque no podemos dejar a estos amigos que se vayan en ayunas.

Mientras Rachel y sus hijos hacían cocer el jamón y los pollos, y preparaban todos los accesorios de la comida, George y su mujer hablaban como pueden hacerlo aquellos que de un momento a otro pueden ser separados para siempre.

-Elisa -decía George-, los que tienen amigos, casa, tierras y dinero no pueden amar como yo te amo, yo que nada tengo más que a ti. Hasta el día en que te conocí, nadie me había amado más que mi desgraciada madre y mi hermana. Mi hermana, cuando la arrancaron de mi lado, me dijo: "Pobre George, tu única amiga va a dejarte. ¿Qué será de ti, pobre amo." Me levanté y me arrojé a sus brazos llorando; ella lloraba también. Fueron las únicas palabras de afecto que oí durante diez años. Y ahora, Elisa, no te arrancarán de mis brazos sino después de haber derramado la última gota de mi sangre.

-¡Oh, Dios mío! ¡Ten piedad de nosotros! -exclamó Elisa sollozando-. ¡Dejar juntos este país es todo lo que te pedimos!

Rachel tomó a Elisa de la mano y la llevó hasta la mesa, donde estaba servida la comida. Al sentarse, se oyó un ligero golpe a la puerta y Ruth entró.

-Vengo corriendo -dijo- a traer estas medias para el niño; son de buen abrigo. ¡Hace tanto frío en el Canadá! ¡Buen animo, Elisa! -añadió apretándole cordialmente la mano.

-¡Oh! Gracias, es usted muy buena -exclamó Elisa.

-Ven a comer con nosotros, Ruth -dijo Rachel.

-No puedo; he dejado a John cuidando del niño y de una hornada de bizcochos. Tengo que volver, pues de lo contrario concluirá por dejar quemar los bizcochos -añadió la cuáquera riendo-. Así, pues, ¡adiós, Elisa! ¡Adiós, George! ¡Que el Señor proteja vuestro viaje!

Y salió corriendo de la habitación. Poco después de terminada la comida se detuvo ante la puerta un coche cubierto, de gran tamaño. La noche estaba muy clara y estrellada. Phineas saltó de su asiento para colocar a los pasajeros. George salió a la puerta llevando a su hijo en un brazo y dando el otro a su mujer. Andaba con paso firme y su ademán reflejaba gran decisión. Rachel y Simeón iban detrás.

Jim bajó y ayudó luego a su madre para que apease también.

La pobre vieja, colgada del brazo de su hijo, miraba ansiosamente en torno suyo, como si temiese que sus perseguidores llegaran de un momento a otro.

-Jim. --dijo George-, ¿tienes preparadas tus pistolas?

-¡Por supuesto! -repuso Jim.

-¿Y estás decidido a hacer lo que debes si nos alcanzan?

¡Decidido! -respondió Jim-. ¿Crees que puedo consentir en que mi madre vuelva a caer en sus manos?

Durante este breve diálogo, Elisa, que se había despedido de su bondadosa amiga Rachel, había subido al coche ayudada por Simeón. Después subieron y acomodaron

dentro del coche a la vieja madre de Jim; éste y George se sentaron en un tosco banco enfrente de las mujeres, Phineas ocupó el pescante.

-¡Adiós, amigos míos! -dijo Simeón.

-¡Dios os bendiga! -contestaron todos desde el interior del coche, y éste arrancó, rodando sobre el camino escarchado.

El carromato marchaba lentamente, dando tumbos y sacudidas. Atravesaron largos y oscuros trechos de bosques extensos y despoblados, sin que nada anormal ocurriera. El pequeño no tardó en quedarse dormido en el regazo de su madre; la anciana, ya más tranquila, se durmió y hasta Elisa cerró los ojos, a pesar de sus preocupaciones. Phineas era el único realmente despierto y hacía pasar el tiempo silbando melodías de su predilección.

A eso de las tres, el oído de George percibió el golpeteo de los cascos de un caballo que corría tras ellos a alguna distancia, y tocó a Phineas con el codo. Este detuvo los caballos y escuchó.

-Debe ser Miguel -dijo-. Me parece que es el galope de su caballo.

Y poniéndose de pie volvió la cabeza hacia la parte de atrás del camino y escuchó con ansiedad.

En lo alto de una loma se distinguía el bulto de un hombre a caballo que se acercaba a toda carrera.

-Sí, es él -repitió Phineas. Luego, alzando la voz, añadió:

-¡Hola, Miguel!

-¿Eres tú, Phineas?

-Sí. ¿Qué hay, vienen?

-Derecho tras de nosotros. Son ocho o diez, con el cuerpo atiborrado de aguardiente, jurando y renegando. Vienen como lobos hambrientos -contestó, ya muy cerca, el interpelado. Se sintió el galopar lejano de caballos.

-¡Al coche, pronto! exclamó Phineas-. Si es preciso batirse, esperad al menos que tomemos alguna ventaja sobre ellos.

Phineas arreó los caballos, que partieron a toda carrera. Miguel corría en su caballo al lado del coche. Iba éste dando tumbos en desenfundada carrera. Asomando las cabezas fuera de las ventanillas pudieron distinguir que corría tras ellos. Los perseguidores ganaban rápidamente terreno. El coche dio una brusca virada y se puso al pie de una escarpada roca, que formaba parte de una cadena de ellas que se alzaba en medio de una llanura abierta y despejada. Aquel lugar, que brindaba a nuestros fugitivos un refugio bastante seguro, era muy conocido de Phineas. Al ver el peligro, había decidido acogerse en aquel paraje, y con tal propósito había acelerado la marcha del vehículo.

-¡Ya estamos! -dijo deteniendo los caballos frente a una hendidura que daba paso a un abrupto sendero que ascendía hacia lo alto de aquellos peñascos, y saltando al suelo desde el pescante exclamó: -¡Fuera, pronto, seguidme! Y tú, Miguel, amarra tu caballo a la trasera del coche, súbete al pescante y ve con él a escape a casa de Amaría, para que se llegue aquí con sus muchachos a tener un rato de conversación con esos sujetos que vienen tras de nosotros. ¡Pronto!

Al momento saltaron todos a tierra.

-¡Ea! -dijo Phineas, cargando con el pequeño Harry-. Cuidese cada uno de vosotros de una de las mujeres, y dense prisa a seguirme. Hay que correr de firme.

En menos tiempo del que se tarda en decirlo, la partida entera comenzó a trepar cuesta arriba, por las peñas, en tanto que Miguel se alejaba a toda carrera de los caballos de tiro.

¡Adelante! exclamaba Phineas, trepando por aquel camino de cabras, a la cabeza de sus amigos, con el chiquillo a cuestras.

Jim lo seguía con su madre sobre los hombros, y George y Elisa cerraban la marcha. Sus perseguidores no tardaron en llegar al pie de las peñas y lanzando furiosos gritos y juramentos, desmontaron para seguir a pie a los fugitivos. El sendero llegaba a lo alto de las rocas; después descendía un tanto, atravesaba una garganta que sólo daba paso a un hombre de frente y concluía en una grieta de una vara de ancho, más allá de la cual unas peñas escarpadísimas se levantaban a una altura de treinta pies. Phineas franqueó la grieta y colocó al pequeño Harry sobre una pequeña meseta cubierta de césped.

-Ahora, saltad también vosotros -dijo Phineas, dirigiéndose a sus compañeros, los cuales fueron uno tras otro franqueando la cortadura. Algunos trozos sueltos de roca formaban una barrera, tras de la cual podían parapetarse los fugitivos y que los ocultaba a la vista de los que estaban en la parte de abajo.

-¡Bien, ya estamos todos aquí! -dijo Phineas mirando, por encima de aquel parapeto natural, para observar a los asaltantes, que venían ascendiendo en gran tumulto peñas arriba-. ¡Que nos atrapen, si pueden! Para llegar aquí tienen que desembocar, uno a uno, en esa garganta, a tiro de vuestras pistolas. ¡Con que, ojo muchachos!

-Ya los veo -dijo George. Y ahora, como el negocio que ha de ventilarse es sólo nuestro, déjenos correr todos los riesgos y pelear solos.

-¡Bueno! -contestó Phineas-. Peleen solos, pero supongo que no me prohibirás que presencie el combate. Pero estoy viendo que esos sujetos están discutiendo acaloradamente ahí abajo.

La partida de los perseguidores, a quienes ya se podía distinguir a la luz del alba, se componía de nuestros antiguos amigos: Tom Locker, Marks, dos escribanos y unos cuantos perdularios.

-Me parece, Tom -dijo uno-, que tus conejos se han metido en la boca del lobo.

-Sí, ya los he visto trepar por las rocas -dijo Tom-. Aquí hay una senda. Creo que debemos subir tras ellos, pues a menos que no se tiren de cabeza por las peñas, no pueden escapársenos.

-Pero pueden hacernos fuego desde arriba y la cosa se pondría fea -dijo Marks.

-¡Bah! -contestó Tom. ¡Tú siempre cobarde! ¿No sabes que los negros no tienen valor para pelear?

En aquel momento se dejó ver George, de pie, en lo alto de una roca y, con voz tranquila y clara, dijo:

-¡Caballeros! ¿Quiénes sois y qué queréis?

-Estamos persiguiendo a unos cuantos negros prófugos -respondió Tom Locke-; a un cierto George Harris, Elisa Harris y su hijo, y Jim Seldem con una vieja. Tenemos un mandato judicial para detenerlos y nos acompañan varios oficiales de justicia. No tardaremos en tenerlos en nuestro poder. ¿No eres tú ese esclavo de mister Harris, de Kentucky, a quien buscamos?

-Yo soy George Harris; pero ahora soy libre y piso suelo libre. Reclamo a mi mujer y a mi hijo por míos. También están aquí Jim y su madre. Tenemos armas y estamos decididos a defendernos. Podéis subir si queréis, pero el primero que se ponga al alcance de nuestras balas, que se dé por muerto.

-¡Vamos! -dijo un hombrecillo regordete, adelantándose del grupo-. Ya ves que somos oficiales de justicia. Tenemos de nuestra parte la ley, la fuerza y todo; así que es mejor que te entregues pacíficamente.

-Sé muy bien que tenéis de vuestra parte la ley y la fuerza -repuso George; pero nosotros tenemos algo superior a todo eso y todavía no nos tenéis en vuestras manos. Aquí estamos bajo el cielo de Dios y somos tan libres como vosotros. La actitud y el tono de George impresionaron a su auditorio y le impusieron silencio.

Marks fue el único que conservó la serenidad. Amartilló su pistola y en cuanto acabó de hablar George, le hizo un disparo.

-En Kentucky dan lo mismo por él muerto que vivo -dijo.

George dio un salto hacia atrás. Elisa lanzó un grito. La bala había pasado rozando la cabeza de George y había ido a dar en el tronco de un árbol detrás y encima de ellos.

-No ha sido nada -dijo George.

-Habrías debido ponerte a cubierto para hablar -dijo Phineas-. Son unos canallas.

-Ahora, Jim, -dijo George, prepara tus pistolas y ponte al acecho conmigo. Al primero que asome la cabeza le tiraré yo; tú encárgate del segundo, y así sucesivamente. No hay que errar un solo tiro.

Cuando sonó el primer disparo los perseguidores estaban perplejos y sin saber qué hacer.

-Debes haber herido a alguno, pues he oído un grito -dijo uno de ellos.

-Allá voy a echarle mano a uno. Nunca tuve miedo a los negros, y no voy a tenérselo ahora. ¿Quién me sigue? -dijo Tom, emprendiendo decididamente el acceso de las peñas.

George lo oyó claramente; examinó su pistola, y apuntó al boquete por donde había de asomar el primero que llegase.

Uno de los más resueltos de la partida siguió a Tom Locker y, animados por su ejemplo, los demás fueron en pos de ellos.

Al presentarse la voluminosa figura de Locker en la entrada del boquete George hizo fuego. Recibió Locker el balazo en un costado; pero, herido y todo, siguió avanzando, dando bramidos como un toro furioso. Iba a llegar donde estaban los fugitivos, después de saltar la grieta, cuando, adelantándose, Phineas le dio un empujón, diciéndole:

-Aquí no te necesitamos para nada.

Locker cayó dando botes y tropezones en los troncos y en las salientes de las peñas, hasta el fondo de la grieta, que estaba treinta pies debajo, y se habría matado a no ser por habérsele enredado la ropa en las ramas de un árbol, que lo sostuvo.

-¡Dios nos tenga de su mano, porque esta gente son la piel del diablo! -dijo Marks, emprendiendo la retirada. Id a recoger al pobre Locker, dando un rodeo por la parte de abajo de las peñas, mientras monto y voy en busca de socorro.

Y haciendo como decía, montó a caballo y se alejó a toda prisa, entre los silbidos y rechiflas de los demás de la partida.

-¡Bueno! Vamos a ver al despeñado -dijo otro-. Por más -añadió- que me tiene sin cuidado que esté vivo o muerto.

Guiándose por los lamentos de Locker y sorteando troncos, matorrales y pedruscos, llegaron al paraje en que yacía el caído.

-¡Mucho grita, amigo Tom! ¿Se ha lastimado mucho? -le preguntó uno de ellos.

-No lo sé. ¡A ver si podéis levantarme! ¡Maldito sea ese cuáquero de los diablos! A no ser por él, habría yo hecho que alguno de la partida diera este mismo salto.

A fuerza de trabajo y dando quejidos logró levantarse Locker ayudado por los otros.

-Si siquiera pudieran llevarme hasta aquella taberna que está a una milla de aquí... Dadme una venda, un pañuelo o cualquier cosa para ponérmela en la herida y detener esta sangre.

George observaba desde lo alto de las peñas las maniobras de sus enemigos, y los vio cómo colocaban a Locker en la silla y cómo, después de varios ensayos para sostenerse en ella, se desplomaba pesadamente al suelo.

-Me parece que lo van a dejar ahí -dijo Phineas.

Era cierto; después de algunas vacilaciones y consultas, todos los de la partida montaron a caballo y se alejaron. Cuando se hubieron perdido de vista, Phineas echó a andar diciendo:

-Tenemos que bajar y caminar un poco. Le dije a Miguel que fuese a traerme auxilios y volviese con el coche; pero me parece que tendremos que salir a su encuentro por el camino.

Al llegar el grupo cerca del pie de las rocas, divisaron a lo lejos, en el camino, el coche que volvía acompañado de gente a caballo.

-¡Ya están ahí, Miguel, Esteban y Amaria! -exclamó Phineas alegremente-. Ya estamos tan seguros como si hubiésemos llegado.

-Detengámonos entonces un momento y hagamos algo por ese pobre hombre. Se queja atrocemente -dijo Elisa.

-No haremos más que cumplir con un deber cristiano -dijo George-. Vamos a recogerlo y a llevárnoslo.

-¡Y a curarlo entre los cuáqueros! -exclamó Phineas-.

¡Muy bien! Por mí no hay inconveniente. Vamos a reconocerlo.

Y Phineas, que en el curso de su vida montaraz había adquirido alguna práctica, aunque superficial, de la cirugía, se arrodilló junto al herido y se puso a examinarlo detenidamente.

-Marks -dijo Locker débilmente-. ¿Eres tú, Marks?

-No, no soy Marks -dijo Phineas-. Marks se cuida mucho de ti; pero es cuando tiene seguro el pellejo. ¡Se fue hace rato!

Phineas le practicó una cura muy sencilla, sirviéndose de su pañuelo y de lo que pudieron proporcionarle sus acompañantes.

Pocos momentos después llegaba el coche y los que con él venían. Sacaron los asientos de dentro y, después de colocar, dobladas en cuatro, las pieles de búfalo a lo largo de uno de los costados del interior del vehículo, extendieron a Tom sobre ella. La vieja y compasiva negra se sentó en el piso del coche y colocó la cabeza del herido en su regazo.

Elisa y George se acomodaron en el espacio sobrante, y la partida se puso en movimiento.

-¿Qué opina de esa herida? -preguntó George a Phineas.

-Aunque es profunda -contestó Phineas-, no interesa más que los músculos. Ha perdido mucha sangre y está muy débil; pero espero que se ha de curar. Esa herida le servirá de lección.

-Me alegro -dijo George-; hubiera sido un remordimiento para mí haberle matado, aunque fuera por causa justa.

-Lo llevaremos a casa de Amaria, donde está la abuela de Esteban, tía Dorcas, como la llaman: lo asistirá como nadie. Dentro de quince días volveremos por allí para ver cómo sigue.

Después de una hora de marcha llegaron nuestros viajeros a una bonita quinta, donde almorzaron. A Tom Locker lo acostaron en una cama mucho más limpia y blanda que la que tenía habitualmente. Allí volvieron a revisar la herida, que una vez curada y vendada con cuidado, permitió que el enfermo descansara con los ojos entreabiertos mirando las cortinas blancas de la ventana y las sombras dulces y tranquilas que pasaban alrededor de su cama en silencio.

CAPITULO 18

A medida que pasaba el tiempo, Saint Clare fue dándose cuenta de la bondad de su nuevo esclavo. Indolente y descuidado, Saint Clare no había podido ocuparse nunca de la dirección de su hacienda, habiendo delegado estos menesteres en Adolfo, y con poco tacto, pues éste era igual o peor que el amo. Tom no podía ver con calma el despilfarro que reinaba en aquella casa.

Poco a poco fue insinuando su desaprobación por la manera con que se administraba la hacienda. Saint Clare empezó por valerse de él en algunas compras sin importancia; más no tardó mucho en darse cuenta de la honradez de Tom, y terminó por encomendarle la dirección de la hacienda, que hasta entonces había estado en manos de Adolfo.

-Nada, Adolfo, nada -respondía un día Saint Clare a las quejas de Adolfo, que se dolía de verse despojado de los poderes absolutos de que había gozado durante tanto tiempo-; deja a Tom. Tú sabes perfectamente lo que compras, es cierto; pero Tom sabe lo que vale. Mira, es preciso que haya uno que tire la cuerda porque, Si no, llegaría día en que veríamos el fondo del arca, y entonces saldríamos perdiendo todos.

Así, el honrado Tom ganó la confianza de un amo tan descuidado, que daba los billetes de banco sin mirarlos y los recibía sin contarlos; hubiera podido abusar sin el menor peligro, pero jamás sintió la tentación; su honradez aumentaba en la proporción de la confianza de su amo.

A la confianza que Saint Clare le demostraba, Tom correspondía con la más acrisolada rectitud y con una devoción acendrada.

Su espíritu religioso y bueno le hacía sufrir al ver la conducta de su amo; pero a pesar del respeto que le tenía, alguna vez se permitió ligera insinuación, y una noche en que Saint Clare volvió a su casa más borracho que de costumbre, Tom decidió hacer lo que pudiera por traer al amo al buen camino.

A la mañana siguiente, luego de servirle el desayuno, Tom se quedó en el comedor.

-¿Quieres algo, Tom? -preguntó Saint Clare-. Parece que estás triste. ¿Te ocurre algo?

-Sí, tengo una pena muy grande, niño; hasta ahora he visto que el niño es muy bueno con todo el mundo.

-¿Y qué? ¿Acaso ya no lo soy? -preguntó Saint Clare.

-¡Ay, amo mío! ¡Temo tanto que la vida que lleva sea su perdición! ¡La perdición de todo, de alma y de cuerpo!

-Pobre, pobre loco -contestó Saint Clare-. ¡Levántate! ¿Merezco acaso que lloren por mí?

Tom seguía ante él mirándolo con aire suplicante.

-No; el niño es malo consigo mismo.

Y se echó a llorar sinceramente.

Saint Clare, que bajo su capa aparente de cinismo tenía un buen corazón, se levantó diciendo:

-Vamos, Tom déjate de simplezas. Si eso te alegra te prometo que no volveré a embriagarme.

Tom le besó las manos y muy contento le dijo:

-Así, así hablan los hombres, niño.

Cuando Tom hubo partido, Saint Clare se puso más serio, pensó un rato y luego dijo en voz alta:

-Y cumpliré mi promesa...

Y Saint Clare cumplió...

-Es imposible poner orden en esta casa -dijo un día la señorita Ofelia a su primo.

-Lo creo -contestó Saint Clare.

-Jamás vi semejante desorden, despilfarro y confusión.

-No lo dudo.

-No hablarías tan tranquilamente si tuvieras que cuidar de las cosas.

-Mi querida prima, vale más decírtelo ahora para que siempre lo tengas presente: nosotros, los dueños de esclavos, estamos divididos en dos clases muy distintas: la de los opresores y la de los oprimidos. Los que somos de buenos sentimientos y odiamos la severidad, debemos resignarnos a muchas incomodidades. He visto algunas veces, aunque pocas, personas dotadas de un tacto particular hacer conservar el orden y la regularidad a su alrededor sin usar de la severidad.

Yo no tengo ese poder, y por esa razón me he decidido, hace mucho tiempo, a dejar las cosas en el estado que hoy tienen. Yo no quiero que martiricen a golpes a esos pobres diablos; ellos lo saben, como también creen que a causa de esto el cetro está en sus manos.

-Pero, Agustín, ignoras en qué estado he hallado todo...

-¿Que no lo sé? ¿Crees que ignoro que el tambor de hacer pasteles se halla debajo de la cama de Dinah, y el rallador en un bolsillo revuelto con el tabaco? ¿Que seca la vajilla un día con una servilleta y otro con la mitad de un jubón viejo? A pesar de todo hace comidas sublimes y un café delicioso. Así, pues, es preciso juzgarla como a los guerreros por sus obras.

-Pero el despilfarro, el gasto...

-¡Oh! Respecto a eso, guarda cuanto puedas y esconde la llave. Se le dan las provisiones medidas, y abstente prudentemente de preguntar por lo que sobre.

-Tal advertencia me inquieta, Agustín. No puedo menos de creer que estos criados no son estrictamente probos.

¿Estás seguro de que puede uno fiarse de ellos?

Al ver la seriedad y preocupación con que miss Ofelia le hacía esta pregunta, Agustín no pudo contener la risa.

-¡Oh! ¡Sublime es la pregunta, prima! ¡Probos! No, prima, no lo son. ¿Por qué razón habían de serlo? ¿Qué causa les podría obligar a ello?

-¿Por qué no se les instruye?

-¡Educarlos! ¡Como broma está bien! ¡Qué buenas lecciones les daría yo! En cuanto a Mary, tiene bastante vigor para hacer matar todos los negros de una plantación, si yo la dejara obrar; pero sería incapaz de impedir sus hurtos.

-¿Y qué es de sus almas? -dijo miss Ofelia.

-Eso es quizá lo que hacemos; pero a pesar de ella nos hallamos bien en su compañía, como sucede generalmente con todo lo de este mundo. Mira hacia arriba, hacia abajo, y por todas partes hallarás la misma cantilena. La clase inferior se ve siempre explotada en beneficio de la alta. Esto mismo sucede en Inglaterra y en todas partes; por esta razón la cristiandad, llena de virtuosa indignación, nos mira con horror porque hacemos las cosas de un modo muy diferente que los demás.

-No sucede eso en Vermont.

-Es verdad, concedo que en Nueva Inglaterra y en los Estados libres son superiores a nosotros... Pero la campana nos llama, dejemos a un lado nuestra discusión y vámonos a comer, mi querida prima.

Ofelia oyó, desde la cocina, los gritos de los chicos.

-¡Ahí viene Prue, gruñendo y renegando como siempre!

Momentos después, una mulata vieja, alta y huesuda, con una canasta en la cabeza, donde llevaba roscas y bollos, entró en la cocina.

-¡Ay, Señor! ¡Quisiera morirme! -exclamó la recién llegada.

-¿Por qué quisiera morirse? -le preguntó miss Ofelia.

-Porque así me libraría de esta vida tan miserable -le contestó la vieja ásperamente, sin levantar la vista del suelo.

-Entonces, ¿por qué siempre andas tan borracha y tan desastrada? -le preguntó una linda doncella cuarterona.

-Y así seguiré haciéndolo, porque no puedo vivir de otro modo que bebiendo para olvidar mis miserias -dijo la vieja; y dirigiéndose a la camarera-; Si tuvieras un amo como el mío, que en cuanto faltan rosquillas de las que voy vendiendo en esos caminos, me desloma a estacazos.. .

-Vamos, Prue, veamos tus tortas -dijo Dinah-; aquí está miss Ofelia que te las pagará. Tomó ésta un par de docenas.

-Jake -exclamó Dinah-, allí hay unos cuantos bonos en esa olla rota, allí arriba, sobre aquel tablero; sube y tráemelos.

-¿Bonos? ¿Y para qué? -preguntó miss Ofelia.

-Los compramos a su amo, y ella nos los cambia por tortas.

-Y cuando vuelvo -dijo la mujer-, me cuentan el dinero y los bonos, y Si falta algo me muelen a palos.

-Esta bien hecho -dijo Jenny la cuarterona- si gasta usted su dinero en emborracharse. Y esto es lo que hace, señorita.

-Y lo hago porque quiero y porque no puedo vivir de otra manera; quiero beber y olvidar mis sufrimientos.

-Eso está muy mal hecho, buena mujer -repuso miss Ofelia.

-¡Ah! Es verdad, señorita; pero no puedo menos de hacerlo; no puedo menos. ¡Quisiera estar muerta y libre de mi miseria!

Y la pobre anciana se levantó con lentitud y colocó su cesta sobre la cabeza; pero antes de salir, echó una mirada a la joven cuarterona, que continuaba haciendo balancear con coquetería sus pendientes.

-Crees que estás muy hermosa con esos colgajos, ¿no es así? -le dijo-. Meneas la cabeza y miras a los demás con desprecio. No importa, también llegarás a ser una pobre vieja como yo y podrán muy bien molerte a palos como hacen conmigo. Espero que así suceda. Dios mediante, Entonces verás si tratas de beber, hasta que la bebida te lleve al infierno..., y estará bien hecho-. Y se marchó refunfuñando y contoneándose.

CAPITULO 19

Pocos días después se presentó en la cocina otra mujer en vez de la vieja Prue, con la canasta de roscas en la cabeza.

-¿Qué ha sido de Prue? -preguntó Dinah a la recién llegada.

-No se lo diga a nadie. Prue llegó una vez más borracha a la casa, y la encerraron en el sótano. Allí estuvo todo el día; le dieron unos cuantos azotes, y he oído decir a los amos que se ha muerto.

Dinah levantó las manos al cielo, y al volverse, vio a su lado la espiritual figura de Evangelina con los ojos dilatados por el espanto, y el semblante pálido.

-¡Dios mío! ¡La niña Eva va a desmayarse! ¿Por qué la dejamos que oiga estas cosas?

-No temas que me desmaje, Dinah -dijo la niña con voz segura-. ¿Por qué no he de oír estas cosas? Lo malo no es que yo las oiga, sino que sucedan.

Eva suspiró hondamente y se dirigió a la escalera, que subió a pasos lentos y sumida en profunda melancolía. Miss Ofelia le informó de la triste historia de la vieja mulata, que le contó Dinah a su manera. Tom agregó lo que él sabía.

-¡Qué cosas tan horribles? -exclamó al entrar en la habitación donde estaba Saint Clare.

-¿Qué pasa? -le preguntó, al advertir lo alterada que estaba.

-Que han matado a palos a Prue -respondió miss Ofelia.

-Siempre me temí que acabaran las cosas de esta manera, tarde o temprano -dijo Saint Clare.

-¿Lo temiste, y no hiciste nada para evitarlo?

-Es lógico suponer que el interés del propietario es una garantía suficiente en tales casos. Si las gentes quieren destruir su propiedad, ¿qué se puede hacer? Parece que esa pobre mujer era borracha y ladrona; no pudo, pues, esperar las simpatías de los que la rodeaban.

-¡Eso es una infamia! ¡Es cosa horrible, Agustín!

-Mi querida prima, yo no soy culpable de eso; nada puedo hacer en el asunto. Si seres innobles y brutales obran de una manera innoble y brutal, ¿qué he de hacer yo? Tienen un poder absoluto; son déspotas irresponsables. Sería completamente inútil inmiscuirse en sus cosas. No existe ley alguna que tenga relación con ese caso. Lo mejor que podemos hacer es cerrar los ojos y los oídos. Es nuestro solo y único recurso.

-¿Y cómo puedes cerrar los ojos y taparte los oídos? ¿Cómo puedes permanecer impenetrable al ver cosas tales?

-¿Y qué he de hacer, querida prima? Tenemos de una parte una clase entera de seres envilecidos, ignorantes, indolentes y entregados a amos, y por otra parte, éstos no tienen principios, ni imperio sobre sí mismos; no comprenden sus verdaderos intereses. En una sociedad organizada de esta manera, ¿qué puede hacer un hombre de buenos y honrados pensamientos, sino cerrar los ojos y endurecer su corazón? No puedo comprar todos los desgraciados que encuentro. No puedo convertirme en caballero andante y enderezar todos los entuertos que se cometen en una gran población como ésta. Todo lo que puedo hacer es procurar ver y sentir lo menos posible.

Miss Ofelia se sentó; tomó su calceta y se puso a trabajar con la cara contraída de indignación. Hacía calceta, pero la indignación le escocía por dentro, hasta que estalló diciendo:

-Pienso, Agustín, que es imposible que me conforme con tales cosas como tú. Es abominable defender semejante sistema.

-¿Yo defender ese sistema, prima? ¿Y quién te ha dicho que yo lo defienda? -respondió Saint Clare.

-Es lo que hacéis todos vosotros, la gente del Sur. ¿Por qué tener esclavos, si no sois partidarios de la esclavitud?

-¡Encantadora inocencia! -respondió Saint Clare, riendo-. ¿Crees, acaso, que en el mundo se obra siempre en sentido inverso de lo que se cree justo? ¿No te ha sucedido nunca hacer lo que crees que no está bien?

-Cuando eso me sucede, me arrepiento al menos.

-Y yo también -dijo Saint Clare comenzando a pelar una naranja -me arrepiento antes y después.

-Entonces, ¿por qué continúas haciéndolo?

-¿No has continuado tú nunca obrando mal después de haberte arrepentido, prima?

-Tal vez, pero solamente cuando me he visto expuesta a una gran tentación.

-Pues bien -repuso Saint Clare-, yo tengo grandes tentaciones, precisamente está en eso la dificultad.

-Pero yo he tomado la resolución de no persistir en el mal.

-Hace diez años que tomé esa resolución y no sé cómo no he podido ejecutarlo. ¿Has renunciado tú a todos tus pecados, prima?

-Agustín -dijo miss Ofelia con seriedad y dejando su calceta -merezco, sin duda, que me eches en cara mis faltas; todo lo que me dices, lo merezco y nadie puede sentirlo más que yo; pero me parece, sin embargo, que hay alguna diferencia entre los dos. Me parece que yo me dejaría cortar la mano derecha antes de continuar un día tras otro

haciendo lo que yo creyese un pecado. Pero ¡ay! mi conducta guarda tan poca armonía con mis principios que no me admiran tus reproches.

-¡Oh! Por favor, prima mía -dijo Agustín sentándose en el suelo y colocando su cabeza sobre las rodillas de miss Ofelia-, no hables de esa manera tan solemne. Bien sabes que siempre he sido malo. Me gusta discutir contigo para verte adoptar ese aire serio y solemne; he aquí todo.

-Veo que no hablarás mucho tiempo con formalidad.

-Ten un poco de paciencia y escúchame. Para explicar mi pensamiento, prima -dijo, mientras que su semblante tomaba una expresión de seriedad y emoción-, debo decirte que estoy convencido de que no puede haber más que una manera de juzgar esta cuestión de la esclavitud. Los plantadores, que la utilizan para ganar el dinero con ella, los eclesiásticos, que tienen necesidad de hacer la corte a los plantadores, y los hombres de Estado, que hacen de ella un medio de gobierno, pueden desfigurar y falsear el lenguaje, y las leyes de la moral, que inspiran una profunda admiración por su habilidad, pueden torcer la naturaleza y la Biblia en defensa de su sistema, pero ni ellos mismos creen en lo que dicen. La esclavitud, en mi firme opinión, es una creación de Satanás.

Miss Ofelia dejó caer su labor y pareció sorprendida.

Saint Clare, gozando de su admiración, continuó:

-¿Te sorprende oírme hablar así? Pues si esto te gusta, voy a revelarte todo mi pensamiento. Esta odiosa institución maldecida de Dios y de los hombres, ¿qué es en sí? Voy a decirte.

Porque mi hermano Quashee es ignorante y débil, y yo soy inteligente y fuerte porque me enseñaron a serlo, tengo derecho a robarle todo lo suyo, aunque sea más de lo que necesito. Todo lo que para mí es pesado, rudo y desagradable puedo hacérselo hacer a Quashee. Porque el trabajo me pesa. Quashee debe hacerlo por mí. Porque el sol me quema, Quashee deberá aguantárselo. Quashee ganará el dinero y yo lo gastaré. Quashee hará mi voluntad y no la suya en todo y por siempre. Y, finalmente, Quashee no podrá ascender al cielo mientras yo no lo crea conveniente. He aquí lo que yo pienso de la esclavitud; y desafío a cualquiera que lea nuestro Código de negros a que saque de él consecuencias distintas. ¡Se habla de los abusos de la esclavitud! ¡Vano charlatanismo! ¡La esclavitud misma es el abuso por excelencia!

Saint Clare recorría la habitación a largos pasos. Miss Ofelia jamás lo había visto en tal estado, permanecía silenciosa.

-Es inútil -siguió diciendo Saint Clare- hablar de esas cosas y pensar en ellas..., pero aseguro que si viera sepultados bajo tierra al país con todas esas injusticias y miserias, desaparecería yo al mismo tiempo de buena gana. Cuando viajo, y veo hombres brutales, viles, de costumbres corrompidas, que tienen derecho, según nuestras leyes, para ejercer un poder absoluto sobre tantos hombres, mujeres y niños, que han comprado con dinero a lo mejor mal habido, siento tentaciones de maldecir a mi país Y a toda la raza humana.

-¡Agustín! ¡Agustín! ¿Qué estás diciendo?

-La cuestión, en cuanto se refiere a mí, se puede encuadrar en los siguientes términos: Me encuentro en este estado porque fui concebido y nacido en pecado. Mis esclavos pertenecían a mi padre, y ahora me pertenecen a mí con su descendencia. Mi padre, como bien sabes, pertenecía a la Nueva Inglaterra, y como un romano de otros tiempos, recto, enérgico, generoso, de una voluntad de hierro. Tu padre se estableció en Nueva Inglaterra para reinar entre rocas y piedras, y arrancar a la naturaleza el pan de su familia... El mío nació en la Louisiana para gobernar a hombres y mujeres, y arrancarles también su subsistencia. Mi madre -dijo, parándose frente a un retrato de ella-, mi madre era divina. Perteneciendo a la raza humana, no había en ella, en lo que yo me acuerde, la menor señal de debilidad o de error. Cuantos la recuerdan aún, esclavos o libres, criados, amigos, todos dirán otro tanto. Era para mí la personificación del Evangelio, una prueba viva de su verdad. ¡Oh, madre mía! ¡Madre mía! -dijo juntando las manos con exaltación.

Luego, sentándose en un sillón, continuó:

-Mi hermano y yo éramos mellizos, a pesar de lo cual éramos distintos bajo todos los conceptos. Él era activo y observador; yo lírico y descuidado. Él era generoso con sus amigos e iguales, pero orgulloso y dominante con sus inferiores; nos distinguíamos los

dos: él por su orgullo y por su audacia; yo, por una especie de idealismo abstracto. Nos queríamos como ordinariamente se quieren los hermanos, por costumbre; él era favorito de mi padre, y yo lo era de mi madre. Mi padre era un aristócrata. Sin duda alguna, su generación anterior habría sido de las más elevadas, y por eso llevaba consigo todo el orgullo de su antigua casta: su orgullo le era inherente y hasta parecía que lo llevaba en la sangre, a pesar de pertenecer a una familia pobre y plebeya. Mi hermano fue creado a imagen suya. Un aristócrata en cualquier parte del mundo que se encuentra no conoce ninguna simpatía humana más allá de cierto límite, que no traspasa jamás. Lo que sería una desgracia, una injusticia terrible en su propia casta, no es respecto a otra más que una cosa natural. La línea de demarcación de un aristócrata era el color. Con sus "iguales", nadie como él era tan exacto, tan generoso; pero miraba al negro en todas las gradaciones posibles de color como una especie de intermediario entre el hombre y el bruto, aventurando bajo este concepto sus ideas de justicia o de generosidad. Es de creer que si se le hubiera preguntado si los negros tenían alma, habría vacilado, y respondido que no. Mi padre no era hombre que se preocupara mucho del espiritualismo: no profesaba más principios religiosos que cierto respeto a Dios, como jefe de las clases superiores. Mi padre poseía casi quinientos negros. Era inflexible, exigente, delicado en los negocios, y todo debía hacerse sistemáticamente con una precisión y una exactitud rigurosas. Si piensas que este orden debía ser mantenido por una caterva de negros embusteros, perezosos, descuidados, comprenderás cuántas cosas no pasarían en la plantación, que parecerían penosas para un niño sensible como yo. Tenía mi padre un capataz, hombre travieso, flaco, pero de vigorosos puños; un verdadero renegado de Vermont, que había hecho un aprendizaje en regla de fuerza y de brutalidad y recibido sus grados antes de ser admitido a la práctica. Mi madre jamás pudo sufrirlo, lo mismo que yo, pero ejercía sobre mi padre gran ascendiente. Yo no era entonces más que un niño, pero profesaba el mismo amor que ahora a la humanidad bajo todas sus formas, una especie de pasión al estudio de la naturaleza humana. Iba frecuentemente a las chozas de los negros y recorría el campo en medio de los trabajadores. Así fue que pronto llegué a ser el favorito de la negrada y después el confidente de sus quejas y amarguras que yo transmitía a mi madre, y formábamos los dos una especie de comité para reparar las injusticias. Conseguimos impedir o mitigar un sinnúmero de crueldades. Mi celo como sucede frecuentemente, traspasó los límites regulares. Stubbs, como se llamaba el capataz, se quejó a mi padre, diciendo que por mi causa no ejercía ninguna autoridad sobre los esclavos y que renunciaba a su empleo. Mi padre era un marido tierno e indulgente; pero al mismo tiempo no retrocedía jamás ante lo que juzgaba necesario. Desde entonces se colocó cual una roca entre nosotros y los trabajadores. Hizo conocer a mi madre, en un lenguaje lleno de cariño pero claro, que ella era dueña absoluta de los esclavos de la "casa", pero que debía desentenderse de los de la plantación. Varias veces oí a mi madre discutir con él y esforzarse por despertar alguna cuerda humanitaria en él, pero mi padre la escuchaba con una cortesía y una frialdad desconsoladoras. No se hacía más preguntas que ésta: '¿Me separaré de Stubbs o me quedaré con él? Stubbs es la puntualidad, la honradez, la actividad en persona; conoce bien su trabajo y reúne otras cualidades apreciables. No podemos pretender que sea perfecto; pero, si me quedo con él, necesito sostener su autoridad. Todo gobierno exige cierto rigor'. Después de decir esto, se echaba en el sofá, como un hombre que habiendo terminado satisfactoriamente un asunto se sienta a descansar. Mi hermano había nacido aristócrata, y cuando llegó a hombre, todas sus simpatías, todas sus ideas eran aristócratas a pesar de las exhortaciones de nuestra madre. En cuanto a mí, éstas penetraban hasta el fondo de mi alma. Jamás contradecía mi madre ninguna de las ideas de mi padre; nunca en la apariencia se halló en oposición con él; pero al mismo tiempo grababa en mi alma con caracteres de fuego, con todo el poder de su naturaleza grave y profunda, una idea elevada de la dignidad y excelencia de la más miserable de las criaturas inmortales de Dios. Recuerdo aún la impresión solemne con que me decía: 'Mira, Agustín: el más miserable, el más ignorante de nuestros pobres negros subsistirá después de quedar el mundo reducido a la nada. Su alma es inmortal como Dios'. Si hubiera podido vivir más bajo su influencia, me habría inspirado el entusiasmo de las grandes acciones, y

hubiera llegado a ser un reformador, un mártir. Pero, ¡ay!, la perdí cuando sólo tenía trece años".

Saint Clare permaneció callado unos instantes, y luego dijo:

-¡Qué cosa tan pequeña y miserable es lo que se llama virtud humana! Por ejemplo, tu padre se estableció en el Vermont, sitio donde todos, de hecho, son libres e iguales.

Llegó a ser miembro y diácono de una iglesia; hace cierto tiempo forma parte de una sociedad abolicionista y nos mira como paganos. Sin embargo, bajo todos los conceptos, por su temperamento y costumbre es exactamente lo mismo que mi padre. Siempre es igual su genio: firme, absoluto, dominador. Bien sabes que todos en el pueblo están convencidos de que el señor Saint Clare se cree superior a ellos. El hecho es que si bien ha caído en un centro democrático y ha abrazado una teoría popular, en su fondo es tan aristócrata como mi padre, que dominaba a quinientos negros.

Miss Ofelia quiso tomar la palabra acerca de esta descripción, y ya había dejado la calceta; pero Saint Clare la detuvo.

-Sé de antemano lo que vas a decirme. No pretendo que fueran en realidad parecidos: uno se hallaba en un sitio donde sucedían las cosas contra sus tendencias naturales, y el otro en donde todo las favorecía. Por consiguiente, uno se hizo demócrata y el otro déspota, pero obstinados y altivos igualmente los dos. Si los dos hubieran poseído plantaciones en la Louisiana, habrían sido como dos balas vaciadas en el mismo molde.

-¡Qué hijo tan irreverente eres! -dijo miss Ofelia.

-No es, sin embargo, mi intención -repuso Saint Clare-. Además, ya sabes que no tengo muy desarrollado el sentido de la veneración. En cuanto a nosotros, mi padre, al morir, nos dejó toda su fortuna para que yo la compartiera con mi hermano. No hay en la tierra un hombre más noble y generoso que Alfredo tratándose de sus iguales. Así fue que nuestros asuntos sobre intereses quedaron pronto arreglados sin el menor tropiezo ni discusión. Nos entregamos juntos a fomentarla plantación. Alfredo, que tenía doble fuerza y aptitud que yo para esta clase de negocios, se hizo un plantador entusiasta, y obtuvo resultados admirables. Pero dos años de pruebas me hicieron conocer que era imposible continuar asociado a él.

Ver en torno a una compañía de setecientos negros, a quienes no podía distinguir individualmente ni tomarme por ellos interés alguno personal, me era insoportable. No podía sufrir el verlos comprados, alimentados, recogidos y llevados al trabajo como a un rebaño, con una precisión militar; el tener constantemente que discutir cómo se podría, concediéndoles de las satisfacciones más elementales de la vida, las menos posibles, para exigir de ellos más trabajo; el estar en la necesidad de emplear capataces y conductores y el látigo, que es más indispensable aún, como indispensable argumento para tratar con los esclavos. Todo esto me disgustaba profundamente, y cuando reflexionaba en el valor que, según mi madre, debía darse a toda alma inmortal, este disgusto se convertía en horror. ¡Que no se me diga que los esclavos aman la esclavitud! ¡Querer sostener que un hombre pueda estar contento con trabajar todos los días de su vida desde el amanecer hasta la noche bajo la constante vigilancia de un amo, sin ser libre de un solo acto de voluntad; siempre encorvado bajo el mismo trabajo, árido, monótono, invariable, tan sólo por dos pares de pantalones y uno de zapatos al año, con alimento escaso y una guarida miserable! A todo hombre que crea que criaturas humanas puedan hallarse bien con semejante vida, le deseo sólo que haga la prueba. ¡Yo compraría de buena gana al perro que sostuviera esta tesis y le haría trabajar sin el menor escrúpulo!

-Siempre he creído -dijo miss Ofelia- que tú y tus semejantes aprobaban esas cosas y las creían justas.

-Ea, no hemos llegado aún a ese extremo, Alfredo, el déspota más furibundo que jamás haya existido, no apeló jamás a semejantes argumentos, no; se coloca orgulloso y altanero en el antiguo terreno: "el derecho más fuerte". Dice con razón que los plantadores americanos tratan a sus negros de la misma manera que la aristocracia y los capitalistas ingleses a las clases inferiores; es decir, que las hacen servir con su cuerpo y alma para uso y provecho suyo. Los aprueba, sin embargo, y en esto se muestra consecuente. Dice que no hay civilización verdadera sin esclavos y señores. Sostiene la necesidad de que haya una clase inferior, entregada al trabajo material y a una existencia animalésca y otra clase superior, ociosa y rica, que se desarrolle

intelectualmente, existiendo los límites del progreso y venga a ser el alma, de la cual es el cuerpo la otra. Así raciocina él, porque, como ya he dicho, nació aristócrata, mientras yo, por el contrario, no creo una palabra de todo eso, por haber nacido demócrata.

-¿Cómo han de poder compararse dos cosas tan diferentes? -preguntó miss Ofelia-. El proletario inglés no es vendido, ni azotado, ni se ve arrancado de su familia.

-Pero está tan sujeto al que le emplea como si le perteneciese. El plantador puede hacer morir al esclavo desobediente, bajo el látigo; pero el capitalista puede matar de hambre al proletario. En cuanto a la familia, es difícil resolver qué es lo más terrible: el ver vender a sus hijos o verlos morir de hambre a su lado.

-¡Pero parecería que haces la apología de la esclavitud!

-No es tal mi intención. Sostengo, por el contrario, que de nuestra parte se halla la violación más palpable, más audaz, de los derechos humanos. Comprar un hombre cual si fuera un caballo, examinar sus dientes, registrar sus miembros, hacerle andar, pagarlo después; haber especuladores, productores, traficantes de cuerpos y almas, muestra la injusticia a los ojos del mundo civilizado bajo un aspecto más irritante que otras muchas cosas, sin embargo, de que también en ellas se encuentra la misma injusticia: la explotación de una clase en provecho de la otra.

-Jamás había meditado yo este asunto desde tal punto de vista -dijo miss Ofelia.

-Yo he viajado por Inglaterra: he examinado algunos documentos relativos a la situación de las clases inferiores en ese país, y creo realmente que Alfredo tiene razón cuando sostiene que nuestros esclavos están en mejor situación que una gran parte de la población de Inglaterra. No hay que deducir de eso que Alfredo sea lo que se llama un amo humanitario, porque no lo es. Es un déspota, inflexible con la insubordinación; pegaría un tiro a un hombre que se le resistiese, tan sin remordimiento como si matara a un gamo, pero en general tiene un particular orgullo en que sus esclavos estén alimentados y que nada les falte.

-¿Cómo llegaste a abandonar tus ocupaciones de plantador? -preguntó miss Ofelia.

-Vivimos asociados hasta que Alfredo se convenció de que yo no servía para eso. Le parecía absurdo que no estuviese satisfecho, después de los cambios, reformas y mejoras que había introducido en la vida de los negros para darme el gusto. No comprendió que lo que me repugnaba era la substitución en sí. Además, no podía evitar mezclarme en ciertos asuntos. Siendo yo uno de los sujetos más perezosos que la tierra ha criado jamás, he profesado siempre grandes simpatías a los que eran tan perezosos como yo. Cuando algunos infelices ponían piedras en el fondo de sus cestas de algodón para hacerlas pesar más y llenaban sus bolsas de tierra por dentro y de algodón por la boca, me creía tan capaz de hacer lo mismo, que no hubiera tenido fuerzas para permitir que los azotasen por tan poco. Pero esto era la infracción de la disciplina que está en uso en las plantaciones, y muy pronto me hallé empeñado con Alfredo en la misma lucha que había sostenido con mi padre años antes. Me dijo que era un sentimiento afeminado, y que jamás sabría una palabra de negocios. Me aconsejó tomase las rentas que nos había dejado mi padre y la casa que poseíamos en Nueva Orleáns; me dijo que fuera a cultivar en ella la poesía, y que le dejara dirigir a él la plantación. Me pareció muy bien y me vine aquí.

-Pero, ¿por qué no has manumitido a tus esclavos?

-Porque no me atreví. Alquilarlos para obtener dinero me era imposible; conservarlos para que me ayudasen a gastarlo me parecía más llevadero y menos cruel. Algunos de ellos eran antiguos criados, a los cuales profesaba cierto afecto; los más jóvenes eran hijos de éstos. Todos eran felices.

Detúvose de pronto Saint Clare y dio algunos pasos por la sala con aire pensativo.

-Hubo un momento en mi vida en que tuve la ambición de seguir en este mundo un rumbo opuesto al que comúnmente se lleva. Sentí un deseo vago y confuso de ser una especie de líder y librar a mi patria de esta tacha. Supongo que todos los jóvenes tienen alguna vez accesos de esta naturaleza, pero...

-¿Por qué no lo hiciste? -dijo miss Ofelia.

-¡Oh! No marcharon las cosas como yo llegué a figurarme y caí en ese desencanto de la vida que describe Salomón. Supongo que aquel desaliento era el resultado natural de nuestra sabiduría; pero, sea lo que fuere, en vez de tomar un papel activo en la sociedad y llegar a ser su regenerador, me convertí en una especie de trozo de madera

abandonado sobre el río, y desde entonces no he dejado de flotar arrastrado por las aguas. Alfredo conserva un grande predominio sobre mí. Su vida es el resultado lógico de sus opiniones, mientras que la mía es una despreciable inconsecuencia.

-Mi querido primo, ¿puedes estar satisfecho con ese modo de vivir en este mundo transitorio?

-¡Satisfecho! Pues qué ¿no acabo de decir que aborrezco esta clase de existencia? Más volvamos a nuestro asunto. No creas que mis opiniones sobre la esclavitud sean de mi exclusividad; hay muchos que piensan como yo. Conozco hombres que son como yo en el fondo de su corazón. El país gime bajo el peso de la iniquidad y por terribles que sean las consecuencias para el esclavo, lo son más aún para el amo. No se necesitan anteojos para ver que los vicios, la indolencia y la degradación de toda una clase de nuestro país son tan funestos a nosotros los amos como a ella misma. El capitalista y el aristócrata de Inglaterra no pueden sentir esto porque ellos no se ven mezclados como nosotros con la clase que degradan. Los negros viven en nuestras casas; son compañeros de nuestros hijos, ejercen sobre ellos su influencia antes que nosotros hayamos podido ejercer la nuestra, porque los niños aman y buscan siempre a esta raza. Si Eva no tuviera algo de ángel, se hallaría a estas horas perdida. Sin embargo, nuestras leyes prohíben absolutamente todo sistema de educación y mejoramiento espiritual, que sea eficaz para los negros, porque si llegara a instruirse a fondo tan sólo una generación se vendría abajo muy pronto la esclavitud. Si después de eso no les dábamos nosotros la libertad, es seguro que ellos se la tomarían por la fuerza.

-¿Cómo crees que terminará eso? -preguntó Ofelia.

-No lo sé. Sólo una cosa me parece cierta, y es que cada día reina más agitación entre las masas y se prepara un "dies irae". El mismo espíritu trabaja a Europa, a Inglaterra y a América. Mi madre me hablaba frecuentemente de estar próximos a un momento en que Cristo reinaría por fin y en el que todos los hombres serían libres y dichosos. Siendo todavía niño, me enseñaba a repetir esta súplica: "¡Venga a nos Tu reino!" Algunas veces pienso que esos movimientos que uno ve en él, no son más que precursores de lo que ella me anunciaba. Pero, ¿quién podrá anunciar el día de su venida?

-Agustín, pienso a veces que no estás tú muy lejos del reino de Dios -dijo miss Ofelia dejando su calceta y echando a su primo una mirada grave y preocupada.

-Agradezco tu buena opinión; pero estoy a la vez muy alto y muy bajo; en teoría, tan alto como las puertas del Cielo; pero cuando llegamos a la práctica, tan bajo como el polvo. Todo lo que puedo hacer es obrar bien en lo que a mí toca, apartándome de los malos caminos que otros siguen. Pero la campana nos está llamando al té; vamos allá. En la mesa fue objeto de conversación el caso de Prue.

-Pensarás, prima -dijo Mary, dirigiéndose a miss Ofelia-, que aquí somos todos unos bárbaros.

-Pienso que el hecho sí es una barbaridad; pero no creo que sean aquí todos unos bárbaros.

-Es que hay criaturas completamente imposibles de tratar -dijo Mary-. Son tan perversas que no deberían vivir.

-Pero, mamá -dijo Eva-; esa pobre mujer era muy desgraciada, y por eso se emborrachaba.

-¡Buena excusa! -replicó Mary-. Yo también soy muy desgraciada; quizá, si bien se mira, más desgraciada de lo que fue ella en toda su vida. No; no es la desgracia lo que hace mala a esa gente. Son los malos instintos. No se puede hacer nada bueno con ellos.

-Yo, sin embargo, supe traer a buen camino a un negro de quien nadie había podido hacer carrera hasta entonces -dijo Saint Clare.

-¡Tú! -exclamó Mary-. Necesitaría verlo para creerlo.

-Era -continuó diciendo Saint Clare un negrazo tremendo, hercúleo; un verdadero león africano. Un día derribó de una trompada a un capataz y huyó a la ciénaga. Se organizó una partida para perseguirlo, en la cual íbamos seis o siete hombres, armados con escopetas, con una jauría de perros.

"Los perros no tardaron en dar con su rastro y pronto hallamos su escondrijo. Al verse descubierto trató de huir en oca carrera. Un balazo le postró en tierra, cayendo herido muy cerca del lugar en que yo estaba. Contuve a los perros y a los cazadores y

reclamé al negro como prisionero mío. En quince días lo tenía manso y domesticado como un cordero.

-¿Y cómo te arreglaste para conseguirlo? -le preguntó Mary.

-Muy sencillamente. Lo instalé en mi habitación, le vendé las heridas y lo cuidé yo mismo hasta que sanó por completo.

Después le di la libertad y le dije que podía irse donde quisiera.

-¿Y se fue? -Preguntó miss Ofelia.

-No; fue tan tonto que rompió el documento en que le declaraba libre y se negó absolutamente a abandonarme. No he tenido nunca un criado mejor; era honrado y leal a toda prueba. Más tarde dio su vida por salvar la mía. Un enemigo mío trató de asesinarme por la espalda: mi pobre Escipión, así se llamaba, se interpuso y recibió el golpe en el pecho... A pocas personas he llorado como a él.

Mientras Saint Clare refería este hecho, su hija Eva se le había ido acercando poco a poco. Al terminar el relato, se abalanzó frenética a su cuello, que rodeó con sus bracitos. Un movimiento convulsivo agitaba su cuerpo y los sollozos la ahogaban.

-¡Eva, hija querida! ¿Qué te pasa? -le preguntó su padre-. Esta niña no debiera oír estas conversaciones; es muy nerviosa.

-No, papá; no soy nerviosa -dijo Eva, dominándose-. No soy nerviosa, pero estas cosas me llegan al alma.

-¿Qué quieres decir con eso, hija mía?

-No puedo explicarlo, papá. Se me ocurren muchas ideas.

-Anda, vamos a ver los peces -dijo Saint Clare, tomándola de la mano y llevándola a la galería, para distraerla. Al poco rato resonaban en el patio alegres risas. Eva y su padre corrían de aquí para allá, persiguiéndose por los enredados senderos y arrojándose puñados de hojas de rosas.

Por describir escenas y referir conversaciones de personas de más elevada clase, no olvidemos a nuestro humilde amigo Tom. Habían tomado tal fuerza en la mente de Tom los recuerdos de su antigua casa, que concibió la atrevida idea de escribir una carta a tía Cloe. Pidió un papel de cartas a la niña Eva, pero antes de comenzar la misiva quiso hacer un borrador en su pizarra. Y aquí fueron sus perplejidades, porque algunas letras se le habían olvidado, y tampoco sabía hacer uso exacto de las que conservaba en la memoria. Hallábase entregado a esta tarea, cuando vino Eva, como un pajarillo, a dar vueltas en torno suyo.

-¿Qué garabatos tan graciosos son esos que estás haciendo, tío Tom?

-Estoy tratando de escribir una carta a mi pobre viejecita y a mis hijitos, niña Eva -dijo Tom-; pero no me sale.

-Quisiera poder ayudarte, Tom. Sé escribir un poco.

E inclinándose sobre la pizarra su rubia cabecita, se entabló entre ambos un animado diálogo a propósito de cada letra y cada palabra que iban escribiendo.

-Pues mira, tío Tom: la carta nos va saliendo muy bonita -dijo Eva, contemplando con satisfacción lo que llevaba escrito.

-El amo prometió mandarme dinero para libertarme en cuanto pudiera juntarlo, y yo espero que lo haga -dijo Tom-. Mi amigo el niño George me dijo que vendría a buscarme y me dio una moneda como señal de que cumpliría su palabra.

-¡Pues entonces, ten por seguro que vendrá! ¡Qué contenta voy a ponerme! -exclamó Eva.

-Por eso he querido escribir esta carta, niña Eva; pues así sabrá mi pobre Cloe lo bien que estoy y se alegrará mucho la infeliz.

-¡Tom! -exclamó en aquel momento Saint Clare, desde la puerta.

Tom y Eva se estremecieron.

-¿Qué hacéis? -preguntó Saint Clare, entrando y mirando la pizarra.

-Es una carta de Tom. Le estoy ayudando a escribirla -dijo Eva-. ¿Verdad que está bien?

-No quiero desanimaros a ninguno de los dos -repuso Saint Clare-, pero creo, Tom, que será mejor que te la escriba yo. Te la escribiré cuando vuelva de paseo.

-Te advierto que es urgente -repuso Eva-, porque una señora quiere enviar el dinero para rescatarlo, papá, y me ha dicho Tom que se lo tiene prometido.

Saint Clare pensó en que sería una de las tantas promesas que hacen algunos amos a sus esclavos para dulcificar los horrores de la separación, pero que jamás tienen

ánimo de cumplir. Sin embargo, no lo dio a conocer, y se contentó sólo con mandar a Tom que preparase los caballos para dar un paseo.

La carta de Tom fue escrita por su amo aquella misma tarde. Miss Ofelia continuaba con ejemplar perseverancia sus tareas de ama de casa. Todos los criados convenían, desde Dinah hasta el último lavaplatos, que miss Ofelia era decididamente "curiosa", término que corresponde al de "original" y por el cual los negros del Sur significan que los superiores no son de su agrado. La parte elegante de los criados, a saber, Adolfo, Jenny y Rosa, estaban de acuerdo en que miss Ofelia no era una "señora", porque una verdadera "señora" no hubiera trabajado como ella, y porque no tenía aires de tal. Les sorprendía que pudiera pertenecer a la familia Saint Clare y hasta la misma Mary decía que afectaba a sus nervios la actividad incesante de la prima Ofelia.

CAPITULO 20

Una mañana, hallándose miss Ofelia atareada con sus quehaceres domésticos, oyó la voz de Saint Clare que la llamaba desde el rellano de la escalera.

-Baja, prima, a ver una cosa.

-¿Qué es? -Preguntó miss Ofelia.

-Que he hecho una compra para tu departamento. Mira -dijo Saint Clare, empujando hacia ella a una negrita de ocho o nueve años de edad.

Era un ejemplar de los más retintos de su especie. Tenía los ojos redondos y relucientes. Por entre los labios se descubrían dos hileras de dientes brillantes y blanquísimos. Expresaba su semblante mezcla de picardía y astucia. Había en su aspecto algo tan extraño, que no pudo miss Ofelia menos que exclamar:

-¿Para qué has comprado eso?

-Para que la eduques y le enseñes su obligación. Me parece un ejemplar curioso y divertido de la especie. ¡Vamos a ver, Topsy- exclamó, lanzando un silbido, como si llamara a un perro-, vamos a ver cómo bailas!

Animáronse los relucientes ojos de la negrita y entonó con voz clara y aguda una extraña y salvaje melodía, acompañándose con las manos y los pies, girando sobre sí misma, y haciendo diverso género de contorsiones. Acabó dando dos o tres saltos, y cayendo sobre la alfombra con los brazos cruzados y una solemne expresión de humildad en su semblante.

Saint Clare gozaba interiormente con el asombro de su prima.

-Topsy -dijo a la negrita-, aquí tienes a tu ama. Te regalo a ella; a ver si te portas bien.

-Está bien, mi amo -contestó Topsy, lanzando ojeadas maliciosas en todas direcciones.

-Pero, Agustín, ¿qué vas a hacer de eso? La casa está ya tan plagada de negritas...

-Viéndola tan despabilada y tan divertida, pensé que podría hacerse algo por ella y la compré para regalártela. Ensaya en ella tu método de educación.

-¡Ah! ¡Muy bien! Ustedes los cristianos son especiales para formar una sociedad de misiones y para enviar a un pobre misionero a pasar toda su vida entre paganos como esta criatura. Pero no hay ni uno que quiera tener en su propia casa a uno de estos paganos y encargarse personalmente de su conversión. Cuando se toca ese punto, son sucios, desagradables, causan mucha pena y otras cosas por el estilo.

-Te advierto que no tengo necesidad de eso; me tomo poco cuidado por tus negros.

-¡Ah! Agustín, a ti te consta que no he considerado la cuestión desde ese punto de vista -dijo miss Ofelia, cariñosa en extremo-, ¿Quién sabe? Eso podría ser muy bien una obra de verdadero misionero... -añadió echando a la muchacha mirada más benévola.

Saint Clare había tocado la cuerda sensible. La conciencia de miss Ofelia estaba siempre despierta.

-No obstante, podrías haber prescindido de, comprarla -añadió la prima-, teniendo como tienes en casa más de los que puedan ser atendidos por mis cuidados y celo religioso.

-Vamos, prima -dijo Saint Clare, llamándola aparte-; debería pedirte perdón por todas mis vanas palabras, Eres tan buena, sobre todo, que nadie puede igualarte. Este es el hecho: la pobre muchacha pertenecía a un matrimonio de borrachos, que tienen una especie de bodegón cerca del cual me veo obligado a pasar todos los días. Ya estaba

cansado de oírle gritar y de ver a sus amigos pegarle y maldecir delante de la infeliz. Tenía el aire despierto y picaresco y pensando que podía hacerse algo con ella, la he comprado para regalártela. Ahora ensaya en ella una educación ortodoxa como se acostumbra en la Nueva Inglaterra, y veamos qué resultados produce.

-Está horriblemente sucia y media desnuda -dijo miss Ofelia.

-¿Qué importa? Se la manda lavar y vestir.

Miss Ofelia la condujo hacia las regiones de la cocina. Al verla, Dinah la examinó con una mirada muy poco amistosa.

-No sé lo que querrá hacer el señor con otra negra más.

Pero lo que sí diré es que no necesito tenerla a mi lado.

-¡Uf! exclamaron Rosa y Jenny, con aire de disgusto.

-¡Que no venga a estorbarnos! -dijo Rosa-. No puedo concebir qué necesidad había de que el señor nos trajese uno de estos negros de baja esfera.

-¿Quieres callarte? La pobre viene al fin a ser negra como tú, miss Rosa -exclamó Dinah viendo en la calificación de negros de "baja esfera" un insulto a su persona-. Tú no eres ni blanca ni negra, y por mi parte prefiero ser lo uno o lo otro.

Viendo miss Ofelia que ninguno de los presentes se encargaba de lavar y vestir a la recién llegada, tuvo que hacerlo por sí misma con la ayuda de la mulata Jenny, que se prestó a ello con gran repugnancia y poco agrado. Sin embargo, cuando vio sobre la espalda de la niña algunas cicatrices, señales indiscutibles del régimen bajo el cual había vivido, su corazón comenzó a enternecerse.

-Vea usted -dijo Jenny, señalando las cicatrices-, ¿no prueba esto lo que es la niña? ¡Grandes cosas va a sacar de ella! Yo no puedo sufrir a estas bribonzuelas. No comprendo la razón de que el amo la haya comprado. El objeto de estas benéficas observaciones estaba allí escuchándolas con el aire triste y sumiso que parecía serle habitual. De vez en cuando echaba a hurtadillas una mirada penetrante sobre los pendientes de Jenny. Cuando estuvo decentemente vestida y su crispada cabellera cayó a impulsos de las tijeras, miss Ofelia declaró con cierta satisfacción que tenía el ademán algo más cristiano que antes, y empezó a imaginar los planes de su educación.

Se sentó delante de ella y comenzó el siguiente interrogatorio:

-¿Qué edad tienes?

-No sé, mi ama.

-¿Quién es tu madre?

-No lo sé, no la he conocido. Me cuidaba tía Sue con otros chicos.

-Señorita, hay multitud de niños en el mismo caso. Los especuladores los compran pequeñitos y los crían para venderlos obteniendo mayor precio -dijo Jenny.

-¿No has oído nunca hablar de Dios, Topsy?

La niña pareció no comprender lo que le decían.

-¿Sabes quién te ha creado?

-Nadie -dijo Topsy riendo.

A juzgar por los guiños que hacía la muchacha, parecía que aquella idea la divertía singularmente. En seguida añadió:

-Supongo que he brotado; no creo que haya sido creada.

-¿Sabes coser?

-No, niña.

-¿Qué sabes hacer? ¿Qué hacías en casa de tus amos?

-Buscar el agua, lavar los platos, limpiar cuchillos y servir.

-¿Te trataban bien tus amos?

-Creo que sí -contestó la negrita mirando a miss Ofelia.

-Ahí tienes un terreno virgen, prima -dijo Agustín a miss Ofelia cuando ésta le hubo referido la anterior escena-. Ni una sola idea encontrarás ahí que estorbe; puedes, pues, sembrar las ideas que quieras.

Miss Ofelia la llevó a su aposento al día siguiente al de su llegada y comenzó con toda solemnidad su curso de instrucción.

Y había que ver allí a Topsy lavada y vestidita de limpio, con un delantal muy bien planchado, plantada con aire reverente en presencia de miss Ofelia.

-Escucha, Topsy, voy a enseñarte la manera de hacer una cama. Soy muy difícil de contentar en esto; así, pues, es preciso que aprendas bien cómo debes hacerla.

-Bien, señora -dijo Topsy, lanzando un suspiro.

-Vamos, Topsy, mira con cuidado; ésta es la orilla de la sábana, éste el derecho y éste el revés. ¿Te acordarás bien?

-Sí, señora -contestó Topsy lanzando un nuevo suspiro.

Y nosotros añadiremos lo que miss Ofelia no vio mientras que en el ardor de su demostración, daba la espalda a Topsy. Esta halló el medio de escamotear un par de guantes y una cinta, que se guardó entre las mangas del vestido. A pesar de esto, se hallaba en la misma posición, con las manos cruzadas en el pecho, con un aire de beatífica inocencia.

-Ahora vamos a ver lo que has aprendido -dijo miss Ofelia quitando las sábanas y sentándose.

Topsy, con el semblante más serio del mundo, y de una manera muy diestra, repitió la lección a satisfacción de miss Ofelia, extendió las sábanas con cuidado, hizo desaparecer los pliegues, y mostró desde el principio hasta el fin una gravedad y una atención que confortaron profundamente a la maestra. Pero a causa de un tropezón que dio, asomó por una de las mangas del vestido la punta de la cinta que tenía allí escondida. Miss Ofelia lo advirtió, agarrando la cinta, dio un tirón de ella y la puso entera al descubierto. Topsy no se desconcertó; miró la cinta como sorprendida, y con aire candoroso exclamó:

-¿No es esa cinta de la niña? ¿Cómo podría tenerla yo?

-Topsy, no me mientas; tú me robaste esa cinta.

-Niña, le aseguro que yo no la he robado. Hasta este momento no la había visto nunca.

Al sacudir por los hombros a Topsy, los guantes que se había escondido ésta en la otra manga cayeron al suelo.

-¿Y ahora dirás que no robaste la cinta, pícara embustera?

Topsy confesó que había robado los guantes, pero siguió sosteniendo que no había robado la cinta.

-Mira, Topsy -le dijo miss Ofelia-, si lo confieras todo, te prometo no pegarte esta vez.

Ante esa promesa, Topsy confesó que había robado la cinta y los guantes, haciendo propósitos de enmienda.

-Ahora, dime, Topsy; tú debes de haber robado otras cosas desde que entraste en esta casa, porque ayer te dejé suelta todo el día.

-Pues bien, niña, me quedé con esa cosa colorada que la niña Eva lleva puesta al cuello.

-¿La robaste, bribona? ¿Y qué más?

-Le robé a Rosa los zarcillos colorados.

-¡Tráeme al momento las cosas! -No puedo, niña, porque las he quemado.

-¿Por qué las quemaste?

-Niña, porque soy muy mala; no puedo remediarlo.

En aquel momento entró Eva en la habitación. Llevaba su collar de corales al cuello.

Miss Ofelia, al verlo, se quedó enteramente confundida, y vino a estarlo más todavía al ver llegar a Rosa con una canasta de ropa blanca recién planchada en la cabeza y los pendientes de coral en las orejas.

-¡Yo no sé qué hacer con una criatura como ésta! -exclamó miss Ofelia con desesperado acento-. ¿Por qué me has dicho que habías robado esas cosas, Topsy?

-Porque la señora me dijo que tenía que confesar -le contestó Topsy restregándose los ojos.

-Pero yo no quería que confesaras haber hecho lo que no habías hecho -le dijo miss Ofelia.

Eva, de pie delante de Topsy, la contemplaba atentamente.

-¿Para qué necesitas robar, pobre Topsy? -preguntó Eva.

Estas eran las primeras palabras afectuosas que oía en su vida. La dulzura de la voz de Eva causó una impresión extraña en aquel corazón inculto, y en sus ojos penetrantes brilló una especie de lágrima, a la que siguió la sonrisa que le era habitual. Es que el oído que no ha escuchado jamás otra cosa que insultos y expresiones de desprecio, es generalmente al principio insensible a la bondad. Para Topsy eran extrañas e inexplicables las palabras de Eva y no las creía.

Ahora bien: ¿qué podía hacerse con Topsy? Miss Ofelia no sabía qué idear. Sus principios sobre educación no se condicionaban de ninguna manera al caso presente. Resolvió meditarlo despacio. Para ganar el tiempo necesario y en la esperanza de que las virtudes secretas que se atribuyen generalmente a los cuartos oscuros obrarían sobre Topsy, encerró bajo llave a su educanda en un cuarto de este género, mientras coordinaba sus ideas algo turbadas acerca de la educación de la infancia.

-No sé, al fin, Si haré carrera con esta muchacha sin azotarla -dijo miss Ofelia a Saint Clare.

-Bien, azótala; te doy libertad amplia para que obres a tu gusto. Siempre ha sido preciso azotar a los niños; constantemente he oído decir que no hay educación posible sin azotes -respondió Saint Clare-. Pero me permitiré decirte una cosa, y es que he visto moler a golpes a esa muchacha con las tenazas, con la badila o con lo primero que había a la mano. Pues bien, estando acostumbrada a este género de castigos, me parece que los azotes deben ser fuertes para que causen alguna impresión.

-¿Qué he de hacer entonces?

-Prima, me haces una pregunta a la cual desearía que respondieses tú misma. ¿Qué partido ha de tomarse con un ser humano a quien no se puede manejar más que con un látigo, Si de este modo no se consigue nada, como sucede sin cesar entre nuestras gentes del Sur?

-No lo sé; jamás he visto una criatura semejante.

-¿De dónde provienen esas crueldades terribles, esos atentados, que de vez en cuando llegan hasta los periódicos, como el caso del Prue? De una infinidad de circunstancias; son el resultado de un endurecimiento gradual de ambas partes: el señor se hace cada vez más cruel, el esclavo cada vez más obstinado. Los golpes y los malos tratamientos son como el opio: a medida que disminuye la sensibilidad es preciso aumentar la dosis. Yo llegué a darme cuenta de esto cuando fui dueño de esclavos, y resolví entonces no comenzar jamás, porque no ignoraba a dónde llegaría. Resolví depender al menos de mi propio sentido moral. De ahí ha resultado que sean mis esclavos como niños mimados; pero en mi opinión vale esto más que si estuviéramos embrutecidos los unos y los otros. Prima, has hablado mucho de nuestra responsabilidad por la educación de los negros, y desearía, en verdad, verte hacer un ensayo con esta muchacha, que se parece a un gran número de ellos.

Y miss Ofelia, desde aquel día, se dedicó a su nueva tarea con un celo y una energía admirables. Señaló horas de trabajo para Topsy y empezó a enseñarle a leer y escribir. La muchacha hizo en la lectura progresos bastante rápidos; aprendió las letras con maravillosa facilidad y muy pronto pudo leer cosas sencillas. Aprender a coser fue una operación algo más difícil. Topsy, tan dócil como un gato, tan activa como un mono, tenía profundo horror a la inercia a la cual la condenaba el trabajo de la aguja. Topsy no tardó en adquirir una reputación en la casa. Parecía tener un genio infatigable para hacer todas las diabluras imaginables, lo mismo que para bailar, cantar e imitar todos los sonidos posibles. Cuando ella estaba de humor, se veía rodeada de todos los niños de la casa con la boca abierta de admiración y de asombro. La misma Eva parecía fascinada por las diabluras de Topsy, como lo está a veces un pajarillo por la mirada viva de una serpiente. Miss Ofelia tenía sus temores al ver el placer que encontraba Eva en reunirse con Topsy, y dijo a Saint Clare que tomase alguna medida.

-Vamos -le dijo Saint Clare-, no temas nada por Eva. Topsy le será útil, por el contrario.

-¿Pero no piensas que le dará muy mal ejemplo una muchacha tan mal educada?

-Nada de eso. A otros niños podría corromper; pero lo malo pasa por Eva como el agua sobre las plumas de un cisne.

Los primeros tiempos fue Topsy objeto del desprecio y de la mala voluntad de los sirvientes domésticos; pero no tardaron en modificar su opinión. Bien pronto se descubrió que las injurias que le habían dirigido poco tardaron en ser castigadas: desaparecía un par de pendientes o algún objeto favorito o bien se encontraba algún objeto de tocador evaporado, a veces el culpable topaba accidentalmente con una olla de agua hirviendo, o al salir con la mejor ropa recibía un diluvio de agua sucia, sin que se supiera de dónde provenía. Inútilmente se hacían después averiguaciones: nunca era posible descubrir al criminal. Topsy era citada a comparecer, y mil veces pasaba por todos los grados de la jurisdicción doméstica, pero siempre sostenía los

interrogatorios con la mayor serenidad y daba las pruebas más convincentes de su inocencia. Todos sabían que era ella la autora del daño. Pero no podía presentarse en apoyo de las sospechas ni la sombra de una prueba.

Cierto día tuvo miss Ofelia la desgracia, por un descuido inaudito, el único de su vida quizá, de dejar olvidada la llave de su cómoda. Entra de pronto y ve su hermoso chal colorado de crespón de China, rodeando la cabeza de Topsy en forma de turbante y a ésta remedando un papel fantástico delante del espejo.

-Topsy -exclamó miss Ofelia, agotada su paciencia-, ¿qué inclinación te impele a hacer cosas tan diabólicas?

-No lo sé, miss; creo que porque soy muy mala.

-Ignoro a fe mía lo que he de hacer contigo.

-¡Ah! Miss, es preciso azotarme: mi antigua señora me azotaba siempre, y yo no trabajo jamás, si no se me azota.

-Pero, Topsy, a mí no me gusta azotarte. Cuando quieres, haces bien las cosas. ¿Por qué no quieres?

-¡Ah! Miss, estoy acostumbrada a los golpes y creo que son un bien.

Miss Ofelia ensayó el remedio. Topsy gritaba, gemía y suplicaba; después de una media hora, hallándose en un balcón rodeada de una infinidad de muchachos, se complacía en mofarse de la ejecución.

-¡Guay! ¡El látigo de miss Ofelia! Es seguro que no podría matar un mosquito. ¡Debiera ella haber visto al antiguo amo hacerme saltar la sangre! ¡Ah! ¡El sí que lo entendía! Topsy se complacía en exagerar sus pecados y la enormidad de su conducta creyendo darse más importancia.

-¡Guay! Vosotros los negros -decía alguna vez a sus oyentes-, sois todos pecadores. Sí, lo sois; todo el mundo lo es. También los blancos son pecadores, lo dice miss Ofelia. Pero yo creo que los negros lo son mucho más. ¡No hay uno de vosotros que peque tanto como yo! ¡Soy tan mala! ¡Nadie puede hacer carrera conmigo! Hacía blasfemar a mi antigua ama desde la mañana hasta la noche. Estoy convencida de que soy la criatura más mala de la tierra.

Así siguió durante un par de años la educación de Topsy. Miss Ofelia, día por día, se consagró a esa tarea ingrata, a la cual se acostumbró como se hubiera acostumbrado a las molestias de una dolencia crónica.

Saint Clare se divertía con Topsy, como lo hubiera hecho con un perrito o con un papagayo. Y Topsy era feliz.

CAPITULO 21

Volvamos por breves momentos a la granja de Kentucky. Es al anochecer de un caluroso día de verano. Todas las puertas y ventanas de la vivienda de mister Shelby están abiertas para dar paso franco a la brisa. Mister Shelby está en la terraza, echado en un sillón, fumando un cigarro después de la comida. Su mujer está próxima a la puerta, con una labor de bordado entre las manos.

-¿Sabes que Cloe ha tenido carta de Tom?

-¿De veras? ¿Cómo está el pobre? Se conoce que se ha encontrado por allí algún amigo.

-Lo ha comprado una familia muy buena, a lo que parece.

-¡Cuánto me alegro! -exclamó mister Shelby-. Tom habrá ya perdido el miedo a las tierras del Sur, y es seguro que ni quiere volver por acá.

-Te engañas -le replicó su mujer-. Tiene presente la promesa que le hicimos de rescatarlo. ¿Crees tú que podría ser pronto?

-A la verdad, no lo sé -dijo mister Shelby-. Cuando los negocios dan en torcerse, no hay modo de enderezarlos.

-Creo, sin embargo -dijo la señora-, que se podría hacer algo por enderezar las cosas. Deshaciéndonos de todos nuestros caballos y de una de nuestras fincas.

-Esas son tonterías, mujer.

-Pero al menos -dijo la señora Shelby-, ¿no podrás decirme a lo que ascienden tus deudas en total? ¿No podrías enseñarme una lista de ellas y dejarme ensayar de acuerdo contigo algunas economías?

-¡Por vida de años, mil! No me calientes la cabeza con esas cosas, Emilia. Sé un poco más o menos cuál es mi verdadera situación; pero no puedo explicarla exactamente, ni presentártela como Cloe te presenta sus pasteles limpios y solos en una fuente. En fin, tú no entiendes de esas cosas, ya te lo he dicho.

Y mister Shelby, no hallando otro medio de dar más fuerza a sus palabras, levantó la voz, modo de argumentar muy convincente y muy útil para un marido que discute sobre negocios con su mujer.

La señora de Shelby se calló y lanzó un suspiro. A pesar de los defectos que le atribuía su marido, estaba dotada de un talento despejado, enérgico, práctico y de una fuerza de carácter muy superior a la de él. Así es que no hubiera sido ningún absurdo el suponerla capaz de poner en orden sus negocios.

Deseando cumplir su promesa a Tom y a la tía Cloe, suspiraba con tristeza viendo aumentarse los obstáculos que se oponían a ello.

-¡Pobre tía, Cloe! No piensa sino en reunirse con su marido.

-Yo siento mucho que Cloe tome las cosas de esta manera. Creo que fui demasiado ligero en prometer lo que no tenía seguridad de cumplir. Lo mejor sería desengañarla, y que se acostumbrase a la idea de la definitiva separación.

-Pero como he enseñado a mis sirvientes que sus casamientos son tan sagrados como los nuestros, jamás podré dar tal consejo a Cloe.

-Es sensible, mujer, que les hayas enseñado una moral a la que no pueden sujetarse por su condición. Por mi parte, siempre lo he sentido así.

-Es la moral de la Biblia, nada más -dijo la señora Shelby.

-Bien, bien, Emilia, sin pretendo mezclarme en tus opiniones religiosas; sin embargo, me parece que son absolutamente impracticables para gente de esa condición.

-En efecto -dijo la señora Shelby-, y por eso aborrezco la esclavitud. Te digo, querido mío, que me es imposible olvidar las promesas que hice a esos infelices. Si no puedo adquirir dinero de ningún modo, daré lecciones de música. No me faltarán discípulos, estoy segura, y ganaré lo que necesite.

-¿Llegarías a rebajarte hasta ese punto, Emilia? Por mi parte jamás consentiría en ello.

-¡Rebajarme! Me rebajaría en efecto si faltase a la palabra que he dado a esos desgraciados. No puede ser.

-¡Tú eres siempre heroica y sublime! -dijo mister Shelby-; pero creo que harías bien en reflexionarlo mucho antes de emprender semejantes hazañas de Don Quijote.

En aquel momento se presentó Cloe en el extremo de la terraza.

-¿Quiere hacerme el favor la niña de venir un momento? -dijo.

-¿Qué ocurre? -le preguntó la señora Shelby, yendo a su encuentro.

-Quiero que la niña vea estas aves que tengo aquí. ¿Cómo le parece a la niña que las cocine?

-Componlas como te parezca, Cloe -le contestó su ama.

Cloe seguía de pie como abstraída. Era evidente que no pensaba en las aves que tenía delante, sino en otras cosas. Al fin, después de una ligera risita, dijo:

-¿Por qué se apuran los amos por dinero si no lo tienen en la mano?

-No te entiendo, Cloe -dijo la señora Shelby.

-Hay mucha gente que alquila negros y saca dinero de ellos, en lugar de gastar dinero para mantenerlos.

-Bueno, Cloe, ¿y cuáles quieres que alquilemos?

-Yo, niña, no quiero nada; sólo que he oído que en Louisville hay un confitero que necesita un oficial de pastelería.

-¡Bueno! ¿Y qué?

-He pensado que si la niña me dejara a mí trabajar en casa del confitero de Louisville yo podría ayudar a la niña.

-Louisville está muy lejos, lejos.

-No me da miedo eso. Estará río abajo, cerca de mi viejo, ¿no?

-Está río abajo, sí, pero muy lejos de tío Tom.

Cloe pareció entristecerse.

-Pero, con todo -prosiguió diciendo la señora de Shelby-, estarás allí más cerca de él. Sí, puedes irte, Cloe, y todo cuanto ganes será para redimir a tu marido. Rayos de gozo iluminaron el negro rostro de la tía Cloe.

-La señora es muy buena. Precisamente yo tenía la misma idea, y después, como no necesitare ni vestidos, ni zapatos, ni nada, podré ahorrarlo todo. ¿Cuántas semanas tiene un año, niña?

-Cincuenta y dos.

-¿De veras? -repuso la tía Cloe-, y a cuatro pesos por semana, ¿cuánto componen?

-Doscientos ocho pesos.

-¿Y cuánto tiempo tendré que trabajar además, señora?

-preguntó con aire de sorpresa y de enajenamiento.

-Cuatro o cinco años, Cloe; pero no es necesario que tú lo ganes todo: yo añadiré alguna cosa.

-¡Ah! Pero no quisiera oír hablar de dar lecciones ni de otra cosa por el estilo. El amo tiene razón; eso no estaría bien. Espero que ninguno de vuestra familia tenga que llegar a ese caso mientras me quedan a mí manos para trabajar.

-No temas nada, Cloe; yo cuidaré el honor de la familia -dijo la señora Shelby sonriéndose-. ¿Cuándo piensas irte?

-Lo tengo preparado, y como Sam me ha dicho que va a salir hacia el río con los potros, y que podría irme con él, puedo marcharme, si la niña me lo permite, mañana temprano.

-Bien, Cloe; yo me encargo de eso, si el amo está conforme. Voy a decírselo. La tía Cloe, llena de gozo, se fue a la cabaña para hacer sus preparativos.

-¡Ah!, niño George, ¿sabe usted que me voy mañana a Louisville? -dijo Cloe cuando al entrar en la cabaña le vio éste ocupada en arreglar los vestidos de su niña-. ¡Aún falta arreglar a esta criatura! Pero, niño George, voy a ganar cuatro pesos por semana, que me ha dicho la señora que se dejarán para rescatar a mi pobre hombre.

-¡Bravo! exclamó George. Esta es una buena noticia. ¿Y cuándo te vas?

-Mañana, con Sam. Y ahora, niño George, estoy segura que escribirá usted a mi pobre hombre contándoselo, ¿no es verdad?

-Bien -contestó George-. El tío Tom se alegrará de recibir noticias nuestras; voy a casa a buscar papel y tinta, y podré escribirle, tía Cloe, de los potritos y de todo lo demás.

-Es verdad, es verdad, niño George. Mientras tanto, yo le voy a preparar un trozo de pollo o alguna otra cosa.

CAPITULO 22

Han pasado los años. Aunque Tom echase muy de menos a los suyos y a su patria, no podía considerarse desgraciado. La carta de Tom fue contestada por George, dándole noticias de los suyos y escrita en caracteres tan grandes que, según decía Tom, podía leerse desde un extremo al otro de la habitación. Contenía sobre su familia los pormenores ya conocidos del lector: que la tía Cloe habla entrado al servicio de un pastelero de Louisville, donde sus conocimientos en la materia le valdrían prodigiosas sumas de dinero, las cuales quedarían intactas para completar el importe de su rescate; que Moisés y Pete adelantaban mucho y que la niña pequeña corría ya por toda la casa bajo el cuidado de Sally en particular y de toda la familia en general. La cabaña estaba momentáneamente cerrada; pero se harían en ella algunas mejoras cuando regresara Tom.

La carta contenía además la lista de los estudios y lecciones de George. Cada palabra empezaba por una soberbia mayúscula historiada y en seguida escribía los nombres de cuatro potritos, que habían nacido en las caballerizas después de la salida de Tom, añadiendo en la misma frase que papá y mamá estaban buenos. El estilo de la carta era, en verdad, claro y conciso; pero Tom creyó haber recibido la muestra más admirable de composición de los tiempos modernos. No se cansaba de leerla y contemplarla y aun consultó a Eva si debería ponerla en un cuadro para adornar su cuarto. La única cosa que se lo impidió fue la dificultad de colocarla de manera que pudiera leerse a la vez por ambas caras.

El cariño entre Eva y Tom había aumentado con el curso del tiempo. Para Tom, satisfacer todos los caprichos de Eva era la mayor de las delicias.

Ella, por su parte, le mostraba grandísimo afecto. En el tiempo a que hemos llegado en nuestra narración, Saint Clare, con toda su familia, se había trasladado a la quinta que poseía a orillas del lago Pontchartrain, a pasar el verano, huyendo de los calores de Nueva Orleans. La quinta de Saint Clare estaba, al estilo de la India, construida en gran parte con cañas de bambú y rodeada de jardines. Una tarde, al ponerse el sol entre las nubes de oro y grana que se reflejaban en la tersa superficie de las aguas, Tom y Eva se hallaban sentados en un musgoso banco rústico, al pie de un árbol.

-Tom -dijo Eva de repente-, yo me voy allí.

-¿A dónde, niña Eva?

Se levantó la niña y señaló el cielo con su manita.

-Me voy allí, con los espíritus resplandecientes, Tom.

Tom sintió que su sensible corazón daba un vuelco. Recordó en aquel momento cuántas veces había echado de ver en los últimos seis meses ciertas alteraciones en el aspecto de la niña: el enflaquecimiento de sus manos y de su cuerpecito, la fatiga que la aquejaba en cuanto saltaba o corría en sus juegos. Recordó también ciertas referencias de miss Ofelia a una tosecilla pertinaz de la que la niña no acababa de curarse. La voz de miss Ofelia vino a interrumpir la conversación entre Eva y Tom.

-¡Eva, Eva! No debes estar a estas horas fuera de casa. El relente te hace mucho daño. Eva y Tom se apresuraron a obedecer.

Miss Ofelia tenía mucha práctica en todo lo concerniente al cuidado de niños, y no se le escapaban los síntomas de la enfermedad que aquejaba a su sobrina.

Participó a Saint Clare sus temores; pero él los rechazó con una vivacidad rara en su carácter indiferente y apático.

-¡No seas pájaro de mal agüero, prima! ¡Todos los niños se debilitan en la época del desarrollo!

-Pero ¿no ves la tos que tiene?

-¡Esa tos no es nada!... ¡Un resfriado cualquiera!

Saint Clare, a pesar de sus palabras, comenzó desde entonces a sentirse algo intranquilo.

Lo que más le alarmaba era el rápido desarrollo de la inteligencia y de los sentimientos de su hija. La niña parecía absorbida por completo por la caridad y la ternura.

-Mamá -dijo un día-, ¿por qué no enseñamos a leer a nuestros criados?

-Porque no lo necesitan para nada. El leer no les hace más trabajadores, y su oficio está reducido a trabajar.

-Pues miss Ofelia ha enseñado a leer a Topsy.

-¡Y ya estás viendo lo que le ha aprovechado! Topsy es la niña más mala que conozco.

-¡Ahí tienes a la pobre Mammy! -exclamó Eva-. Le gusta muchísimo leer y querría poder hacerlo ella. Ahora le leo yo.

-Seguramente tendrás muchas otras cosas más importantes en que ocuparte que leerle a los criados. ¡Mira! -añadió-, aquí tienes este aderezo que me propongo regalarte cuando vayas a fiestas. Yo lo llevé en el primer baile en que estuve. Eva tomó el estuche y sacó de él un collar de diamantes, lo consideró atentamente, aunque su pensamiento vagaba en aquel momento por otras regiones.

-Valdrá mucho dinero esto, ¿verdad, mamá?

-¡Seguramente! Papá lo encargó para mí en Francia.

-Quisiera que fuera mío y poder hacer de él lo que quisiera.

-¿Qué harías con él?

-Lo vendería; compraría con el dinero que sacara un terreno en los Estados libres; llevaría allí a nuestros esclavos y pagaría maestros para que les enseñasen a leer y escribir.

La risa de Mary cortó la palabra de Eva.

-¡Tiene gracia! ¡Fundar una escuela para enseñar a esclavos a leer y escribir! ¿Y por qué no enseñarles también a tocar el piano y a pintar?

-Sabido leer y escribir -dijo Eva con firmeza-, podrían leer por sí mismos. Yo creo que está mal no enseñarles.

Desde aquel día se dedicó asiduamente Eva a enseñar a Mammy la lectura.

CAPITULO 23

Por entonces, vino a pasar unos días en la quinta de Saint Clare su hermano Alfredo con su hijo mayor, Enrique, muchacho de doce años. Nada tan raro como ver a estos hermanos gemelos. La naturaleza los había hecho completamente opuestos. Sin embargo, se les veía unidos por un lazo especial, una amistad más que ordinaria. Paseábanse casi siempre juntos, tomados del brazo, por las calles del jardín. Alfredo, con sus ojos negros, su perfil abultado, sus miembros vigorosos y su paso grave; Agustín, con los suyos azules, su cabello de oro, sus formas flexibles y su fisonomía risueña. Cada uno de ellos se burlaba sin cesar de las opiniones del otro; pero no eran por eso menos inseparables.

Enrique era un muchacho de aspecto distinguidísimo, lleno de viveza y de ingenio. Desde el primer momento se sintió como fascinado por la gracia de Evangelina. Eva tenía una yegüita blanca, mansa como un cordero. Tom acababa de traérsela frente a la terraza trasera de la casa mientras que un mulatito de unos trece años tenía de las riendas un caballo árabe de pelo negro comprado y traído a través del mar para Enrique. Enrique, al tomar las riendas de la mano del lacayito, examinó la cabalgadura y frunció el ceño:

-¿Qué es eso, Dodo? ¿No has limpiado hoy el caballo?

-Sí, niño; el polvo que tiene le ha caído después.

-¡No mientas, granuja! ¡Cállate la boca! -dijo Enrique levantando el latiguillo que llevaba en la mano-. ¿Cómo te atreves a hablar?

-Niño Enrique...

Enrique no lo dejó continuar; le cruzó la cara con el látigo, lo agarró por un brazo, obligándolo a caer de rodillas, y siguió dándole latigazos hasta cansarse.

-Niño -dijo Tom-, creo que él iba a explicar a usted que se había revolcado el caballo por el suelo al salir de la caballeriza.

¡Hace tanto calor! Por eso se ha ensuciado. Yo mismo lo he visto lavarlo esta mañana.

-Puedes callar mientras no te pregunte -respondió Enrique.

Enrique, volviéndole la espalda, subió las gradas que conducían a la terraza para reunirse con Eva, que estaba allí parada, vestida con su traje de amazona.

-Perdona, querida prima, que te haga esperar por culpa de ese pillete. Sentémonos hasta que vuelva. ¿Pero, qué te pasa?

-¿Cómo has podido tratar de ese modo tan injusto y tan cruel a Dodo? -le dijo Eva.

-Querida prima, tú no conoces a Dodo. No hay otra manera de manejarlo que ésa. Todo se vuelve disculpas y mentiras.

-Tú mismo tienes la culpa de que mienta, por tenerlo cohibido y amedrentado.

-Te veo tan a favor de Dodo, Eva, que me voy a poner celoso.

Dodo volvió pronto con los caballos.

-Bien Dodo; ahora lo has hecho bien -le dijo Enrique-. Sujeta la yegua de la niña Eva, mientras yo la ayudo a montar.

Dodo tuvo la rienda de la jaca de Eva. Esta parecía triste y tenía la cara como si hubiera llorado. Enrique ayudó a Eva a montar, y juntando las riendas se las puso en las manos. Eva se inclinó del otro lado, donde estaba Dodo y al soltar éste las riendas para dárselas a Enrique, le dijo:

-Eres un buen muchacho, Dodo; gracias. Dodo alzó la cabeza y miró con asombro el agradable rostro de Eva.

-¡Aquí, Dodo! -dijo Enrique imperiosamente.

Dodo se acercó de un salto para sujetar el caballo de su amito mientras montaba.

-Toma esta moneda para que te compres lo que quieras -le dijo Enrique dándole diez centavos.

Y corrió en pos de su prima, que habla ya partido. Dodo se les quedó mirando mientras se alejaban. Su amito le había dado dinero; la niña, algo que valía más: unas palabras cariñosas.

Dodo se había separado de su madre sólo hacía unos meses. Su amo lo había comprado en un mercado de esclavos a causa de su buena figura, que debía estar en armonía con la hermosa planta del caballo árabe, y el pobre muchacho empezaba su aprendizaje en manos de Enrique.

La escena del latigazo fue presenciada por los dos hermanos Saint Clare, que se hallaban al otro extremo del jardín.

Agustín se sonrojó, pero se limitó a decir con su aire sarcástico habitual:

-Alfredo, supongo que es a eso a lo que llamáis una educación republicana, ¿eh?

-Enrique es un verdadero diablo cuando se le calientan los -cascos -respondió Alfredo con sangre fría.

-Pensarás, sin duda, que es para él un ejercicio útil e instructivo -repuso Agustín secamente.

-Aun cuando quisiera no podría impedirle que hiciera eso. Enrique es un verdadero huracán: hace tiempo que su madre y yo hemos renunciado a contradecirle. Además, el tal Dodo es, según creo, de la naturaleza de los espíritus, porque no le hacen mella los golpes.

-Es el modo de enseñar a Enrique el párrafo primero del catecismo republicano: "Todos los hombres nacen iguales y libres".

-¡Bah! -contestó Alfredo-, vemos demasiado claramente que los hombres no han nacido todos libres e iguales. Por lo pronto, creo que la mitad de ese galimatías republicano no es más que charlatanismo. Que las personas instruidas, bien educadas y ricas tengan los mismos derechos, sea en buena hora, pero de ningún modo la "canalla".

-Si consigues que la "canalla" sea de tu misma opinión, conforme; pero alguna vez ha sabido tomar su desquite, como en Francia.

-Sin duda alguna; es preciso que sea dominada como yo sabría hacerlo -contestó Alfredo dando con el pie en el suelo como si pisara a alguien.

-Es una cosa terrible cuando se rebela como en Santo Domingo, por ejemplo.

-¡Bah! Ya los conduciremos nosotros mejor que allí. Necesitamos oponernos con todas nuestras fuerzas a ese vano charlatanismo sobre la educación y la instrucción, que empieza a cundir en todo el país. No debe educarse a las clases inferiores.

-Esa no es ya la cuestión -respondió Agustín-. Es inútil que se diga. Su educación se llevará a cabo de una manera u otra; pero nos falta saber de qué modo. Nuestro sistema actual de educación las cría en la barbarie y en el embrutecimiento; destruimos en ellas cuanto tienen de hombre; las convertimos en animales, y si alguna vez se ven encima, llegarán a portarse como tales.

-Nunca se verán -respondió Alfredo.

-Según y conforme -dijo Agustín-; dad mucho fuego al vapor; cerrad la válvula de seguridad; sentaos encima y veréis adónde vais a parar.

-Bien, "ya lo veremos". No temo sentarme encima de la válvula de seguridad, siempre que sean sólidas las calderas y la máquina marche bien. Lo menos hemos tocado quinientas veces esta cuestión. Vamos a jugar una partida de ajedrez.

Los dos hermanos subieron a la veranda y se acercaron a una mesita de bambú, sobre la cual colocaron el tablero.

Mientras colocaban las piezas, dijo Alfredo:

-Te aseguro, Agustín, que si pensara como tú, debía de hacer alguna cosa.

-No lo pongo en duda, al fin eres un hombre activo; pero ¿qué harías?

-¡Y bien! ¡Aunque tú no hicieras más que instruir a tus propios esclavos como una muestra! -respondió Alfredo con sonrisa desdeñosa.

-Lo mismo sería ponerles el monte Etna sobre las espaldas y decirles que estuvieran de pie con semejante carga, que aconsejarme tú que los eduque cuando los abrumba el peso enorme de la sociedad. Un hombre solo no puede nada contra toda la sociedad. La educación, para ser eficaz, debe ser una instrucción del Estado o bien es necesario que se ponga de acuerdo gran número de personas a fin de difundirla.

-Bueno, tú sales -dijo Alfredo.

Los dos hermanos se quedaron bien pronto enfrascados en su juego, y continuaron en silencio hasta que se oyó en la veranda el paso de los caballos.

-Ahí están los chicos -dijo Agustín levantándose-, míralos; ¿has visto jamás una cosa más hermosa?

A la verdad, ofrecían un cuadro delicioso. Enrique con su frente orgullosa, sus rizos de pelo negro corno el ébano, su semblante animado, reía alegremente inclinándose hacia su prima. Esta iba vestida de amazona, de color azul y sombrero del mismo color. El

ejercicio le había dado un brillo extraordinario que hacía más interesante su singular transparencia.

-¡Sí, habrá corazones que suspirarán y se destrozarán, a fe mía! ¡Dios sabe que lo temo! -dijo Saint Clare en tono de profunda amargura.

Y salió a su encuentro para ayudarla a bajar de la yegüita.

-Eva, mi querida Eva, ¿estás muy cansada? -preguntó estrechándola en sus brazos.

-No, papá -respondió la niña.

Pero su respiración corta y agitada alarmó a su padre.

-¿Por qué has corrido tanto a caballo, querida mía? Ya sabes que eso te perjudica.

-Me olvidé, papá; me divertía tanto y me encontraba tan bien...

Saint Clare la tomó en sus brazos y la llevó hasta la sala, dejándola sobre un sofá.

-Enrique, tú debías haber cuidado de Eva; no le conviene el exceso de ejercicio.

-Ya me encargaré para otra vez -respondió Enrique sentándose al lado del sofá y tomando una mano de la niña.

Eva se repuso después de un rato; su padre y su tío continuaron la partida de ajedrez y los niños se quedaron solos.

-¿Sabes, Eva, que me duele mucho que papá no pueda estar aquí más de dos días? Pasaré después mucho tiempo sin verte. Si permaneciera a tu lado, al fin acabaría por ser bueno, no maltrataría a Dodo y otras cosas. Te juro que jamás albergué la intención de maltratarlo; ¡pero tengo tan mal carácter! Sin embargo no soy tan malo con él, pues de vez en cuando le doy unos centavos, como acabas de ver, y lo tengo bien vestido. Él es malo en cambio.

-¿Cómo ha de ser bueno -contestó Eva- si no tiene quién lo quiera?

-Pero yo no puedo hacer otra cosa. No me es posible devolverle a la madre, ni puedo quererlo tampoco. Nadie lo quiere, que yo sepa.

-¿Por qué no puedes quererlo, tú? -preguntó Eva.

-¡Querer a Dodo! ¡Vaya una ocurrencia! ¿Querías que quisiese a Dodo, a tus esclavos?

-Sí, por cierto.

-¡Qué cosa más singular!

-La Biblia nos dice que debemos amar a todo el mundo.

-¡Oh! ¡La Biblia! Sin duda alguna dice muchas cosas parecidas, pero nadie las hace, Eva.

Eva no respondió; sus ojos se quedaron fijos por un momento en el suelo.

-En fin, sea de ello lo que quiera, querido primo, te ruego que ames a Dodo y seas bueno con él, siquiera por amor a mí.

-Nada hay en el mundo que pueda dejar de hacer por ti, mi querida prima, porque eres la criatura más amable que he visto en mi vida.

Enrique hablaba con acento serio y formal. Eva admitió la galantería con la mayor sencillez y sin que la menor inmutación se advirtiese en su semblante; sólo respondió:

-Estoy contenta de que éstos sean tus sentimientos, querido Enrique, y espero que no olvidarás tu promesa.

CAPITULO 24

Dos días después, Alfredo Saint Clare y su hijo Enrique se despidieron de la familia de Agustín, volviéndose a su hacienda. Evangelina, que durante la visita de su primo había hecho una vida más activa que de ordinario, comenzó a decaer rápidamente. Saint Clare se decidió a llamar al médico.

Su mujer, ocupada en dar cuenta de las dos o tres enfermedades que acababa de pasar, no había advertido la debilidad progresiva de su hija. Estaba persuadida de que nadie había sufrido ni podía sufrir tanto como ella; por eso rechazaba con disgusto toda alusión a los padecimientos que no fueran los suyos. Creía que la única causa de las enfermedades de los demás era su pereza y su falta de energía, y Si se hubiera tenido por experiencia la menor idea de lo que "ella" padecía se habría visto la diferencia enorme.

Miss Ofelia había intentado varias veces, pero en vano, despertar en ella su solicitud maternal.

-No veo que la niña tenga nada -respondía-; salta y juega todo el día.

-Pero tiene una tos seca.

-¡Tos! ¡No me hable usted de tos! Toda mi vida la he tenido yo. A la edad de Eva se me creía enferma del pecho.

Todas las noches me velaba Mammy. ¡Oh!, la tos de Eva no es absolutamente nada.

-Pero se debilita día a día y su respiración es cada vez más agitada.

-¡Bah!, yo me he visto en el mismo estado años y años; eso no es más que una afección nerviosa.

-Pero por la noche transpira mucho...

-Eso me está sucediendo a mí hace años. Algunas noches me despierto medio nadando, y con la ropa de tal manera mojada, que Mammy tiene que extenderla para que se seque. Eva no tiene nada de lo que a mí me pasa con demasiada frecuencia.

Miss Ofelia no insistió durante unos días, pero cuando el estado de debilidad de la niña fue indudable, y llegó el médico a hacer la primera visita, Mary cambió de parecer y de lenguaje. Sabía bien, según decía, que estaba destinada a ser la más infeliz de las madres. Iba a ver, en el estado deplorable en que se hallaba su salud, bajar al sepulcro a una hija única. Y en virtud de esta nueva desgracia, hacía velar a la pobre Mammy casi todas las noches y gritaba durante el día con más energía que nunca.

-Mí querida Mary, no hables así -decía Saint Clare-. Nada se adelanta con desesperarse.

-¡Bien se conoce que no tienes el corazón de una madre! ¡Tú no me comprenderás jamás!

-Pero no hables así como si ya no hubiera remedio.

-No puedo hablar de eso con la misma indiferencia que tú. Si no te conmueves al ver a nuestra hija única en ese estado alarmante, "yo" sí, me conmuevo. Es para mí un golpe demasiado terrible después de lo que llevo sufrido.

-Es verdad -contestó Saint Clare-, que Eva está muy delicada; siempre lo he creído; se ha desarrollado tan rápidamente que se halla extenuada. Mas ahora influye mucho en ella el excesivo calor y el cansancio que le ha producido la visita de su primo. El médico dice que hay mucho que esperar.

-Te felicito, si puedes ver las cosas con esa serenidad. Más me valiera a mí no ser tan sensible. Así al menos disfrutaría más. Quisiera poder ver las cosas como vosotros.

Y las personas así designadas tenían motivos suficientes para desear lo mismo, porque Mary hacía pesar sobre ellas su nuevo mal humor. Cada palabra, cada cosa hecha o dejada de hacer, equivalía a una nueva demostración de insensibilidad de los demás.

La pobre Evangelina oía a veces algunos de estos discursos teatrales y lloraba amargamente de compasión por su madre y de sentimiento por ser la causa de tanto dolor. Después de una a dos semanas, la pobre niña sintió gran mejoría en su estado: una de esas treguas que en enfermedad tan inexorable vienen a llenar de esperanza el corazón angustioso al borde del sepulcro. Viósele de nuevo recorrer con paso ligero la veranda y los jardines; y su padre, transportado de alegría, declaró que bien pronto volvería a estar tan bien o mejor que nunca. Pero miss Ofelia y el médico no se dejaron engañar por aquellos síntomas favorables y risueños. Un día en que Eva estaba leyéndole a Tom, como con tanta frecuencia solía hacerlo, la llamó Saint Clare para enseñarle unas figurillas que le había comprado; pero el aspecto de la niña al acercársele lo impresionó penosamente. La estrechó entre sus brazos y se olvidó casi de lo que pensaba decirle.

-Eva querida, te sientes mejor, ¿no?

-Papá -le contestó Eva con tono serio-, hace tiempo que tengo algo que hablar contigo, y voy a decírtelo ahora. Saint Clare tembló al oír estas palabras. Eva se le sentó en las rodillas y apoyó la cabeza en el pecho de su padre.

-Es inútil, papá, que lo calle por más tiempo. Se acerca la hora de dejarte. ¡Me voy para no volver más! -dijo Eva entre sollozos.

-¡Vamos, querida! -le contestó Saint Clare con voz trémula-. ¡No te pongas nerviosa ni te desanimes de esa manera! Desecha esos pensamientos tristes. ¡Mira lo que te he comprado! -añadió enseñándole las figurillas.

-No, papá; no quieras engañarte -dijo la niña rechazando suavemente el regalo-; no estoy mejor, lo sé perfectamente, y duraré muy poco. Si no fuera por ti y por las personas que me quieren, me alegraría de morirme para irme al cielo.

-¡No me digas eso! ¡Piensa que eres todo lo que tengo en el mundo!

-Prométeme, querido papá, darle la libertad a Tom en cuanto..., en cuanto yo me haya muerto...

-Sí, querida Eva; haré todo lo que tú me pidas.

-Querido papá -dijo Eva, poniendo su abrasada mejilla sobre la de su padre-, ¡cuánto me alegraría de que pudiéramos irnos juntos!

Saint Clare apretó a su hija contra su pecho sin contestarle.

-Tú irás allí conmigo -dijo la niña con el tranquilo y dulce acento que solía emplear muchas veces inconscientemente.

-Iré detrás de ti; no te olvidaré, Eva querida.

Sentada sobre las rodillas de su padre, quien la abrazaba fuertemente, Eva pensaba en el cielo. Y cuando al cabo de un rato se quedó dormida, su expresión parecía indicar que soñaba con la felicidad eterna.

La noche había cerrado hacia rato, y Saint Clare continuaba inmóvil, estrechando contra su corazón a la tierna criatura. No veía ya su mirada profunda, pero su voz penetraba en su pecho como si bajara de lo alto, y en una especie de visión le presentó a sus ojos su vida entera: las oraciones, los himnos de su madre, los buenos deseos, las aspiraciones generosas de su noble corazón, y entre lo pasado y el momento presente una larga serie de años de frivolidad y de escepticismo bajo apariencias respetables a los ojos del mundo. ¡Cuántas cosas somos capaces de pensar en un corto espacio de tiempo! Saint Clare comprendió y sintió muchas; pero no dijo nada, y cuando la noche lo cubrió por completo, llevó a su hija al dormitorio; luego, viéndola dispuesta a dormir, despidió a todos los criados, la meció en sus propios brazos y cantó para adormecerla, hasta que quedó abismada en profundo sueño.

CAPITULO 25

Era un domingo después de mediodía. Saint Clare estaba en la terraza, tendido en una silla larga de bambú fumando un cigarrillo. En la habitación inmediata, asomada a la ventana, se hallaba Mary ojeando perezosamente un libro de oraciones elegantemente encuadernado. Miss Ofelia y Eva, llevando a Tom de cochero, estaban de paseo.

-Agustín -dijo Mary-, tengo que enviar a la ciudad a avisar al doctor Persey para que venga a verme. Estoy segura de que tengo algo en el corazón.

Un rato después se detuvo ante la casa un coche, del cual bajaron Eva y miss Ofelia. Se dirigió la última a su cuarto. Eva, llamada por su padre, se le sentó en las rodillas y le hizo una minuciosa relación de cuanto había visto durante el paseo.

Poco después se dejó oír la voz de miss Ofelia riñendo a alguien en su habitación, que daba también a la terraza.

-¿Qué otra diablura ha hecho Topsy? -dijo Agustín. A los pocos momentos se presentó miss Ofelia enojada, llevando de la mano a la culpable.

-No tendré más remedio que abandonarla y desentenderme de ella: no la aguanto más- dijo miss Ofelia.

-Ven aquí, mono -dijo Saint Clare a la chica.

Topsy se acercó; sus ojos negros y brillantes conservaban un aire, de fantástica picardía mezclada con un poco de miedo.

-¿Por qué te portas así? -le preguntó Saint Clare, a quien divertía a pesar suyo la expresión de Topsy.

-Porque tengo un mal corazón -respondió gravemente la negrita con fingida humanidad-. Es lo que dice miss Ofelia.

-¿No ves las molestias que sufre por ti miss Ofelia? Dice que no sabe qué hacer contigo.

-Señor, es verdad. Mi antigua ama decía lo mismo. Me azotaba mucho más fuerte; me arrancaba los pelos y me lastimaba la cabeza contra las puertas; pero no me servía de

nada. Creo, señor, que no me habría corregido aunque me hubiera sacado todos los pelos de la cabeza. ¡Soy tan mala!

-Me veré obligada a renunciar a su educación -dijo miss Ofelia-. Es imposible sufrirla más tiempo.

-Permíteme que te haga una pregunta -dijo Saint Clare.

-¿Cuál?

-Ya que tu evangelio no tiene poder suficiente para salvar a una criatura pagana que está bajo tu protección y de la cual eres la dueña absoluta, ¿de qué sirve enviar uno o dos pobres misioneros a millares de seres parecidos? Porque supongo que esta muchacha no es más que una sombra de lo que son todos los paganos en general.

Miss Ofelia no respondió inmediatamente. Eva, que hasta entonces había permanecido espectadora muda de aquella escena, hizo una señal, a Topsy para que la siguiera. Al extremo de la veranda había una piecita que Saint Clare hacía servir de gabinete de lectura. En ésta fue donde entró Eva con Topsy.

-¿Qué pensará hacer Eva? -preguntó Saint Clare-. Voy a verlo.

Acercándose a esa pieza en puntas de pie, levantó los visillos que cubrían la puerta. Un instante después, poniendo un dedo sobre sus labios, invitó con un gesto a que fuera también miss Ofelia. No se veía más que el perfil de las dos niñas sentadas en el suelo; Topsy, con su aire habitual de indiferencia picaresca, y Eva enfrente de ella con el semblante radiante de sensibilidad y desprendiéndose gruesas lágrimas de sus ojos.

-¿Por qué eres tan mala? ¿Por qué no pones algo de tu parte por ser buena? ¿No quieres a nadie, Topsy? -dijo Eva en cuanto estuvieron solas.

-No sé nada de querer; lo único que quiero son confites y otras cosas así; eso es lo que me gusta -le contestó Topsy.

-Pero puedes hacer que te quieran. La tía Ofelia te querría si fueras buena.

-No; no puede aguantarme porque soy una negra; preferiría tocar un sapo. Nadie quiere a los negros.

-Pero, pobrecita Topsy, ¡si yo te quiero! -exclamó Eva poniendo su manito en el hombro de la negrita-. ¡Yo te quiero y deseo que seas buena! Yo estoy muy enferma, Topsy, y creo que me moriré pronto, y tengo una pena grande al ver que eres tan traviesa. Te pido, Topsy, que hagas algo por ser buena; hazlo por mí. Siquiera mientras yo esté viva y pueda tenerte a mi lado, que será por poco tiempo. Agolpáronse las lágrimas a los redondos y expresivos ojos de la negrita, y fueron cayendo una a una en la blanca y fina mano de Eva.

-¡Pobrecita, Topsy! -exclamó Eva-. ¿No sabes tú que Jesús nos quiere a todos, y que te quiere a ti lo mismo que a mí? Te quiere como te quiero yo, sólo que muchísimo más.

-¡Ay, niña Eva, querida niña Eva! -exclamó la negrita-. ¡Yo haré por ser buena! ¡Nunca había pensado antes en esas cosas!

Saint Clare en este momento dejó caer la cortina, y dirigiéndose a miss Ofelia, le dijo:

-Esto es precisamente lo que mi madre me decía: "Si queremos dar vista al ciego, debemos, a imitación de Jesús, llamarlo a nosotros y tocarlo con la mano".

-Siempre he tenido antipatía a los negros -respondió miss Ofelia- y no podía efectivamente sufrir que me tocara esa muchacha, pero nunca pensé que ella se hubiese dado cuenta.

-Los niños descubren en seguida los sentimientos que uno experimenta para con ellos -dijo Saint Clare-; es imposible ocultárselo. Estoy convencido de que todos tus esfuerzos en favor de Topsy y los beneficios materiales de que pudieras colmarla no despertarán en su corazón la menor gratitud mientras conserves esa repugnancia hacia ella. Es extraordinario, pero es así.

-No sé cómo hacerlo: los negros me disgustan y Topsy muy particularmente; ¿qué he de hacer para tener otro sentimiento?

-Eva parece que lo sabe.

-Es tan cariñosa... En fin, no es más que la imagen de Jesucristo. Quisiera parecermele; ella podría darme lecciones. Y, en realidad, ya me ha dado una.

-Si fuera así -dijo Saint Clare-, no sería la primera vez que un niño se hubiera encargado de enseñar a un viejo.

CAPITULO 26

La habitación de Eva era muy espaciosa. Comunicaba por un lado con la habitación de sus padres y por el otro con la de miss Ofelia. Saint Clare se había esmerado en amoblarla y adornarla conforme a sus gustos artísticos y a la edad y carácter de su hija. La mejoría que por algún tiempo había experimentado la salud de Eva iba desvaneciéndose rápidamente. A media tarde de uno de esos días oyó la voz de su madre, que en tono agrio reñía a alguien en la veranda.

-¿Qué otra maldad has estado haciendo, grandísima pícara? ¿Arrancando flores, eh? - y oyó el sonido de un bofetón.

Oír Eva estas palabras, levantarse de la silla y salir a la terraza fue todo un reto.

-¡Ay, madre! No riñas a Topsy.

Topsy se acercó a Eva con las flores en la mano y se las entregó con humildad y cierta timidez, que contrastaba con su habitual descaro y atrevimiento.

-Es un ramito lindísimo -dijo Eva contemplándolo. Se alegró Topsy al oír a Eva. Esta prosiguió: -Topsy, te das muchísima maña para cortar y arreglar flores. Aquí tengo un florero vacío y será para mí un grandísimo gusto que me traigas para él todos los días unas cuantas flores.

-¡Vaya una idea extravagante! -dijo Mary-. ¿Qué placer puede causarte eso?

-¡Oh!, mamá, permítemelo; ¿no te es igual que sea Topsy u otra persona quien me las traiga?

-Sin duda, querida mía; ya que tienes gusto en ello. ¿Topsy, oyes a tu amita? Pues obedécela en lo que desea.

Topsy hizo una ligera reverencia y bajó la cabeza. Al retirarse, vio Eva correr una lágrima por sus negras mejillas.

-Mamá, quiero que me corten el pelo; no del todo, pero una buena parte.

-¿Para qué?

-Para dárselo a mis amigos, ahora que aún puedo hacerlo. ¿Quieres llamar a tía Ofelia para que me lo corte?

Mary alzó la voz para llamar a miss Ofelia, que estaba en la pieza contigua.

Eva se incorporó a medias en el almohadón, y desatándose y soltando su rubia cabellera, dijo a su tía en tono festivo:

-Ven, tía, a esquilarse a esta oveja.

-¿Qué es eso? -preguntó Saint Clare, que entraba en aquel momento.

-Papá, acabo de decirle a tía que me corte un poco el pelo.

Saint Clare se calló y estuvo presenciando con honda tristeza cómo su prima cortaba los hermosos rizos de su hija y se los iba poniendo en la falda. Tomándolos ella, los miraba y los arrollaba entre sus delgados deditos, mirando de cuando en cuando a su padre con expresión de profundo cariño. Hizo a éste una seña con la mano. Saint Clare se sonrió y se sentó a su lado.

-Papá, voy perdiendo fuerzas día en día y conozco que me muero. Tengo algunas cosas que decir y hacer. Déjame, pues, que hable.

-¡Como quieras, hija mía! -exclamó Saint Clare cubriéndose los ojos con una mano y tomando la de Eva con la otra.

-Quiero que vengan aquí todos los sirvientes, quiero hablarles -dijo Eva.

A una orden de miss Ofelia fueron acudiendo todos los criados.

-He mandado a buscaros, queridos amigos míos -dijo Eva incorporándose en los almohadones-, porque a todos os quiero y tengo que deciros una cosa para que la recordéis siempre. Voy a dejaros. Dentro de pocas semanas no me veréis más.

Al llegar a este punto, los llantos, los gemidos, los suspiros, los sollozos y los lamentos de aquellos leales servidores, apagaron la voz de Eva. Callóse ella un rato, y después prosiguió diciendo:

-Oíd lo que voy a deciros. Temo que muchos de vosotros no penséis en cosas del alma. Pensad en que hay otro mundo muy grande y muy hermoso donde está Jesús Nuestro Señor. Debéis rezar. Hacedlo, y espero que os veré a todos en el cielo. Allí es adonde voy y adonde podéis ir también. Pero si lo deseáis, no continuéis viviendo en la pereza y la indolencia; es necesario que seáis cristianos. Tened presente que podéis llegar a ser ángeles y por toda una eternidad. Si lo queréis de corazón, Dios os ayudará; es preciso pedirle, es indispensable leer...

Aquí se detuvo la niña, y mirándolos con tierna compasión, dijo tristemente:

-¡Oh! ¡Dios mío! ¡No saben leer! ¡Pobres almas! ¡Amados míos, vosotros no sabéis leer!... Y ocultando la cara entre las almohadas, empezó a llorar; mas los ahogados sollozos de los pobres esclavos a quienes se dirigía y que todos se habían arrodillado en el suelo, le reanimaron súbitamente.

-¡No importa! -prosiguió levantando la cabeza y una gozosa sonrisa iluminó su rostro bañado en lágrimas-; ya he pedido por vosotros. Sé que Jesús vendrá en vuestra ayuda, aunque no podáis leer. Ensayad; haced todos los esfuerzos; orad todos los días; pedidle que os socorra, mandad leeros la Biblia siempre que podáis, y estoy segura de que os veré a todos en el cielo.

-Amén -respondieron Tom, Mammy y algunos otros de los esclavos de más edad.

-Sé que todos me queréis. Voy a daros un mechón de mi pelo a cada uno para que al verlo recordéis lo mucho que os he querido.

Imposible describir la escena que sucedió a estas palabras. Fue una explosión de llantos, sollozos, lamentaciones y alaridos de dolor y de ternura que salían del fondo del alma. Se precipitaron todos en torno de aquella criatura, postráronse de rodillas ante ella; besaban los bordes de su vestido y recibían llorando de sus manos aquel último recuerdo que les dejaba. Miss Ofelia iba haciéndolos salir uno a uno conforme recibían de Eva aquel sencillo don que les ponía en las manos. Al fin quedaron Tom y Mammy en la habitación.

-Ven acá, tío Tom. -dijo Eva-; te guardo uno, escogido para ti. ¡Tengo una alegría tan grande cuando pienso que he de verte en el cielo! Porque estoy segura de verte allí, y a ti también, Mammy, ¡querida Mammy! -exclamó echándole los brazos al cuello.

-¡Ay, niña de mi alma! ¡No sé cómo voy a vivir sin ti!

Miss Ofelia los empujó dulcemente hacia la puerta, y se volvió pensando que no quedaba ninguno más; pero se sorprendió al ver a Topsy.

-¿De dónde sales tú? -le preguntó.

-Yo estaba aquí -dijo Topsy secándose las lágrimas que le corrían por el rostro-. Niña Eva, yo he sido muy mala, pero ¿no querrá darme a mí también uno?

-¡Sí, pobrecita Topsy! ¡Cómo no he de querer! Ten; siempre que lo veas acuérdate de que te he querido mucho.

Topsy, con la cara cubierta con el delantal, salió de la habitación. Ya fuera todo el mundo, miss Ofelia cerró la puerta.

Saint Clare había presenciado todo aquello en silencio, completamente inmóvil, con la mano cubriéndose los ojos, y en tal posición seguía.

-¡Papá! -le dijo Eva con dulzura, poniéndole una mano en la de él.

-No puedo -exclamó Saint Clare levantándose-, no puedo someterme a eso. El Todopoderoso me trata muy cruelmente; sí, muy cruelmente -añadió con tono de amargura.

-Agustín, ¿no tiene derecho Dios para disponer de lo que no es nuestro? -exclamó miss Ofelia. -Tal vez; más no por eso es menos dura la prueba -respondió con tono acre y airado, volviendo la espalda.

-Papá, me partes el corazón -dijo Eva echándose en sus brazos-, ¡Oh! ¡No hables así!

La niña sollozaba con tal violencia, que asustó a todos e hizo que tomasen otro rumbo los pensamientos de su padre.

-Cálmate, Eva, querida, cálmate. No tenía razón, soy muy malo; pensaré lo que gustes; haré lo que quieras, pero tranquilízate; no llores así; me resignaré. Soy muy culpable por haber dicho lo que dije.

Eva se abandonó, como una palomita cansada, en brazos de su padre. Él, con el rostro inclinado sobre el de su hija, apuraba todo su vocabulario de frases y palabras de ternura.

Mary se levantó y se retiró a su habitación, donde fue acometida de un violento ataque de nervios. Eva, desde ese día, fue declinando rapidísimamente. Su próximo fin era ya calculable. Veíase con frecuencia a Tom en el cuarto de Eva. A la niña le perjudicaba mucho la quietud a que su enfermedad la condenaba, y Tom tenía ahora la misión de sacarla en brazos de paseo.

Para Tom era una dicha cargar con aquel débil cuerpecito descansando en una almohada, y pasearlo, bien por la terraza, bien por entre los naranjales. A veces llevaba a la niña a los parajes en que antes solía estar junto a ella.

Ninguno de los amigos de Eva estaba tan al tanto de sus pensamientos y presentimientos como su fiel Tom. Llegó por fin Tom a no dormir en su cuarto, sino a pasarse las noches frente a la ventana de Eva. Una noche, miss Ofelia había decidido velar a la cabecera de la niña, y al sonar las doce había advertido lo que las enfermeras llaman una crisis. Abrió inmediatamente la puerta y Tom, que estaba allí preparado a todo, se puso al momento de pie.

-Tom, hay que llamar al doctor sin perder un momento -dijo miss Ofelia y atravesando el cuarto, llamó con los nudillos a la puerta de Saint Clare.

-¡Agustín, ven un momento!

Sonaron estas palabras siniestramente en los oídos de Saint Clare, como paletadas de tierra sobre un ataúd. Levantóse al momento y entró en el cuarto de Eva, que seguía dormida. Sentóse a su cabecera y la examinó con ansiosa atención. ¿Qué vio en ella que le dejó como paralizado? Sin embargo, en el rostro de Eva nada de extraordinario se advertía, como no fuera una serenidad augusta, una transfiguración sublime que el próximo ingreso a la inmortalidad imprimía en aquella naturaleza infantil. No se hizo esperar mucho Tom, que llegó con el médico. Este entró, echó una ojeada sobre la enferma y pasó un rato sin decir palabra.

Mary, que se había despertado al ruido de la llegada del médico, se presentó de improviso, exclamando con voz angustiada:

-¡Agustín! ¡Ofelia! ¿Qué sucede?

-¡Chist! ¡Se está muriendo! -le dijo Saint Clare, llevándose el dedo a los labios.

Mammy corrió a despertar a todos los de la casa. Por todas partes se sentían pasos, se veían luces, y caras que expresaban curiosidad angustiada asomaban por acá y por allá. Pero Saint Clare no oía ni veía nada. Tenía clavados los ojos en el rostro de su hija.

-¡Oh! ¡Si pudiera despertarse y hablar siquiera por última vez! -decía. Y acercando el rostro al oído de la niña, le dijo:

-¡Eva! ¡Hija de mi alma!

Abrió ella un momento los ojos, dibujáse una sonrisa en sus labios, y trató de levantar la cabeza y decir algo.

-¿Me conoces, Eva?

-¡Papá querido! -respondió la niña, haciendo un supremo esfuerzo y echándole los bracitos al cuello.

Pero al momento los dejó caer, y al levantar Saint Clare la cabeza, vio pasar por el rostro de su hija una expresión de angustia. La pobre niña buscaba aire y agitaba las manitos.

-¡Oh, Dios! ¡Esto es espantoso! -exclamó Saint Clare con acento desesperado, apretando la mano de Tom-. ¡Ay, Tom! ¡Esto me está matando!

Tom tenía las manos de su amo entre las suyas; las lágrimas corrían por sus negras mejillas, y dirigía los ojos al cielo implorando ayuda donde siempre la buscaba.

-¡El corazón se me destroza! -exclamó Saint Clare.

-¡Gracias al Señor, ya está tranquila! ¡Mírela, mi amo! -le contestó Tom.

La niña yacía en los almohadones, como extenuada. Sus grandes ojos se quedaron fijos mirando hacia lo alto.

-¡Eva! -dijo Saint Clare con voz dulce.

Eva no pareció haber oído.

-¡Eva!, ¿qué ves? -volvió a preguntarle su padre.

Una sonrisa de gloria iluminó el rostro de la niña.

-¡Oh! ¡Amor, paz, alegría! -contestó ella con voz tenue.

Después lanzó un levisimo suspiro e inició su marcha hacia el cielo.

CAPITULO 27

Sobre la cama, toda vestida de blanco, dormía la angelical figura de Eva el sueño eterno. Yacía el cuerpecito de la niña vestido con uno de sus preferidos trajecitos blancos. Saint Clare estaba de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en el cadáver de su hija. Abrióse la puerta y se presentó Topsy con los ojos arrasados en lágrimas, llevando alguna cosa tapada con el delantal.

Rosa le dijo:

-¡Fuera de aquí!

-¡Permitame! Traigo una rosa, ¡una rosa muy linda! -dijo Topsy, sacando una rosa té medio abierta de debajo del delantal-. ¡Déjeme que se la ponga!

-¡Vete, te he dicho! -le repitió Rosa.

-¡Déjala! -dijo Saint Clare.

Topsy fue avanzando hasta el lecho y depositó su ofrenda a los pies del cuerpo de su amita. Pero de pronto lanzó un alarido salvaje de dolor, se arrojó al suelo al lado de la cama y prorrumpió en amargo llanto, acompañado de desgarradores lamentos. Miss Ofelia entró en el cuarto y trató de hacerla levantarse y callarse, pero en vano.

-Levántate, muchacha; no grites de esa manera -dijo miss Ofelia con dulzura-. La niña Eva está en el cielo.

-¡Ella me dijo que me quería! ¡Me quería, la niña de mi alma! ¡Ay, niña mía! ¡Ya no me queda nadie en el mundo! Miss Ofelia la levantó suavemente y se la llevó fuera del cuarto, pero al hacerlo no pudo contener las lágrimas.

-No te desesperes, Topsy. Yo también te quiero, y haré cuanto pueda por hacer de ti una buena cristiana.

Diversas personas fueron entrando y saliendo para ver a la pequeña muerta; después trajeron el ataúd; detuviéronse los coches a la puerta. Siguió al fúnebre hasta el jardín un verdadero cortejo de dolor.

Pocos días después la familia volvió a la ciudad. Tom, que no perdía de vista a su amo, lo había visto entrar en la biblioteca, y advirtiendo que pasaban horas y horas y seguía encerrado en ella, se decidió a entrar. Hízolo y distinguió a Saint Clare que estaba echado de bruces en un sofá en el extremo más alejado de la habitación, con la pequeña Biblia de Eva cerca de él, medio abierta. Acercásele y se quedó parado ante el sofá en actitud tímida e indeciso. De repente se incorporó Saint Clare, y al ver el noble y honrado rostro de Tom y la expresión de afecto que revelaba, se sintió conmovido.

-¡Ay, Tom! El mundo está tan vacío...

-¡Lo sé, niño, lo sé! -le contestó Tom-; ¡pero si mi amo pudiera mirar hacia arriba, adonde está la querida niña Eva cerca de Nuestro Señor!...

-Lo hago, Tom; miro hacia arriba, pero lo malo es que no veo nada, y quisiera ver algo.

-¡Si el niño rezase!

-Rezará, Tom, si hubiera alguien que oyera mis oraciones; pero me parece tiempo perdido hablar al aire. Pero reza tú, Tom, y enséñame.

El corazón de Tom rebotaba; derramase impetuosamente en una plegaria fervorosa. Saint Clare se sintió como transportado a pesar suyo en alas de aquélla fe ardiente. Le pareció acercarse a Eva.

-Gracias, Tom -le dijo Saint Clare cuando le vio levantarse del suelo-. Me gusta oírte; pero ahora vete y déjame solo.

CAPITULO 28

La vida recobró su curso ordinario en la casa de Saint Clare. Eva había sido el nudo de toda la existencia de su padre. Muerta Eva, ¿qué era para Saint Clare la existencia? Este no profesaba religión alguna, no obedecía a principios religiosos de ninguna especie; pero su natural delicadeza de sentimientos le hacía proceder instintivamente como un perfecto cristiano en las relaciones ordinarias de la vida.

Después de su vuelta a la ciudad, decidió emancipar a Tom y comenzó a dar todos los pasos legales necesarios para ello. Su afecto por éste iba creciendo de día en día.

-Voy a darte la libertad, Tom -le dijo-. Ten, pues, dispuestas y arregladas todas tus cosas para emprender tu regreso a Kentucky.

La alegría iluminó el semblante de Tom al levantar las manos al cielo y exclamar: "¡Bendito sea el Señor!".

-No me iré mientras el amo esté afligido. Estaré con él mientras me necesite y pueda yo servirle de algo.

En el corazón de miss Ofelia, el dolor de la muerte de Eva se tradujo en beneficios para su alma. Se suavizó su carácter y se hizo más benévola y condescendiente. Tomó

con más ahínco la educación de Topsy, y perdió aquellos sentimientos de repugnancia que antes había experimentado por la negrita.

Un día Rosa sorprendió a Topsy cuando volvía del cuarto de miss Ofelia, ocultando algo precipitadamente en el seno.

-¿Qué has escondido? ¡Seguro que es algo robado! -dijo agarrándola por el brazo.

Miss Ofelia, cuando llegó, desenvolvió el envoltorio que Topsy le había entregado. Contenía un librito devoto que Eva le había regalado. Saint Clare se sintió hondamente conmovido.

-¡Vamos, no llores, muchacha! ¡Ahí lo tienes! -le dijo, volviendo a arrollar el paquetito y echándoselo a la falda-. Voy creyendo que puedes sacar algún partido de esa negrita -dijo a miss Ofelia.

-Ciertamente ha adelantado mucho desde que está conmigo. Pero es preciso que me contestes a esta pregunta: ¿de quién es esa negrita?

-Tuya, sin duda; ¿no te la he regalado? -le contestó.

-Me la has dado, efectivamente; pero no en forma legal -le dijo miss Ofelia.

-¿No te fías de mi palabra?

-Es que quiero asegurar mi derecho, por si murieras o quebraras.

-Verdaderamente, eres previsora.

Y, dicho esto, Saint Clare extendió en un pliego de papel una escritura de cesión en toda regla.

-Ya está corriente -dijo, entregándole el papel.

-Eres muy amable, pero ¿no falta todavía la firma de un testigo?

-¡Ah, diablo! ¡Sí, Mary! --dijo abriendo la puerta de la habitación donde estaba su mujer-, la prima desea poseer un autógrafo tuyo; escribe, pues, tu nombre al borde de este papel.

-¿Qué es eso? -exclamó recorriéndole con la vista ¡vaya una idea singular! ¡No creía a nuestra prima capaz de semejantes cosas! -añadió firmando con aire de indiferencia-; pero ya que tiene un capricho por artículo tan admirable, no quiero quitársela.

-Ahora te pertenece en cuerpo y alma -dijo Saint Clare dándole el papel.

-No más que antes -replicó miss Ofelia-. Sólo Dios tendría derecho a dármele, pero en lo sucesivo podré al menos asegurarle mi protección.

-En ese caso -dijo Saint Clare-, es tuya por una ficción legal.-Y diciendo estas palabras entró en la sala para continuar su lectura.

Miss Ofelia, que no gustaba mucho de la compañía de Mary, se volvió al instante al lado de su primo, después de haber dejado en sitio seguro el precioso papel.

-Agustín -repuso bruscamente sin interrumpir su calceta-, ¿has tomado alguna disposición para asegurar el porvenir de tus esclavos después de tu muerte?

-No -respondió Saint Clare.

-En ese caso la extremada indulgencia con que los tratas podría serles funesta.

Saint Clare se había hecho muchas veces la misma reflexión; pero se contentó con responder de un modo indiferente:

-Pienso arreglarlo muy pronto.

-¿Y cuándo? -Preguntó de nuevo miss Ofelia.

-¡Eh! ... un día de éstos.

-¿Y Si murieses sin haberlo hecho?

-¡Vaya una idea, Ofelia! -exclamó Saint Clare, que había dejado su periódico para mirarla-. ¿Has observado en mí algún síntoma de fiebre amarilla o de cólera para que te preocupes de lo que pasará después de mi muerte?

-La muerte puede sorprendernos a cualquier hora -respondió miss Ofelia.

Saint Clare se levantó, y dejando el diario, salió sin motivo aparente, aunque en el fondo deseaba poner fin a una conversación que le resultaba desagradable. Repetía maquinalmente la palabra "muerte", que acababa de herir sus oídos, y apoyado en la barandilla de la terraza se quedó mirando el agua de la fuente; las flores y los árboles del patio se le presentaban como a través de un vapor.

Después del té, Mary y miss Ofelia se dirigieron a la sala, en la cual se instalaron. Mary se tendió en un sofá cubierto con un mosquitero de seda y no tardó en quedarse dormida; miss Ofelia se entregó a su ordinaria labor, y Saint Clare se sentó al órgano y se puso a cantar una melodía triste y dulce.

Tom, que estaba en la terraza, se sintió arrastrado por la melodía de la música hasta la misma puerta de la sala, donde permaneció como arrobado. No entendía la letra, pero la música y el estilo del canto parecían conmoverle profundamente.

Saint Clare daba una expresión honda y conmovedora a lo que cantaba. Cuando hubo terminado la melodía, se sentó con la cabeza apoyada en la mano, en cuya postura permaneció un corto tiempo. Después tomó su sombrero y salió.

Tom fue tras él hasta la puerta. Allí le preguntó si quería que le acompañase.

-No -le contestó Saint Clare-. Volveré dentro de una hora.

Hacia una hermosa noche de luna. Tom dejó volar la fantasía por las regiones de sus deseos y de sus esperanzas. Recordó su cabaña, a la cual volvería cuando quisiera, como hombre libre, con su mujer y sus hijos, a quienes redimiría de la esclavitud con su trabajo. Pensó después en el nobilísimo amo en cuyas manos había caído, y elevó por él a Dios su acostumbrado ruego; tras de su amo se le presentó como ensueños la gentil Eva, a quien veía velando por él desde el cielo, con sus dorados cabellos rodeados de un nimbo de gloria. Soñaba que desde detrás de la fuente se le acercaba, con la cabeza cubierta de jazmines, con el rostro radiante de gozo, tal como solía verla en vida. De pronto se desvaneció la visión y Tom despertó de su ensueño por los fuertes golpes y las voces que resonaban en la puerta de la casa. Corrió Tom, a ésta, y al abrirla, vio un numeroso grupo de gente conduciendo a un hombre en unas angarillas. La luz de una linterna iluminó de pronto el rostro del hombre, y Tom lanzó un grito de angustia al reconocer a su amo. Lo condujeron a la sala cuya puerta estaba abierta, y en la cual seguía miss Ofelia.

Saint Clare había entrado en un café, donde se puso a leer uno de los periódicos de la noche. Ocurrió de pronto una riña entre dos sujetos medio embriagados de los que allí estaban, y al interponerse Saint Clare entre ellos para separarlos, una recibió puñalada en un costado. Saint Clare se había desmayado por efecto del dolor y de la pérdida de sangre; pero las medidas curativas de su prima le devolvieron el conocimiento. Llegó el médico y lo examinó. En la expresión de su rostro conocieron todos que no había esperanzas. Tom rezó con toda su alma y con todo su corazón por el ser que iba a abandonar este mundo. Cuando Tom hubo terminado, Saint Clare le tomó una mano y lo miró con ansia. Después cerró los ojos, sin soltar la mano de su humilde amigo, porque en las puertas de la eternidad se estrechan como iguales las manos blancas con las negras.

Un momento antes de remontarse el espíritu del moribundo, éste abrió los ojos, que parecieron iluminarse repentinamente con un rayo de alegría, y exclamó:

-¡Madre! -Y murió.

CAPITULO 29

Al morir Saint Clare, sus esclavos fueron presas del terror y el desconsuelo más intensos. La casa se llenó de sollozos y gemidos de desesperación.

Mary, cuyo sistema nervioso había quedado exhausto por los continuos cuidados que ella misma se prodigara, no tenía fuerzas para resistir golpe tan terrible. En el momento de expirar su marido pasaba ella de un desmayo a otro, de modo que se separó de la persona con quien había estado unida por el lazo sagrado del matrimonio sin poder decirle una palabra de despedida. Miss Ofelia, con la rectitud de alma y la sangre fría que la caracterizaban, permaneció hasta el fin cerca de su primo, tratando de aliviarle en cuanto podía, uniéndose de corazón a las oraciones fervorosas de los pobres esclavos. Pero, terminadas las ceremonias fúnebres, volvió a tomar su curso la corriente de la vida.

-¿Qué hemos de hacer ahora?

Esta fue la pregunta que se hizo Mary cuando vestida en traje de mañana, rodeada de esclavos serviciales, estaba echada en una butaca, examinando muestras de gasa y bombasí. Igual pregunta ocurrió a miss Ofelia, que comenzó a pensar en su patria del Norte, y la misma se presentó a la mente de los pobres esclavos, aunque acompañada de silenciosos temores, porque conocían demasiado el carácter tiránico de su señora. Sabían muy bien que la indulgencia de que habían disfrutado hasta entonces procedía

de Saint Clare y no de la señora, y que nada podía preservarlos de los duros tratamientos que una naturaleza irritada por las penas podía hacerles sufrir a ellos.

Como unos quince días después de la muerte de Saint Clare, y hallándose miss Ofelia ocupada en arreglar su cuarto, oyó que llamaban suavemente a su puerta. Abrió y se encontró con Rosa, con el pelo en desorden y los ojos hinchados de llorar.

-¡Ay, miss Ofelia! exclamó Rosa, cayendo de rodillas ante ella y agarrándole el borde de la falda-. Hable por mí a la niña Mary. ¡Pídale que me perdone! ¡Me manda a la calle a que me azoten! Lea esto -agregó, alargándole un papel. El papel contenía una orden, escrita de puño y letra de Mary, dirigida al director de un establecimiento correccional, mandándole aplicar quince azotes a la portadora, por una pequeña falta sin importancia. Miss Ofelia se quedó pensativa con el papel en la mano.

-Yo no sentiría tanto que se me castigase -prosiguió diciendo la mulata-, y si fuese por mano de la niña Mary o de su merced, niña Ofelia; ¡pero que lo haga un hombre, y un hombre de esa clase, qué vergüenza, niña Ofelia!

Existía la costumbre de enviar a los esclavos a las casas de corrección a ser azotados por manos de hombres lo bastante viles para dedicarse a semejante oficio.

-Siéntate; voy a hablar al ama. -Y se dirigió al cuarto de Mary, diciéndose: ¡Esto es vergonzoso, monstruoso!

Halló a Mary sentada en su butaca, con Mammy a su lado peinándola y Jenny sentada en el suelo dándole friegas en los pies.

-¿Cómo te encuentras hoy? -le preguntó miss Ofelia.

-¡Ni lo sé, Ofelia! ¡Estoy como siempre!

-Venía a hablarte de Rosa.

-Estoy harta de su insolencia y quiero humillarla.

-¿Pero no podrías castigarla de otro modo que haciéndole pasar esa vergüenza?

-Esta gente está acostumbrada a que se le trate así, y es la única manera de hacerla andar derecho.

Miss Ofelia se sentó un momento. Sentía como si hubiera tragado alguna mezcla explosiva y estuviera a punto de estallar.

Muy duro se le hizo volver a Rosa y decirle que no había podido lograr nada en favor suyo. Poco después se presentó uno de los criados varones de la casa con la orden de llevarse a Rosa a la casa de corrección, y así lo hizo, a pesar de los llantos y súplicas de la muchacha.

Algunos días después, hallándose Tom muy pensativo, se le acercó Adolfo, que desde la muerte de su amo estaba abatidísimo.

-¿Sabes, Tom, que van a vendernos a todos? Dentro de pocos días nos sacarán a todos a remate.

-¡Hágase la voluntad del Señor! -exclamó Tom, cruzando los brazos sobre el pecho y exhalando un hondo suspiro.

Sus esperanzas de libertad y de volver a reunirse con su mujer y sus hijos desaparecieron, dejándolo tristísimo. Se acordó de miss Ofelia, que desde la muerte de Eva había demostrado por él toda clase de afectuosas consideraciones.

-Niña Ofelia -le dijo-. El amo me había prometido la libertad. Me aseguró que ya había dado los primeros pasos para emanciparme. Quizá la niña fuera tan buena que se interesase por mí con la niña Mary y quisiese cumplir la voluntad del difunto.

-Hablaré por usted, Tom, y haré cuanto pueda a favor suyo; pero tengo poquíssimas esperanzas.

Y se encaminó a la habitación de Mary decidida a valerse de toda su diplomacia para lograr lo que deseaba. La encontró sentada en un sofá, con el codo apoyado en una pila de cojines, entregada al examen de las telas de seda que Jenny había ido a buscar por las tiendas.

-Tenía algo que hablarte -le dijo miss Ofelia-. Agustín le había prometido a Tom liberarlo y ya había dado pasos para ello. Espero que tú acabes de hacer las diligencias necesarias.

-¡No haré semejante cosa! -dijo Mary con viveza-. Tom es uno de los esclavos de más precio que tengo.

-¡Bien! -Dijo miss Ofelia con energía-. El libertar a Tom era uno de los últimos deseos de tu marido; y sé también que fue una de las promesas que él hizo a Eva en el lecho

de muerte de la niña, y no creo que te atrevas a pasar sobre la voluntad de tu marido y tu hija.

De nada sirvieron estas razones ni otras muchas que miss Ofelia sacó a relucir. Al día siguiente, Tom, Adolfo y media docena más que habían pertenecido a Saint Clare, fueron conducidos a un mercado de esclavos para ser vendidos.

Miss Ofelia hizo lo único que podía hacer por Tom. Escribió a la señora de Shelby relatándole la angustiada situación de Tom y estimulándola a que acudiera en su ayuda.

CAPITULO 30

En dos grandes habitaciones se hallaban hacinados gran cantidad de esclavos. Los había negros como el betún y blancos como un europeo. Los hombres, en un cuarto; las mujeres en otro. En el departamento destinado a las mujeres, había dos separadas de las otras, cuyo aspecto despertó especial interés y curiosidad en quien las observe. Una de ellas es una mulata de apariencia respetable, de entre cuarenta y cincuenta años y de agradable fisonomía. La otra, que se mantiene muy apretada contra ella, es su hija, muchacha de unos quince años de edad, de cutis más claro que su madre, pero parecidísima a ella.

Esas dos esclavas, a quienes llamaremos Susana y Emelina, habían estado al servicio de una buena y piadosa señora de Nueva Orleans, que las había criado y educado con el mayor esmero. Sabían leer y escribir y hablan recibido una excelente instrucción religiosa.

Pero aquella señora había entregado la administración de sus intereses al único hijo que tenía, el cual hizo mangas y capirotos de la hacienda, y tuvo que liquidarla repentinamente para pagar unas deudas de juego. Susana y Emelina fueron enviadas al mercado como lo hubieran sido una pareja de buenas terneras. Mientras a la claridad de la luna, cuyos rayos penetran a través de las ventanas enrejadas, las observamos vagamente, escuchemos su conversación. Lloran, pero silenciosamente, para no aumentar su mutua aflicción.

-Madre mía, pon la cabeza sobre mis rodillas y procura dormir -dijo la joven esforzándose por aparecer tranquila.

-No está mi corazón para dormir, Emelina; es imposible. Quizá sea la última noche que estemos juntas.

-¡Oh!, no diga eso; puede ser que nos vendan juntas a la misma persona.

-Lo mismo diría yo a otra mujer cualquiera, si necesitara de consuelos; ¡pero temo tanto el perderte!

-¡Valor, madre mía! Ese hombre ha dicho que tenemos las dos buena cara, y que seríamos vendidas fácilmente.

Susana recordaba las miradas y las palabras del hombre en cuestión. Su corazón se oprimió dolorosamente cuando reflexionaba sobre haberle visto mirando las manos de Emelina, levantando los largos rizos de su cabellera y proclamándolos como un artículo de primera calidad. Susana había recibido una educación cristiana; acostumbraba a leer la Biblia todos los días y experimentaba, ante la idea de vender a su hija a la infamia, el mismo terror que experimentaría toda madre cristiana en iguales circunstancias; pero estaba sin esperanza y sin protección.

-Madre, seríamos muy dichosas si pudiéramos pertenecer a una misma familia, tú como cocinera y yo como mucama o costurera. Aparentemos estar alegres y digamos cuanto sabemos hacer, pues de este modo quizá lo conseguiremos.

-Deseo que te peines mañana echándote el pelo hacia atrás -dijo Susana.

-¿Por qué, madre? Eso no me sienta tan bien.

-Sin duda, pero así tendrás mejor salida.

-No comprendo la razón -repuso la joven.

-Si tienes un aspecto sencillo y modesto, habrá más probabilidades de que te compre una familia respetable, mientras que pasarás inadvertida si sólo procuras parecer hermosa; tengo en esto más experiencia que tú, hija mía.

-Pues bien, madre, lo haré.

-Escúchame además, Emelina: si mañanauviésemos que separarnos para siempre, si fuera yo vendida para una plantación y tú llevada a otra parte, no olvides jamás lo que has aprendido, lo que nuestra ama te enseñara. No abandones tu Biblia y tu libro de cánticos; si eres fiel al Señor, El se mostrará fiel contigo.

Así hablaba esta pobre madre mientras sentía su corazón profundamente abatido; porque sabía muy bien que, a la mañana siguiente, el primer hombre que se presentara, sería el dueño absoluto del cuerpo y alma de su hija... Pensó en todo esto estrechando a su hija entre sus brazos y deseando que apareciera lo menos hermosa posible. El recuerdo mismo de la pureza y de la piedad, en las cuales la niña había sido criada, aumentaba su dolor. No le quedaba más recurso que la oración.

Pero he aquí que al romper el día todos se levantan y el digno mister Sheggs está muy ocupado y de buen humor, porque necesita preparar para la venta una porción de mercancías. Echa una rápida mirada sobre los trajes y peinados de cada una y hace a todos el encargo de mostrarse alegres y risueños. Luego los hace formar en círculo para examinarlos por última vez antes de que sean conducidos al remate.

-¿Qué es eso? -exclamó deteniéndose delante de Susana y Emelina-; ¿dónde están tus rizos, muchacha?

La joven mira tímidamente a su madre, que con la sencilla habilidad, tan común entre los negros, responde:

-Le he dicho anoche que se peinara el pelo liso y que no se lo ondeara, porque así tiene el aspecto más respetable.

-¡Vaya una idiotez! -respondió el hombre en tono brusco; y volviéndose hacia la muchacha-: ve inmediatamente a peinarte como la gente, ¿oyes? -añadió blandiendo una caña que tenía en la mano-. Vuelve pronto. Anda tú a ayudarla -dijo a la madre-; el peinado puede influir en la venta por cien pesos lo menos.

Bajo una espléndida cúpula y sobre el pavimento marmóreo del espacio circular que cubría, paseábase de un lado a otro hombres de todas las naciones. Todo en redondo de ese espacio cubierto había pequeñas tribunas o palcos para los comisarios, tasadores y pregoneros. Dos de estas tribunas, situadas en puntos opuestos del círculo y frente a frente una de otra, estaban activadas por varios sujetos de buen aspecto, que in tono animado y en lengua inglesa y francesa discutían sobre las opiniones de los peritos en las diversas mercancías.

Alrededor de otra tercera tribuna, aún vacía, se veía un grupo en el cual se hallaban los esclavos del difunto Agustín Saint Clare que habían de ser subastados -Adolfo, Tom y otros-, y también Susana y Emelina, todos tristes y abatidos.

Poco antes de comenzarse el acto de la subasta, un hombre de baja estatura pero membrudo y ancho de espaldas, se abrió paso a través de la multitud con ademán apresurado, como de hombre de negocios avaro del tiempo, y se puso a examinar uno por uno a los esclavos expuestos a la venta.

Agarró a Tom por las mandíbulas y le abrió la boca para mirarle los dientes.

-¿Dónde te has criado? -le preguntó secamente.

-En Kentucky, niño -le contestó Tom.

-¿Qué hacías allí?

-Cuidar la finca de mi amo.

-¡Bonito cuento! -dijo el hombre, siguiendo su camino alrededor del grupo.

Un minuto después se dio comienzo al acto.

Adolfo fue adjudicado a buen precio a un joven que lo pensaba emplear como ayuda de cámara, y los otros esclavos de Saint Clare fueron a parar a manos de diversos sujetos. Tom fue adjudicado al hombre que le había estado examinando hacía un rato.

La subasta continuaba con gran gritería, en la que se entremezclaban las lenguas francesa e inglesa. Un rato después sonó un martillazo. Susana estaba vendida. Bajó del poyo, se detuvo, y al dirigir hacia atrás una inquieta mirada, vio a su hija con los brazos extendidos hacia ella.

Miró Susana con angustia al hombre que acababa de comprarla.

-¡Por Dios, niño! ¡Compre también a mi hija!

-Quisiera hacerlo, pero temo que no me alcancen las fuerzas. Haré cuanto humanamente pueda -dijo el señor que había comprado a Susana, y pujó sobre el último precio ofrecido.

Pero pronto las ofertas subieron muy por encima de la cantidad de que él podía disponer, y tuvo que renunciar a la lucha.

Se quedó con ella el mismo que había comprado a Tom, un algodonero de Río Rojo que se llamaba Legree. Cuando la subasta terminó, Legree se alejó con sus compras, Tom, otros esclavos y Emelina, que lloraba penosamente pensando con horror en la suerte que la separaba de su querida madre.

CAPITULO 31

En el entrepuente de un vapor pequeño de los que transportan viajeros y mercaderías por el río Rojo, va sentado Tom, aprisionado con grillos y esposas y con mayor peso en el corazón que el de las cadenas que llevaba encima. Todo había pasado para él, como pasan ahora ante sus ojos los árboles y las márgenes del río, que no volvería a ver nunca más.

Simón Legree, el nuevo amo de Tom, había comprado, además de él, otros siete esclavos en diversos lugares de Nueva Orleans, y los había conducido, encadenados, de dos en dos, al vaporcito "El pirata", que estaba preparado para zarpar y remontar el río Rojo. Cuando el barco llevaba ya un rato de estar en movimiento se puso Legree a pasar revista a su gente. Detúvose delante de Tom, que estaba todavía vestido con el traje de paño negro, camisa limpia y botas charoladas que se había puesto para el acto de la subasta, y le dijo con dureza:

-¡Levántate!

Tom obedeció.

Dirigióse en seguida Legree al baúl de Tom, cuyo contenido ya había revuelto y saqueado, y sacando de él un viejo y usado traje de faena, le dijo, después de quitarle las esposas:

-¡Métete ahí y ponte estas ropas!

Tom volvió al poco rato vestido con la ropa vieja.

Todas las ropas que Tom llevaba en el baúl, y éste mismo, los había vendido Legree a la marinería en el corto espacio de tiempo que Tom estuvo cambiándose.

-Ya puedes cuidar la ropa que llevas puesta, porque ha de pasar tiempo antes de que tengas otra. En mi finca un traje dura un año. ¡Y ahora, oídme todos! -exclamó retrocediendo uno o dos pasos, dirigiéndose a los ocho esclavos que componían su cuadrilla, y acompañando sus palabras con recias patadas en el suelo: -¡Miradme bien a la cara! ¡Miradme de frente!

Todos ellos clavaron en él la vista.

-¡Ahora, mirad este puño! ¿Lo veis? -dijo, enseñando la mano cerrada que parecía la cabeza de un pesado martillo y poniéndoselo delante de Tom-. Sabed que este puño se ha endurecido como el hierro golpeando negros.

Todos aquellos infelices estaban aterrados; las mujeres bajaban la cabeza y no se atrevían siquiera a respirar. Legree, terminada su alocución, se dirigió a la proa a tomar una copa.

-¡Así es como yo empiezo con mis negros! -dijo a un hombre de apariencia distinguida que había oído su discurso-. Mi sistema es cantarles al principio la cartilla para que sepan a qué atenerse.

-Es verdad -contestó el desconocido mirándolo con la curiosidad de un naturalista que estudia algún objeto extraño.

-Es indudable, no soy ninguno de esos plantadores aristócratas de manos blandas que se dejan engañar por capataces de malas mafias. Mire usted estas articulaciones, toque usted este puño, vea usted cómo la carne se ha vuelto dura como una peña a fuerza de pegarle a los negros.

El desconocido le tocó la mano y le dijo:

-Muy dura, en efecto; supongo que el ejercicio le habrá puesto el corazón semejante.

-Sí, en verdad, puedo lisonjearme de eso -respondió Simón soltando la risa-; no hay persona en mi concepto más dura que yo y no me dejo enternecer ni por los gritos ni por las caricias de los negros.

-¿Lleva usted ahí buenos artículos?

-En efecto; particularmente Tom se me ha asegurado que es una cosa extraordinaria. Le he pagado algo caro; podrá servirme de capataz o cosa por el estilo. Pero es preciso, ante todo, quitarle las costumbres que ha adquirido por haber sido tratado como no deben serlo jamás los negros; entonces será un objeto de primera calidad. Respecto a la vieja, me han robado el dinero, porque creo que está muy enferma; será tratada como lo que vale; todavía puede durar un año o dos.

Yo no soy de los que economizan los negros: mi sistema es servirme de ellos y después comprar otros. Esto es lo más agradable, y no dudo que al fin se saca mejor partido. Y Simónapuró su vaso.

-¿Cuánto suelen durar generalmente? -dijo el desconocido.

-No lo sé de cierto; es según su constitución. Los robustos y alegres duran seis o siete años; los débiles de desperdicio se acaban en dos o tres años. Al principio los cuidaba mucho; los curaba si se enfermaban, les daba ropa de abrigo, buena comida, etc., pero ni aun así me servían para nada. Era tirar el dinero. Ahora no me importa que estén sanos o enfermos. Si se muere uno, compro otro. Es más cómodo y más barato.

Se retiró el desconocido y se sentó junto a un caballero que había escuchado la conversación con aire de desagrado.

-Preciso es suponer que no sean iguales a este hombre todos los plantadores del Mediodía -le dijo.

-Así lo creo -respondió el joven viajero con tono significativo.

-Es un hombre vil, despreciable y brutal -respondió el otro.

-Y sin embargo, las leyes de ustedes le permiten disponer absolutamente de la existencia de seres humanos sin conceder a éstos una sombra siquiera de protección. ¡Y cuántos tipos hay de esta especie!

-Sin duda alguna -contestó el primero-, pero también se hallan entre los plantadores hombres humanitarios y generosos.

-Se lo concedo a usted -repuso el joven-; pero en mi opinión, los hombres humanitarios y generosos son los responsables de la brutalidad y de los ultrajes que sufren esos infelices. Si ustedes no tolerasen hasta cierto punto con su influencia a esos hombres, no duraría mucho este sistema. Si todos los plantadores fuesen como éste -dijo señalando a Legree que se hallaba vuelto de espaldas-, desaparecería tan triste estado de cosas como si se arrojara al mar una rueda de molino. El respeto que ustedes inspiran y su filantropía son los que autorizan la brutalidad.

-Doy a usted gracias por la buena opinión que ha formado de mí, caballero -dijo el plantador-; pero aconsejo a usted que no hable tan alto, porque van personas a bordo que podrían ser muy bien menos tolerantes que yo. Aguarde usted a que lleguemos a mi plantación, y allí podrá decir de nosotros cuanto guste.

El joven se sonrojó y rió enseguida. Después se pusieron los dos interlocutores a jugar al chaquete.

-¿Quién fue su amo? -preguntó Emelina a su compañera de cadena.

-Mister Ellis. Vivía en Levee Street; quizá conozca usted su casa.

-¿Era un buen amo?

-Sí, hasta que enfermó del mal que murió.

-¿No hay nadie que se interese por usted?

-Sí, mi marido que es herrero, y que mi amo tenía alquilado fuera de la casa. Se me llevó a vender tan de repente y con tanta prisa, que no he tenido tiempo siquiera para verlo y despedirme de él. Tengo también cuatro hijos, ¡pobre de mí! -exclamó la mulata cubriéndose la cara con las manos.

El vapor, con su triste carga de miserias y dolores, siguió remontando la turbia corriente del río Rojo, hasta que se detuvo en el muelle de un pequeño poblado, donde Legree desembarcó.

CAPITULO 32

Caminando penosamente en pos de un tosco carricoche y por un áspero sendero, van Tom y sus compañeros de esclavitud. Guiando, va Simón Legree; en la zaga, con algunos bultos de equipaje, y todavía encadenada la una con la otra, van las dos

esclavas. Toda la partida se dirige a la hacienda de Simón Legree, que está bastante lejos del lugar en que desembarcaron.

El único que parecía contento de toda aquella gente era el plantador.

-¡Bueno, palomita mía! -dijo, volviéndose hacia Emelina y poniéndole una mano en el hombro-. ¡Ya estamos llegando!

Cuando Emelina oía a Legree proferir juramentos se sentía invadida por el terror; pero cuando le ponía la mano encima con ademán benévolo y le hablaba en términos melosos, se horrorizaba más todavía.

-No tengas miedo, pues no pienso hacerte trabajar mucho. Lo pasarás bien conmigo y te trataré como una señora, siempre que seas buena -terminó Legree.

En aquel momento dieron vista a la cerca que rodeaba a la hacienda. El carricoche entró por un empedrado de grava cubierto de hierba, la vivienda era vasta y había sido hermosa. Pero la desolación y la tristeza reinaban en la casa y en los jardines. Al ruido que hizo el carrimato salieron tres o cuatro perrazos feroces, ladrando furiosamente, y a los cuales costó trabajo sujetar a varios harapientos esclavos para que no despedazasen a Tom y a otros negros que iban a pie detrás del vehículo.

-Ya veis lo que os espera si intentáis escaparos -dijo Legree acariciando a los perros-. Estos perros están enseñados a cazar negros, y lo mismo devorarían a uno de vosotros que se comerían un hueso.

-¿Cómo ha marchado esto, Sambo? -preguntó Legree a un negro desarrapado.

-Muy bien, amo.

-Quimbo -dijo Legree dirigiéndose a otro negro-, ¿te acordaste de lo que dije?

-Sí, amo; ¿cómo no?

Esos dos negros eran los principales agentes de Legree para el gobierno y dirección de la hacienda. Los había amaestrado en ser duros y crueles, como lo había hecho con los perros de presa. Sambo y Quimbo se aborrecían; los demás esclavos de la dotación aborrecían a los dos y Legree merced a esos sentimientos de rivalidad y de odio, sabía al dedillo cuanto pasaba en la finca, porque en cada dependiente tenía a la vez que un trabajador, un delator y un espía.

-¡Acá, Sambo! -exclamó Legree-. Llévate a todos estos a los "bohíos". Y ahí te entrego esta mulata, que estará a tus órdenes. Trátala duro, ¿eh? -añadió separando de Emelina a su compañera de cadena y empujándola hacia Sambo.

-¡Tú, a la casa conmigo! -dijo dirigiéndose a Emelina.

Tom tuvo que seguir a Sambo a los "bohíos" o casa de los esclavos.

-¿Dónde he de meterme? -preguntó Tom humildemente a Sambo.

-No lo sé. Entremos aquí -dijo Sambo al pasar por delante de la puerta de uno de los "bohíos". Puede ser que haya algún sitio. Está todo tan abarrotado de gente, que no sé cómo componérmelas para poner más.

Había ya entrado la noche cuando volvieron del trabajo los esclavos de la hacienda, rendidos de cansancio, y todos ellos, así hombres como mujeres, cubiertos con trajes sucios y andrajosos.

Tom buscaba en vano una cara benévola entre los que acababan de llegar del campo. Sólo veía hombres tristes, malhumorados, embrutecidos, y mujeres débiles, macilentas, arruinadas por el trabajo, empujándose y estrujándose alrededor de los molinos de piedra, donde habían de moler el trigo, único alimento que se les daba. Tom estaba desfallecido de hambre después de la larga jornada que había andado aquel día.

Se oyó el ruido de los molinos hasta muy tarde en la noche, porque era muy corto su número, comparado con el de los esclavos. Los débiles y los que estaban más desfallecidos eran rechazados por los fuertes y no tenían entrada sino después de ellos.

-¡Hola! -dijo Sambo acercándose a la mulata y echando delante de ella un saco de trigo-; ¿cuál es tu maldito nombre?

-Lucía -respondió la mujer.

-Pues bien, Lucía, tú eres mi mujer ahora. Muéleme este trigo y disponme enseguida la comida, ¿lo oyes?

-Yo no soy su mujer ni quiero serlo -exclamó la pobre criatura con el valor instantáneo de la desesperación-; déjeme usted.

-Te pegaré entonces -replicó Sambo levantando un pie.
-Máteme usted si quiere; ¡cuanto antes sea, mejor!
-Voy a decir al amo que atormentas inútilmente a los esclavos, Sambo -dijo Quimbo que estaba ocupado en moler su trigo después de haber rechazado a dos o tres pobres mujeres, que estaban aguardando para moler su grano.
-Y yo le diré que tú no dejas a las mujeres moler su trigo, ¡viejo negro! -replicó Sambo- ¡Más valiera que te ocupases de lo que te importa!
-¡Ten! -le dijo Quimbo a Tom arrojándole un saco de trigo-. Y ya sabes que tienes que tener cuidado con él, porque no tendrás más en toda la semana.
Tom tuvo que esperar hasta muy tarde para poder moler su grano. Cuando le llegó el turno, apiadado de dos infelices mujeres que estaban esperando el suyo, les ahorró el trabajo, moliendo en lugar de ellas. En justa correspondencia, las mujeres le amasaron la harina, al mismo tiempo que amasaban la suya, y cocieron la masa, mientras Tom, a la luz de la hoguera, leía su Biblia, para consolarse de su miserable estado.
-¿Y qué libro es éste? -preguntó una negra a otra.
-La Biblia.
-¿Qué es la Biblia?
-¿Pues qué, no has oído hablar jamás de la Biblia? -repuso la primera-. Yo oía leer en ella muchas veces a la señora de Kentucky; pero Dios nos asista; ¡aquí sólo se oyen juramentos y amenazas!
-Léanos usted un poco -dijo la otra mujer que observaba con curiosidad la atención que ponía Tom en recorrer su Biblia.
Tom leyó: "Venid a mí, vosotros que trabajáis y gemís bajo el peso de vuestra carga, y yo os daré el reposo de vuestras almas".
-¡Qué palabras tan buenas! -dijo la mujer-: ¿quién es el que las dice?
-El Señor. -respondió Tom.
-Me alegraría saber dónde está -repuso la pobre mujer-; iría al instante a él, porque me parece que no debo esperar nunca reposo. Mi cuerpo está lleno de contusiones, continuamente estoy temblando, y todos los días me enseña Sambo los dientes, porque no trabajo más de prisa. No hay noche que pueda comer antes de las doce, y apenas he cerrado los ojos, oigo la señal de levantarse para volver a empezar el trabajo. Si yo supiera dónde está el Señor, iría a decirle todo esto.
-Está aquí y en todas partes -respondió Tom.
-¡Oh!, ¡no me hará usted creer semejante cosa! ¡Bien veo yo que no está aquí! Pero, ¿de qué sirve hablar tanto? Voy a echarme a dormir lo que pueda.
Las dos mujeres se retiraron a sus "bohíos" y Tom se quedó solo, los brazos cruzados sobre el pecho, pensando en su suerte.

CAPITULO 33

No tardó Tom en hacerse a su nueva vida. Era hábil para todo lo que tomaba entre manos, y también fiel y laborioso por costumbre y por principios. Legree nada decía, pero pronto se hizo cargo de los méritos de Tom y lo reconoció en su interior como utilísimo y como trabajador sin par.

Una mañana advirtió Tom, entre los esclavos, la presencia de una persona a quien no había visto hasta entonces. Era una mujer alta y esbelta. De manos suaves y pies notables por su delicadeza y finura, y vestida con un traje limpio y decoroso. Tendría de treinta a treinta y cinco años, y su rostro era de esos que una vez visto, difícilmente se olvida. Lo más notable en ella eran los ojos, que tenía grandes, negrísimo y rodeados de largas y negras pestañas.

Tom la vio marchar a su lado hacia el campo, con todos los demás esclavos de la dotación, a la pálida luz del amanecer, con el cuerpo erguido y con aire altivo y arrogante.

Ignoraba quien era; pero los esclavos debían conocerla, a juzgar por las miradas que le dirigían y que a su vez dirigían unos a otros, con maliciosa inteligencia y evidente satisfacción.

-¡Por fin ha venido! ¡Cuánto me alegro! -decía una de aquellas miserables criaturas.

-¡Veremos cómo trabaja!

-¡Quizá le den un boca abajo esta noche, como lo hacen con nosotros!

-¡Me alegraré que sienta el cuero en las costillas!

Tales palabras se oían acá y allá entre los esclavos. La mujer que las provocaba, no hacía caso de ellas, y seguía marchando con el mismo aire de altivo desprecio. Tocó trabajar aquel día a Tom al lado de la mulata que había sido comprada al mismo tiempo que él y que había venido con él a la finca. Tenía pintado en el rostro el dolor, y todo en ella indicaba una situación de extremo abatimiento moral y físico. Una vez que estuvo muy cerca de ella, sin decirle una palabra, le echó en la canasta unos cuantos puñados de algodón que sacó de la suya.

-¡No haga eso que puede traerle algún disgusto!

Y, en efecto, Sambo, que vio la maniobra, se acercó haciendo restallar el látigo y dirigiéndose a la mulata, contra la cual parecía sentir especial ojeriza, le dijo en tono áspero y brutal:

-¿Conque te diviertes, Lucy, eh?

Y al mismo tiempo que le decía estas palabras, le aplicaba un tremendo puntapié y cruzaba a Tom la cara de un latigazo. Tom prosiguió su trabajo en silencio, pero ella cayó al suelo sin sentido.

-Yo la haré volver en sí -dijo el capataz haciendo una mueca grosera-. Voy a darle una medicina mejor que el alcanfor.

Y sacándose, al decir esto, un alfiler de la manga, se lo enterró hasta la cabeza en la carne de la pobre mujer. Lanzó ella un gemido y se levantó a medias del suelo.

-¡Arriba, so bestia! ¡A trabajar, si no quieres que toque otro registro!

La infeliz mujer, como animada de una fuerza sobrenatural, se puso en pie y se aplicó con desesperación a su trabajo.

Aun a riesgo de ser castigado, Tom se acercó una vez más a la mujer y le vació la canasta de algodón que tenía él recogido en la suya.

-¡No haga eso! ¡No sabe a lo que se expone! -le dijo ella.

-Yo soy más fuerte que usted y puedo trabajar mejor -le contestó él, volviendo de nuevo a su puesto. Esto pasó en un instante.

De repente, la mujer desconocida de que hemos hablado, que había podido oír sus últimas razones, levantó hacia él sus negros ojos y lo miró fijamente un momento. En seguida, sacando una buena cantidad de algodón de su cesta, lo echó en la de Tom a la vez que le decía:

-Por lo que veo, no sabe usted dónde está, porque si lo supiera, no habría hecho lo que le he visto hacer. Cuando lleve un mes aquí se habrá dejado de prestar ayuda a los demás, porque todo le será poco para ayudarse a sí mismo.

-¡No permita el Señor que tal suceda, hija mía!

-El Señor no viene nunca por estos lugares -le contestó la mujer, al mismo tiempo que, prosiguiendo su trabajo, iba alejándose de él.

Pero la acción de la mujer, al echar en el cesto de Tom unos puñados de algodón fue advertida por Sambo, el cual se le acercó restallando el látigo.

-¡Cómo, cómo! -exclamó, dirigiéndose a la mujer-. ¿También se divierte, eh? Ahora está a mis órdenes, ¡no lo olvide!

Se volvió ella rápidamente, se le acercó, arrojando fuego por los ojos, con las narices dilatadas y los labios trémulos de ira.

-¡Perro! -le dijo-. ¡Tócame, si te atreves! ¡Aún tengo poder para hacerte despedazar, descuartizar o quemar vivo!

-¡Yo no pensé nunca en tocarle siquiera la ropa, niña Cassy! -le dijo Sambo, visiblemente acobardado.

-¡No te salgas de tu puesto entonces, ni te olvides de lo que eres! -le replicó la mujer.

Después de este breve y violento diálogo, la mujer prosiguió su tarea con una rapidez mágica que asombró a Tom. Antes de terminar el día estaba llena la canasta hasta arriba, a pesar de haber echado varias veces algodón en la de Tom. Mucho después de ponerse el sol, cansados los esclavos, se dirigieron con las canastas en la cabeza hacia el departamento donde habla de ser pesada y almacenada su cosecha. Legree estaba allí hablando con sus dos capataces.

-Ese Tom nos ha dado mucho que hacer.

Constantemente ha estado echando su algodón en el canasto de Lucía -dijo Sambo-. Si no pone usted algún remedio, hará creer a los demás esclavos que son maltratados. -¡Ah! ¿De veras? Maldito negro -respondió Legree-. Será preciso enseñarle, ¿no es verdad, muchachos?

Los dos negros dejaron escapar una sonrisa.

-Sí, sí, no hay nadie como el amo Legree para enseñar a un negro; el mismo diablo no le aventajaría en eso -dijo Quimbo.

-El mejor medio es el azotarle hasta que abandone tales ideas. Enséñenmelo así, muchachos.

-Gran trabajo ha de costarle a usted conseguir que ande derecho.

-Ya lo veremos -respondió Legree mascando su tabaco.

-Ahora falta esa Lucía, que es la criatura más detestable de la plantación -repuso Sambo.

-Cuidado, Sambo, creo que algo te anima contra ella.

-Bien sabe el amo que se ha resistido hasta contra él y que no ha querido admitirme cuando se lo ha mandado.

-Yo la obligaré a fuerza de golpes -dijo Legree escupiendo-; pero urge el trabajo de tal manera que no debemos pegarle ahora; está muy débil, y esas criaturas tan enfermizas son capaces de dejarse matar antes que ceder.

-Pero ha andado hoy muy perezosa, mientras Tom trabajaba por ella.

-¡Ah!, ¿de veras? ¡Bien! Tom tendrá el placer de aplicarle el látigo. Será para él un buen ejercicio, y no temo que le pegue tan rudamente como vosotros, que sois unos demonios. Los dos miserables soltaron una risa infernal, muy propia del nombre que les daba su amo. -Pero, señor -repuso uno de ellos-. Tom y miss Cassy la han ayudado de tal modo a llenar su canasta que tendrá el peso debido.

-Yo mismo la pesaré -respondió Legree con tono significativo.

Los dos capataces se echaron a reír de nuevo.

-¿Con que miss Cassy ha empleado tan bien el día?

-Recoge algodón más de prisa que el diablo y todos los demonios juntos.

-Creo, a la verdad, que los tiene todos en el cuerpo -dijo Legree.

Y echando un brutal juramento se dirigió hacia la habitación dónde debía ser pesada la cosecha. Los pobres esclavos, abrumados de cansancio, y con rostros que expresaban el abatimiento, fueron desfilando perezosamente uno a uno por delante de la báscula, presentando sus canastas al peso. Legree anotaba en una pizarra el peso de cada canasta enfrente del nombre del esclavo que la traía.

La canasta de Tom fue pesada y aprobada. Se quedó después éste observando con ansiedad el resultado de la canasta de Lucía. Se acercó ella tambaleante de debilidad a la báscula, y entregó su canasta. Acusaba el peso debido, pero, a pesar de ella, Legree dijo encarándosele:

-¡Cómo, bestia haragana! ¡Otra vez con el peso de menos! ¡Ponte ahí a un lado, que pronto recibirás tu merecido!

La pobre mujer lanzó un gemido de angustia, y se sentó sobre una tabla que allí había.

La mujer a quien llamaban Cassy se adelantó entonces con aire altanero y entregó su canasta. Legree le dirigió una mirada a la vez curiosa y burlona. Ella clavó en él sus negros ojos y le dijo algo en francés con rapidísimo movimiento de labios.

Nadie entendió lo que dijo; pero el rostro de Legree tomó una expresión diabólica, al mismo tiempo que alzaba la mano contra ella, con ademán de darle un golpe; pero ella le miró con orgulloso desprecio, le volvió la espalda y se alejó lentamente.

-Ahora, ven acá, Tom -dijo Legree-. Como ya te he dicho, no te he comprado para que hagas el trabajo común sino que quiero hacer de ti un capataz, y que empieces a desempeñar esta misma noche, tu nuevo oficio. Para entrenarte, vas a darle ahora mismo una buena mano de cuerazos a esa muchacha -añadió indicando a Lucy-. Ya has visto bastante para saber cómo se hace.

-Perdón, mi amo; pero no me mande su merced eso. No sé hacerlo, ni lo he hecho nunca, ni puedo -le contestó Tom.

-Aquí has de aprender a hacer muchas cosas que no hacías antes.

Y dichas estas palabras, echó mano Legree de un vergazo, y cruzó con él la cara de Tom con grandísima violencia, y siguió dándole golpes hasta cansarse.

-¿Todavía dirás que no puedes hacer lo que te mando?

-Sí, mi amo -le replicó Tom, limpiándose con la mano la sangre que le corría por el rostro-. Estoy dispuesto a trabajar día y noche sin descanso mientras tenga aliento; pero lo que ahora me manda que haga no es justo, y no lo haré nunca... ¡nunca!

La voz de Tom, siempre dulce y meliflua, y sus maneras en extremo respetuosas, habían engañado a Legree respecto a su carácter, haciéndole pensar que sería débil y fácil de subyugar. Cuando pronunció las anteriores palabras, todos los que estaban alrededor de ellos se quedaron atónitos. La pobre mulata cruzó las manos y exclamó:

-¡Dios mío!

Todos los que estaban allí se miraron unos a otros con expresión de terror porque preveían la tempestad a desencadenarse.

Legree estaba mudo de estupefacción, pero al fin estalló:

-¡Cómo, so bestia! ¡Cómo miserable negro! ¿Cómo te atreves a decirme a mí que es injusto lo que te mando? ¿Sabe ninguno de vosotros, burros de carga y de reata, lo que es justo y lo que es injusto? Pero tú, animal, ¿qué te has figurado que eres? ¿Crees pues, que no tengo razón para mandarte que azotes a esa mulata?

-Creo que no la tiene usted, mi amo. Esa pobre mujer está enferma y no puede tenerse en pie, y sería una crueldad maltratarla y yo no lo hago, ni lo haré. Puede matarme usted, si quiere, pero mandarme que levante la mano contra nadie, no lo hago, porque antes prefiero morir.

Tom hablaba con acento suave, pero con firmeza que no podía engañar a nadie. Legree se estremeció de ira; sus ojos verdosos despedían rayos; hasta los bigotes se le erizaron; pero al modo de algunas fieras que juguetean con su presa antes de devorarla, reprimió los impulsos que sentía para desahogar inmediatamente su cólera contra Tom, y dijo en tono de burla:

-¡Vamos! ¡Me he tropezado con un perro piadoso que ha venido a caer entre nosotros, pecadores! Pero di, bergante, ya que de tan virtuoso presumes, ¿no has leído que los criados deben obedecer a sus amos? ¿Y no soy tu amo? ¿No he pagado mil doscientos dólares por tu negro pellejo con todo lo que lleva dentro? ¿No me perteneces en cuerpo y alma? ¡Di! -concluyó Legree dando a Tom un tremendo puntapié con su bota.

-¡No, no, no! ¡Mi alma no le pertenece a usted, amo! ¡Mi alma pertenece a quien la redimió y la compró con su sangre! ¡Haga el amo lo que quiera, que daño no podrá hacerme!

-¿Que no puedo hacerte daño? -le contestó Legree-. ¡Ahora lo veremos! ¡Aquí, Sambo, Quimbo! ¡Dádmele a este perro una tunda que no pueda tenerse en pie durante un mes!

Los dos gigantescos negros se arrojaron sobre Tom, con las facciones radiantes de infernal alegría. Tom no opuso resistencia, y se dejó sacar de allí por sus verdugos.

CAPITULO 34

En las altas horas de la noche yacía Tom, solitario, con el cuerpo llagado y cubierto de sangre, en un departamento abandonado de los almacenes.

Sintió pasos, poco después la luz de una linterna hirió sus ojos.

-¿Quién es? ¡Por Dios, denme un poco de agua! La mulata Cassy, pues era ella, puso la linterna en el suelo, y llenando un vaso del agua de un jarrito que consigo llevaba, levantó con un brazo la cabeza de Tom, y con la otra mano le arrimó el vaso a la boca.

-¡Beba cuanto quiera! -dijole ella.

-¡Gracias, niña! -le dijo Tom, después que hubo calmado la sed que lo devoraba.

-¡No me llame niña! ¡Pues no soy más que una miserable esclava como usted! -le contestó Cassy-. ¡Y he llegado a un grado de bajeza a que no llegará usted nunca! Ahora, pobrecillo, trate usted de colocarse aquí -le dijo, después de haberse llegado a la puerta y arrastrado hasta el lugar donde estaba Tom un jergón de paja cubierto de lienzos empapados en agua fría.

Tom, casi imposibilitado para moverse por las heridas y contusiones que tenía, pudo, a duras penas, trasladarse al lecho que Cassy le había preparado pero cuando estuvo en el, sintió gran alivio por efecto de la humedad del jergón.

-Todo lo que está haciendo es inútil -dijo ella después de un rato de silencio-. Se ha portado usted con valor y entereza; tiene usted razón de su parte; pero aquí de nada le vale todo eso, y luchará en vano. Ha caído usted en las garras del diablo, y no le queda más remedio que darse por vencido, porque él es fuerte, más fuerte que usted.

Calló un rato, y luego, con extraña voz monótona, recitando más que hablando, con los ojos negrísimos muy abiertos y fijos en el muro de toscas piedras, como si viera retratada allí toda su vida, triste y horrible fue relatando:

-Cuando mi padre murió -fue uno de los primeros casos de cólera en Nueva Orleans- tenía yo catorce años y quedé abandonada. Había sido educada con todo esmero por mi padre, que me adoraba, y que me mandó a un convento, donde aprendí francés, música, labores y todas las cosas que enseñan en los colegios de los blancos, Vivíamos en una casa hermosísima, yo tenía mil vestidos y juguetes... Pero murió mi padre y se vio que sus bienes no alcanzaban a cubrir sus deudas. Mi madre murió esclava, y, por lo tanto, a los ojos de la ley, también lo éramos mi hermana y yo; mi hermana contaba entonces sólo unos meses. Mi padre murió sin habernos dado la libertad, aunque tales eran sus vivísimos deseos. Desde entonces no la he vuelto a ver ni a saber de ella. En casa de mi amo pronto conseguí un puesto de mando, debido a mi educación. Allí conocí a quien hubiera sido mi marido si las inhumanas leyes de la esclavitud no lo hubieran impedido. Era un esclavo liberto que explotaba en las cercanías de la casa de mi amo una finca de labranza, El único medio de casarse conmigo era comprarme a mi amo, pero éste, bajo pretexto de que le era útil, se negó a venderme. Desde entonces la fatalidad ha hecho de mi vida una serie de calamidades. He cambiado de dueño varias veces, me han tratado bien y mal; pero mi mayor sufrimiento ha sido siempre no saber qué ha sido de mi hermanita Elisa. Ya ajada por los sufrimientos y por una seria enfermedad, vine a parar a manos de este malvado, que me tiene miedo... Mucho me ha hecho sufrir, pero algún día ese miedo tendrá su justificación. Con estas palabras de amenaza hacia Legree terminó su narración, que aunque decía poco, dejaba adivinar los terribles sufrimientos de esta pobre mujer.

-¿Necesita alguna cosa más? ¿Quiere un poco más de agua? -preguntó a Tom.

Había en la voz y en el acento de Cassy tal dulzura y tal compasión, que contrastaban extraordinariamente con su anterior discurso.

Tom bebió el agua y dirigió a Cassy una mirada compasiva.

-¡Oh, miss!, desearía que acudiese usted al que puede darle aguas vivas.

-¡Acudir a él! ¿Dónde está? ¿Quién es?

-Es aquel de quien se trata en las lecturas sagradas: el Señor.

-Ya me acuerdo de su imagen, que vi colgada cuando era niña encima del altar -dijo Cassy, y sus ojos tomaron una expresión dolorosa y meditabunda-. ¡Pero no está aquí! ¡No hay aquí más que pecado; pecado y mucha desesperación! ¡Eh! -exclamó apoyando la mano sobre su pecho que respiraba con fuerza como para librarse de un peso que la oprimiera.

Leyó en los ojos de Tom que pensaba seguir hablando y le impuso silencio con un gesto imperativo y diciéndole:

-No se esfuerce, Tom; procure dormir.

Y dejándole el tarro del agua al alcance de la mano, se fue.

CAPITULO 35

LA habitación principal de la vivienda de Legree era una vasta sala con una gran chimenea en uno de los extremos. Manchas de vino y cerveza y anotaciones y cifras escritas con tiza se veían acá y allá por las paredes. En ella, Legree, que había confeccionado su ponche, se decía:

-Ese demonio de Sambo ha venido a fastidiarme con sus pamplinas con los últimos esclavos que traje. Ese Tom no va a poder trabajar por una semana lo menos, ¡y precisamente cuando más apremia el trabajo!

-Tú tienes la culpa -dijo una voz desde detrás de la silla en que estaba sentado.

-¡Ah, eres tú! ¿Vuelves al fin?

Cassy había ejercido siempre sobre Legree esa especie de influencia que la mujer inteligente y de condición apasionada y enérgica tiene sobre cualquier hombre, por

brutal que sea. Habíase vuelto en extremo irritable. Sufrió a veces excesos de frenesí que se asemejaban a la locura, y que, infundieron en Legree respeto de ella, esa especie de terror supersticioso que las personas incultas tienen a los dementes. Cuando Legree llevó a Emelina a la plantación se reanimaron en el corazón marchito de Cassy todos los sentimientos y se puso de parte de la joven.

Bien pronto ocurrió una violenta disputa entre Cassy y Legree. Este, en un acceso de furor, juró ponerla a trabajar en el campo si no quería avenirse por las buenas. Cassy con altanería y desprecio, declaró que iría trabajar al campo, y, en efecto, trabajó un día, según lo hemos referido, para mostrar el profundo desdén que le inspiraba la amenaza. Al presentarse ante Legree movía a Cassy el deseo de zaherirlo por su conducta bestial.

-Yo quisiera, Cassy, que te portaras razonablemente.

-¿Y eres tú quien habla de portarse razonablemente? ¿Tú, que tienes tan poco sentido común, que te privas de uno de los trabajadores mejores y más hábiles que tienes, y precisamente cuando más necesitas de él?

-Ya sé que he hecho una tontería al dejar llegar las cosas hasta el punto a que han llegado; pero no he tenido más remedio que castigar a ese negro para que no se saliera con la suya.

Se abrió la puerta en aquel momento y entró Sambo en la sala, haciendo cortesías y llevando en la mano una cosa envuelta en un papel que alargó a su amo.

-¿Qué me traes ahí, animal? -le preguntó Legree.

-Es una cosa mala, mi amo.

-¿Una cosa mala?

-Sí, una brujería de negros para que no le duelan los golpes.

La llevaba Tom al cuello, sujeto con un cordón negro. Legree era supersticioso. Tomó el papel que Sambo le presentaba y lo desenvolvió con cierta inquietud. Contenía una moneda de plata de un dólar y un largo y brillante rulo de pelo rubio; el cual, como si estuviera animado, se le enroscó a Legree entre los dedos.

-¡Maldición! -exclamó en un arrebato de ira y de terror, dando un violento puntapié en el suelo-. ¿De dónde ha venido esto? ¿Para qué me lo has traído? ¡Llévatelo! ¡Quémalo! ¡Quémalo al instante! -dijo.

Y sin esperar a ser obedecido, arrojó por sí mismo el rulo de Eva a las llamas.

-¿Será un pecado -se preguntaba Cassy- librar al mundo de semejante monstruo?

Salió de la habitación y subiendo la escalera, llamó con los nudillos a la puerta de la habitación de Emelina, dejando a Legree dando voces y cantando en compañía de Sambo y Quimbo, a quienes atiborraba de ron para divertirse.

CAPITULO 36

Al entrar Cassy en el cuarto de Emelina halló a la muchacha refugiada en un rincón, pálida y temblorosa.

-¡Ah! ¿Es usted, Cassy? Sentí miedo cuando llamé.

-Lo creo.

-Dígame, Cassy, por Dios: ¿no habrá manera de que nos fuésemos de aquí a alguna parte, aunque sea a la ciénaga, entre las serpientes y los caimanes?

-De aquí no puede salirse más que para el sepulcro -le contestó Cassy.

-Preferiría estar en la ciénaga a seguir aquí. Me dan menos miedo las serpientes que ese hombre -dijo Emelina.

Mientras Emelina y Cassy sostenían esta conversación, Legree dormía en la sala de abajo.

No era común en él embriagarse. Aquella noche, sin embargo, había bebido más de lo ordinario, y cayó dormido como un tronco.

-¡He pasado una noche endemoniada! -dijo a Cassy que entraba.

-Pronto pasarás muchas como ésa.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Ya lo comprenderás uno de estos días. Ahora voy a darte un consejo.

-¡Que el diablo te lleve!

-Ese consejo es que dejes en paz al negro Tom.

-¿Y qué tienes tú que meterte en mis asuntos?

-Varias veces he impedido que pierdas miles de dólares cuidando tus esclavos, ¡y así me lo agradeces! Si tu cosecha es menor que la de tus competidores, ¿no perderás la apuesta que tienes empeñada con Thompson?

Legree, como todos los plantadores, hacía punto de honra la cuantía de su cosecha. Se proponía que la suya fuera mayor que la de varios con quienes tenía empeñadas apuestas en la villa cercana. Cassy, con su fino instinto mujeril, le puso la mano donde más le dolía.

-¡Bueno! No le haré más de lo que he hecho; pero habrá de pedirme perdón. ¿Dónde está?

-En el almacén de los desechos -le replicó Cassy.

La luz del amanecer penetraba a través de la ventana del departamento donde Tom yacía. Oyó la voz de su perseguidor cuando se acercaba, Legree, dándole con la punta del pie, le dijo:

-¿Qué tal? ¿No te dije ayer que habrías de aprender aquí algunas cosas que no sabías? ¿Qué tal te ha sentado la paliza? ¿Ya no estarás tan terco como anoche ni echarás otro sermón a este pobre pecador?

Tom no contestó.

-¡Arriba, animal! -le dijo Legree, dándole un puntapié.

La orden era muy difícil de cumplir, dado el estado en que Tom se hallaba, y al comprenderlo así Legree, viendo los inútiles esfuerzos de Tom por levantarse, soltó una carcajada.

-¡Qué torpe estás, Tom! ¿Será que te has tomado anoche un resfriado?

Pero Tom logró levantarse a fuerza de trabajo.

-¡Vamos! Veo que aún puedes ponerte derecho, señal de que estuvieron blandos contigo. Ahora ponte de rodillas y pídemme perdón por tus faltas de anoche.

Tom no se movió.

-No puedo, mi amo -le replicó Tom-. Lo que hice ayer estuvo bien hecho y lo haré lo mismo siempre en casos semejantes. No cometeré una crueldad por nada del mundo, y suceda lo que suceda.

-¿Y quién diablos ha de ayudarte?

-¡Dios Todopoderoso! -le replicó Tom.

-¡Que venga a ayudarte! -le dijo descargándole un tremendo puñetazo que dio con Tom en el suelo.

Sintió Legree en aquel momento que una mano fría y suave se posaba en la suya. Era la de Cassy, cuyo frío contacto lo asustó.

-¿Pero estás loco, Simón? -le dijo Cassy en francés- ¡Déjalo en paz! ¿No estás viendo lo que te he dicho? Déjame cuidarlo y yo lo pondré en condición de que vuelva al trabajo.

Legree dio media vuelta.

-¡Bueno! Haz lo que quieras -dijo a Cassy-; y en cuanto a ti -dijo a Tom-, te dejo ahora porque el trabajo apura y necesito de todos mis esclavos, pero sábetete que yo nunca olvido.

Y se marchó.

CAPITULO 37

Dejemos por ahora a Tom en las garras de sus tiranos, y volvamos a George y su mujer, a los cuales hemos dejado en manos amigas en una granja situada al lado del camino. A Tom Locker lo dejamos quejándose y gruñendo en una limpia cama encomendada a los cuidados de la señora Dorcas, que halló en él un enfermo tan dócil y sufrido como lo habría sido un bisonte doliente. La señora Dorcas es de alta estatura y de aspecto que revela dignidad e inteligencia.

-¡Diablos! -exclamó Tom Locker arrojando de un violento empujón la ropa de cama. La señora Dorcas volvió a estirar la ropa, diciendo al mismo tiempo:

-Mucho me alegraría, amigo, que dejaras esa costumbre de jurar y maldecir.

Tom se revolvió furioso, desarreglando una vez más la ropa.

-Supongo que el sujeto y la muchacha estarán aquí -dijo después de una pausa.

-Aquí están -le contestó la señora Dorcas.

-Mejor estarían camino del Lago. Cuando antes se vayan mejor para ellos.
-Probablemente así lo harán.
-Óigame, señora: en Sandusky tenemos corresponsales que están a la mira de todos los vapores y barcos que salen para el Canadá y de los que toman pasaje en ellos. Tendré una satisfacción en que puedan los fugitivos burlar a Marks, ¡a ese maldito Marks!, que el diablo se lo lleve.
-¡Tomás! -exclamó la tía Dorcas.
-Vamos, si me prohíbe usted hablar, terminaré por estallar... Respecto a la joven, debe disfrazarse bien, porque constan sus señas en Sandusky...
-Ya cuidaremos de eso -dijo tranquilamente la tía Dorcas.
Como en este punto hemos de despedirnos de Tom Locker, debemos añadir que después de haber pasado tres semanas en la casa del cuáquero, se levantó de la cama algo más prudente, y en vez de seguir cazando esclavos, se estableció en una de las colonias.
Como él mismo había advertido que habría gente acechando a los fugitivos en Sandusky, se creyó prudente dividirlos. Jim y su madre fueron enviados separadamente, y uno o dos noches después, George y Elisa y su hijo fueron llevados sigilosamente a Sandusky, donde los alojaron en una hospitalaria casa para prepararse para la travesía del Lago.

Amaneció para ellos la libertad. Paró un coche a la puerta de la casa y todos los invitados de la familia que había acogido a los fugitivos acudieron a despedirlos. Llegó el coche al embarcadero. George y Elisa, disfrazada ésta de hombre para despistar a los que la buscaban, atravesó la pasarela que comunicaba con el vapor. George quedó solo para estar a la mira del equipaje y sacar los billetes. Con tal objeto se acercó a la oficina del capitán del barco, cuando oyó la conversación de dos sujetos que estaban muy cerca.

-He observado a todos los que estaban por subir a bordo y puedo asegurar que no están entre ellos los que buscamos -dijo uno de ellos, que era el contador del barco. El sujeto a quien se dirigía era nuestro conocido Marks, que con la perseverancia que lo caracterizaba, había llegado hasta Sandusky en busca de los fugitivos.
-Es muy difícil distinguirla a ella de una mujer blanca -dijo Marks-. Él es un mulato muy claro y tiene una marca de hierro en una mano.

George tuvo la satisfacción de ver a Marks bajar a tierra cuando la campana del vapor dio la señal de marcha, y desahogó su pecho con un prolongado suspiro cuando el barco se hubo alejado lo bastante de tierra. El barco seguía avanzando. Pasaron las horas, y al fin se distinguieron las riberas del Canadá, aquellas riberas benditas donde la palabra "esclavitud" perdía toda su fuerza, cualquiera que fuera su lengua o el poder humano que la pronunciasen. Sonó la campana del vapor anunciando la llegada y momentos después se detuvo. George recogió su equipaje y, acompañado de su mujer e hijo, descendió a tierra. Una vez desembarcados, el pequeño grupo permaneció en el muelle hasta que se alejó el barco. Entonces, llorando y abrazándose los esposos y estrechando contra su seno al hijo, completamente sorprendido, se arrodillaron y elevaron a Dios sus corazones.

CAPITULO 38

Mucho antes de que Tom convaleciera de sus heridas, lo obligó Legree a volver a su trabajo, y entonces comenzó para él una vida de dolores, agravada por cuantas indignidades e injusticias podían originarse en los perversos sentimientos de aquel hombre. Hallábase una noche en el estado de mayor desesperación y abatimiento, sentado ante la mortecina hoguera en que se estaba cociendo su comida miserable. Echó unas cuantas ramas en el fuego para reanimarlo, y sacó de su bolsillo su sobado devocionario. Allí estaban los pasajes marcados por él que tantas veces le habían consolado: palabras de profetas, patriarcas, poetas y sabios, que desde tiempos remotos confortaron a los hombres, voces celestes que nos animan en la triste peregrinación de la vida. Leyéndolas se sintió Tom confortado y animado para soportar con paciencia y entereza los malos tratos que estaba recibiendo.

Cuando a las primeras horas de la mañana salió la dotación a trabajar al campo, ninguno iba con paso más firme ni continente más resuelto y desembarazado que Tom.

Todos advirtieron el cambio que en él se había operado. Recobró su actividad y su alegría, y se revistió de una serenidad y de una paciencia a prueba de todo agravio y mal trato.

-¿Qué diablos le ha pasado a Tom? -preguntó un día Legree a Sambo-. Andaba antes alicaído y ahora está alegre como un grillo.

-No lo sé, mi amo; quizás piense escaparse.

-¡Que haga la prueba! -dijo Legree haciendo una mueca horrible-. ¿Qué te parece, Sambo?

-¡Ja, ja, ja! -aulló adulando a su amo-. ¡Qué divertido sería verlo chapotear en la ciénaga dando saltos por entre los juncales huyendo de los perros! ¡Cómo me reí cuando atrapamos a Molly! Creí que los perros iban a destrozarla antes de que llegáramos. Todavía tiene las señales de los mordiscos.

Cruzáronse estas palabras entre Sambo y su amo, cuando éste se disponía a montar a caballo para hacer una excursión a un lugar vecino. Al regresar por la noche, dio una vuelta por los bohíos para ver si no había ninguna novedad. Al pasar por allí oyó una hermosa voz que cantaba un cántico religioso. La voz de barítono mezclada a los mil ruidos casi inaudibles de una hermosa noche de otoño, resonaba por el campo, dándole una solemnidad y belleza maravillosas. Pero Legree sólo notó que uno de sus esclavos cantaba en vez de dormir, y que mañana no estaría dispuesto a trabajar.

-¡Acá, negro! -exclamó de pronto-. ¿Qué es eso de cantar a estas horas en que debieras estar acostado? ¡Basta de escándalo con tus berridos, y a dormir al momento!

-Está bien, mi amo -contestó Tom tranquilo y risueño, levantándose del suelo.

Legree se sintió tan arrebatado de ira al ver la aparente tranquilidad de Tom, que le echó el caballo encima y le sacudió unos cuantos latigazos en la cabeza y en los hombros.

-¡Toma, perro! -le dijo-. ¡A ver si te sientes tan alegre después de estos latigazos!

Una noche, hallándose Tom recogido en su bohío, y cuando reinaban ya la oscuridad y el silencio, vio asomar por el hueco de la pared que hacia de ventana, la cabeza de Cassy, haciéndole señas para que saliera. Obedeció Tom. Era entre la una y las dos de una clarísima noche de luna. Los ojos de Cassy lanzaban extraños y salvajes fulgores.

-¡Venga aquí, Tom! -dijo Cassy agarrándolo por la muñeca y atrayéndolo hacia sí con fuerza extraordinaria.

-¿Qué es ello, niña? -preguntó Tom con ansiedad.

-Tom, ¿no querría usted ser libre?

-Seré libre, niña, cuando Dios lo disponga.

-Sé que puede serlo usted esta misma noche -dijo Cassy con acento enérgico-. Venga conmigo.

Tom titubeaba.

-¡Venga! -le repitió ella en voz baja, clavando sus negros ojos en él-. ¡Vamos, pronto! Está profundamente dormido.

-¡No, por Dios, niña! -le replicó Tom con firmeza, deteniéndose y atrayéndola hacia sí por la misma mano con que la tenía sujeto.

-¡Pero piense usted en todos esos pobres seres que le rodean! Podemos libertarlos a todos, irnos a la ciénaga, buscar allí alguna isla y vivir como podamos. Otros lo han hecho.

¡Cualquier vida es mejor que ésta!

-¡No! -volvió a decir Tom en acento decidido-. ¡No! De lo mal hecho no puede esperarse nada bueno. ¡Antes me dejaría cortar la mano!

-¡Entonces me iré sola! -exclamó Cassy dando media vuelta.

-¡Oh, niña Cassy! -exclamó Tom arrojándose delante de ella-. ¡Por amor de Dios, que murió por salvarla! ¡No entregue su preciosa alma al diablo de esta manera! El Señor no nos permite obrar mal; debemos sufrirlo todo con paciencia hasta que Él lo disponga de otro modo.

-Bastante paciencia he tenido -replicale Cassy-. ¿No estoy ya con la cabeza loca y el corazón destrozado de tanto padecer?

-¡Pobre alma! -exclamó Tom-. Yo rogaré a Dios por la niña. ¡Oh, niña Cassy, vuelva al Señor Jesús los ojos! ¡El vino a la tierra a consolar a los que lloran!
Cassy no contestó; lágrimas abundantes le corrían por el rostro.
-Niña Cassy -dijo Tom-, si puede huir de estos lugares, dado que tal cosa sea posible, le aconsejaría que lo hiciera con Emelina. Se entiende, sin derramar sangre.
-Seguiré su consejo, Tom -dijo tras breve vacilación.

CAPITULO 39

El desván de la vivienda de Legree era camaranchón polvoriento, todo cruzado de telarañas y atestado de muebles y trastos de desecho. Había en el desván dos o tres cajas vacías. El lugar era tenebroso, y corrían sobre él, entre los negros de la finca, espeluznantes consejas que lo hacían más fatídico. Ocurriósele a Cassy sacar partido de esos terrores y de la supersticiosa condición de Legree para lograr el fin que se había pro esto. Comenzó a decidir, sin consultar con Legree, mudarse de habitación.

-¿Qué pasa aquí hoy? ¿Qué ventolera te ha entrado? -preguntó a Cassy al volver, cuando advirtió el movimiento de la mudanza.

-Nada; que me mudo de habitación.

-¿Y por qué?

-Porque quiero dormir tranquila.

-¿Y quién te lo ha impedido hasta ahora?

-Pues que desde la medianoche hasta la madrugada se oyen ruidos terribles en el desván, como gente que ruje y se lamenta, y de cosas que ruedan o se arrastran.

-¡Gente en el desván! -exclamó Legree con intranquilidad mal disimulada-. ¿Pero qué gente puede haber allí, Cassy?

-Si quieres saber lo que pasa en el desván, vete allí a pasar la noche, ¡haz la prueba!

Y entró en su habitación y la cerró con llave por la parte de adentro.

Furioso, Legree juró y blasfemó y amenazó echar la puerta abajo; pero acabó por calmarse aparentemente y se fue a la sala, no muy tranquilo. Comprendió Cassy que el golpe que había dirigido a Legree había sido certero, y se afirmó en la idea de llevar adelante el plan que había concebido. Habiendo advertido un agujero en una de las hojas de la ventana del desván, introdujo en él un gollete de botella con tal suerte, que producía silbidos a poco que se moviese el aire, y que sonaban lúgubramente en los oídos de los supersticiosos. La influencia que ejercía Cassy sobre este hombre era de un carácter extraño. Legree era su dueño, su tirano, su verdugo. Cassy dependía enteramente de él, y no lo ignoraba Legree, careciendo como carecía de recursos y protección; pero es evidente que ni aun el hombre más brutal podía vivir bajo la influencia de una mujer de carácter, sin someterse a ella. Cuando Legree la compró, Cassy era, según ella misma nos lo ha dicho, una mujer que habla recibido una buena educación y él la había tratado sin escrúpulos. Pero cuando el tiempo, la desesperación y las influencias degradantes hubieron endurecido su corazón de mujer, y encendido en su alma pasiones más violentas, llegó a dominarlo hasta cierto punto. Legree la tiranizaba y le temía a la vez. Pocas noches después de la escena entre Cassy y Legree que hemos referido, hallábase él sentado en la sala al lado de la chimenea. Hacía una noche tempestuosa. El viento rugía con violencia, produciendo extraños ruidos al batir en las paredes del viejo caserón, sacudiendo las persianas y silbando por los cañones de las chimeneas. Legree se había pasado la noche haciendo cuentas y leyendo periódicos. Cassy, desde la sombra del rincón en que estaba, clavó en él los ojos, que resplandecían con esos extraños fulgores que solían producir en Legree fascinación temerosa. De repente, habló Legree como si continuara en voz alta un monólogo interior.

-A bordo de los barcos se oyen de noche muchos ruidos que infunden miedo, pero el viento y las ratas son, por lo común, la causa de ellos. Las ratas arman una bulla de todos los diablos; las he oído muchas veces en el sollado del barco. ¿Y el viento? ¡El viento hace ruidos capaces de espantar al más valiente!

Cassy había reconocido que su mirada tenía medio acoquinado a Legree; así que siguió con los ojos clavados en él.

-¿Pueden las ratas -dijo- bajar escaleras y abrir puertas que una ha cerrado con llave y con su propia mano, asegurándolas todavía con sillas, por Si no bastara la cerradura? ¿Pueden las ratas acercarse paso a paso a una, hasta llegar a la cama y agarrarle la mano así?

Y al decir estas palabras, sin separar los ojos de Legree, que la oía como si tuviera una pesadilla, le puso la mano, que tenía helada, en la de él. Legree, al sentir aquella impresión, se echó violentamente hacia atrás, profiriendo un juramento.

-¿Qué quieres decir, mujer? ¿Ha hecho eso alguien?

-Vete a dormir allí si quieres saberlo -le replicó Cassy.

-¿Dices que bajó del desván?

-Yo no he dicho nada -contestó Cassy con aspereza.

Legree se puso a dar pasos por la sala con aire inquieto.

-Tengo que ver eso... y esta misma noche... Llevaré las pistolas...

-Hazlo -dijo Cassy-. Vete a dormir allí esta misma noche... Quiero ver si te atreves... Y no dejes de llevar las pistolas... ¡Anda!

Legree dio una patada en el suelo y lanzó un juramento, como de costumbre.

-No jures. Nadie sabe quién puede estar oyéndote... Pero, escucha... ¿Qué ruido es ése?

En aquel momento sonó el rodaje de la campana del viejo y monumental péndulo holandés que estaba en uno de los rincones de la sala y comenzó a dar las doce campanadas. Cassy, con la mirada fija en Legree, que permanecía mudo e inmóvil, acometido de un sentimiento de pavor, fue contando uno a uno los golpes del reloj.

-Las doce, ¡veamos ahora! -exclamó Cassy, dirigiéndose a la puerta, abriéndola y poniendo el oído-. ¡Calla! ¿Qué ruido es ése? -dijo alzando la mano.

-¿Qué ha de ser más que el viento? ¿No ves con qué furia sopla? -le contestó Legree.

-¡Acércate aquí, Simón! -dijo Cassy en voz baja, tomándole la mano y conduciéndolo por el corredor adelante hacia el pie de la escalera-. ¿Qué puede ser eso que suena? Un alarido lúgubre y salvaje que parecía salir del desván bajó por el hueco de la escalera. A Legree le temblaban las piernas y estaba cubierto de palidez mortal.

-¿No sería mejor que trajeras las pistolas? Ahora debieras subir, porque allí está eso..., lo que sea...

Y Cassy se dirigió hacia la escalera, lanzando una carcajada estridente y volviendo la cabeza.

-¡Creo de veras que eres el mismo diablo! -exclamó Legree-. ¡Vuelve acá, no subas!

Pero Cassy siguió su camino hacia la escalera y desapareció de la vista de Legree, a cuyos oídos llegó el golpeteo de las puertas que daban a las habitaciones altas. Al mismo tiempo, una fuerte bocanada de aire que venía del hueco de la escalera le apagó la luz que tenía en la mano.

Legree se refugió, aterrado, en la sala, donde después entró Cassy con el rostro lívido y los ojos fulgurantes, como un espíritu de ultratumba.

-No he hecho más que subir y cerrar las puertas; pero, Simón, ¿qué pasa en el desván? ¿Tú lo sabes?

-¿Qué te importa? -le replicó Legree.

-¡Bueno! Me alegro de no dormir en el cuarto que está abajo, donde dormía antes.

Previendo la tempestad que se estaba preparando, había Cassy aquella misma noche abierto la ventana del desván, de modo que en cuanto abrió las puertas que comunicaban con él, el aire, bajando por el hueco de la escalera, había apagado la luz que llevaba para alumbrarse. Este hecho puede servir de muestra del juego que se traía Cassy para aterrar a Legree y alejar de él toda idea de visitar el desván. Antes se hubiera dejado él hacer pedazos que intentar semejante cosa. Así, de noche, había ido Cassy almacenando en el desván provisiones para una larga temporada y había trasladado allí mucha ropa suya y de Emelina. Cuando lo tuvo todo dispuesto, esperó con calma una oportunidad para llevar a efecto el plan de fuga que había meditado.

Llegó, por fin, el día de la ejecución del plan. La noche se acercaba. Legree había salido y no había vuelto todavía. Ella y Emelina, juntas en la habitación de la última, estaban preparando dos pequeños envoltorios.

-No pueden ser mayores, porque harían demasiado bulto y nos molestarían -dijo Cassy-. Ya estamos listas y el tiempo apremia, ¡conque ponte el sombrero y en marcha!

-Pero todavía a estas horas pueden vernos -dijo Emelina.

-Seguramente que sí, y en mi plan entra que nos vean y que nos persigan -le contestó Cassy-. El proyecto que tengo es el que voy a decirte: saldremos por la puerta falsa y nos dirigiremos hacia los bohíos. Sambo y Quimbo han de vernos y seguirnos, y entonces nos entraremos a todo correr en la ciénaga. Entonces, para darnos caza, necesitarán volver atrás para soltar los perros y dar la voz de alarma y poner a todo el mundo en movimiento. Aprovecharemos ese momento para bajar al arroyo que pasa por detrás de la casa y volver a nuestro punto de partida marchando por el mismo cauce, pues así los perros perderán nuestro rastro. Una vez que hayamos llegado frente a la puerta falsa por donde salimos, entraremos en la casa, donde no habrá nadie en ese momento, y nos refugiaremos en el desván, donde lo tengo todo preparado para que podamos vivir allí una temporada. Legree habrá de revolver cielo y tierra para buscarnos; porque hace punto de honra que no se le huya nadie; dispondrá una partida en toda forma, a la cual convidará a los vecinos de las inmediaciones; registrarán la ciénaga y entretanto nosotras, muy tranquilas, en el desván, esperaremos ocasión propicia para escaparnos al lugar vecino cuando ya hayan renunciado a buscarnos.

Salieron las fugitivas por la puerta falsa de la casa y entre sombras, pues la noche iba echándose encima. Antes de llegar a los bohíos, torcieron su camino, dirigiéndose a la ciénaga, que por aquella parte no distaba mucho de los campos cultivados; pero aún no habían llegado a sus linderos cuando, como Cassy había previsto, oyeron una voz a lo lejos que les mandaba detenerse. Era la del mismo Legree, que, viniendo de regreso, las había columbrado desde lejos y había espoleado su caballo para alcanzarlas, lanzando imprecaciones y juramentos. Emelina, de condición menos enérgica que Cassy, se sintió desfallecer y soltándole el brazo, le dijo:

-¡Ah, Cassy; yo no puedo más! ¡Voy a desmayarme!

-¡Como vacíles aquí te mato! -le replicó Cassy, sacando un puñal que llevaba escondido y haciéndolo brillar ante sus ojos.

Esa amenaza surtió efecto, y las fugitivas lograron llegar a la ciénaga, internarse en ella y esconderse en los juncales antes de que Legree pudiese impedirlo.

-¡Bueno! -dijo-. ¡Están en la ratonera y de ahí no se me escapan! ¡Bribonas! ¡Se han de acordar de mí! ... ¡Hao! ¡Acá!, ¡Sambo, Quimbo, todos! -exclamó a grandes voces, dirigiéndose al galope a los bohíos, adonde llegaban en aquel momento todos los esclavos de la dotación de vuelta del trabajo-. Hay dos fugados en el pantano y prometo cinco dólares de gratificación al que les eche mano. ¡Acá los perros! ¡Soltad a "Tigre", a "Furia" y a los otros!

La animación que siguió a estas palabras fue extraordinaria. Unos esclavos acudieron apresuradamente a ofrecerse, acicateados por el premio; otros corrían en busca de teas para alumbrarse en las espesuras de la ciénaga; otros soltaron los perros, cuyos salvajes gritos ayudaban a aumentar la algazara.

Con gritería salvaje, acompañada de feroces y destemplados ladridos, y al fulgor de las teas de resina, se precipitó aquella turba en desenfrenada carrera hacia la ciénaga, seguida a corta distancia por los criados de la vivienda. Quedaron, pues, la casa y los bohíos completamente desiertos, mientras Cassy y Emelina se deslizaban por el cauce mismo del arroyo hacia la trasera de la casa y llegadas a la puerta falsa por donde habían salido, entraban de nuevo en ella.

-¡Ya empezó la cacería! -dijo Emelina-. ¡Escondámonos pronto, por Dios!

-No hay prisa -le contestó Cassy-; están muy entretenidos todos con la fiesta que les hemos proporcionado y podemos tornar las cosas con calma. Entretanto -añadió sacando una llavecita-, hagámonos con fondos para gastos de viaje.

Cassy abrió el escritorio y sacó de él un fajo de billetes, que contó rápidamente.

-¡Oh! ¡No haga usted eso! -exclamó Emelina.

-¿Y por qué? -respondió Cassy-. ¿Preferirías que nos muriésemos de hambre en los pantanos a tomar lo que necesitamos para llegar a los Estados libres? El dinero todo lo puede, muchacha.

Y se guardó en el seno los billetes de Banco.

-¡Eso es robar! -dijo Emelina en voz baja, con una especie de angustia.

-¡Robar! -repitió Cassy con risa desdeñosa-. Los que roban los cuerpos y las almas nada pueden echarnos en cara. Cada uno de estos billetes ha sido robado a criaturas infelices, muertas de hambre y de fatigas. ¿Cómo ha de atreverse él a hablarme de robo? Pero, ven; mejor será que subamos al desván; allí tengo preparada una buena cantidad de velas y varios libros para pasar el tiempo. Puedes estar segura que no nos irán a buscar allí. Además, si se les ocurriera subir, simularía ser un duende.

Cuando Emelina entró en el desván, vio una enorme arca vacía tendida de manera que la abertura caía hacia la pared. Cassy encendió una lamparilla y se colocaron en ella, donde Cassy había guardado dos colchones y algunas almohadas. En otro cajón grande se encerraban velas, provisiones de boca y toda la ropa necesaria para un viaje.

-¡Y bien! -dijo colgando la lamparilla en un gancho-. Esta será nuestra morada. ¿Qué te parece?

-¿Está usted segura de que no vendrán aquí?.

-¡Quisiera ver entrar a Simón Legree! -repuso Cassy-. ¡No, en verdad! ¡Cuanto más lejos esté de aquí se creará más dichoso! ¡Los criados, por su parte, preferirían ser fusilados que entrar aquí!

Algo tranquilizada, Emelina se dejó caer sobre una almohada.

-¿Qué quiso usted decir, cuando me amenazó con matarme?

-Quise impedir que te desmayases y lo conseguí. Ahora, Emelina, es preciso mostrarse fuerte para no aflojar, suceda lo que suceda, porque con los desmayos nada se adelanta. ¡Si te hubiera dejado, ahora estaríamos en manos de ese miserable!

Emelina se estremeció. Ambas quedaron silenciosas por un momento. Cassy tomó un libro francés. Emelina, vencida por el cansancio, se adormeció. De repente fue despertada por clamores, gritos, ruido de los caballos y ladridos de perros. Estremeciose involuntariamente y lanzó un grito ahogado.

-¡Es que vuelve la caza! -dijo Cassy con sangre fría-. ¡Nada debemos temer! Mira por ese agujero. ¿No los ves allá abajo? Simón habrá renunciado a la persecución por esta noche; ¡mira cómo está cubierto de barro el caballo y qué cansados están los perros! ¡Ah! ¡Mi buen señor, puede usted proseguir la partida cuantas veces quiera, pero la caza se ha escapado!

-¡Oh! No hable usted, por favor -dijo Emelina-. ¡Si nos oyera!

-¡Si oyen alguna cosa tendrán menos ganas de subir aquí! -respondió Cassy-. No hay miedo; podemos hacer el ruido que queramos.

Pocos minutos después la noche tendió sobre la casa su manto de silencio. Legree, maldiciendo su suerte y prometiéndose la venganza para el día siguiente, se acostó.

CAPITULO 40

LA fuga de Cassy y Emelina llevó la irritación de Legree a los mayores extremos de violencia, y su furia vino a descargarse sobre la indefensa cabeza de Tom. No le había pasado inadvertida la satisfacción con que Tom se había enterado de la noticia de la fuga, ni dejó ver que había evitado tomar parte en la batida. Legree, al volver burlado de su cacería nocturna, sintió avivarse en su alma todo el odio que sentía contra su esclavo.

-¡Lo aborrezco! -exclamó Legree aquella noche, sentándose en su cama-. ¡Lo aborrezco! ¿Y acaso no es propiedad mía? ¿No puedo hacer con él lo que me dé la gana? ¿Quién podría impedírmelo?

Y agitó su puño cerrado como si hubiera querido romper un objeto invisible.

Pero Tom era un esclavo fiel y de gran valor; y a pesar de que Legree le tenía un odio violento, esa consideración lo contenía.

A la mañana siguiente resolvió reprimirse aún y juntar algunos vecinos con fusiles y perros para cercar los pantanos Y estrechar más el círculo que rodeaba a las fugitivas. Si conseguía algún resultado favorable, pensaba dejar las cosas en tal estado; si no, obligaría a Tom a comparecer ante su presencia. A tal pensamiento, rechinó los dientes y sintió hervir la sangre por sus venas. Lo haría ceder por medio de sus golpes

o bien... Cierta voz interior murmuró una palabra horrible a la cual dio su asentimiento el alma de Legree.

-La cacería va a repetirse hoy -dijo Cassy al día siguiente, hablando con Emelina, mientras atisbaba por una rendija de la ventana.

Cassy, con el oído pegado a dicha rendija, oía las conversaciones de aquella gente.

-Si no fuera por ti, criatura -siguió diciendo Cassy-, haría cara a esa gente y estaría agradecida al que me matara de un tiro; porque, ¿para qué quiero yo la libertad? ¿Puede acaso devolverme mi hermanita, o volverme a ser lo que era?

-¡Pobre Cassy! Si el Señor nos permite alcanzar la libertad, quizá le devuelva su hermana; y si no se la devuelve, yo seré para usted una segunda hermana. La cacería duró muchas horas, pero fue infructuosa, como comprenderán nuestros lectores.

-Ahora, Quimbo -dijo Legree, dejándose caer en un sillón en la sala de la casa-, vas a traerme aquí a Tom en seguida. Ese animal lo sabe todo y ha de decírmelo o le arranco su negro pellejo.

Al recibir la orden que le llevó Quimbo, Tom se preparó en su interior a la defensa, porque estaba enterado tanto del plan de Cassy como del lugar en que en aquel momento estaban ocultas las prófugas.

-Bueno, Tom -le dijo Legree cuando éste llegó:- ¿sabes tú que estoy decidido a matarte?

Pronunció Legree estas palabras con los dientes apretados, por entre los cuales salieron, como sale un silbido de la boca de una serpiente.

-Es muy posible, amo -le contestó Tom imperturbable.

-Y lo haré -siguió diciendo Legree, con terrible calma-, a menos que me digas todo lo que sabes sobre la huida de las muchachas.

-Sé algo, amo; pero no puedo decirlo. Puedo morir, pero no puedo hablar.

Legree dio un fuerte resoplido, asió a Tom por el brazo y acercándole la boca a la cara hasta casi tocársela con los labios, dijo con voz terrible:

-Oye, crees que porque te he perdonado otras veces, que siempre voy a hacer lo mismo, pero te engañas. Estoy decidido a matarte. Hasta ahora te has salido con la tuya; pero esta vez no va a ser así y, o bajas la cabeza o te mato. ¡Elige!

Tom levantó los ojos mirando a su amo y respondió:

-Señor, si usted estuviese enfermo, afligido o moribundo, y yo pudiese aliviarlo, me sacrificaría por usted. Y si pudiese salvar su preciosa alma derramando toda la sangre que contiene este pobre y viejo cuerpo, la derramaría alegremente, como mi Salvador derramó la suya por mí. Pero, por Dios, señor, no cargue usted su alma con el gran pecado que intenta, porque saldrá más perjudicado que yo; usted podrá atormentarme, y mis miserias acabarán muy pronto; pero si usted no se arrepiente, las tuyas nunca tendrán término.

Este arranque de compasión, semejante a una melodía de música celeste, oída en medio del estrépito de una tempestad, suspendió por un instante la cólera de Legree. Miró a Tom con ademán huraño, y el silencio fue tal que se oía el andar del viejo reloj, que descontaba lentamente los últimos segundos concedidos a aquella alma endurecida para arrepentirse y pedir perdón.

Pero el silencio no duró más que un minuto: la irresolución, la hesitación, la estupefacción de Legree cesaron inmediatamente; el espíritu del mal volvió a recobrar su imperio con una violencia siete veces más intensa. Y Legree, ciego de ira, dio tan tremendo golpe a Tom, que le derribó al suelo.

Los relatos de crueldades ofenden los oídos e indignan. Se hacen cosas horribles, que no pueden contarse porque no lo sufren los oídos ni los sentimientos.

-Está casi muerto, amo -dijo Sambo conmovido a pesar suyo por la resignación del mártir.

-¡No te canses! ¡Sigue, sigue hasta que se rinda! -aullaba Legree-. He de sacarle hasta la última gota de sangre si no confiesa.

Cuando Tom perdió el conocimiento, Legree se marchó, mandando antes que cesaran los golpes inútiles, pues creía que Tom había muerto.

Pero éste aún vivía.

-Tom -dijo Quimbo-, hemos sido muy malos contigo.

-Os perdono de todo corazón -contestó Tom con voz desmayada.

-Tom, ¿quién es ese Jesús que te da tal resignación? -preguntó Sambo.

Se reanimó el moribundo al oír tales palabras, y con voz desfallecida, pero en frases enérgicas, hizo un breve relato de la vida y pasión del Salvador, enunció algunas de sus sentencias y explicó sus doctrinas. Se conmovieron aquellos dos salvajes hasta derramar lágrimas.

-¿Por qué no hemos oído nunca tales cosas? -dijo Sambo-. ¡Señor Jesús, ten piedad de nosotros!

-¡Infelices! -dijo Tom-. ¡Doy por bien empleados todos mis dolores con tal de haberos acercado a Cristo! ¡Oh, Señor! ¡Dadme todavía estas dos almas! ¡Yo te lo ruego! Y Dios concedió a Tom lo que le pedía.

CAPITULO 41

Dos días después de los sucesos que hemos referido, un caballero joven, montado en un coche que él mismo guiaba, entró en la finca de Legree, se apeó de un salto, y preguntó por el dueño. Este joven era George Shelby, para explicar cuya presencia en la hacienda de Legree nos es forzoso volver atrás en el curso de nuestra narración. Aquella carta de miss Ofelia a la señora Shelby tardó meses en llegar a destino, y cuando llegó, ya estaba Tom en las remotas comarcas de Río Rojo.

La señora Shelby leyó la carta con el mayor interés, pero no podía hacer nada en aquellos momentos, porque la enfermedad grave que estaba pasando entonces su marido la tenía sujeta a la cabecera de su lecho. George, que en el tiempo transcurrido desde que lo vimos por última vez se había convertido en un alto y fuerte muchacho, ayudaba a su madre, tanto en la asistencia del señor Shelby como en la dirección de los negocios de la casa. Murió el señor Shelby, y tan pronto como George pudo, se puso en camino hacia el remoto Río Rojo, donde, según sus informes, se hallaba Tom. Legree recibió a George en la sala.

-He sabido -dijo el joven- que compró usted hace algún tiempo en Nueva Orleans un esclavo llamado Tom. Ha sido propiedad de mi padre, y venía a ver si usted quería revendérmelo.

-Efectivamente, compré un negro con ese nombre. ¡Bonito negocio hice! ¡El negro más insolente, más perro y más rebelde que en toda mi vida he visto! Se ha empeñado en morir y no sé si se saldrá con la suya.

-¿Dónde está? Quiero verlo -dijo George acaloradamente.

-Está allí en el cobertizo -dijo un negrito.

Legree dio un puntapié al muchacho y lanzó uno de sus habituales juramentos. George, entretanto, corría hacia el cobertizo. Tom no padecía ya, porque toda sensación en él había desaparecido. Llevaba dos días tendido, inmóvil, sumido en una especie de letargo, porque la recia constitución de su cuerpo sujetaba aún el espíritu. George se sintió de tal modo afectado al entrar en el cobertizo, que creyó que la pena le ahogaba y que perdía la cabeza.

-¡Dios mío! ¿Qué es esto? -exclamó arrodillándose a la cabecera de Tom-. ¡Tío Tom, tío Tom, mi buen Tom, mi pobre amigo! ¡Despiértate! ¡Mírame!

El timbre de la voz de George debió de llegar al alma de Tom, porque hizo un movimiento de cabeza, se dibujó en sus labios una sonrisa y algo como una plegaria pareció salir de su boca.

-¡Oh, mi querido tío Tom! ¡Soy yo, el niño George, tu amigo, Tom! ¿No me conoces?

-¡El niño George! ¡El niño George! -dijo Tom con voz débil, entreabriendo los ojos. Parecía asombrado.

-He venido a comprarte y a llevarte a casa.

-¡Ay, niño George, ha llegado tarde! El Señor me ha concedido ya la libertad y va a llevarme a su gloria.

George, atónito ante el tono solemne de Tom, guardó silencio.

Tom le apretó la mano.

-No le diga a Cloe cómo me ha encontrado; sería horrible para ella. Dígale que no podía seguir en este mundo y que me he ido a la Gloria. ¿Y mis pobres hijos? ¿Y la pequeñita?

En aquel momento asomó Legree por la puerta del cobertizo, miró hacia adentro con indiferencia y se alejó.

-¡Viejo Satanás! -exclamó George indignado-. Me consuela la idea de que muy pronto le dará el diablo su merecido.

-¡Oh, no hable así! -le dijo Tom-, Es una desgraciada criatura. ¡Es horrible pensar en la suerte que le espera!

En aquel momento la llamarada de vida que había avivado en Tom la presencia de George se extinguió, y el moribundo cayó en un profundo sopor, vecino ya de la muerte.

Una levisima sonrisa se dibujó en sus labios, y se durmió en el sueño eterno. George le contempló en religioso silencio. El lugar en que estaba le parecía santo. Cerró los ojos, y al levantarlo del suelo vio a Legree de pie detrás de él con el semblante ceñudo. La escena de la muerte había refrenado los impulsos juveniles del muchacho, pero la presencia de Legree le pareció una profanación y un agravio.

Se contuvo con todo, y sólo pensó en despedirse de él con las menos palabras posibles. Clavando sus ojos en Legree, se limitó a decirle, señalando el cadáver.

-Ya ha sacado usted todo lo que podía sacar de él. ¿Cuánto tengo que pagarle por su cuerpo? Quiero llevármelo y enterrarlo decorosamente.

-Yo no vendo negros muertos -contestó Legree con acritud-; puede usted llevárselo y enterrarlo cómo y donde quiera.

-Muchachos -dijo George a dos o tres negros que estaban contemplando el cadáver-; ayudadme a llevarlo al coche y traedme una azada. George extendió su abrigo de pieles en el piso del coche y colocó encima el cuerpo de Tom con el mayor cuidado, levantando el asiento para dejarle más espacio. Después se volvió, fijó los ojos en Legree y le dijo:

-Daré cuenta de este crimen a los tribunales.

-Hágalo -dijo Legree desdeñosamente-. ¿Cómo podrá probar usted su acusación? ¿Dónde hallará usted testigos que la confirmen?

George comprendió la fuerza de este desafío. No había ningún blanco que atestiguara el hecho, y en ningún tribunal de los Estados del Sur tiene valor alguno la declaración de una persona de color.

-Y después de todo, ¡tanto ruido por un negro muerto! -exclamó desdeñosamente Legree.

Estas palabras produjeron en George el mismo efecto que una chispa en un polvorín. Se arrojó sobre Legree con terrible ímpetu y lo derribó de un puñetazo, pisoteándolo hasta cansarse.

Hay ciertos hombres a quienes se les hace un gran bien abofeteándolos; porque conciben el mayor respeto hacia el que les hace morder la tierra. Legree pertenecía a ese número de cobardes. Así es que, levantándose sacudiéndose el polvo de la ropa, siguió con los ojos el carruaje en que se iba George con su querida carga, y no abrió la boca hasta que le hubo perdido de vista.

Antes de entrar en la plantación, George había distinguido un cerro arenoso sombreado por algunos árboles; allí, pues, cavó la fosa.

-¿Quitamos la capa, señor? -preguntaron los negros después de concluida aquella operación.

-No, no, enterradle así. Es lo único que puedo darte, mi pobre Tom, y no te lo negaré.

Colocaron el cadáver en el hoyo, y los negros lo enterraron en silencio. Llenaron de tierra la fosa y luego la cubrieron de césped.

-Ya podéis iros, muchachos -dijo George dando una moneda a cada uno de ellos.

Pero todos rehusaron tomarla.

-¡Si el señor quisiera comprarnos! -exclamó uno.

-¡Con qué lealtad le serviríamos! -repuso el otro.

-Aquí estamos oprimidos -replicó el primero-; cómprenos usted, señor.

-No puedo, no puedo -respondió George despidiéndose con gran sentimiento-; me es imposible.

Y los pobres negros se alejaron silenciosos y tristes.

-Yo te pongo por testigo, ¡oh, Dios eterno! –exclamó George arrodillándose sobre la tumba de su pobre amigo-, yo te pongo por testigo de que desde este momento haré cuanto a un hombre le sea posible para liberar a mi patria de la maldición de la esclavitud.

CAPITULO 42

Aviváronse por ese tiempo los recuerdos de fantasmas y aparecidos entre los criados de Legree. Se susurraba que en las tinieblas de la noche se sentían pasos en la escalera del desván y se veían vagar sombras por la casa. Llegaron a oídos de Legree los rumores que corrían, y que le causaban más impresión por el cuidado que se ponía en ocultárselos. Al día siguiente de la muerte de Tom, fue por la noche al lugar vecino y tomó una borrachera formidable. Volvió muy tarde y muy cansado y se encerró en su cuarto. Legree creyó asegurarse echando llave a la puerta, cerrando las ventanas, poniendo una lamparilla encendida a la cabecera de la cama y un par de pistolas al alcance de la mano. Como estaba rendido se durmió, pero llegó un momento en que creyó sentir cerca de sí la presencia de algo espantoso, como una sombra, un espíritu o algún ser ultraterreno. Se despertó a medias. Comprendía que algo entraba en su habitación; que abría la puerta poco a poco; pero estaba impedido de hacer el menor movimiento.

Al fin logró darse vuelta en la cama de un salto. A la pálida luz de la luna vio pasar una sombra blanca. Se acercó ésta a la cama y él sintió el contacto de una mano helada, y oyó una voz lúgubre que le decía: "¡Ven, ven, ven!" Estaba aterrado. Se desplomó sobre la cama, privado de sentido.

Desde esa noche se entregó a la bebida desenfrenadamente. Poco después corrió por el país la noticia de que estaba gravemente enfermo y moribundo. Causaba horror acercarse a su lecho de muerte. Sus postrimerías fueron espantosas. Gritaba, aullaba, tenía visiones espantosas cuya descripción helaba la sangre. Por extraña coincidencia, la misma noche que Legree tuvo esa visión, se halló abierta, por la mañana, la puerta de la casa, y algunos negros dijeron haber visto deslizarse en las sombras de la noche dos espectros blancos por la calle de árboles que conducía al camino...

A la madrugada, Cassy y Emelina hicieron alto en un bosquecillo cercano a la casa. Cassy estaba vestida de negro, al estilo de las señoras criollas españolas. Habían convenido en que durante el viaje que iban a emprender haría ella el papel de señora criolla y Emilia el de su criada. La primera persona con quien se encontró en la posada, fue George Shelby, que se había detenido allí esperando el vapor. Cassy lo conocía porque había observado desde el desván su llegada a la finca de Legree y la escena de la colocación del cuerpo de Tom en el coche y la del altercado entre George y su ex amo.

Poco antes de cerrar la noche se oyó llegar el vapor. George, con amabilidad natural, condujo a Cassy de la mano a bordo, y se ocupó en proporcionarle un buen camarote. Cassy no salió durante su viaje por el Río Rojo. Cuando llegó el vapor al río Missisipi, enterado George de que Cassy había de seguir lo mismo que él su viaje río arriba, le propuso tomar pasaje en un mismo vapor, para poder así cuidar de ella. Aceptado su ofrecimiento, se embarcaron en el vapor "Cincinnati".

Cassy se sentía mejor; salía a la cámara y a la cubierta. Desde que George la había visto, había advertido en su semblante notable parecido con alguna otra cara que le era muy familiar, pero de la que no acababa de acordarse. Tratando de hacer memoria, la miraba a menudo con gran atención, lo cual no pasó para ella inadvertido. Cassy acabó por sentirse inquieta por aquellas miradas, pensando que hubiese despertado en él algunas sospechas; se resolvió, por último, a entregarse francamente a su generosidad refiriéndole su historia.

Ocupaba un camarote contiguo al de Cassy una señora francesa, llamada madame de Thoux, que viajaba acompañada de una hija suya, una linda niña de doce años. Desde que supo esta señora que George era de Kentucky, demostró deseos de entrar en tratos con él; y su hija, cuyas gracias amenizaban las cansadas horas de un viaje de quince días, la ayudó no poco a conseguir lo que deseaba. Cassy, sentada a menudo cerca de ellos, se enteraba de sus conversaciones.

Madame de Thoux hacía a George preguntas sobre Kentucky, donde había vivido ella en una época anterior. George supo que esa señora debió de residir no lejos de su casa, porque le nombraba personas y lugares que le eran a él muy conocidos.

-¿Tiene usted noticias de un sujeto llamado Harris, que debía ser vecino de su hacienda? -le preguntó un día ella.

-Sí, señora -le contestó George. No muy lejos de la hacienda de mi padre tiene su residencia una persona de ese nombre.

-Es un hacendado rico, dueño de muchos esclavos, según tengo entendido -dijo la señora.

-Efectivamente -le contestó George.

-Por casualidad, ¿sabe usted si tenía un esclavo mulato llamado George?

-Tanto lo sé, cuanto que ese mulato, llamado George Harris, casó con una criada de mi padre; pero se fugó al Canadá.

-¿De veras? ¡Gracias a Dios! -exclamó madame de Thoux con vehemencia.

George la miró sorprendido, pero nada dijo. Madame de Thoux inclinó la cabeza sobre las manos y rompió a llorar.

-Ese George Harris es mi hermano -dijo.

-¡Cosa tan extraordinaria!

-Fui vendida para el Sur cuando mi hermano era todavía un niño -siguió diciendo madame de Thoux- y me compró un hombre bueno y generoso que me llevó consigo a las Antillas, me dio la libertad y casó conmigo. Hace poco he enviudado, y volvía a Kentucky con el propósito de buscar a mi hermano y redimirlo.

-Efectivamente, le he oído algunas veces hablar de una hermana que tenía llamada Emilia, que fue vendida para el Sur.

-Esa Emilia soy yo -dijo madame de Thoux-. Y, dígame, ¿qué tal persona es mi hermano?

-Es un guapo muchacho. Es todo un carácter por su inteligencia y honradez.

-¿Y ella? -preguntó madame de Thoux.

-Ella es un tesoro. Muy buena cristiana, muy inteligente, muy amable y muy bonita. La educó mi madre, y con tanto cuidado como si hubiese sido su propia hija.

-¿Nacería en su casa de usted?

-No, señora. Mi padre la compró en Nueva Orleans y se la trajo de regalo a mi madre. Mi padre nunca quiso decir lo que le habla costado; pero, hace días, revisando cuentas viejas, tropecé con la escritura de compra y vi que había pagado una extraordinaria cantidad por ella. Seguramente sería por su notable belleza. Al llegar a este punto de su conversación con madame de Thoux, George sintió que le tocaban el brazo, y volviéndose, vio a Cassy, que le preguntó con el semblante pálido de emoción:

-¿Sabe usted cómo se llamaba el sujeto a quien compró su padre de usted esa muchacha?

-Lo recuerdo perfectamente. Se llamaba Simmons.

-¡Dios mío! -exclamó Cassy, desplomándose sin sentido en el suelo de la cámara.

Prodújose el tumulto y la confusión propia de tales casos. George y madame de Thoux se levantaron precipitadamente para socorrer a la desmayada; varias señoras que se hallaban en la cámara acudieron también. Al recobrar el conocimiento, Cassy se volvió hacia la pared y lloró.

¡Tal vez vosotras, mujeres, podáis decir en qué pensaba Cassy! ¡Tal vez no podáis! Sea de esto lo que quiera, Cassy se convenció entonces de que Dios se había compadecido de ella, y de que volvería a ver a su hermana, como en efecto la vio algunos meses después.

CAPITULO 43

Poco nos queda ya que contar de nuestra historia. George Shelby envió a Cassy la escritura de compra de Elisa, cuyos datos la persuadieron de la identidad de su hermanita con Elisa comprada por el difunto señor Shelby. Ahora faltaba solamente seguir la pista de la fugitiva.

En unión de madame de Thoux, a la cual la ligaba la rara coincidencia de sus destinos, Cassy se trasladó al Canadá, donde se dedicaron a practicar averiguaciones por los lugares fronterizos en que solían refugiarse los esclavos prófugos.

Viéronse en Amhestburg con el misionero que había dado albergue a George y a Elisa cuando llegaron al Canadá, y mediante informes que él les dio, pudieron seguir las huellas de los fugitivos hasta Montreal. Cinco años llevaban George y Elisa de vida libre. Había encontrado él empleo seguro y fijo en una fábrica de máquinas agrícolas y ganaba lo suficiente para el sostenimiento decoroso de la familia, que había aumentado con el nacimiento de una niña.

El pequeño, Harry, que se había hecho un muchacho apuesto y despierto, iba a una buena escuela, donde hacía rápidos progresos. Entremos en una modesta casita de los alrededores de Montreal.

-¡Vamos, George! -decía Elisa-. Todo el día has estado trabajando y ya es hora de que descanses.

Al mismo tiempo, la pequeña Elisa -que así se llamaba la niña- se le acercó, encaramándose en las rodillas, le impidió seguir la ocupación en que estaba entregado, tratando de quitarle de la mano el libro.

-¡Pícaro! -exclamó él dejando la lectura. Se oyó llamar a la puerta. Elisa fue a abrir.

-¡Cómo! ¿Usted aquí? -exclamó con alegría.

Y llamó a su marido para saludar al buen pastor de Amhestburg, que llegaba acompañado de dos señoras. Una de ellas exclamó:

-¡George! ¿No me conoces? ¡Soy tu hermana Emilia!

En aquel momento entró la pequeña Elisa. Al ver a la pequeñuela, la tomó Cassy en los brazos, la estrechó contra su pecho y le dijo con efusión:

-¡Ven acá, alma mía! ¡Soy tu hermanita! -exclamó, confundida por el parecido y sin recordar que habían pasado tantos años.

Pocas semanas después, George, con su mujer, sus hijos, su hermana y su cuñada, se embarcaron para el África. Miss Ofelia se trasladó a su casa de Vermont, llevando consigo a Topsy, con gran sorpresa de "nuestra gente", como los yanquis, o sean los naturales de Nueva Inglaterra, se llaman a sí mismos. "Nuestra gente" consideró al principio la introducción de aquel ejemplar negro en la casa de miss Ofelia como un aditamento perfectamente innecesario al buen régimen de la república familiar; pero miss Ofelia se consagró con tal ahínco a su oficio de educadora, lo desempeñó con tal eficacia, que Topsy acabó por ser aceptada por "nuestra gente" como miembro de la familia, de la república y hasta de la iglesia; pues llegada a la edad de mujer, recibió el bautismo a petición propia, y de tal celo, actividad e inteligencia dio muestras, que fue recomendada como misionera para una de las factorías de la costa de África, adonde se trasladó.

CAPITULO 44

George Shelby había puesto cuatro letras a su madre anunciándole su próxima llegada. De la muerte de su viejo amigo Tom no le decía una palabra en la carta. Todo era alegría y movimiento en casa de George el día en que se le esperaba.

Su madre estaba en su salón, caldeado por un alegre fuego, porque era a fines del otoño. La mesa brillaba cubierta de objetos de plata y de cristal y la vieja tía Cloe dirigía los preparativos de la comida. Llevaba un vestido nuevo de indiana, un delantal blanco, un alto gorro almidonado, y rebosante de satisfacción su cara negra y reluciente.

-Me parece que todo estará a gusto del amo, ¿es verdad? Voy a poner su cubierto en el sitio en que le gusta sentarse, cerca del fuego. Siempre le ha gustado al señor George el sitio más caliente. ¡Qué ve! ¿Por qué no habrá puesto Sally la tetera que le regaló el amito George a usted para Navidad? ¿Ha tenido la niña alguna otra noticia del niño George?

-Sí, tía Cloe; he tenido otra carta, pero muy corta.

-¿No dicen nada de mi viejo? -preguntó tía Cloe.

-Nada habla de él ni de ninguna otra cosa, tía Cloe. Dice que hablará de todo cuando esté en casa -contestó la señora Shelby.

-Me parece -prosiguió tía Cloe- que mi viejo no va a conocer a los muchachos con lo tanto que han crecido.

La señora Shelby dejó escapar un suspiro y sintió oprimido el corazón. Presentía que el silencio de George ocultaba una noticia desagradable. En ese momento se oyó el ruido de un coche que se detenía.

-¡El niño George ha llegado! -exclamó tía Cloe corriendo a la puerta.

La señora Shelby salió también y se dejó caer en los brazos de su hijo. La tía Cloe miraba ansiosamente a la oscuridad, tratando de penetrarla con los ojos.

-¡Pobre tía Cloe! -exclamó George con dolorido acento, tomándole una de sus manos-. ¡Todo lo que poseo hubiera dado por traértelo, pero ha partido hacia un mundo mejor!

La señora Shelby lanzó un grito al oír estas palabras de su hijo. Tía Cloe salió de la sala con aire arrogante y sin derramar una lágrima. La señora Shelby la siguió, la detuvo, la tomó por la mano y la hizo sentarse, haciéndolo ella a su lado.

-¡Mi buena Cloe! ¡Mi pobre Cloe! -exclamó con acento de honda pena.

-¡Ay, niña! -contestó tía Cloe dejando caer su cabeza en el hombro de su ama-. ¡Tengo el corazón hecho pedazos!

-Lo sé -le dijo la señora Shelby llorando-. No puedo mitigar tu dolor, pero Jesús lo hará. Él consuela a los afligidos y cura sus heridas del cuerpo y del alma. Un mes después de la vuelta de George, todos los esclavos de la casa de Shelby se hallaban reunidos en el portal, a donde habían sido convocados por el amo. El cual se presentó con un rollo de papel en la mano, que eran escrituras de manumisión, que fue leyéndolas y entregándolas entre los sollozos y llantos de todos ellos. Muchos se le arrojaron a los pies, le devolvían las cartas de libertad que acababa de darles y le suplicaban que no los despidiera.

-¡No queremos más libertad que la que tenemos! -le decían-. ¡No queremos estar mejor de lo que estamos! ¡No queremos salir de aquí ni separarnos de los amos!

-Amigos míos -les dijo George, así que logró hacerse oír de ellos-; no tenéis por qué dejarnos; la finca necesita tanta gente como antes para el trabajo, y en la casa no ha de haber un criado menos tampoco. Pero de aquí en adelante seréis libres y ganaréis el salario que convengamos. La ventaja que tendréis es que si me va mal en los negocios o me muero, nadie podrá adueñarse de vosotros y venderos para cobrarse mis deudas. Quiero continuar cultivando la plantación y enseñaros a hacer un buen uso de los derechos que os doy, convirtiéndolos en "hombres libres". Espero que se esfuercen en aprovechar de mis lecciones, y yo pido a Dios que me haga fiel a mis deberes y exacto al enseñaros los vuestros. Ahora, amigos míos, dad gracias a Dios por el beneficio de la libertad.

Un negro viejo, encanecido en la plantación, que se había quedado ciego, se levantó y tendiendo al cielo sus trémulas manos, dijo:

-¡Demos gracias al Señor!

Se arrodillaron todos espontáneamente. Nunca tedéum acompañado de los sonidos del órgano, del estampido del cañón, o del ruido de las campanas, subió al cielo más puro, más alegre que la voz de aquellos humildes corazones. Terminada la oración, George refirió en breves frases la muerte de Tom y les dijo:

-Sobre su tumba tomé en presencia de Dios la resolución de no poseer un solo esclavo, para que nadie por mi culpa estuviera expuesto a ser separado de su familia y sus amigos, y a morir como él, en una plantación lejana. Así, pues, siempre que penséis en vuestra libertad, recordaos de que a él se la debéis y mostradle vuestra gratitud teniendo afecto y respeto a su mujer y a sus hijos. FIN.